JOHN CARTER BROWN
LIBRARY

Acquired with the Assistance of the
ST. MARIANA DE PAREDES
FUND

SERMONES ESCOGIDOS,

PLÁTICAS ESPIRITUALES PRIVADAS,

Y DOS PASTORALES,

ANTERIORMENTE IMPRESAS EN MÉXICO:

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. ALONSO NUÑEZ DE HARO Y PERALTA,
Virrey interino, Gobernador y Capitan General, que fué, de Nueva España; Caballero Prelado Gran Cruz de la Real Orden Española de Cárlos III., del Consejo de S. M., Arzobispo de México, &c.

Con el Retrato del Autor, y un *Resúmen histórico* de su vida.

TOMO II.

Sermones Panegíricos, y Pláticas Espirituales.

MADRID MDCCCVII.
EN LA IMPRENTA DE LA HIJA DE IBARRA.

R.P.J.C.B.

SERMON PRIMERO

DEL ANGÉLICO Dr. SANTO TOMAS, predicado en la santa Iglesia Primada de Toledo el Lunes ó feria segunda despues de la Dominica tercera de Quaresma, el año de 1762. *

Vos estis sal terræ..... Vos estis lux mundi.

Matth. cap. V. vv. 13. 14.

Si en sentir de San Gregorio Papa, en el dia del Juicio universal, quando el Salvador del mundo vendrá á coronar sus Santos, se aparecerán los Apóstoles y Doctores de la Iglesia, llevando tras de sí, como en triunfo, á todas las gentes que convirtieron; á todos los discípulos que enseñaron; y finalmente, á todos los que libraron de las tinieblas de la infidelidad, de los errores de la heregía, y de la corrupcion de costumbres: ¡Qué espectáculo no dará al Universo mi Angélico Doctor Santo Tomas! ¡Quál será el séquito y numeroso cortejo, con que se presentará en aquella Asamblea universal! Apenas habrá nacion, donde no hayan lucido sus escritos: Todas las Universidades tienen Cátedras de su doctrina; casi todas las Religiones se glorían de seguirla; y consiguientemente, por todas partes se oirá aclamado su nombre; y casi todos los Pueblos, casi todas las gentes á una voz elo-

(*) Es un elogio completísimo, no solo por la novedad del pensamiento, sino tambien por la oportunidad y solidez con que le aplica á la maravillosa doctrina, santidad y virtudes características del Doctor Angélico.

giarán su sabiduría: (1) *Sapientiam ejus enarrabunt gentes.* Innumerables Santos, innumerables Sacerdotes, Prelados, Obispos, Cardenales, Papas, Concilios enteros de doctísimos Padres, que se valieron de su doctrina para establecer sus decisiones y cánones: en una palabra, toda la Iglesia referirá sus alabanzas: *Et laudem ejus enuntiabit ecclesia* (2).

¡Qué gozo, fieles discípulos de esta Angélica Escuela; qué júbilo no tendremos nosotros, que tanto nos interesamos en su honor para con los hombres, y que tantas veces hemos experimentado los efectos de su poderosa intercesion para con Dios! Pero al mismo tiempo, ¡qué confusion, qué terror, qué vergüenza no tendrán los protervos Hereges, que, obstinados huyen, como la sombra, y se esconden en las tinieblas de sus errores, para no ver la luz clara de este *Sol Angélico*, ni los luminosos rayos de su doctrina! ¡Qué miedo, qué espanto no tendremos tambien los que, contentándonos con leer sus escritos, no procuramos beber su espíritu, y practicar sus lecciones, imitando su virtud!

Tengo observado, con dolor de mi corazon, que, aplicando al carácter de mi Doctor Angélico las qualidades de *sal de la tierra*, *y luz del mundo*, que son las que el Evangelio pide á los Doctores de la Iglesia, no las consideramos profundamente, ni conocemos bien, que este Hombre-Angel las poseyó del modo que las explica San Juan Crysóstomo.

"Los Doctores y Padres de la Iglesia, clama este gran Santo, no son *luz del mundo*, solamente porque iluminan á los hombres con su doctrina, y los sacan de los errores de la infidelidad y de la heregía: No son *sal de la tierra*, solamente porque con sus trabajos y sus consejos apostólicos preservan de nueva cor-

(1) Eccli. cap. XXXIX. v. 14. (2) Ibid.

corrupcion á los que por la fe y las saludables aguas del Bautismo hemos salido de la putrefaccion de nuestra naturaleza, heredada con el pecado de Adan: Son *luz del mundo, y sal de la tierra*, porque, como verdaderos médicos espirituales, se aplicaron á sí mismos la similitud del Evangelio de la presente feria: *Medice, cura te ipsum* (1). Curaron primero la corrupcion y las llagas, heredadas con la naturaleza; fueron pacíficos, modestos, penitentes, misericordiosos y justos; y con su exemplo y sus obras, igualmente que con su doctrina, comunicaron á sus próximos las dulces corrientes de las suaves fuentes de las virtudes": *Vos estis*, clama San Juan Crysóstomo; *vos estis sal terræ, ex lux mundi: Nam qui mansuetus est, ac modestus, et misericors, et justus, non intra se tantummodò hæc rectè facta concludit; verùm in aliorum quoque utilitatem præclaros hos faciet effluere fontes.* Y esto mismo nos enseña mi Angélico Maestro, exponiendo nuestro Evangelio: "Primero, dice, deben »ser los Doctores *sal*, *que luz*; porque primero ha de »curar sus defectos, y sazonar la vida del alma con »la gracia, el que quisiere iluminar á los hombres con »doctrina sana, pura y provechosa:" *Priùs sal, quàm lux dicti: quia priùs vita immaculata, quàm doctrina.*

Mas ¡oh Dios! Tal es la fuerza de nuestro amor propio, que hasta en la idea que nos formamos de los Santos, se insinúa; y en las reflexîones que hacemos sobre la santidad. En una palabra; solo fixamos la vista en lo que nos parece que nos asemejamos á los Santos, sin poner jamás los ojos en lo que estamos muy lejos de imitarlos.

El sublíme entendimiento de mi Doctor Angélico, la claridad de su doctrina, y la dulzura de su amable carácter nos embelesan: Aquí se pára nuestro dis-

(1) Luc. cap. IV. v. 23.

curso ; y aquí finalizan nuestras consideraciones. No pensamos jamás en la *fuerza*, que fué propiamente el fondo de su sabiduría, y de la *dulzura* de su angélico temperamento. Nos lo representamos favorecido del Cielo con admirables raptos; iluminado con ciencia infusa por el Espíritu Santo ; enseñando, y escribiendo las verdades eternas, que en éxtasis le habian sido reveladas ; confundiendo las heregías con razones y argumentos invencibles, sin usar de violencias, ni de sátyras ; haciendo reflorecer en la Iglesia su primitiva piedad, sin sujetarnos con su doctrina al rigor de la disciplina y cánones antiguos ; corrigiendo á los pecadores, lleno de bondad ; y fortificando á los débiles y flacos de espíritu con la suavidad de sus consejos y respuestas ; enseñando á vivir cristianamente en el comercio del mundo, y tranquilamente en el seno del retiro : Apacible reformador de los abusos del siglo ; y moderador prudente de las penitentes austeridades del Claustro.

De este modo, decimos, fué *luz del mundo*, y *sal*, que sazonó lo amargo del rigor de la disciplina antigua : De este modo llegó á ser el amor de los Pueblos ; el Maestro de las Escuelas ; el dueño de los corazones ; y el médico benigno de las almas. Sus escritos nos suministran pruebas evidentes de la verdad de nuestra santa Fe; nos aclaran los mas profundos misterios ; y nos presentan poderosos atractivos para seguir la perfeccion de la virtud : por todas partes respiran moderacion, dulzura y sabiduría, sin cosa alguna de esfuerzo ni violencia.

Todo esto es cierto ; lo confieso : Pero no nos engañemos, dexándonos llevar insensiblemente de los movimientos del amor propio, para considerar solo la hermosura de estos nombres *sabiduría*, *moderacion y dulzura*, que tanto nos lisonjean el gusto, y se acomodan á nuestro genio : No fixemos solo la vista en lo

lo que, al parecer, nos asemeja algo á las heróycas virtudes de mi Doctor Angélico, sin volver los ojos ácia la parte que de ellas nos separa y aleja. Si leemos atentamente su vida, verémos, que su sabiduría infusa, y su virtuosa dulzura fueron el precio de crueles combates, y penosas victorias; verémos, que para ser *Doctor de la Iglesia*, *luz del mundo*, *y sal de la tierra*, que es lo mismo que *Médico benigno de las almas*; se preparó con la práctica de la similitud del Evangelio de la feria de este dia: *Medice*, *cura te ipsum*: verémos la amargura y los trabajos que pasó para curar las llágas, heredadas con la naturaleza, corrompida por el pecado original; y adquirir tanta ciencia, y tan heróycas virtudes. En una palabra; con la misma historia de mi Angélico Maestro pienso demonstrar hoy, que "la verdadera sabiduría, y el ver-
»dadero carácter de moderacion y dulzura nacen pro-
»piamente de la *fuerza* y la *violencia*; y que si de
»estas no hubiera traido su orígen y apoyo la de este
»Hombre-Angel, no hubiera producido jamás tan ma-
»ravillosos efectos": *De forti egressa est dulcedo* (1).

Convengo, pues, en que la moderacion, dulzura y aplicacion á las ciencias fueron su verdadero carácter: Confieso, que no usó jamás de crueles penitencias: Reconozco tambien (y este es un nuevo y singular prodigio), que triunfó de la relaxacion de los hombres con la suavidad de su doctrina; y del error con la dulzura de sus costumbres. Pero añado (y esto excede las demás maravillas), que esta dulzura victoriosa del error, fué en sus costumbres el fruto de toda la fuerza de su apostólico espíritu; y esta dulzura victoriosa de la relaxacion, es, y será en su doctrina el compendio de toda la fuerza de la Ley cristiana. En una palabra: En mi Angélico Maestro en-

(1) Judic. cap. XIV. v. 14.

encuentro yo la verdadera solucion del intrincado enigma, que propuso Sanson á los Filisteos: *De forti egressa est dulcedo.*

Esta es la idea. Imploremos, para dar principio, el auxîlio de la gracia por medio de María, Señora nuestra: *Ave gratiâ plena.*

Vos estis sal terræ... Vos estis lux mundi.
Matth. cap. V.

¿Quál es, pregunta San Juan Clímaco, la sabiduría y dulzura evangélica? ¿Quál es la ciencia, victoriosa del mundo y sus errores? ¿Quál es la dulce sabiduría, á quien el Evangelio promete el imperio de la tierra? Esto es, el manejo de los humanos espíritus, y la conquista de los corazones. Esta es, responde el Santo, una dulzura y sabiduría mas que humana; una dulzura y sabiduría mas que angélica; una dulzura y sabiduría toda divina, y muy semejante á la del Salvador. Este Pastor divino de las almas nos dice á todos, instruyendo á sus Apóstoles: "Aprended la verdadera sabiduría, y no la aprendais de los hombres, ni de los Angeles; sino de mí, que soy vuestro Maestro, vuestro Salvador, y vuestro Dios: Aprended la dulzura: *Discite à me, quia mitis sum.* (1) ¿Podia expresar en términos mas claros ni mas concisos, que la dulzura que les señalaba por carácter, era la verdadera sabiduría, y el compendio de todas sus lecciones, y admirables exemplos? Lecciones sobrenaturales, y exemplos verdaderamente divinos: *Discite à me, quia mitis sum.*

Considerando San Juan Crysóstomo esta dulzura, como fundamento sólido de la sabiduría, clamaba: "Yo no he encontrado jamás cosa mas violenta, ni »mas

(1) Matth. cap. IX. v. 13.

»mas fuerte, que esta divina dulzura:" *Nihil hac mansuetudine violentius.*

En efecto, esta dulzura, tan eficaz para insinuarse en los humanos espíritus, y ganarse los corazones, ¿á qué penas y trabajos no obligó á mi dulce Redentor Jesus? ¿A qué extremo no reduxo á mi Angélico Maestro Santo Tomas? A sacrificarse todo, y sufrir infinito, por defender la verdadera Religion; por instruirnos, y salvar las almas. Hé aquí una medicina amarga y violenta; y al mismo tiempo suave y atractiva: medicina con las qualidades de *sal y luz.* Amarga, violenta, y con qualidades de *sal* para mi Angélico Doctor, que, aplicándose la similitud del Evangelio: *Medice, cura te ipsum* (1), tenia una vida penosa y mortificada, para curar las llagas de su naturaleza, y preservarla de nueva corrupcion. Pero medicina suave, atractiva, y con qualidades de *luz* para las almas perdidas que la reciben; pues las guia, y las ilumina sin esfuerzo ni violencia; dando eficacia á la doctrina la muda eloqüencia de las obras, y esclarecidos exemplos: *Habent opera suam linguam*, concluiría conmigo San Cypriano.

A la verdad, quando mi dulce Redentor Jesus nos aplicó este remedio; quando principiáron á usarlo sus Apóstoles, reynaba la idolatría en todo el Universo; y las pasiones y vicios, erigidos en deidades, se habian apoderado de los Templos Mas esta sabiduría y dulzura milagrosa derribó los ídolos, y trastornó fácilmente el Mundo todo, á pesar de la tyranía de los Emperadores; lo qual no hubiera podido conseguirse con el ruidoso aparato de numerosos exércitos. Por esta razon decia el Salvador á sus Discípulos, que los enviaba entre lobos, para que viviesen como corderos: *Ecce ego mitto vos, sicut oves in medio luporum* (2).

Con

(1) Luc. cap. IV. v. 23. (2) Matth. cap. X. v. 16.

Con el curso veloz de los siglos habian nacido muchas heregías; y aun entre los mismos Católicos reynaban generalmente la avaricia, la disolucion y el libertinage. Para abatir los errores; confundir á los Hereges; y remediar los horribles desórdenes de los Fieles, crió Dios á mi Doctor Angélico, y lo llenó de una dulzura y sabiduría semejantes á la del Salvador: Insuperables en sus empresas; inalterables en la execucion de sus designios; y consiguientemente dulzura de costumbres, y don de sabiduría, que fueron el fruto de toda la fuerza de su gallardo espíritu: *De forti egressa est dulcedo.*

Fué tan insuperable en sus empresas el dulce carácter de mi Angélico Maestro, que sacrificó al ardor de su zelo sus grandezas hereditarias, su fortuna, y quantos respetos humanos se oponian á sus piadosas ideas. No pretendo, que conociese desde luego la vasta extension de su vocacion: mas sé, que, por lo menos, advirtió que Dios lo llamaba al estado religioso: Estado, que solo respira dulzura y moderacion; pero dulzura marcial, que está siempre en guerra contra el vicio.

Determinado á prepararse para ser digno Religioso de la esclarecida Orden de Predicadores, ¡qué cuidado no puso en conservar la flor de su primera inocencia! ¡Con qué aplicacion no se dedicó á adquirir el mérito de una erudicion profunda! ¡Con qué atencion, para unir á las bellas noticias las buenas costumbres; y al estudio de las ciencias, la práctica de las mas heróycas virtudes! En el Monte Casino exîste todavía la celda, donde puso los sólidos fundamentos de su santidad; y en Nápoles la Universidad, en que dió pruebas esclarecidas de su incomparable capacidad. Alianza necesaria para la dulzura evangélica, que pide igual virtud y sabiduría: Pero alianza muy rara en su edad, y en su nobilísimo nacimiento; porque

que la juventud fué siempre la estacion de los placeres y delicias mundanas; y la nobleza suele hacer gala y profesion de la ignorancia: Alianza, que desde entonces hizo que fuese mirado como la maravilla de su siglo; y que su Confesor y Maestros profiriesen muchas veces, que aquel Señorito sería en poco tiempo el oráculo del mundo todo; y un precioso ornamento de la Iglesia. Y el suceso no tardó en verificar la prediccion.

Mas quando llegó el caso de declarar su vocacion, y tomar el hábito del gran Patriarca Santo Domingo; ¡oh Dios! ¡Y qué combates no tuvo que superar contra la naturaleza! ¡Qué sacrificios no tuvo que hacer á la gracia! Un Padre poderoso y absoluto, cuya voluntad habia seguido hasta entonces ciegamente, y cuyas ideas quedaban enteramente trastornadas, en una edad en que el reconocimiento pedía, que le hiciese gozar los frutos de la noble educacion que le habia dado: Una madre tierna y amorosa, que hasta allí habia sufrido con pena su precisa ausencia; y á quien iba á afligir mas y mas con su voluntario retiro; quando ella esperaba verlo entre sus brazos, para que fuese su apoyo y su consuelo: Unas hermanas queridas, que lo acariciaban y persuadian con amargo llanto y profundos suspiros.

¡Gran Dios! ¡Qué asaltos tan fuertes para un espíritu dulce, y un corazon sensible y amoroso! ¡Ay de mí! Vos lo sabeis, dignísimos Prebendados, y demás Sacerdotes y Religiosos, que me estais oyendo; ¡qué penosos combates no es preciso superar contra nuestra natural inclinacion, para renunciar el mundo, y dedicarse verdaderamente á Dios, aun quando estamos destituidos de grandezas y opulencia; y que á ello contribuyen gustosos nuestros padres y parientes! Esta festiva, alhagüeña y engañosa exterioridad del siglo, á vista de la aspereza y estrechez del camino

de la perfeccion, balancéa freqüentemente en las almas, y suele inclinar ácia el mundo todos los atractivos de la vocacion. ¿Qué valor pues; qué constancia no es necesaria, quando se unen, y de concierto la atacan á un tiempo mismo las reglas de la prudencia humana, las leyes del cariño, y el derecho de la sangre? ¡Ah! No, no basta ser úno intrépido y animoso: Es necesario, clama San Gerónimo, ser en algun modo cruel é inhumano: *Per calcatum perge patrem; per calcatam perge matrem*: De modo, que si reconocemos que mi Angélico Maestro, adornado de un genio tan dócil y sin dureza natural, pudo sujetar su naturaleza al dulce yugo de la Religion, es preciso confesar, que sola la fuerza del zelo mas ardiente pudo inspirarle esta dulzura: *De forti egressa est dulcedo.*

Tomó finalmente el hábito Dominicano; pero no se acabaron los combates. Irritada la madre, y hermanos de este Angélico Jóven, le prendieron; le encerraron en una fuerte Torre; le despedazaron el hábito Religioso; le maltrataron, y castigaron con dura crueldad; y viendo, que ni con alhagos, ni tormentos podian vencerle, se valieron de una diabólica astucia. Buscaron una muger de peregrina hermosura; sagaz y diestra en usar de sus naturales atractivos; y la introduxeron en la Torre, para que despojase á aquella alma angélica de su cándida pureza. Presentóse al Santo Jóven con fingidos suspiros, como si el pudor no la dexára articular palabras: Comenzó lentamente á despedir un fuego tan activo, que hubiera abrasado á nuestro Santo, si con otro fuego no hubiera procurado prontamente librarse de este asalto. Encendióse su corazon en el amor divino; y con un tizon ardiendo, acometió y puso en fuga á aquella Syrena encantadora.

Quedó vencedor; pero no presumido ni desvanecí-

cido. Reconoció humildemente, que aquella victoria era de la gracia. Se puso en oracion, dando gracias al Altísimo; y arrebatado en éxtasis, vió baxar un esquadron de Angeles, que celebraban su triunfo: Llegáronse al Santo Jóven dos de aquellas celestiales Inteligencias; le ciñeron con un *Cíngulo blanco*, y hermoso; y le apretaron tan fuertemente, que el dolor le hizo volver en sí con voces indeliberadas: Y desde aquel punto jamás volvió á sentir el mas leve movimiento de lascivia. ¡Qué dulzura! ¡Qué gloria! ¡Qué consuelo! Cesaron, ó por mejor decir, murieron todos sus movimientos naturales; mas esto fué por haberlos sacrificado á los movimientos mas fuertes del fervoroso zelo de conservar su pureza: *De forti egressa est dulcedo.*

Cerca de dos años duró su prision; y en ella aprendió de memoria toda la Biblia, y los quatro libros del *Maestro de las Sentencias*; y escribió el celebrado Opúsculo de *Fallaciis.* Convenció á sus hermanas, para que dexasen la pompa y vanidades del mundo, y siguiesen el camino de la perfeccion: Y estas mismas, que tanto habian coadyuvado á la persecucion del Angélico Jóven, lo pusieron en libertad, descolgándolo por la muralla de la Torre, metido en una espuerta, para que imitase al Apostol (1), ya que empezaba á ser su fidelísimo intérprete y discípulo. Volvióse presuroso á su amada Religion; y fué tal su recogimiento, humildad, y exercicio de todas las virtudes que, admirados los varones mas ancianos y virtuosos, principiaron á venerarle como á un oráculo, en la edad de diez y siete años.

Apenas hizo su profesion solemne, se lo llevó consigo su General, y le dexó en la Universidad de Colonia, para que continuase sus estudios baxo la di-

(3) II. Cor. cap. XI. v. 33.

reccion de San Alberto Magno. Tres años asistió al Aula con una incomparable aplicacion, y mayor modestia; sin abrir la boca, para poner el menor reparo ni argumento. Por este profundo silencio lo burlaban sus condiscípulos, llamándole *Buey mudo*. ¡Oh Dios! ¡Quién será capaz de explicar esta humildad, y esta moderacion! La sagrada Escritura nos advierte, que es casi imposible reprimir la lengua, hallándose el entendimiento fecundo de conceptos: *Conceptum sermonem tenére, quis poterit?* (1) ¿Quál sería, pues, la humildad de este Angélico Jóven, quando, adornado de un entendimiento tan sublime, y penetrando los mas profundos misterios, sufría que lo burlasen sus condiscípulos; callaba, y pasaba las noches enteras sumergido con el Apostol en la contemplacion del libro divino; esto es, el de mi dulce Redentor Jesus crucificado? Así adelantó tanto en tan poco tiempo, que parece que San Leon Papa hablaba de mi Doctor Angélico, quando dixo: *Ubi Deus magister est, citò discitur quod docetur.*

Retirado en su celda, se puso á escribir un dia contra lo que habia explicado San Alberto, interpretando la doctrina de San Dionysio Areopagita. A este mismo tiempo permitió Dios, que lo llamase su Prelado; y saliendo presuroso, se le cayó el papel inadvertidamente: Cogiólo uno de sus condiscípulos; se lo dió al Maestro; y al leerlo, quedó confuso y admirado. Vió en la eficacia de sus razones manifiesto lo contrario de lo que habia explicado: No se persuadía que pudiese ser hombre, sino algun Angel, quien lo habia escrito: No acertaba á creer que fuese parto propio del Jóven Napolitano; y para certificarse, le mandó que al dia siguiente defendiese aquel punto en públicas conclusiones. Obedeció con rubor, y docilidad an-

(1) Job cap. IV. v. 2.

angélica; y puesto en la precision de desatar su lengua, rompió su humilde silencio con un torrente de erudicion tan profunda, con tan eficaces demonstraciones, y tan celestial doctrina, que quedó atónito el mismo San Alberto Magno, y exclamó públicamente: ¡*A este llamais el Buey mudo! Él dará tales bramidos, que se oygan en todo el Universo.* ¡Memorable elogio! Glorioso para San Alberto, y mucho mas para su Jóven discípulo, que supo merecerlo.

Esta casualidad hizo que empezase á volar la fama de la humildad, dulzura y sabiduría de mi Angélico Doctor Santo Tomas; y que la obediencia le obligase á marchar á París, para explicar los libros del *Maestro de las Sentencias.* Presentóse en aquella famosa Universidad; se graduó de Doctor, y consiguió una Cátedra; oyendo todos con asombro su erudicion, su claridad, su brevedad, sutileza, y solidez en la corta edad de veinte años. Todo esto ¿no es una maravilla nunca oida? ¿No es una dulzura, y una sabiduría inimitable, que trae su orígen de la fuerza de la oracion y la virtud? Sí, sí: *De forti egressa est dulcedo.*

Por la bula de su Canonizacion consta, que se ordenó de Sacerdote de veinte y un años; y San Antonino añade, que al instante manifestó, que su corazon era un abysmo de caridad. Apenas se desembarazaba de la Cátedra, se iba al Confesonario ó al Púlpito, para cumplir con esta parte esencial de su Instituto. Exercitando este apostólico Ministerio, convirtió muchos Judíos y Hereges; y sacó innumerables pecadores del sepulcro de sus vicios. Sus dulces voces eran como las del Profeta Elías, de quien nos refiere la Escritura (1), que tenian las propiedades del fuego, porque á un mismo tiempo iluminaban y abra-

(1) Eccli. cap. XLVIII. v. 1.

saban los corazones. Para disipar la ignorancia y ceguedad del vulgo, solo brillaba en sus discursos la luz de las verdades eternas. Su claridad las hacia inteligibles á los mas rudos; su eloqüencia y su fervor, respetables á los curiosos y críticos; y su dulzura, saludables para los mas obstinados y duros.

Quando refería las ofensas hechas á nuestro amabilísimo Dios, se le erizaba el cabello; su rostro se inflamaba; sus ojos se encendian, llorando como propias, las culpas agenas; y su lengua fulminaba centellas de fuego celestial, que penetraban las almas. Las gentes corrian; y á contienda se disputaban la entrada en los Templos para oirlo; y no solo el Pueblo, sino los hombres mas doctos salian admirados de la facilidad con que enseñaba, y la eficacia con que persuadía. Mas ¿cómo no habia de lograr tan copiosos frutos, si se preparaba con rigurosos ayunos, y una continua oracion? De modo, que la santidad de sus costumbres, y el amor divino daban fuerza á la dulzura de sus voces; y es muy dificil dexar de rendirse á unos discursos tan eficaces y tiernos, sostenidos por la fuerza de un exemplo, todavía mas eloqüente: *De forti egressa est dulcedo.*

Volaba la fama de la virtud y sabiduría de mi Angélico por todo el mundo; y para premiarla, refiere el Cardenal Baronio, que el Papa Clemente IV. le confirió el Arzobispado de Napoles; y Urbano IV. le llamó á Roma, para honrarle con un Capelo. Pero como el Santo habia renunciado el mundo con todos los intereses de su fortuna, se negó á admitir estos honores y dignidades. He aquí una accion heroyca, y digna de la mayor admiracion. El apego á la fortuna ha sido siempre como una segunda naturaleza, inseparable del corazon humano. No basta haber abandonado los intereses del siglo, para dexar de vivir con cuidado y desconfianza. Algunos hay tan magnánimos,

que

que desprecian el oro y las riquezas; pero todos sacrifican ordinariamente su corazon al ídolo del honor. En el comercio del mundo se anhela continuamente para enriquecerse. En el ministerio sagrado suele encubrirse, con capa de zelo, la ambicion de adquirirse la primacía en dignidad y aplausos.

¿De quántos modos no procuró enmascararse esta idea fantástica de *honor*, para tentar la humildad profunda de mi Angélico? San Luis, Rey de Francia, y la Reyna Madre apetecen su conversacion; y procuran gozar con freqüencia de su dulce trato. Pero este Hombre-Angel huye de Palacio; y solo entra en él, siendo llamado para consultarle graves negocios. Los Cardenales en Roma, los Ministros y Pares de Francia en París, lo buscan y visitan con freqüencia; pero no los recibe mas que quando vienen á confesarse, y tratar asuntos de conciencia. ¿Quién, pues, tendrá mas parte en este perfecto desinterés? La fuerza de su virtud, ó la dulzura de su sabiduría? *De forti egressa est dulcedo.*

¿Quién creyera, que esta incomparable *luz de la Iglesia, y esta sal preciosa de la tierra*, que con sus admirables escritos, y el angélico temperamento de sus virtudes todo lo sazonaba, hubiera estado expuesta á las tempestades y revoluciones del siglo? ¡Ah! ¡Esto mismo bastaba para excitar los negros vapores del Infierno, y el cruel uracán del espíritu maligno! No fué la persecucion de mi Angélico sangrienta, como la de los mártyres: No hubo tyranos que le aprisionasen, le atormentasen, y le quitasen la vida. Este género de persecucion tan terrible, no es la mas cruel para los Doctores de la Iglesia: Su honor es mas precioso, que la misma vida; mayormente quando se trata de la pureza de su doctrina, y de sus costumbres. Y puntualmente por esta parte fué atacado mi Angélico Maestro.

Era Decano de la Sorbona un hombre ambicioso, so-

soberbio y sagaz, llamado *Guillermo*: Su envidia no podia sufrir los justos elogios y honores, con que á su vista era ensalzado nuestro Santo, y aplaudida su doctrina. Procuró infamarlo con falsos testimonios: Se unió á los Hereges; seduxo á muchos Religiosos y Doctores del Clero; y engañó á la incauta juventud de los Estudiantes. Formó una horrible sedicion contra las Religiones Mendicantes, y particularmente contra mi Angélico Doctor, y su inseparable amigo San Buenaventura. En el ardor de este tumulto consiguió Guillermo degradar á nuestro *Doctor de Doctores, y Maestro de las Escuelas*; le despojó de su Cátedra; y le declaró incapaz de volver á sus honores; mandándole, que no enseñase en público ni en secreto. La osadía de sus Partidarios llegó á tanto, que un Bedel de la Universidad insultó á mi Angélico Maestro, estando predicando; le llenó de oprobios; y leyó públicamente contra su honor muchas coplas sucias y desvergonzadas. Mas este hombre Angel permaneció inmutable; y prosiguió despues con la misma compostura y modestia con que habia oido sus afrentas.

Yo sé muy bien, que con el tiempo hizo Dios, que de tantos enemigos se retratasen unos por la penitencia; y que la Iglesia hizo callar á los otros, aprobando la doctrina de Tomás, y restituyéndole á sus honores. Mas entre tanto le fué preciso sufrir; y sufrir, como mi dulce Redentor Jesus: Quiero decir, que necesitó igualmente de la dulzura y de la fuerza. De la *dulzura*, para no manifestar resentimiento, ni defenderse con amargas quejas, ni críticas apologías; sino con razones humildes, y escritos modestos y sumisos: De la *fuerza*, para retribuir elogios por calumnias; oraciones por oprobios; y buenos oficios, por tan crueles persecuciones. ¿Quién no reconocerá en esta conducta el carácter de la fuerza, y de la dulzura apostólica? *De forti egressa est dulcedo.*

No

No nos admiremos, pues, del prodigioso número de sus triunfos contra la infidelidad y la heregía; ni de que durante su vida convirtiese mas de cien mil almas, que, despues de Dios, debieron á la fuerza de su virtud, y á la dulzura de su sabiduría el abrazar la verdadera fe, y seguir el camino de la vida. Ardía su corazon con un zelo, que ni la naturaleza, ni el interés, ni los respetos humanos podian acobardarlo; de un zelo, que ni los trabajos, ni las resistencias, ni las persecuciones podian alterarlo; de un zelo, que le hacia sacrificarse todo, y pasar una gran parte del dia, y casi toda la noche en oracion, pidiendo á Dios, iluminase su entendimiento para escribir con acierto, y defender la pureza de la Religion cristiana: Y de la fuerza de este zelo, y la eficacia de su oracion nacía la dulzura de verse casi á todas horas arrebatado en éxtasis; elevado del suelo, bebiendo las inspiraciones del Espíritu Santo; visitado freqüentemente de los Angeles, de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y de María Santísima, que venian á declararle sus dudas, y revelarle los mas profundos misterios. Con tales maestros, ¿cómo era posible que errase?

Con tales lecciones ¿cómo no habia de deshacer y disipar las tinieblas y errores, que el Infierno habia vomitado por la boca de los Simonitas, de los Arrianos, Apolinaristas, Donatistas, Helvidianistas, Maniquéos, Jovinianistas, Priscilianistas, Pelagianos, Semipelagianos, Sabelianos, Ebionitas, Novacianos, y otros muchos monstruos y cabezas de sectas infernales? Esta formidable armada de enemigos de la salvacion no se habia ido formando hasta el tiempo de mi Angélico, sino para multiplicar sus combates, y hacer mas famosas sus victorias. A todos los atacó fuertemente con su angélica pluma; los deshizo; los sometió al suave yugo y autoridad de la Iglesia; y ha-

ciéndolos cautivos voluntarios, los llevó tras de sí, como conquistados, coronado de sus escritos victoriosos y triunfantes: *Laureatus scriptis coronatur suis*, concluiría conmigo San Ambrosio.

Escritos verdaderamente triunfantes; porque el dia de hoy nos subministran todavía armas invencibles contra todos los enemigos de la fe, y de la pureza de las costumbres. De modo, que para forzar los rodeos y sutiles cavilaciones de las heregías, y doctrinas relajadas de estos últimos siglos, no es necesario mas, que tomar por guia la *Suma* de mi Angélico Doctor Santo Tomas, y oponer á sus falsos y frívolos raciocinios su autoridad, y sus discursos tan decisivos y tan sin réplica, que como dice el doctísimo Padre L' Abbé, de la sagrada Compañía de Jesus, *meditados estos, nada queda que esperar mas, que el lumbre de gloria.*

Escritos triunfantes; de los quales hasta los mismos Hereges procuran valerse; pero en vano. Porque, ¡ay de mí! ¿De quántos modos no abusan los Calvinistas, y otros muchos de su angélica doctrina! Mas, á pesar del visible abuso que de ella hacen, y del glorioso nombre de discípulos suyos, con que se honran, ella viene siempre á servirles de confusion, y á destruirlos.

Escritos triunfantes; cuyos resplandores y luces han penetrado hasta los espíritus mas opuestos al Cristianismo, del qual hizo mi Angélico la mas bella apología, y demonstró su verdad contra los Ateistas, los Paganos, y los Idólatras, en su precioso libro *Contra Gentes*: el qual fué llevado original á Roma; y el Papa, con el Sacro Colegio de Cardenales, salió á recibirle, y lo entró en el Vaticano con Palio, y otras demonstraciones de triunfo.

Escritos victoriosos y triunfantes, por la fuerza del amor divino que respiran, y la dulzura con que

atraen

atraen y mueven los corazones, como se ve en sus Comentarios sobre los Salmos, y el Cántico de los Cánticos, que son un compendio de toda la Escritura. En ellos une el viejo y nuevo Testamento, el Evangelio y los Profetas; de modo, que la glosa parece tan original, como el texto. En ella resplandecen las mismas luces, los mismos ardores, y las mismas impresiones. El amor divino formó los Salmos en el corazon de David; y el amor divino los declaró en el corazon de mi Angélico Doctor.

Escritos finalmente, triunfantes; porque, ya por su multitud, ya por su variedad, deben ser llamados justamente *la Biblioteca universal de los Santos Padres*; pues todos ellos, y con particularidad *la Catena Aurea*, contienen su espíritu, sus máxîmas, y su doctrina. Y sobre todo, combaten particularmente todos los errores, que los santos Padres habian atacado, cada uno de por sí; y á mas de esto, destruyen todas las heregías y errores, que en el tiempo de mi Angélico no habian nacido todavía, ni estaban próximos á salir á luz.

¡Grandes y famosos Héroes de la Religion Católica! ¡Hombres santísimos, cuyos gloriosos nombres están y estarán grabados para siempre jamás en los Anales é Historia de la Iglesia! Cyprianos, Irenéos, Justinos, Atanasios, Crysóstomos, Cyrilos, Ambrosios, Gerónymos, Fulgencios, Isidoros, Ildefonsos! Yo no temo ofenderos, si me atrevo á decir, sin disminuir nada del feliz éxîto de vuestros combates, ni de las victorias, que nuestra santa Fe debe á vuestros trabajos, que el gran Padre San Agustin, y su verdadero discípulo el Angel de las Escuelas, tuvieron mucho mas que combatir y que vencer, para haberla afianzado con sus escritos, y dexarla defendida de sus enemigos, presentes y futuros.

Esta verdad brilla particularmente en los escritos

de estas dos grandes Lumbreras de la Iglesia sobre la materia de la *Gracia.* Mysterio tan árduo, y abysmo tan profundo, que han naufragado en él todos los entendimientos indóciles, que sin la debida humildad extendieron atrevidos la mano, para correr el velo con que está cubierto tan soberano arcano. La estrechez del tiempo no me permite referir los errores que sobre este punto inventaron varios Heresiarcas, antes y despues que iluminasen al Mundo estos dos incomparables Doctores de la Iglesia. Solo diré, que, como Dios los habia destinado especialmente para su defensa, les reveló en la divina Escritura, que este inefable secreto encierra en sí toda la fuerza y la dulzura de los méritos de mi Redentor Jesus. *La fuerza* en su eficacia y su infalibilidad; *y la dulzura* en la suavidad, con que atrae infaliblemente al corazon humano, sin herir su libertad: *De forti egressa est dulcedo.*

Estas expresiones son muy delicadas: me explicaré mas claro. El gran Padre San Agustin, y mi Angélico Maestro, para defender esta *Gracia victoriosa y eficaz*, tan perseguida de los Pelagianos, y tan mal entendida de los Calvinistas, se valieron de los principios fundamentales de la Fe. Habian aprendido del Apostol, que "nosotros nada podemos por nosotros »mismos; y que lo que podemos, nos viene de Dios:" *Non sumus sufficientes... ex nobis; sed sufficientia nostra ex Deo est* (1). Hé aquí la necesidad de la Gracia. Del mismo Apostol habian aprendido, que "la Gra»cia no se da por mérito; porque entonces no sería »Gracia:" *Non volentis, neque currentis, sed miserentis est Dei* (2). Hé aquí por lo que la llaman *gratuita.* Tambien habian aprendido del Apostol, que "Dios tie»ne piedad de quien quiere; y dexa obstinarse y en»du-

(1) II. Cor. cap. III. v. 5. (2) Rom. cap. IX. v. 16.

»durecerse á quien le agrada": *Cujus vult miseretur; et quem vult, indurat* (1): Hé aquí *la eficacia.* Todo esto lo habian aprendido del Apostol; pero no el modo, con que esta Gracia tan eficaz y tan poderosa, se compone y concuerda con *la libertad del hombre*; ni cómo obra *infaliblemente* sobre nuestras voluntades, sin hacerles *la menor violencia*; ni cómo le obedecemos nosotros *infaliblemente*; y con todo, lo hacemos con mérito, y sin coaccion alguna.

A la vista de este profundo abysmo se pára el mismo Apostol, y exclama: ¡"O profundidad de la cien»cia de Dios! ¡*O altitudo*! Es necesario tener toda la penetracion de estos dos grandes Doctores de la Iglesia, y mucho mas, toda su humildad y sumision de entendimiento al Espíritu de Dios, para fondear con seguridad esta profundidad impenetrable. De otro modo es preciso perderse, como se perdieron Pelagio y sus discípulos; y en estos últimos siglos Calvino y sus sequaces. Mas si leemos con humildad y sumision al gran Padre San Agustin y á mi Doctor Angélico, veremos, que su doctrina es una misma, como lo afirma el Papa Sixto V. en una Bula del año de 1588: Y tambien entenderémos fácilmente, que este abysmo de dificultades no es otra cosa, que la dulzura que nace de la fuerza: *De forti egressa est dulcedo.*

Obra la Gracia, dice mi Angélico Maestro, con el gran Padre San Agustin; obra la Gracia con fuerza y eficacia, quando muda Dios el corazon del hombre, infundiéndole por modos secretos y admirables una suavidad y dulzura celestial, que, venciendo el deleyte de la carne, hace que el hombre, considerando por una parte su miseria, su nada, y que la muerte le ha de reducir en polvo; y por otra parte la Magestad y Eternidad de Dios, se disgusta del pecado, que

(1) Ibid. v. 18.

que lo aparta de este sùmo Bien ; y, hallando su mayor gozo y alegría en Dios, se va infaliblemente á él, movido de un impulso totalmente libre, voluntario y amoroso ; de modo, que sería para el hombre un penoso suplicio, el separarse de un Bien tan soberano: No porque no tenga poder para alejarse de Dios, y amar los vicios ; pues si quisiera, se alejaría efectivamente, y los amaría: Pero ¿cómo habia de querer esto, siendo así, que la voluntad nunca se inclina sino á lo que mas le agrada ; y entonces nada le agrada tanto, como ese Bien único, que en sí contiene todo verdadero bien? *Quod enim amplius nos delectat, secundùm id operemur necesse est.*

De este modo dispone Dios la voluntad libre del hombre, sin forzarla ; y el *libre alvedrío*, que siempre puede resistir á la Gracia, pero no siempre quiere, se va libre é infaliblemente á Dios, que, como dicen los mismos Santos Doctores, lo atrae con la dulzura que infunden al corazon sus eficaces inspiraciones: y entonces la fuerza del amor divino hace dulce y suave el rigor de los preceptos de la Ley de Dios: *De forti egressa est dulcedo.*

Con esta clarísima doctrina de mi Angélico quedaron disipadas las tinieblas del Infierno, vomitadas por la boca de los Hereges, que, con pretexto de defender *la libertad del hombre*, anonadaban la fuerza y eficacia de la Gracia, que, como dice el gran Padre San Agustin, es el precio de los méritos y preciosa sangre de Jesus. Confesemos, pues, que la dulzura sobrenatural es inseparable de la fuerza, y que de ella trae siempre su orígen. Querer separarlas, y figurarnos la Ley de Dios como yugo suave, sin esfuerzo ni violencia, es no querer entenderla segun el espíritu de Dios ; y querer acomodarla á nuestro genio y á nuestras amadas inclinaciones: porque el mismo Salvador, que llama á sus preceptos *yugo suave*,

y

y carga leve (1), nos asegura tambien, que son árduos y penosos; y que el Reyno de los Cielos se ha de conquistar con fuerza y con violencia (2). En una palabra; nuestro amable Redentor Jesus nunca separó la dulzura de la fuerza; y así nos adquirió con su muerte *la Gracia eficaz y victoriosa*; y dispuso, que toda su eficacia y toda su fuerza consistiese en una dulzura celestial, que con una maña y suavidad inocente nos gana el corazon; y consiguientemente, nuestra voluntad se determina entonces infaliblemente, pero movida de un impulso totalmente libre y amoroso.

Pidamos á Dios esta dulzura, que nace de la fuerza y eficacia de la Gracia; y estemos seguros de que si la conseguimos, será para nosotros muy suave el áspero camino de la perfeccion, por el qual nos guia rectamente la doctrina de mi Angélico Maestro. Así nos lo aseguran los Papas y los Concilios, que se valieron hasta de sus mismas palabras para formar sus decisiones, decretos y cánones. Exâminemos cuidadosamente esta proposicion.

En el Concilio Lugdunense mandaron los Padres, se leyese el *Opúsculo*, que de orden de Urbano IV. habia escrito mi Angélico Doctor contra la doctrina de los Griegos: y sin mas disputas, quedaron estos convencidos; confesaron, que esta pequeña obra contenía una perfecta concordia de la sagrada Escritura, y santos Padres; y volvieron á unirse al gremio de la Iglesia católica.

En el Concilio Vienense fueron convencidos los Begardos y Beguinos con artículos de la *Suma* de mi Angélico; los quales, trasladados literalmente, quedaron hechos Cánones; como puede verlo qualquiera que se tome el cuidado de cotejarlos.

Casi lo mismo sucedió en el Concilio Constancien-

(1) Matth. cap. XI. v. 30. (2) Ibid. c. VII. v. 14, et c. XI. v. 12.

ciense, para condenar los errores de los Husitas. Por lo que, irritado el impío Lutero, decia: "Juan Hus, »y Gerónimo de Praga fueron condenados en el Con»cilio de Constancia, siendo santos y mártyres de »Dios: y Tomas de Aquino fué exâltado, siendo fuen»te de todas las heregías, y extincion del Evange»lio." ¡Qué mayor elogio de mi Angélico Maestro, que este vituperio Luterano!

El Concilio Florentino, presidido por Eugenio IV, no solo se valió de la Doctrina de mi Angélico para todas sus resoluciones, sino que en la mayor parte de los Cánones usó de sus mismas palabras, citándolas expresamente; y á veces sin añadir otra razon, que la de: *Así lo dice Santo Tomas.* Y esto fué lo que obligó al Ilustrísimo Ciantes á prorumpir en esta sentencia: "La familia de Predicadores poco á poco va per»diendo su Doctor: porque sus opiniones pasan á Cá»nones, y sus doctrinas á dogmas de Fe."

En el Concilio Tridentino colocaron en medio del Consistorio una mesa con la Biblia, las Decretales, y la *Suma* de mi Angélico. Y en dudando algun punto, clamaban á una voz todos los Padres: "Consúltese á »Santo Tomas:" *Consulatur Divus Thomas.* Y tratando del tiempo en que mi dulce Redentor Jesus ordenó de Sacerdotes á los Apóstoles; habiendo resuelto, que fué en la noche de la Cena, quando dixo: *Hoc facite in meam commemorationem* (1); al extender el cánon, refirió un Teólogo, que Santo Tomas sentía lo contrario en la Tercera parte, qüestion setenta y tres, artículo quinto. Quedó suspenso todo el Concilio: se mandó leer atentamente esta doctrina; y meditada, se resolvió el punto en la Sesion siguiente, conforme á la mente de mi Angélico Doctor. En una palabra; así como nuestro Santo manifestó siempre, que

(1) Luc. cap. XXII. v. 19.

que era el hijo mas obediente, sumiso y respetuoso de la Iglesia; así tambien la Iglesia, como madre amorosa, ha manifestado siempre su estimacion, su confianza, y, permítaseme decirlo así, su predileccion á la doctrina de este Hombre-Angel.

Pero ¿para qué me canso? Si nos asegura todo esto, y mucho mas, el doctísimo Padre Aponte, de la sagrada Religion de la Compañía de Jesus: "Todos los Concilios, dice, así generales como provinciales, celebrados despues de Santo Tomas, formaron sus Cánones y Decretos segun la doctrina de Santo Tomas." Y esto mismo nos lo confirma el famoso Padre Rivadeneyra, de la misma Compañía.

El Papa Juan XXII, en el Consistorio de Cardenales, tratando de canonizar á mi Angélico, despues de aprobar muchos milagros, que Dios habia obrado por su intercesion, dixo públicamente, "que aun quando no fueran tantos y tan patentes; y aun quando no hubiera sido comprobado ninguno; sola su doctrina bastaba para canonizarlo, por ser cada artículo de sus obras un milagro: *Etsi Sanctus Thomas nullis in vita sua, nec in morte claruisset miraculis, ut adscriberetur catálogo Sanctorum, doctrina illius esset sufficiens: Quot enim articulos scripsit, tot miracula per illum Dominus operatus est.* Y por esta razon el mismo Papa llama *Obras de Dios* á los escritos de nuestro Doctor Angélico.

Clemente VI. concedió muchas indulgencias á los que celebrasen la Octava del Santo; y expidió una Bula, en que le llama: *Doctor egregio; Doctor almífico; y sarmiento lucidísimo y fructífero de la Iglesia.*

Inocencio VI. concede y confiesa ventajas á la doctrina de mi Angélico, en comparacion de los demas Doctores de la Iglesia; y asegura, que "los que la siguen, jamás se apartaron un punto de la verdad; y por el contrario, declara sospechosos á los que tu-

vieren la osadía y temeridad de impugnarla" : *Hujus Doctoris doctrina præ cæteris (exceptâ canonicâ) habet proprietatem verborum; veritatem sententiarum: ita ut nunquam, qui eam tenuit, inveniatur á tramite veritatis deviasse; et qui eam impugnavit, semper fuit de veritate suspectus.* De lo que claramente se infiere, que si todos siguieran su angélica doctrina, no habría heregías ni errores; ni tantas opiniones relaxadas.

Paulo IV. veneraba tanto la doctrina de mi Angélico Maestro, que, aludiendo al sol y á la sal, decia freqüentemente: "Esta es la luz de mis ojos; el consuelo »y recreo de mi vida; y el báculo de mi vejez."

San Pio V, Sixto V, y Clemente VIII. nos aseguran, que "esta doctrina es angélica; lumbre clarísima de la Iglesia; y regla cierta de la doctrina »cristiana."

Paulo V. la llama] "Escudo inexpugnable, con »que la Iglesia Militante se burla de las saetas de sus »enemigos."

Clemente VIII. llamó á nuestro Santo: "Intérprete de la voluntad divina, cuya doctrina mereció »en tres distintas ocasiones la aprobacion de Jesu»cristo crucificado": *Benè scripsisti de me, Thoma: ¿Quam mercedem accipies?*

En una palabra; todos los Papas han tenido y tienen esta doctrina por la mas sana, la mas pura, y la mas útil para el bien de la Iglesia; y por esta razon han elegido y eligen siempre un Religioso de la esclarecida Orden de Predicadores, para que sea Maestro del Sacro Palacio en Roma.

Todas las Universidades tienen Cátedras particulares para enseñar esta doctrina; y muchas de las mas famosas, como París, Bolonia, Tolosa, Lovayna, Maguncia, Colonia y Nápoles, la profesan por estatuto; y obligan con juramento á defenderla, á todos los que en ellas se gradúan.

In-

Innumerables Santos la han ensalzado con particulares elogios. Mas, porque sería preciso no concluir en muchas horas, si me empeñára en referirlos, solo diré, que San Francisco de Borja, lustre de la sagrada Compañía de Jesus, compuso un librito en forma de letanía, con los artículos de la *Suma* de mi Angélico Maestro; y la rezaba todos los dias con gran cuidado.

De San Luis Gonzaga nos refiere el Padre Acosta, de la misma ínclita Compañía, que no gustaba de opiniones extravagantes; y se redujo al fin de su vida, á no tener mas libros que la Biblia, y la Suma de Santo Tomas.

San Francisco de Sales la estudiaba de rodillas, y descubierta su cabeza; y nos dice en su epístola treinta y dos: "Que este es el máxîmo de los Doctores, »que ha tenido la Iglesia de Dios."

Ea, pues, fieles discípulos de mi Angélico, gloriémonos de tener el mejor de todos los Maestros; y sigamos con tranquila seguridad su doctrina, supuesto que los Papas, Concilios, Universidades famosas, y Santos la tienen por la mas sana, la mas pura, y la mas útil. Meditemos profundamente su *fuerza*, y su *dulzura*. Tengamos presente, que, aunque leamos sus Obras, si no le imitamos, preparándonos con la fuerza y eficacia de la Oracion, no alcanzarémos jamas la dulce sabiduría que contienen. Mas si estudiamos de este modo, entenderemos fácilmente los mas profundos mysterios; y se abrasará nuestro corazon, como el suyo, en el amor de Dios, en el amor de nuestro Redentor Jesus. Y la dulzura y atractivos de este amor nos dispondrá para una constante firmeza en el camino de la perfeccion; y nos hará sacrificarnos en el ardiente zelo de la salvacion de las almas; porque, como dice el gran Padre San Agustin, "este amor divino todo es obras: tiene muy pocas palabras: sus mismos afectos,

aunque vivos, son freqüentemente mudos: No sabe explicarse bien, sino con acciones, y acciones fervorosas: Es enemigo de la pereza, la frialdad y la inconstancia: Es un dulce fuego, que, quando prende en los corazones, los pone en un continuo movimiento. Y así mi Doctor Angélico jamás tenia reposo: pasando de la Cátedra al Púlpito; del Púlpito al Confesonario; del Confesonario á la oracion; de la oracion al bufete, para escribir quanto el Espíritu de Dios le iba dictando.

Hé aquí un manifiesto desengaño para que, baxo del suave nombre de su angélica dulzura, no nos figuremos una dulzura sin accion, y sin movimiento: una dulzura, enemiga del trabajo, y amante del reposo. ¡Ah! Esta perezosa dulzura, tan amada en nuestros tiempos de muchos Eclesiásticos, no es propia de nuestro estado: Es una dulzura separada de la fuerza del amor divino; y consiguientemente opuesta á la verdadera sabiduría, y al amable carácter de mi Angélico Maestro. Unamos, pues, á la dulce leccion de sus escritos la fuerza de su oracion, y sus heróycas virtudes. El establecer la dulzura de la sabiduría sobre la fuerza y sólidos fundamentos del amor divino, como lo hizo el Angel de las Escuelas, es poseer en sumo grado el arte dificil de dirigir las almas; es triunfar de la relaxacion de costumbres con la suavidad de la doctrina; y triunfar del error con la fuerza de la virtud: *De forti egressa est dulcedo.*

Hé aquí descifrado el enigma de Sanson en el carácter de mi Doctor Angélico, y en el espíritu de su doctrina: *Espíritu de dulzura, y espíritu de fuerza.* Espíritu propio de la Religion cristiana, y que puede llamarse *Espíritu universal de la Iglesia*: Espíritu sublime y heroyco; pero que se acomoda á todos los estados, y se adquiere con el socorro de la Gracia. Reprimir las pasiones; perdonar las ofensas; compade-

decernos del próximo ; conservar la castidad; guardar la fidelidad conyugal ; instruir cada uno santamente á su familia; y, para decirlo de una vez, el dirigir todas nuestras acciones á Dios ; son cosas, que cada momento nos advierten, que *la dulzura* y *la fuerza* son compañeras inseparables en la vida cristiana, cuya union forma una bella concordia de todas las virtudes ; la armonía de la perfeccion; la verdadera sabiduría ; la ciencia importante de nuestra salvacion ; y el camino para llegar á poseer una eterna felicidad en la Gloria : *Quam mihi. &c. Amen.*

SER-

SERMON II

DEL ANGELICO Dr. Sto. TOMAS DE AQUINO, predicado tambien en la santa Iglesia de Toledo, año de 1770. *

Thronus ejus, sicut sol.
Psalm. LXXXVIII. v. 38.

¡Qué admirables, qué sencillos, qué eficaces son los varios modos con que mi dulce Redentor Jesus plantó la Iglesia; la ha gobernado y sostenido en el mar inconstante y borrascoso del mundo! ¡De qué medios no se ha valido para impedir, que las puertas del Infierno prevalezcan contra esta Ciudad santa, colocada en la eminencia de un monte; y tan bien fortificada, que jamás pudieron destruirla los esfuerzos y la guerra cruel, que en todos los siglos la han hecho los hijos de Babylonia!

Para establecer esta Ciudad fuerte, y poblarla de verdaderos fieles, se valió de unos pobres Pescadores, sin crédito y sin eloqüencia; pero los adornó de unos caractéres sensibles y brillantes, con que triunfaron de la incredulidad: Los envió como corderos en medio de feroces lobos; pero les dió tal poder, que sus milagros y prodigios excedieron á los que habia hecho su divino Maestro: Sola su sombra obraba maravillas (1).

Establecida y poblada esta Ciudad santa, la declararon cruel guerra los Emperadores paganos, movi-

(*) Si el precedente Panegírico del Angélico Doctor es un discurso de los mas apreciables, así por lo nuevo de la idea, como por su cabal desempeño; bien se puede asegurar, que el presente en nada es inferior á aquel: antes, á vista de muchos de sus eloqüentes rasgos, acaso no faltará quien le dé la preferencia.

(1) Joann. cap. XIV. v. 12.; et Act. cap. V. v. 15.

vidos de un falso zelo por el culto de sus Dioses; la atacaron con furiosas persecuciones; y la fué necesario sostenerse á fuerza de sangre, constancia y firmeza. ¿Qué Héroës no formó la Gracia en aquellos siglos de sangre y fuego? ¿Qué intrepidez, qué valor, qué constancia no se vió aun en la edad mas tierna, y en el sexô mas débil, para sufrir los tormentos del martyrio, y confundir á los tyranos? Los Cristianos iban al suplicio con mas gozo y alegría, que el ardor con que los hombres mas impuros corren á sus placeres.

Finalmente, establecida la paz y tranquilidad de la Iglesia, con la conversion del grande Constantino, inmediatamente la suscitaron los hombres otra guerra con las disputas y asaltos de la heregía; y aun los mismos hijos de esta Madre amorosa quisieron marchitar su cándida belleza con colores extraños, y opiniones laxâs, que corrompiesen sus costumbres.

Para defenderla de estos asaltos, mas temibles que el furor de los tyranos, suscitó Dios Doctores ilustres, depositarios fieles de las ciencias sagradas, que, aplicándose á meditar la ley en la simplicidad de su corazon, y á observar exâctamente sus preceptos, fuesen despues á defenderla contra los enemigos de la Fe, y á enseñarla á los fieles en toda su pureza: Tales fueron en sus siglos respectivos, los Cyprianos, Atanasios, Hilarios, Basilios, Ambrosios, Gerónimos, Agustinos, Fulgencios, Isidoros, Julianes, Ildefonsos: Tal fué en los tiempos posteriores el Santo Doctor, de quien voy á hablaros; el Angel purísimo en carne humana; el Serafin abrasado en amor divino, que, arrebatado en éxtasis, bebía las luces de la verdad en la misma fuente, unido á la *Verdad por esencia*, que es Dios; *el Sol de las Escuelas*, que con sus rayos ilumina los entendimientos; abrasa las voluntades, fortifica los corazones; disipa los negros vapores

del

del Infierno, y las sombras oscuras de la heregía y el error: en una palabra; el *trono de la sabiduría*, luminoso, brillante, encendido como el sol: *Thronus ejus, sicut sol.* Digámoslo de una vez; *Santo Tomas de Aquino*, Doctor Angélico, Doctor Eucarístico, Doctor ecuménico y universal.

Todos estos gloriosos títulos le convienen con propiedad; le distinguen entre los demas santos Doctores, y forman el elogio mas sublime de su mérito. "Es *Doc-*
"*tor Angélico*, porque su castidad tiene ciertos realces,
"en que es superior á la pureza angélica; y su ciencia
"no solo es angélica, sino *casi divina*: Es Doctor *Eu-*
"*carístico*, porque con luces mas claras que los rayos
"del sol, explicó los misterios y gracias inefables que
"se contienen en el Sol de Justicia Cristo, en el au-
"gusto Sacramento del altar: Es *Doctor ecuménico y uni-*
"*versal*; porque no hay heregía que no haya confun-
"dido; no hay error que no haya combatido; no hay
"verdad que no haya establecido; no hay duda que
"no haya declarado." Ya veis propuesto el plan de su elogio.

Vos, Vírgen Santísima, Madre de pureza, y Madre de la sabiduría y de la gracia, asistidme para elogiar á este Santo, mas puro que un Angel; á este *trono de sabiduría*, que es el sol que ilumina la Iglesia; á este *invencible defensor de la Gracia y de la Fe*, que aun despues de muerto la sostiene con sus escritos. *Ave gratiâ plena.*

Thronus ejus, sicut Sol.
Psalm. LXXXVIII.

El hombre, Ilustrísimo Señor, quedó profundamente corrompido por el pecado original. Con todo, le restan aun, dice el gran Padre San Agustin, de los fragmentos de su destrozada inocencia, ciertas incli-

clinaciones y gusto á buscar la verdad, que son como esperanzas de su restablecimiento. Mas ¡ay de mí! ¡Las pasiones sofocan estas débiles esperanzas de consuelo, y nos precipitan en los desórdenes! Lejos de buscar la verdad, huimos de ella, corriendo tras los placeres y comodidades de la vida, poniendo nuestro gozo en las cosas materiales; y nuestras delicias en los gustos sensibles y brutales.

Es principio sentado en la doctrina de mi Angélico Maestro, que el conocimiento de la verdad es tanto mayor en las criaturas, quanto están mas separadas de la materia. Las plantas son vivientes y vegetables, pero carecen absolutamente de conocimiento; porque su forma es del todo material. Los brutos, que solo distan un grado de las plantas, tienen un conocimiento sensible, y limitado á cosas materiales; porque sus formas penden de la materia y órganos corporales. El hombre, adornado de un alma espiritual, criada por Dios y unida despues al cuerpo, es capaz de contemplar y conocer todas las verdades naturales, y sobrenaturales: mas, mientras que la alma está unida á este cuerpo mortal, necesita valerse de las especies que la subministran los sentidos y la fantasía. Los Angeles, como son incorporeos, están libres de estas imperfecciones; y conocen las cosas, sin mendigar especies de sus formas particulares. Con todo, el conocimiento angélico no es absolutamente perfecto: Los Angeles ignoran muchas cosas; no exercen ó hacen siempre uso de la noticia de las que naturalmente conocen: finalmente, no comprenden la esencia de los espíritus superiores, y mucho menos la divina Esencia. Solo Dios, que es Espíritu purísimo, y libre de toda concrecion ó materia, conoce todas las cosas, y se comprende á sí mismo. Toda esta doctrina es del Angélico Doctor, que concluye con esta bella sentencia: *Quia Deus est in summo*

mo immaterialitatis, sequitur quòd sit in summo cognitionis.

Supuesto este principio, no os admireis de que una castidad y pureza, mas que angélica, adornase á nuestro Santo de un conocimiento y una ciencia, no solo angélica, sino *casi divina.* Quizás os parecerá temeraria esta proposicion, ó por lo menos, una exâgeracion poco prudente: mas atended; que pienso demonstrarla con unas reflexîones de San Ambrosio y San Bernardo, que parece no pudieran haberlas hecho mas adeqüadas para mi asunto.

Los Angeles son puros por naturaleza; y el *Doctor Angélico* lo fué por una libre eleccion, y por virtud de una profunda humildad; y esta humildad, dice San Bernardo, da un realce á la pureza virginal, que no tiene ni puede tener la pureza angélica.

Los Angeles son puros en el reyno de la pureza, y en medio de sus felicidades, sus palmas y sus coronas: mas nuestro Santo fué puro, fué Angel en la tierra, á pesar de los impulsos y combates de la carne, y de los atractivos lisonjeros del mundo.

Los Angeles son puros en la sociedad de otros Espíritus, tan puros como ellos: mas nuestro Santo conservó su angélica pureza en un mundo corrompido, donde lo que parece mas puro, es freqüentemente un veneno mas temible. Las diversiones, que se llaman *indiferentes*; las alianzas, al parecer, honestas; las amistades que se dicen *inocentes*; ¡quántas veces son colores especiosos, que ocultan flaquezas vergonzosas! Por tanto, nuestro angélico Jóven, habiendo leido en la sagrada Escritura, que la desconfianza propia es la guarda mas segura de la inocencia, tomó desde luego el partido del retiro y del silencio; huyó de las compañías peligrosas, que forman tantas tiernas simpatías; de las concurrencias brillantes, que exponen á la vista quanto el mundo tiene de artificioso para se-

du-

ducirnos; del encanto de los placeres, que embelesa los sentidos, y dexa el corazon sin defensa; y se armó con las virtudes de *la humildad y el pudor*, que son dos murallas impenetrables á todos los asaltos del mundo y de la carne.

Los Angeles son puros, habitando en las purísimas delicias del amor divino, y en un estado, en que nada puede combatirlos ni tentarlos; mas nuestro Jóven angélico fué puro hasta en la prueba mas fuerte, que el Señor permitió le presentasen el mundo y la carne, para que fuese mas señalada y completa su victoria. Se hallaba preso en la Torre de *Roca-sicca*, de orden de su madre y sus hermanos, que le querian impedir hiciese profesion en la esclarecida Orden de Predicadores; y se valieron de una astucia diabólica para trastornar su vocacion: Buscaron una muger de peregrina hermosura, sagaz y diestra en usar de sus naturales atractivos; y la introduxeron en la Torre, para que despojase aquella alma angélica de su cándida pureza. Presentóse al santo Jóven con fingidos suspiros, como si el pudor no la dexára articular palabras: Sus lágrimas daban á entender la afliccion de su corazon, y las amorosas ansias con que le buscaba: Por sus bellos ojos despedia centellas de un fuego tan vivo, que hubieran abrasado á este inocente Angel, si con otro fuego no hubiera procurado librarse prontamente de este terrible asalto.

Mas, como su corazon puro ardía en llamas de amor divino, con un tizon de fuego material acometió, y puso en fuga á aquella sirena encantadora. Quedó, con efecto, vencedor; pero no presumido ni vanaglorioso: reconoció con humildad, que aquella victoria era triunfo de la Gracia: se postró en tierra, alabando al Señor; sacrificándole nuevamente la pureza de su cuerpo y de su alma; y dándole infinitas gracias. Entonces fué arrebatado en éxtasis, y vió

baxar muchos Angeles, que con admiracion celebraban su triunfo; y, ciñéndole con un *Cíngulo* celestial, le alistaron en su angélica gerarquía. ¡Qué dulzura; qué gloria; qué consuelo! Desde aquel punto cesaron, ó, por mejor decir, murieron todos los movimientos naturales de su carne: Quedó Angel en forma humana; y superior á los mismos Angeles, por los realces que esta victoria y su humildad profunda dieron á su angélica pureza. Consiguientemente, no admireis, que á una castidad y pureza mas que angélica, comunicase Dios un conocimiento y una ciencia infusa, no solo angélica, sino *casi divina.*

En efecto, la doctrina del Doctor Angélico es verdaderamente *divina* por su *objeto*, su *origen*, sus *caractéres*, *y modo de adquirirla.* Es *divina* por su objeto, que es el mismo Dios; y en ella nos enseña con método y claridad, quanto se puede saber en esta vida mortal sobre la Unidad de la divina Esencia en la Trinidad de personas; sobre sus atributos y perfecciones.

Es *divina en su orígen*, *y modo de adquirirla*; porque, como su corazon ardía de un zelo, que ni la naturaleza, ni el interés, ni los respetos humanos podian acobardarlo; de un zelo, que ni los trabajos ni las persecuciones podían alterarlo; de un zelo, que le hacia sacrificarse todo en amor de Dios, y pasar una gran parte del dia, y casi toda la noche en oracion, pidiendo al Señor iluminase su entendimiento para escribir con acierto, y defender las verdades puras de la Religion cristiana: De este zelo, y fuerza de su oracion era arrebatado y elevado en éxtasis; y durante sus raptos, venian unas veces los Angeles; otras los Apóstoles San Pedro y San Pablo; otras María Santísima; y le declaraban sus dudas: En estos freqüentes raptos, unida su voluntad y su entendimiento á Dios, bebia en esta fuente inagotable de luces las dulces inspiraciones del Espíritu Santo; adquiría cien-

cia

cia infusa; y quedaba perfectamente instruido en los mas árduos y profundos misterios; porque, como dice San Leon Papa: *Ubi Deus magister est, citò discitur quod docetur.*

Finalmente, su doctrina es *casi divina* por sus caractéres distintivos; porque, como observó un famoso Escritor de la Historia Eclesiástica, "en su clari-"dad, brevedad, sencillez de estilo, dulzura en per-"suadir, y eficacia en demonstrar, es la mas seme-"jante al Evangelio, y á las Epístolas de San Pablo."

Mas no solo en lo que este Doctor Angel trata de Dios, se vé ser su sabiduría mas que angélica; pues, extendiendo su aplicacion á las ciencias profanas, explica los 52 libros de Aristóteles, y los adorna con insignes Comentarios: Trabajo necesario en aquel siglo; porque muchos Filósofos depravados se valian de los sofismas aristotélicos para combatir los sagrados dogmas de la Fe. Y aunque nuestro Santo sabia los nombres odiosos, que dieron á la Filosofia los primeros Apologistas de la Religion cristiana, y que Tertuliano la llama *destruccion de la verdad*: *Concussio veritatis*, *Philosophia*; armado nuestro Doctor Angélico de humildad, y zelo de defender la Fe, se entra en esta selva de errores; escudriña sus arcanos; aparta las falsedades que contiene; entresaca las verdades; las purifica; las aclara; y las une á la doctrina evangélica: acrecienta con ellas el rio sagrado de sabiduría; que, corriendo de siglo en siglo desde el nacimiento de la Iglesia, va á terminar en el seno del mismo Dios; en aquel inmenso mar de verdad de donde salió: En una palabra; el Angélico Doctor hace, con un arte todo divino, que la mentira sirva á la verdad; la Filosofia á la Fe; la supersticion al verdadero culto; los despojos de Egypto á la construccion y adorno del Tabernáculo: Consagra las armas de los Gigantes al Templo del Señor, despues de haberse ser-

vi-

vido de ellas contra los mismos Filisteos: Sacando así de las ciencias profanas, nuevas fuerzas; y haciendo, que los mismos libros de Aristóteles sean entre sus manos apología de la verdadera Religion.

De aquí se infiere claramente, que la sabiduría del Doctor Angélico fué en parte *divina*, y en parte *humana*; esto es, infusa y adquirida; y su conocimiento verdaderamente angélico. Dos conocimientos distingue nuestro Santo, con el gran Padre San Agustin, en los Angeles: uno *matutino*, con que conocen las cosas en la misma Esencia de Dios; otro *vespertino*, con que los contemplan en sus propias naturalezas. Estos mismos conocimientos tuvo nuestro Santo, como Angel de la Iglesia Militante. Los mysterios mas altos y mas sagrados de la Religion los conoció en Dios, porque, como queda dicho, arrebatado en éxtasis, los bebia en aquella única fuente de luces y verdaderos bienes, para difundirlos con sus escritos, y regar toda la Iglesia católica: verificándose en él aquel divino oráculo que eligió por tema de su oracion, quando recibió el grado de Licenciado en la Sorbóna: *Rigans montes de superioribus suis; de fructu operum tuorum satiabitur terra* (1). La noticia de las cosas naturales la adquirió, contemplando la Naturaleza en sí misma con una perspicacia de entendimiento, superior al humano ingenio: Así fué su conocimiento verdaderamente angélico, *matutino y vespertino*; y con la proporcion para que Dios lo iluminase con luces superiores á los demas Angeles, por los realces y mérito que tuvo su pureza, que no tiene ni puede tener la pureza angélica: consiguientemente se le debe de justicia el glorioso título de *Doctor Angélico*; y hay razones fundadas para creer, que su ciencia infusa fué *mas que angélica, y casi divina.*

Mas,

(1) Psalm. CIII. v. 12.

Mas, como su doctrina no solo explica quanto podemos saber de Dios en esta vida mortal; no solo dirige á la Religion las ciencias profanas, para que sirvan como esclavas, al culto y conocimiento de Dios; sino que, obedeciendo con humildad al precepto del Papa Urbano IV., extendió su angélico vuelo á explicar el mas inefable arcano; el mysterio de los mysterios; el exceso mas prodigioso del amor de Dios para con los hombres; el mayor milagro de su omnipotencia ::: Ya habeis entendido, que hablo del *augusto Sacramento de la Euchâristía*; y que por esto se le debe á nuestro Santo el glorioso título de *Doctor Euchârístico*. Sí, sí: por obediencia al Papa extendió el angélico vuelo de su pluma, hasta el Sol de Justicia, que es mi dulce Redentor Jesus sacramentado; y escribió el Oficio, que reza la Iglesia Universal en el dia del *Corpus*, y toda su octava.

En esta obra maravillosa, jamás ponderada bastantemente, es donde descubre el fondo de su abrasado corazon, y sus luces mas que angélicas, y casi divinas: Solo el corazon de un Serafin, abrasado de amor, puede haber proferido un lenguage tan sublime, tan dulce, tan claro, y tan divino: No es posible, que un corazon, que no estuviese todo lleno de Dios, abrasado en Dios, iluminado inmediatamente por Dios, hubiese podido formar unas palabras tan dulces y tan fuertes; tan suaves y tan eficaces; tan tremendas y tan llenas de consuelo! ¡Qué uncion; qué luz en todas las expresiones! ¡Qué viveza en los sentimientos! ¡Ah! No, no es esta obra una produccion de un espíritu sublime; es obra de un corazon abrasado de amor; de un entendimiento mas que angélico; de un *trono de sabiduría*, cuyos brillantes rayos, no pudiendo nuestra debilidad explicarlos, se contenta con llamarle SOL: *Thronus ejus, sicut sol.*

En efecto, se le pinta con el sol en el pecho, porque

que copió en su purísima alma la caridad y la sabiduría del Sol de Justicia, Jesus sacramentado; y, lleno de sus divinos ardores y luces, explicó con un estilo humano y perceptible, los inefables mysterios del Sacramento; y como verdadero *Sol* esparció sobre la Ciudad santa, que es la Iglesia, las luces y los ardores de amor, ternura, devocion, y culto al Santo de los santos; al Cordero inmaculado; á la Hostia viva, sacrificada por nuestros pecados: Nos manifestó, que la consagracion no es menos mysteriosa, que la Encarnacion; que su venida á nuestras manos, no es menos maravillosa, que su nacimiento en Belén; que su permanencia en nuestros Tabernáculos no es menos oculta, que su mansion en Nazaret; que aquí obedece á la voz de sus Ministros, como obedecia entonces á la de su santísima Madre; que al imperio de esta voz altera las leyes de la Naturaleza con mayor prodigio, que en las bodas de Caná, convirtiendo el pan en su verdadero cuerpo, y el vino en su preciosísima sangre: Todo esto lo expresa en estas quatro palabras: *Verbum caro, panem verum, verbo carnem éfficit: Fitque sanguis Christi merum: et si sensus deficit, ad firmandum cor sincerum, sola fides sufficit.*

Nos manifiesta asímismo, que aquí espera en esa fuente de gracias á las almas perdidas, con igual paciencia y amor, que â la Samaritana junto al pozo de Jacob; que aquí recibe á las Magdalenas penitentes, y á los Zaquéos convertidos; que aquí resucita á los Lázaros, sepultados en el abysmo de sus culpas; y que en todo el mundo alimenta, y da vida á estos miserables; multiplicando el pan milagroso de su sagrado Cuerpo, con tanto mayor prodigio, que el de los cinco panes, multiplicados para alimentar cinco mil almas en el desierto, quanto todos lo reciben entero; y, despues de haberlo recibido millones de almas, siempre persevera intacto: *Sumit unus; sumunt mille: quan-*

quantum isti, tantum ille; nec sumptus consumitur.

Finalmente, nos enseña, que en este augusto Sacramento renueva el Señor todos los dias su vida, su muerte, y su resurreccion; que en él nos da la vida; perfecciona la grande obra de nuestra justificacion; se nos hace familiar y compañero; y se nos entrega como prenda de los premios que nos tiene preparados en su Reyno: *Se, nascens, dedit socium; convescens, in edulium; se, moriens, in pretium; se, regnans, dat in præmium.*

No acabaría jamás, si me empeñára en referir las maravillas que nos explica en esta obra: Basta decir, que no es posible meditarlas con reflexîon, sin quedar penetrados de amor y respeto; de ternura y temor; de deseos vivos de recibir este manjar celestial, este pan de vida; y de horror, si le recibimos indignamente; porque, á la verdad: *Sumunt boni; sumunt mali: sorte tamen inæquali, vitæ, vel interitûs.* Vuelvo, pues, á repetir, que solo un corazon abrasado de amor; solo un *trono de sabiduría*, luminoso como el Sol; solo un *Doctor Euchârístico* pudo formar expresiones humanas, que explicasen los divinos mysterios del augusto Sacramento del altar.

Mas vamos adelante, considerando la doctrina de nuestro Santo. Los hombres se dedican al estudio de las ciencias con diferentes ideas: Unos siguen esta laboriosa carrera con miras de ambicion y de interés; y vienen á parar en que la fortuna decida sobre sus sentimientos, y no las reglas de la verdad: Otros la siguen por satisfacer su vana curiosidad; se vanaglorían de sus luces; aman sus nuevos descubrimientos; y se complacen de ser Doctores singulares: Otros estudian, no buscando puramente la gloria de Dios, ni la verdad; disipan su corazon; se llenan de vanidad; y semejantes á los impíos, de quien habla el Profeta, se atribuyen á sí mismos su ciencia, y la eloqüencia

de sus labios: *Linguam nostram magnificabimus ; labia nostra à nobis sunt* (1).

¡Qué ideas tan diferentes se propuso nuestro Santo en sus estudios! Una generosa renuncia á todas las pretensiones del siglo, le hizo abrazar esta carrera: así, lejos de ser un Doctor ambicioso y mudable, consiguió ser un Doctor exâcto, uniforme, y desinteresado: buscó siempre la gloria de Dios, y el conocimiento de la verdad, mezclando con el estudio la oracion; y así, lejos de tener vanidad de su extraordinaria reputacion, fué el Doctor mas humilde de su siglo: Jamás caminó, sin llevar delante la luz de los Astros de la Iglesia, que le habian precedido, aprovechándose de sus sólidas doctrinas; así, lejos de ser un Doctor singular, consiguió ser un *Doctor ecuménico y universal.*

Representaos el hombre mas estimado y consultado de aquel siglo; el árbitro y el oráculo de los Grandes de la tierra en sus dudas y dificultades: ¡qué situacion tan delicada y peligrosa! Las Potestades de la tierra quieren ser soberanas en todo; quisieran encontrar la verdad, siguiendo sus inclinaciones y sus ideas: el ayre mismo, que se respira entre los Grandes, tiene un no sé qué de maligno, que debilita y trastorna los espíritus: las leyes se aplican á veces, acomodándolas al tiempo, al humor, y á la necesidad de complacer á los que se cree han de promover los ascensos á que se aspira: ¡Vos lo sabeis, Dios mio; y en todos los siglos se han visto funestos exemplos!

Mas en la doctrina del Doctor Angélico se vé, por el contrario, un orden, exâctitud, uniformidad y constancia, que manifiestan, que solo buscaba la verdad. Quando dicta reglas para las costumbres, ¡qué rectitud! Jamás se inclina á la derecha ni á la izquierda,

(1) Psalm. XI. v. 5.

da, segun la expresion del Profeta (1): No encontraréis en el Santo aquel zelo duro é intratable, que acobarda á los pecadores, y acaba de apagar una antorcha amortiguada, que despedia todavía entre los vapores del humo algunos vislumbres de luz; aquel zelo amargo, que destierra del Evangelio la humanidad, consagrada con mil parábolas; y la dulzura, que Jesucristo nos mandó aprender de su adorable Persona: *Discite à me, quia mitis sum* (2). Tampoco encontraréis aquella blanda complacencia, que apaga el fuego sagrado, que el Salvador vino á encender sobre la tierra, y que aparta de la Moral cristiana la santa austeridad; que reprime las pasiones; sujeta la carne; y modera los ambiciosos movimientos del corazon humano. Leed sus Obras; y encontraréis aquel medio, en que consiste la virtud, establecido con principios tan sólidos, que se desvanecerán vuestras dudas, y caminaréis seguros.

Mas si el desprecio del mundo hizo á nuestro Santo un Doctor exâcto, uniforme y desinteresado; el desprecio de sus propios talentos y luces lo hizo *Doctor ecuménico y universal.* El amor de la novedad es una pasion delicada y peligrosa en los Sabios: por esto huyó de ella el Santo, evitando siempre toda doctrina nueva y singular. Leía los Autores profanos, pero con precaucion y desconfianza, para entresacar las flores de la verdad, del medio de las espinas del error. Las divinas Escrituras, por el contrario, eran toda su confianza; y las leía con sumision, para formar de ellas su lenguage y sus sentimientos; conociendo, que son la palabra del mismo Dios, de la suma Verdad, que no puede engañarse ni engañarnos. Quando emprende explicar las dificultades de la Escritura, no se vale de sus propias ideas: va á recoger en las Obras de los Padres y

(1) Deutor. cap. XVII. v. 32. (2) Matth. cap. XI. v. 29.

Doctores antiguos, en estas fuentes sagradas de la verdadera doctrina, los preciosos residuos de su espíritu; la Fé y la Tradicion, que nos enseñaron, y la habian recibido de los Apóstoles.

Nada ambicioso de la gloria de la invencion, emplea los mas bellos talentos, que se vieron jamás, en arreglar, aclarar, y fortificar con nuevas razones, las mismas verdades que los Padres habian enseñado. Así ¿quién podrá alabar dignamente sus sabios y piadosos *Comentarios*, monumentos eternos de su amor á las Escrituras sagradas? Estos Comentarios contienen una explicacion del libro de Job; de los Profetas Isaías y Jeremías; de los Evangelistas San Mateo y San Juan: y otra muy particular sobre los Salmos y el Cántico de los Cánticos. La llamo *muy particular*, porque en ella une el viejo y nuevo Testamento, el Evangelio y los Profetas; formando un compendio de toda la Escritura, y enlazándola de un modo, que la glosa parece tan original, como el texto. En ella resplandecen las mismas luces, los mismos ardores, y las mismas impresiones. El amor divino formó los Salmos en el corazon de David; y el amor divino los declaró en el corazon de este *Doctor ecuménico y universal.*

Escribió tambien otra explicacion de los quatro Evangelistas, que es comunmente llamada la *Cadena de oro*, porque en ella explica el texto del Evangelio, sus palabras y sentidos, con un enlace de autoridades de santos Padres, eslabonados con tal arte, que parece continúa el uno el discurso del otro; ó que con nuevos realces aclara su pensamiento. Yo me figuro, quando la leo, que es un concilio de todos los Padres, formado en el corazon de este *trono angélico de sabiduría*, donde cada uno le iba manifestando su sentir; y el Santo lo iba escribiendo. ¿Quién podrá ponderar bastantemente esta obra? Es muy corto elogio el de *Cadena de oro*; se debe añadir, *esmal-*

ta-

tada de brillantes de extraordinaria magnitud y quilates; porque en ella brillan todos los Astros que ha tenido el cielo de la Militante Iglesia. Finalmente, en esta obra se ve la Vasta erudicion del Santo en la *Teologia positiva*, que consiste en la ciencia de las Escrituras sagradas, de la Tradicion, y de la Historia eclesiástica.

Mas no solo quando trataba de explicar las dudas oscuras de la Escritura, tenia este profundo respeto á los antiguos Padres de la Iglesia; en todas sus Obras se ve, que sus sentimientos eran la regla de sus decisiones. La primera que dió á luz, fueron los Comentarios sobre los *Libros de las Sentencias*, siguiendo el método de *Pedro Lombardo*; pero añadiendo y explicando con la autoridad de los Padres, quanto hasta entonces se trataba en las Escuelas sobre la Unidad de la divina Esencia en la Trinidad de Personas; sobre sus inefables atributos, distintos á nuestro modo de entender, y en la realidad, una cosa misma con la espiritualísima Esencia; sobre las divinas perfecciones; la eternidad, la inmensidad, la omnipotencia, la justicia, la misericordia, la belleza, y la vida; sobre aquel *mas*, que es Dios mismo en su infinito, incomprensible, y beatísimo Ser; sobre la creacion de las cosas visibles é invisibles; la naturaleza de los Angeles; sus Gerarquías, ministerios, qualidades, movimientos, velocidad, agilidad, locacion, y modo de iluminarse y entenderse entre sí mismos: La naturaleza del hombre; sus qualidades y dotes, *en el estado de la inocencia*; su caida; sus virtudes y sus vicios.

Finalmente, explica quanto nos enseña la Fe sobre la Encarnacion del Verbo Eterno; su vida, milagros, muerte, resurreccion y ascension gloriosa; sobre la institucion de los Sacramentos; su virtud, y sus efectos; sobre el último fin del hombre, que es la Bienaventuranza; en qué consiste *formalmente* el modo

do con que *la luz de Gloria* elevará nuestro entendimiento; lo fortificará; y hará que se extienda su capacidad hasta abrazar aquel infinito Sér, viendo *intuitivamente* al mismo Dios; y cómo esta vision excitará llamas de amor en la voluntad, y llenará la memoria, para que no se acuerde ni ame otra cosa que al mismo Dios; y en Dios el complexo de todo bien, y de toda verdadera felicidad. Explica tambien los dotes y qualidades de nuestros cuerpos mortales, despues de elevados á la inmortalidad; y hechos, como dice el Apostol (1), en cierto modo cuerpos espirituales; porque, aunque su ser será el mismo, se hallarán purgados de todas sus imperfecciones, y unidos, juntamente con el alma, á su principio y su fin último, que es el mismo Dios.

¿Qué diré de sus *Quæstiones disputadas*, llamadas así, porque el Santo las defendió repetidas veces en Francia y en Italia? Estas son sesenta y tres, divididas en mas de quatrocientos artículos, en que trata con mas extension que en los Comentarios, sobre *los libros de las Sentencias*; de la Omnipotencia de Dios, de su Ciencia y su Providencia; de la Predestinacion; del Libro de la vida; del conocimiento de los Angeles; del don de Profecía; de los raptos ó éxtasis; del conocimiento de las almas, despues de separadas del cuerpo; de la Fe, del Libre alvedrio; de la Gracia; de la justificacion de los pecadores; y de las Virtudes teologales y cardinales.

Otra obra, llamada los *Opúsculos*, porque son unos tratados pequeños, en número de setenta y tres, contiene un tratado excelente contra la doctrina de los Griegos Cismáticos, compuesto de orden del Papa Urbano IV: Un compendio de Teología, dividido en dos partes, en que el Santo reduce toda la doctrina cristia-

(1) I. Cor. cap. XV. v. 43.

tiana á las virtudes Teologales, Fe, Esperanza y Caridad: Otro, en que explica cómo la Fe, y todas las obligaciones del Cristiano se encierran en el amor de Dios y del Próximo: Una exposicion del *Credo*; otra del *Padre nuestro*; y otra de la *Salutacion angélica.* Otro tratado contra los errores de Averróës, Filósofo Árabe, que pretendía, que todos los hombres no tienen mas que un mismo espíritu indivisible: Otro contra el libro de Guillermo de *Santoamor*, intitulado: *De los peligros de los últimos tiempos.*

¿Qué os diré de la *Suma contra los Gentiles*; y de las cien qüestiones llamadas *Quodlibetos*? En estas trata de distinto modo todas las materias teológicas; y resuelve un prodigioso número de dificultades, que la estrechez del tiempo no me permite referiros. La Suma contra los Gentiles está dividida en quatro libros, y quatrocientos setenta y tres capítulos, en que el Santo demuestra la *exîstencia y unidad de Dios*; explica con claridad el objeto de nuestra Fe; establece la verdad de la Religion cristiana; combate todas las supersticiones paganas, recogiendo y arreglando toda la doctrina de los primeros Apologistas; ampliándola y corroborándola con razones invencibles: ataca asímismo todas las heregías, que los santos Padres habian atacado, separadamente cada uno, contra los Heresiarcas de su siglo: mas nuestro Santo las confunde, y las sepulta todas: Finalmente, establece unos principios y fundamentos tan sólidos y universales, que han sido el escudo de la Iglesia, para defenderse en estos últimos siglos contra Lutero, Calvino, y otros Heresiarcas; y servirán para el mismo efecto hasta el fin del mundo. A vista de todos estos triunfos; ¿qué extraño será, le coronemos con el laurel de *Doctor ecuménico y universal*? *Laureatus*, este es un bello pensamiento de San Ambrosio; *laureatus, scriptis coronatur suis.*

Mas

Mas todavía nos queda el monumento mas precioso de su doctrina: *La Suma Teológica*, que contiene seiscientas doce qüestiones, divididas en mas de tres mil artículos; en los quales resuelve cerca de diez y seis mil dificultades, y explica todos los dogmas de la Fe; casi todas las verdades que se pueden controvertir y disputar en las Escuelas; maneja el Derecho Canónico y Civil; establece máxîmas y principios sólidos, para el uso de la autoridad eclesiástica, y de los Tribunales seculares. Esta obra es un rio caudaloso de doctrina; una fuente inagotable de luces; un sol que ilumina la Iglesia; un compendio de todas las obras de los santos Padres; una Biblioteca universal, donde podemos aprender todo lo que debemos creer y practicar. Esta obra sola bastaba para adquirirle el título de *Doctor ecuménico y universal*; pues ha sido universalmente aprobada; y es en el dia casi universalmente recibida, aplaudida y estudiada (*).

¡Grandes y famosos Héroës de la Religion Católica! ¡Hombres doctísimos y santos, cuyos gloriosos nombres están y estarán siempre grabados en los anales de la Historia eclesiástica! Cyprianos, Irenéos, Justinos, Atanasios, Crysóstomos, Cyrilos, Ambrosios, Gerónimos, Fulgencios, Isidoros, Julianes, Ildefonsos! No, no temo ofenderos, si me atrevo á proferir (como ya lo hice en otra ocasion, y desde este mismo sagrado puesto), que el gran Padre San Agustin, y el Doctor Angélico, que le bebió el espíritu, para decirlo así, y exprimió el jugo, colocando en un

(*) Los lectores imparciales no extrañarán que un Orador tan zeloso del aprovechamiento espiritual de las almas, como bien convencido de la importancia del dogma católico sobre la *divina Gracia*; no tuviese reparo alguno en reproducir aquí, sin casi ninguna variacion (aun en las palabras), la misma doctrina que sobre el particular habia expuesto ya en su primer Sermon; á fin de que se imbuyesen á fondo en ella.

un orden natural el prodigioso tesoro de riquezas esparcidas en sus Obras, y sacándolas de aquel torrente de eloqüencia que las envuelve, y nos las arrebata: ámbos tuvieron que trabajar mas que todos, y lograron dexar á la Iglesia defendida de sus enemigos, presentes y futuros.

Esta verdad brilla particularmente en sus escritos sobre la *Gracia.* Entre todas las heregías que han atacado la doctrina de la Iglesia, la mas temible por su sutileza, y la mas funesta por su contagio, fué el *Pelagianismo*, que, "con pretexto de defender, contra los Maniquéos, *la libertad del hombre*, anonadaba la Gracia de Jesucristo, que es el fruto de sus méritos, y el precio de su Sangre; sosteniendo, que esta Gracia no era necesaria para obrar bien; ni eficaz y victoriosa para mover nuestras voluntades, como le agrada, sin hacerles violencia, ni herir la libertad."

Para defender esta *Gracia victoriosa* eligió Dios á estos dos grandes Doctores, y les descubrió todos los mysterios y secretos que contiene. Habian aprendido del Apostol, que "la Gracia nos es necesaria, porque nosotros nada podemos por nosotros mismos; y lo que podemos, nos viene de Dios: *Non sumus sufficientes ex nobis; sed sufficientia nostra ex Deo est* (1); que la Gracia es un don gratuito, y no recae sobre méritos nuestros, porque entonces dexaria de ser Gracia: *Non est volentis, neque currentis, sed miserentis est Dei* (2): que es *eficaz y victoriosa*, porque Dios tiene piedad de quien le place; y dexa obstinarse á quien quiere: *Cujus vult miseretur; et quem vult, indurat.*" Todo esto lo habían aprendido de San Pablo: mas no habian aprendido, cómo esta Gracia tan eficaz y tan poderosa, se compone con la libertad del hombre; cómo mueve la voluntad, y obra *infalible-*

(1) II. Cor. cap. III. v. 5. (2) Rom. cap. IX. v. 16. et 18.

mente con ella, sin hacerle la menor violencia; finalmente, cómo nosotros obedecemos *infaliblemente* á la Gracia; y con todo, lo hacemos *con mérito*, y sin *necesidad*, que destruya la libertad.

A vista de este abysmo de dificultades, se pára, se suspende el mismo grande Apostol, y exclama (1): ¡Oh profundidad de la ciencia de Dios! ¡*O altitudo*! Es necesaria toda la penetracion de un San Agustin, y de un Doctor Angélico, y mucho mas, toda su humildad y sumision de espíritu al Espíritu de Dios, para fondear con seguridad esta profundidad y este abysmo: De otro modo, es preciso perderse, como se perdieron Pelagio, Calvino y otros, que extendieron atrevidos la mano para correr el velo con que Dios tiene ocultos los profundos mysterios de su ciencia.

Mas "¿cómo, me direis, explicaron San Agustin y el Doctor Angélico esta dificultad insuperable, que dexó parado y suspenso al grande Apostol? ¡*O altitudo*!" Lo hicieron con las luces que la misma Gracia comunicó á su humildad y sumision de espíritu; haciéndoles entender, que Dios, como árbitro soberano, muda el corazon del hombre, infundiéndole por modos secretos y admirables una suavidad, una dulzura celestial, y una luz clarísima, con la qual conoce por una parte, su nada, su miseria; y que la muerte le ha de reducir en polvo; y por otra, la magestad y eternidad de Dios. Este conocimiento vivo y penetrante, le hace disgustarse del pecado, que le aparta del Sumo Bien; y hallando su mayor gozo y alegría en Dios, se va infaliblemente á él, movido de un impulso totalmente libre, voluntario y amoroso; de modo, que entonces sería para el hombre un penoso suplicio el separarse de aquel soberano y único Bien: no porque no pueda alejarse de Dios, y amar

(1) Rom. cap. XI. v. 13.

amar los vicios; pues si quisiera, se alejaría efectivamente, y los amaría: mas ¿cómo habia de querer esto, si la voluntad siempre quiere lo que mas la agrada; y entonces (que es lo que los Escolásticos llaman *in actu compositо*); entonces nada le agrada tanto, como el Bien único, que en sí contiene todo verdadero bien? *Quod enim ampliùs nos delectat, secundùm id operemur necesse est.*

Así dispone Dios la voluntad libre del hombre, sin hacerle violencia; y *el libre albedrío*, que siempre puede resistir á la Gracia, no quiere resistirse entonces; porque, movido de la dulzura que sus eficaces inspiraciones infunden al corazon, y del conocimiento vivo y penetrante del verdadero bien, se va *infaliblemente* á Dios, como dice el Doctor Angélico; y lo hace *libremente*, porque el impulso es totalmente voluntario y amoroso. Así se verifica, que la Gracia es *intrínsecamente eficaz y victoriosa*, que produce *infaliblemente* su efecto; y que *el hombre nada pierde de su libertad*: se salva el supremo dominio de Dios sobre las criaturas; los principios fundamentales establecidos por el Apostol: *Non sumus sufficientes ex nobis... Non est volentis, neque currentis; sed miserentis est Dei*; queda *el libre albedrío* intacto y en posesion de sus derechos; las tinieblas de la heregía disipadas; y satisfechas las dificultades que la seduccion, la novedad, y las cavilaciones humanas han inventado contra esta *Gracia eficaz y victoriosa.*

Roma, París, Bolonia y Nápoles son las célebres Ciudades que tuvieron la dicha de que el Doctor Angélico les explicase este mysterio profundo de la Gracia, y todas las demas verdades que comprende la doctrina universal de la Iglesia, y de los Padres antiguos; y en estas Ciudades famosas fué recibida su doctrina con iguales aplausos y elogios. Todos admiran su voz angélica y luminosa, no porque diga co-

sas singulares y nuevas; sino porque cada uno reconoce en sus discursos la fe de sus padres; la Escritura; el Evangelio, y la Tradicion; quedando mas y mas convencido, por las pruebas y razones sólidas con que las demuestra nuestro Santo Doctor.

Mas sobre todo, despues de su muerte, es quando Dios lo ha glorificado, y lo ha hecho *Doctor ecuménico y universal.* Vosotros habeis prevenido ya mi pensamiento: ya se han presentado á vuestro espíritu todas las Universidades del mundo católico, fieles depositarias de su doctrina; entre las quales hay muchas de las mas famosas, que jamás permitieron se explicase otra: Os habrán venido á la memoria casi todas las Ordenes Religiosas, que no cuidan menos de seguir las reglas de nuestro Santo en la fe y en la doctrina, que las de sus santos Fundadores en la disciplina monástica: Mas sobre todas, la que con el Doctor Angélico ha dado y da á la Iglesia tantos Santos y zelosos Pontífices, y tantos Doctores insignes; el Orden de Santo Domingo, que siempre ha ocupado un lugar de honor distinguido en el Campo del Señor. ¿De dónde le viene á esta célebre y esclarecida Orden su principal lustre, sino de la firmeza inviolable que conserva en enseñar la doctrina del Doctor Angélico?

Pero ¿qué me canso, si lo sabeis todo? ¿Os diré cosa nueva, profiriendo, que el Oráculo del mundo, la misma Iglesia Romana, centro de la Fe y de la Unidad, ha visto freqüentemente á sus Pontífices baxar del sagrado Solio, y hacer colocar en él los escritos de nuestro Santo, para pronunciar reglas infalibles sobre las diferencias que turbaban la Iglesia? ¿Os diré cosa nueva, añadiendo, que los Concilios generales, Jueces venerables é infalibles de la verdadera doctrina, han formado sus decretos sobre las decisiones del Doctor Angélico, y adoptado muchas veces hasta sus mismas palabras? ¿Os diré cosa nueva, asegurando, que los mis-

mismos Hereges han confesado, que no tenian otro enemigo tan formidable; y que han perdido la esperanza de destruir la armada del Dios de los Exércitos, mientras que este Príncipe Angel, este *Doctor ecuménico y universal* los dirija; y que sus obras, Compendio de la Escritura y de los Padres, sean la doctrina amada de la Iglesia? *Tolle*, decia Bucero: *Tolle Thomam, et dissipabo Ecclesiam Dei.* Consiguientemente ¿con qué elogios no han honrado los Papas la doctrina angélica? ¡Ah! Yo no acabaría jamás, si me empeñára en referir los aplausos que ha recibido en todo el Mundo católico.

¡Quánto siento no tener tiempo para representároslo en aquel alto grado de reputacion que lograba, conocido, admirado, y consultado de todo el Universo; luciendo, no solo como antorcha colocada sobre el candelero para iluminar la Iglesia: *Vos estis lux mundi* (1); sino tambien esparciendo rayos desde el trono de la sabiduría, como el sol los esparce por el orbe: *Thronus ejus, sicut sol.* Pero al mismo tiempo, mas ingenioso para ocultar su mérito, que lo somos nosotros para dar relieves á nuestro corto talento. Paso en silencio mil cosas de su vida, que prueban esta verdad: Solo diré, que, lejos del contagio de la vanidad en hacer brillar la ciencia universal, de que Dios adornó su alma angélica, daba motivo con su silencio, para que á veces lo despreciasen, y lo tuviesen por un espíritu vulgar. Y quando tenia que desatar su lengua y su pluma, prevenía los aplausos con la humilde confesion de que "debia al Padre de las »luces, de quien desciende todo don perfecto" (2), lo poco que sabía; y que lo habia adquirido mas con la oracion, que con el estudio. Sobre todo, lo que manifiesta mas el fondo admirable de su humildad, es, que

(1) Matth. cap. V. v. 14. (2) Jacob. cap. I. v. 17.

que jamás dió por razon de sus decisiones, su propia autoridad, sino la de la Escritura y Padres antiguos. Siempre propone las qüestiones simplemente; las decide modestamente, y sin herir á nadie. En todas sus obras, que pueden llamarse inmensas, y sobre materias en que tan agriamente se disputa, no se encuentra una sola palabra, que no respire humildad, dulzura y modestia.

Aprendamos, pues, de este Angel en carne humana; de este *Doctor Eucarístico*; de este *Maestro ecuménico y universal*, el modo de saber. Imitemos su casta vida; su oracion continua; su humildad profunda; y su caridad heroyca. Dirijamos nuestros estudios al conocimiento de la verdad; á la honra y gloria de Dios, y utilidad de su Iglesia; sin miras de interés, de vanidad, ni ambicion de aplausos.

Y vos, Angel puro, miradnos benigno desde el Cielo; alcanzad para vuestros Discípulos la *Gracia eficaz y victoriosa*, para que, como canta la Iglesia: *Quæ docuisti, intellectu conspiciant; et quæ egisti, imitatione compleant.* Infundid en nuestros corazones aquel respeto, veneracion, y amor al augusto Sacramento del altar, en que vos vivíais abrasado, y que os hizo proferir las expresiones casi divinas, con que explicásteis este alto mysterio: Así llegarémos freqüentemente á la sagrada mesa; y se aumentarán en nuestras almas los dones, virtudes y gracias que nos han de adquirir la inmortal corona de la Gloria. *Amen.*

SER-

SERMON III.

PREDICADO EN LA STA. PRIMADA Iglesia de Toledo. *

Joseph virum Mariæ, de qua natus est Jesus.
Matth. cap. I. v. 16.

JOSEF, Esposo de María, y Padre de Jesus: Ved aquí dos títulos eminentes; dos fuentes inagotables, de donde los santos Padres sacaron las qualidades excelsas y raras, que aplican á este glorioso Patriarca. Solos estos títulos le elevan y distinguen entre todos los Santos: solos ellos forman su mayor elogio. ¡*Esposo de María*! ¡*Padre de Jesus*! Al oir estos nombres augustos, ¿quién querrá acordarse de la multitud de Patriarcas, Príncipes y Reyes, ascendientes suyos por línea recta, de los quales heredó con la sangre, la heroycidad de sus máxîmas? ¿Quién no afirmará con San Juan Crysóstomo, que el Evangelista San Mateo nos refiere su larga y nobilísima genealogía, para demostrar todo el precio, méritos y virtudes de sus ínclitos abuelos, unidos en este su mas esclarecido descendiente? ¡Oh santo Dios! ¡Yo me pasmo, me confundo, sin acertar á pasar adelante! ¡*Esposo de María*! ¡*Padre de Jesus*! Luego cogió la flor de todas las virtudes, clamo con San Bernardo: Luego, aun viviendo en la tierra, subió á la cumbre mas alta de gloria, infiero con Gerson: Luego sobrepuja en poder á todos los Santos, dice expresamente el Doctor Angélico.

Si consideramos todas las virtudes, ¿quál podremos

(*) Es un discurso preciosísimo, lleno de solidez, agudeza y energía; y un verdadero Panegírico de tan ilustre Patriarca.

mos negarle? ¿Quién puede igualarle en honor? ó ¿á quién excluiremos de su Patrocinio? Observad desde la creacion del mundo la larga série de siglos; y vereis á todos los Patriarcas, Profetas y Justos, que de lejos suspiran la venida de un Hombre-Dios, Salvador y Redentor de los hombres: Vereis al Precursor San Juan Bautista, que de cerca le reconoce y señala; vereis á los Apóstoles, que le siguen, respetan y obedecen: Mas solo vereis á San Josef, que le abraza, le besa, y le estrecha quando quiere, y del modo que quiere, en su seno paterno: *Tu natum Dominum stringis: ad exteras Ægypti prófugum, tu séqueris plagas.* En estos ósculos y abrazos tiernos, le consideraba el gran Gerson, quando profirió, que habia sido santificado en el vientre de su madre: Sobre este fundamento estriba la opinion de varios Doctores graves, que aseguran fué, no solo esento de toda culpa venial, sino tambien de la rebelion de la carne contra el espíritu: De aquí deducen otros la conjetura piadosa de que resucitó con Jesucristo, y subió en cuerpo y alma con él, acompañándole hasta su inmortal Trono.

Mas, dexando á parte estas opiniones y conjeturas puramente piadosas; y ciñéndome solo á lo que consta en el Evangelio, confieso, que estos dos títulos de *Padre* y de *Esposo*, me deslumbran y confunden, al contemplar el alto grado de virtud que suponen en nuestro Santo; las prerogativas y dones con que lo ensalzan; y la gloria y grandeza á que lo elevan. Me confunden, vuelvo á decir, y me deslumbran de tal modo, que, no pudiendo mi débil talento resistir á tanta copia de luces, me he resuelto á practicar lo mismo que hacen los que atrevidos fijan su vista en el sol; pues deslumbrados, jamás pueden diseñar sus brillantes resplandores, y se contentan con diseñar y mostrar las sombras.

Ved

Ved aquí la bella idea que me he propuesto: "Si »en San Josef puede notarse alguna sombra en es- »tos ilustres títulos de *Padre* y de *Esposo*, es pun- »tualmente, que de *Esposo* no tuvo el fruto; y de *Pa- »dre* no tuvo la realidad." Aquí se pára mi considera- cion; y buscando quánto mérito y gloria aumentó á San Josef el haber sido tal *Esposo* y tal *Padre*, pro- curaré demonstraros, que "por lo mismo que en qua- »lidad de *Esposo* fué estéril, y en qualidad de *Padre*, »solo fué *putativo*; adquirió mayor mérito en esta vi- »da, y mayor corona en la gloria, que si hubiera »sido verdadero Padre, y Esposo fecundo." No os ad- mire lo extraño de la idea: Espero que las pruebas ce- dan en honra y gloria del Santo Patriarca, si me ayu- dais á invocar á su dulce Esposa, para que me asista y alcance luces de gracia: *Ave María.*

Joseph virum Mariæ, de qua natus est Jesus.
Matth. cap. I.

Los Desposorios (Ilustrísimo Señor), celebrados en- tre San Josef y la Vírgen María, fueron verdadero matrimonio. De aquí infieren los Santos Padres, que, aunque San Josef no fué verdadero Padre de Jesus, fué verdadero Esposo de su purísima Madre, y tuvo sobre esta gran Señora todos los derechos naturales y civiles que le correspondian: Consiguientemente, el fruto bendito del casto seno de María no podia de- xar de pertenecer á San Josef, como fruto de una po- sesion toda suya; y por el derecho de las bodas ad- quirió el Santo tanta autoridad paterna sobre el Sal- vador, que no podía negarle la obediencia de hijo; y el mismo Evangelio nos dice, que le estaba sujeto y le obedecia: *Et erat subditus illis* (1). Con todo, San

(1) Luc. cap. XXI. v. 51. et seqq.

Josef hacía las veces de Padre, mas no lo era; porque, aunque el Niño-Dios era fruto de una posesion suya, no lo era de su substancia; y así nos dice el Evangelista: *Ut putabatur, filius Joseph.*

Supuesta esta verdad, "¿cómo es posible, me direis, que Jesus y María tuviesen á San Josef aquel amor tierno, que inspira la naturaleza? Si el Niño-Dios no reconocía en San Josef razon alguna de orígen; si María no le debía la fecundidad de aquel fruto, que su virginal planta habia producido, solo por obra del Espíritu Santo; ámbos debian mirarlo naturalmente como extraño." ¡Ah! No, no: en la Sagrada Familia cedió en todo la naturaleza á la gracia; y así, es mas íntimo y mas cercano quien tiene menos de naturaleza, y mas de virtud. Es cierto, que á San Josef le faltó la substancia de Padre, y la fecundidad de Esposo: mas fué porque quiso ser puro, y conservar á su bella Esposa la pureza virginal. Y por esto mismo vino á ser *Esposo* y *Padre* de un modo perfecto, inefable, y qual convenia á tal Hijo y tal Madre; y en el orden de la divina eleccion le fueron preparadas las gracias de *Esposo* y *Padre* dignísimo, para que presidiese y gobernase en la tierra una familia celestial.

En suma; jamás hijo alguno amó tanto á su padre, ni muger alguna á su esposo, como Jesus y María amaron á San Josef; reconociendo en él un ser, que tenia por virtud, y no por naturaleza." Si Yo soy madre de un Dios humanado, le diria la Señora, fué porque vos, castísimo Esposo mio, consentísteis en dexar intacta mi pureza virginal. Vos, le diría Jesus, vos haceis conmigo el oficio de *Padre*, sin haberme engendrado; y por lo mismo debo yo seros un hijo obediente y sumiso; debo amaros como á Padre, y Padre que conserva á mi Madre toda la gloria de Madre Vírgen."

Considerad ahora á qué alto grado de méritos eleva-

varía á San Josef, no precisamente el ser puro; sino el ser puro *Esposo* y *Padre*. ¿Qué realces no tuvo su virginidad despues de sus Desposorios, que no habría tenido, libre del nudo del matrimonio? ¿A qué exercicio de virtudes sublimes no le obligó el ser *Esposo sin fruto, y Padre solo putativo*? ¿Comprendeis el fondo de esta pregunta tan alta, y de esta qüestion profunda? Para entenderla, es necesario penetrar los senos mas secretos del corazon de San Josef; y observar todos sus afectos en cruel batalla con un enlace continuo de gozos y penas; de modo, dice San Juan Crysóstomo, que ninguno de los mortales pasó sus dias tan alegres, y tan tristes á un tiempo mismo.

Para proceder con método, consideremos primero los dias festivos y alegres de sus Desposorios. Con este enlace se hace dueño de la Vírgen mas bella, mas pura, mas santa, y mas colmada de todos los dones y gracias, naturales y sobrenaturales. ¡Qué dicha, qué gozo, qué consuelo! Mas á pocos meses de estar en compañía de esta bella Esposa, se ve en el punto crítico de abandonarla con un divorcio secreto: *Antequàm convenirent, inventa est, in utero habens de Spiritu Sancto* (1). María se halla con señales claras de embarazada. La concepcion es divina; el modo, inefable; la obra, sobrenatural: mas San Josef lo ignora; solo sabe, que por respeto y amor á su Esposa cedió sus derechos; se venció á sí mismo; y se ligó con un voto perpetuo de castidad. Con todo, ¡la mira en cinta! ¡Qué dudas, qué congojas! A lo menos, ¡si hablára la Vírgen María, y le descifrára el mysterio! Mas, aunque lee en el semblante de su Esposo todas las turbaciones que atormentan su alma, nada le dice en un asunto tan delicado. Considera el Santo la modestia de su Esposa; y mira en su rostro sereno la

(1) Matth. cap. I. v. 18. et seqq.

inocencia de su preñado: ¡No sabe qué pensar, ni qué decirla! ¡Quisiera no conocer lo que vé claramente, y le tiene inquieto; y al mismo tiempo le causa sumo dolor, que la Vírgen haya conocido su turbacion!

Mas sea lo que fuere entre los extremos del bien que juzga, ó del mal que teme; se acabó su alegría; y su alma se halla penetrada de amargura: Las noches se le pasan llorando en lo mas secreto de su retiro, y suspirando con mil congojas y sobresaltos. ¡Oh profundidad de los juicios de Dios! En el casto seno de María ha sido concebido El que era la bella esperanza de todos los siglos; el Cielo y la tierra se alegran; y hasta en el abysmo se regocijan las almas de los Patriarcas, Profetas y Justos: En esta comun alegría y gozo inefable, solo San Josef llora, suspira, y sufre un torcedor que lo ahoga. ¡Qué actos de virtud heroyca no le fueron aquí precisos! ¡Qué sufrimiento y resignacion en la voluntad divina! ¡Qué oracion tan fervorosa, pidiendo luz al Señor, para no errar en sus resoluciones! ¡Qué violencia, qué esfuerzos, para vencerse á sí mismo, y disipar las sombras funestas, que giraban en su imaginacion y en su entendimiento! ¡Quántas veces lo asaltaría el Espíritu tentador, para ponerle de mala fe; y hacerle creer que habia sido engañado y burlado! *Engañado* con el pretexto del voto; y *burlado* con la infidelidad de su Esposa! ¡Quántas lo excitaría á una horrible venganza! ¡Quántas, con pretexto de zelo, para que á lo menos la denunciase, segun la ley de Moysés (1), y se viese obligada á justificarse públicamente, ó á morir apedreada.

A estos impulsos vehementes no era su corazon insensible; porque circulaba en sus venas la sangre Real de David. Mas en esta cruel batalla de encontrados afec-

(1) Levit. cap. XX. v. 10.

afectos reprime su dolor, queriendo morir ahogado de pena, antes que desfogar su enojo contra su bella y piadosa Esposa. Ved aquí su corazon anegado en un mar de congojas; pero no abatido, sino constante; y tan dueño de sí mismo, que no atiende á otra cosa, que á salvar el honor de María: *Joseph autem, vir ejus, cùm esset justus, et nollet eam traducere, voluit occultè dimittere eam* (1). Pensó separarse de ella; pero, como nota el gran Padre San Agustin, fué de un modo tan prudente y secreto, que pareciese la dexaba, obligado de la necesidad de un largo viage, y no que la repudiaba: *Voluit dimittere.* Pensó marcharse á Reynos extraños; y pasar el resto de su triste vida solo, y sin consuelo.

Mas "si San Josef jamás se persuadió á que su Esposa le hubiese sido infiel, ¿por qué resolvía abandonarla? *Voluit dimittere.*" Los Santos Padres dicen, fué la causa, una profunda humildad del Santo Patriarca. En medio de sus dudas y encontrados afectos, superior á sí mismo, consideró las celestiales y purísimas costumbres de la Vírgen María; se persuadió á que su preñado era mysterioso y sobrenatural: Consiguientemente, trocando sus dudas y encontrados afectos en reverencia y admiracion, se juzgó indigno de habitar en compañía de una Vírgen tan pura, y tan sublime á todas las criaturas. Penetrado, pues, de un profundo respeto, dispone alejarse de su Esposa, sin quexarse de que el Cielo se la quita; y dando á Dios gracias por haber permitido la tuviese aquellos pocos meses por compañera.

Con todo, no puede disimular los esfuerzos de su corazon, ni la pena de haber de dividirse de una prenda tan preciosa, y amada tan tiernamente: mil veces derrama raudales de lágrimas; la nombra mil veces

(1) Matth. cap. I. v. 19.

ces con profundos suspiros: "Perdona, dice entre sí mismo; perdona, ó bella y purísima María, que no te haya obsequiado y servido como mereces; pues bien sufro toda la pena: ya me marcho, y te dexo." En efecto lo hubiera hecho el Santo Patriarca, si aquel Señor, que, aunque á veces dexa á los Justos anegarse en llanto, lo hace con medida, propia de su Providencia paterna, como dice David: *Potum dabis nobis in lacrymis, in mensura* (1): si aquel Señor, repito, no le hubiera enviado un Angel que le consolase con esta alegre noticia: *Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam, conjugem tuam.* "No temas, le dice; no temas Josef; Dios te ha dado una Esposa mas pura, que los Angeles; mas abrasada en amor divino, que los Serafines; mas excelsa, que los Tronos y Potestades: una Vírgen, Madre del Altísimo, concebido en su seno por obra del Espíritu Santo: Mas con todo, es tu Esposa; permanece con ella; ámala, y trátala como cosa tuya": *Noli timere accipere Mariam, conjugem tuam: Quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est.*

¡Oh Santo Arcangel! ¡De quántas congojas, amarguras y suspiros hubiérais librado á San Josef, si pocos dias ántes le hubiérais traido esta bella noticia! Sí, sí: mas no convenía: Esto hubiera sido privar al mundo de un espectáculo tan digno; de tanto mérito para el Santo Patriarca; y de tanto exemplo para nosotros. Sus mismas dudas y congojas, que tanto exercitaron su sufrimiento, nos manifiestan sus grandes virtudes; nos enseñan á imitarlas; y en una palabra; nos hacen conocer el fondo de donde San Josef suplía aquel fruto, que *no tenia como Esposo; y lo poseía como Varon Justo.*

Quizá me direis, que "el mismo hecho de anunciar

(1) Psalm. LXXIX. v. 6.

ciar el Angel á San Josef, que su Esposa habia concebido por obra del Espíritu Santo un Hombre-Dios, debia inspirarle temor y respeto, no amor y confianza; pues era asegurarle, que debia tratarla, mas como compañero, que como Esposo; y al Hijo, mas como Custodio, que como Padre." Es verdad; pero esto mismo aumentó en San Josef, y perfeccionó en grado tan alto su amor á la Vírgen y al Niño-Dios, que San Cyrilo Alexandrino asegura, le bastaba este amor para que con propiedad se le llame *Padre de Jesus*: *Sicut Maria*, dice este gran Padre, *mater Joannis propter dilectionem, et non propter generationem; ita Joseph Pater Jesu, propter curam et dilectionem vocatus est.*

Para entender esto, observad, que el nudo mas fuerte de amor es aquel, con que Dios unió á dos esposos, y los enlazó con la prole. Este nudo es sagrado por la gracia del Sacramento á que lo elevó Cristo, para consagrar entre los Cristianos el amor mutuo de esposos, y el que deben tener á sus hijos, como parte de sí mismos, y engendrados de su substancia: De aquí se sigue, que, si los casados usáran bien de la gracia del Sacramento, gozarían una paz inalterable, y se amarían con mucho mérito; mas ordinariamente sucede, que el honor, la pasion, y el interés son el único móvil de los matrimonios; y así, el amor mútuo de los esposos mas suele ser natural, que cristiano; y el que tienen á sus hijos, fundado en el instinto y fuerza de la naturaleza; no en eleccion y virtud.

Consiguientemente, para tener el Verbo humanado unos padres, que lo amasen con amor perfecto, eligió una Madre que debiese, solo á la Gracia, el serle Madre por naturaleza; y un Padre, que nada debiese á la naturaleza, y solo fuese su Padre por Gracia. Este fué el pensamiento de San Bernardino, quando

do profirió, que "en la Sagrada Familia la perfecta desunion de los cuerpos habia sido union perfectísima de las almas; enlazando á Josef y María el nudo precioso de purísimos afectos, y virtudes excelsas."

A la verdad, qué impresion no haría en el recto corazon de San Josef, el verse asistido y servido con tanto amor y respeto por una Esposa tan casta; una Vírgen tan bella; una Señora, que era Reyna de Cielo y tierra? ¡Qué dulce violencia; qué volcan amoroso no excitaría en su alma la voz de un Dios-Niño, quando, arrojándose cariñoso en sus brazos, le decia: *Padre*, *padre*! ¡Qué gozo; qué ternura no sentiría en lo íntimo de sus entrañas, al ver á su amado Jesus, celebrado de todos; y admirando sus respuestas los mismos Doctores de la ley, quando lo encontró disputando con ellos en el Templo (1)? El Santo Esposo de María se regocijaba y confundía á un tiempo mismo, viendo que le encargaban cuidase mucho de un Hijo, en quien brillaban las luces de tanta sabiduría. Quisiera poder manifestar, que era su Señor, y no era su Hijo; y se sonrojaba, no pudiendo impedir que le tratase, obedeciese y respetase como *Padre*!

Mas, continuémos reflexîonando el alto mérito de San Josef en hacer los oficios de *Padre* con el Niño-Dios; porque de una parte (atended bien á esto); de una parte, sus oficios paternos fueron tan continuos, dificiles y trabajosos, que, como nota el Abad Ruperto, "en la generacion temporal de Cristo, á la qual no debió concurrir San Josef, hizo sus veces milagrosamente el Espíritu Santo; y en los trabajos de la infancia del bendito Niño, en que no pudo tener parte el Espíritu Santo, fué San Josef quien hacia sus veces": *Spiritus Sanctus, velut vicarius Joseph, egit vices: ad omnes calamitates, quas Spiritus Sanctus ferre non*

(1) Luc. cap. II. v. 46.

non poterat, Josephum oppignoravit. De modo, que *en razon de Padre*, ninguno lo fué menos que San Josef; *y en quanto á los oficios de Padre*, ninguno los hizo con mayor perfeccion.

Por otra parte, el Santo Patriarca no tenia, para tomarse tantos cuidados, afanes y trabajos, aquel ímpetu natural que impele á los padres á emprender las cosas mas dificiles y peligrosas, por salvar sus hijos. El ver en ellos el fruto de su substancia; su misma sangre, su media vida, empeña naturalmente, aun á las tímidas madres, en empresas tan arriesgadas y peligrosas, que de una nos refiere la Historia, que, viendo á un hijo suyo pequeñito, arrebatado por un leon furioso, corrió magnánima; se abrazó con el leon; dió tales gritos, é hizo tales esfuerzos, que lo aturdió; se dexó quitar la presa; huyó amedrentado; y la madre quedó serena, acariciando en sus brazos la dulce prenda de sus entrañas.

Ahora bien; este afecto generoso, que impele á los padres á salvar en sus hijos su media vida, no tuvo lugar en el corazon de San Josef; porque no pudo recibir de la naturaleza aquellos impulsos, ni aquella fuerza, que arrebata y anima á los padres. "Es verdad, me direis; pero la consideracion de que hacía las veces de Padre con un Dios-Niño, debia suplir estos impulsos con muchas ventajas" Está bien; la réplica es oportuna: mas de ella se sigue, que quanto hizo el Santo por salvar la vida, y alimentar al Niño-Jesus, debió hacerlo, impelido solamente de una fe viva; que esta era el manantial, de donde nacian en su corazon los afectos paternos; y que quanto obraba, era por impulso de la Gracia, no por movimiento de la Naturaleza.

Mas, áun suponiendo en San Josef esta fe viva y firme de que era Dios su amado Jesus, ¿os imaginais por ventura, que bastó para dulcificar sus con-

tinuos trabajos y penas? ¡Ah! No, no: antes por el contrario; esta es la mayor prueba de la fortaleza de nuestro Santo, y el mayor realce de su mérito; porque su fe, lejos de sostenerlo en tantos trabajos y angustias, estas mismas combatian su corazon para abatir y trastornar su fe. Considerad á este Padre triste y desolado, quando, llegando á Belén con la Vírgen, su Esposa, busca dónde albergarla, y nadie le recibe; llega la hora del parto; va de puerta en puerta manifestando su afliccion; nadie se compadece; todos le desprecian; y se vé precisado á recogerse fuera de las murallas; y ver nacer en un miserable establo Al que su fe le decia, que era el Señor del Cielo y de la tierra.

Apenas habian pasado estos afanes, se va de Belén á Nazareth, pensando gozar en paz lo poco que ganaba con el continuo trabajo de sus manos: se recoge á descansar del viage; y al primer sueño le despierta una voz celestial, dándole prisa para que marche á Egypto: *Angelus Domini apparuit in somnis Joseph, dicens: Surge...; fuge in Ægyptum* (1). ¡"Salir huyendo á medianoche; en lo mas riguroso del Invierno; y con tanta aceleracion! ¡Huir á Egypto, país idólatra, bárbaro, y enemigo del Pueblo Hebreo! ¡Huir con su Esposa, recien parida, y con el Niño apenas nacido! ¿Qué es esto?" Sí sí, Josef: *Accipe puerum, et matrem ejus*: Huye; marcha al instante; salva la vida del bendito Niño; que le busca Herodes para degollarle: *Futurum est enim, ut Herodes quærat púerum ad perdendum eum.*

¡Oh pensamientos! ¡Oh afectos! ¡Oh congojas de un Padre amoroso, en un peligro tan inminente y tan grande! Observad cómo se levanta, todo asustado, de su pobre lecho; cómo gira afanado por toda la ca-

(1) Matth. cap. II. v. 13. et seqq.

casa, y recoge su pobre ropa: Con qué afliccion despierta á su Esposa; y la encarga, que acalle al recien nacido Jesus, con el nectar de su pecho: con qué amor se le vuelve á pedir; lo estrecha en sus brazos; y, huyendo con pasos violentos, le palpita el corazon; y á cada movimiento de las hojas de los árboles, agitadas por el viento, le parece que oye el ruido de las armas de los Soldados de Herodes: y en medio de tantas congojas, temores y sustos, le es preciso creer, que aquel Niño, que él lleva en sus brazos, y huyendo con tanta miseria, es su Dios; es Omnipotente; es Señor del Cielo y de la tierra; pero ¡un Dios amoroso, que huye y teme! ¡Un Dios-Niño, que, para salvar su vida, se arroja en los brazos de San Josef, sin mas amparo ni seguridad, que su fatiga y cansancio por el camino de Egypto!

Estas miserables y tristes apariencias ¿os parecen capaces de sostener y avivar su fe? No, no: ántes por el contrario; la combatian y querian destruirla; porque los Israelitas creían, que el Mesías habia de ser un Rey poderoso, que sujetase todas las Naciones á su Imperio, y los enriqueciese con sus despojos. Este concepto estaba tan radicado en el espíritu de los Hebreos, que á dos Apóstoles tan perspicaces, como Santiago y San Juan Evangelista, los estimuló á solicitar las dos primeras sillas de aquel Reyno (1). San Josef habia oido mil veces explicar estas máximas á los Sacerdotes y Doctores de la ley: consiguientemente debia mirar la Grandeza temporal y el Reyno de su Hijo, como señales de su Ser Divino.

Mas ¡oh santo Dios! ¡Qué apariencias de esto se le presentaban en tanta afliccion y miseria! ¡Qué esperanzas pudo formarse, aun despues de volver á Nazareth, viéndose precisado á sustentar tres vidas con

(1) Matth. cap. XX. vv. 20. et seqq.

solo el sudor de su rostro! ¡Quando su amado Jesus, siendo ya grandecito, se aplicó á trabajar; y manejando los instrumentos del oficio paterno, no daba muestras de pensamientos mas altos! ¡Qué conmocion no sentiría en lo íntimo de sus entrañas, la vez primera que vió al tierno Niño manejar con sus divinas Manos el escoplo, el martillo, y la sierra! "¡Ah! diría sin duda: ¡Cómo unas manos, soberanas del Cielo y de tierra, en lugar de empuñar el cetro, manejan estos instrumentos mecánicos! ¿No deberé yo seros *Padre*, amado Jesus mio, mas que para dividir con vos las miserias de mi estado pobre y abatido?"

Tales fueron en San Josef los continuos afectos de una fe viva, aunque destituida de toda humana esperanza, y combatida por tan fuertes apariencias: consiguientemente, solo pudo sostenerla á fuerza de virtud, de humildad, obediencia, resignacion, y amor á su Dios. Este fué el sólido fundamento de la gran reverencia, piedad, y desvelos con que cuidó y alimentó toda su vida al Niño-Jesus. Así vivió y murió, sin que llegase á tener el consuelo de ver sanar un enfermo, ó resucitar un muerto, al imperio de la voz de su Hijo, en señal de que era su Dios. Con todo, jamás vaciló su fe viva, ni pidió milagros que comprobasen la divinidad de Jesus. Conoció siempre, que el Señor no necesitaba su cuidado, proteccion y servicios; y lo sirvió, cuidó y protegió, como si verdaderamente los necesitára. En las acciones exteriores lo educó y gobernó, como un padre á su hijo: en su interior lo respetó, amó, y adoró, como á su Dios y Señor. Jamás profirió palabra, mandándole como á Niño, sin sacrificar ántes todo su corazon en su obsequio: finalmente, jamás exerció la autoridad de *Padre*, sin reconocerse primero su mas humilde siervo.

Medid ahora, si os es posible, la elevacion de méri-

ritos y virtudes de aquella Alma grande, que obró siempre á fuerza de fe; por impulsos de la Gracia; y por movimientos de amor sobrenatural y divino. Observad con quántas ventajas exerció por Gracia, las veces de *Padre* y *Esposo*, que no exerció segun la Naturaleza. ¿Quándo se vió Esposo mas casto, mas humilde, ni mas obsequioso, que lo fué San Josef con la Virgen María? ¿Quándo hubo siervo mas fiel, ni *Padre* mas amoroso, que lo fué San Josef con Jesus? ¿Quántas nubes obscuras no tuvo que disipar con la luz hermosa de su heroyca fe? ¿Quántos combates no tuvo que superar contra las apariencias humanas, para no dudar de la Divinidad de su Hijo?

Elogien, en buen hora, otros muchos al glorioso Patriarca San Josef, dando realces al carácter y superioridad de *Padre* de un Dios humanado: expliquen la eminencia incomparable de este grado, y su autoridad para mandar en el Cielo y en la tierra: admiren la excelencia de haber sido *Esposo* de la Madre de Dios, y Reyna de los Angeles y los hombres: A mí me basta el haber descubierto un nuevo manantial de méritos y virtudes "en aquello mismo que el Santo »Patriarca no tuvo de *Padre* ni *Esposo*: esto es; el »haber sido *Esposo* sin fruto; y *Padre*, *solo putativo*."

En el Cielo, nos enseña la Fe, que no se conceden las sillas mas altas, segun la nobleza ó empleos de las personas; sino á proporcion de las virtudes y méritos de nuestras almas: De aquí se sigue, que, si San Josef no hubiera excedido en méritos y virtudes á los demas Santos, no ocuparía silla mas alta en la Gloria, no obstante haber tenido en la tierra un empleo tan sublime, como el de *Esposo de María, y Padre de Jesus*; empleo que no tuvo, ni puede tener otro Santo.

Considerad, pues, las ventajas que adelanta nuestra devocion á San Josef, con haber reflexionado sus mé-

méritos en aquello mismo que le faltó *á la fecundidad de Esposo, y al ser de Padre*: porque, si el oficio de *Padre*, y el ser de *Esposo* fué en esta vida para el Santo Patriarca un continuo exercicio de las virtudes mas sublimes, le es debida en el Cielo, no solo la gloria de Santo, sino tambien la de *Esposo y Padre*. Consiguientemente es preciso confesar, que San Josef ocupa la silla mas alta entre todos los Santos. ¿Quál, por grande que sea, podrá tener mayor puesto en la Corte celestial, que aquel, que es tratado por la Reyna, como digno *Esposo*, y honrado por el Rey, como *Padre*? ¿Quién podrá alegar mas títulos, ni pedir con mas confianza todo género de gracias, que aquel, á quien la Reyna, su Esposa, debe la virginidad, que la conservó con tanto cuidado; y el Rey la vida, que le libró de la espada de Herodes, y la alimentó con tanto trabajo, y tan tierno amor?

Menores motivos son los que nos refiere la Sagrada Escritura que tuvieron dos grandes Reyes, Faraon y Asuero, para hacer tantas honras; el primero al casto Josef; y el segundo al ínclito Mardoqueo. Atended á la comparacion: Ambos habian hecho grandes servicios á las dos Coronas, y habian salvado la vida á estos dos Reyes: Mas no hizo menos San Josef con la adorable persona del Salvador. Largo tiempo estuvieron aquellos dos Héroës abatidos y sufriendo trabajos: mas San Josef pasó toda su vida, no menos abatida, ni con menores trabajos. Ahora resta figurar en su exâltacion la de nuestro Santo Patriarca. Ascienda en buen hora el casto Josef, en la Corte de Faraon, á primer Ministro, y árbitro de las gracias Reales: *Ite ad Joseph* (1): Sea Mardoqueo, en la Corte de Asuero, el objeto de los mas altos honores: *Sic bo-*

(1) Genes. cap. XLI. v. 55.

honorabitur, quemcumque Rex voluerit honorare (1).

Esta solo es figura de los honores que San Josef logra en la Corte celestial, y de las gracias que nos dispensa: *Sic honorabitur... Ite ad Joseph.* Mas hay gran diferencia entre la figura y lo figurado. El casto Jósef, y el gran Mardoqueo, en los servicios que hicieron á Faraon y Asuero, se habian portado con fidelidad de vasallos; y fueron premiados con magnificencia de Príncipes: Pero San Josef, habiendo servido al Rey Supremo, no solo como fiel siervo, sino con amor de *Padre*, fué ensalzado con la magnificencia de un Dios omnipotente que lo premia; y con el amor de un Hijo que lo corona.

Este amoroso respeto de Hijo, con que el Redentor divino mira á San Josef, lleva consigo un empeño, una filial complacencia, un impulso tan dulce y tan fuerte, de *los honores paternos*, que no parece posible haya querido Jesus, que otro alguno de los Bienaventurados sea tan ensalzado en la Gloria, como San Josef; ni tenga igual poder y patrocinio. Vea el Cielo, cómo premia un Hijo, quando premia como Dios: *Sic honorabitur*: Sepa la tierra lo que puede un fiel siervo, quando un Dios-Hombre le da poder como á *Padre*: *Ite ad Joseph.*

No creais voluntario este pensamiento: es tan sólido, como fundado en la doctrina del Doctor Angélico, que nos dice expresamente: "La proteccion de "San Josef no es limitada á cierta especie de gracias "particulares, como la proteccion de otros Santos: "Este es el Abogado universal de los hombres, en "todas sus aflicciones y necesidades": *Quibusdam Sanctis*, dice mi Angélico, *datum est in aliquibus specialibus causis præcipuè patrocinari: At Sancto Josepho in*

(1) Esth. cap. VI. v. 9.

in omni necessitate, et negotio concessum est opitulari.

Mas no solo excede San Josef en poder á los demas Santos; sino que se halla dispuesto con mas prontitud y amor para socorrernos. Despues que su amado Hijo Jesus nos honró con el título de *Hermanos suyos*, nos mira San Josef como hijos menores, constituidos baxo de su tutela y proteccion: Consiguientemente, "es el mas solícito, dice el Angélico Doctor »Santo Tomas; el mas eficaz y amoroso para defender, favorecer y proteger con paternal afecto á sus »devotos": *Omnes ad se piè confugientes, defendere, fovére, ac paterno affectu prósequi.* En una palabra, concluye el mismo Doctor Angélico; "San Josef es *el Protector universal* de los Cristianos": *Hic est universalis Auxiliator.*

A esta doctrina subscribe la Seráfica Madre Santa Teresa de Jesus, diciendo: "Yo no he pedido jamás »gracia alguna á San Josef, que no haya obtenido." A la verdad, consiguió tantas y tan singulares, que no es extraño llegase á ser tan devota del Santo Patriarca, como lo manifiestan sus Escritos. Ahora bien; si la razon y la experiencia nos demuestran, que tenemos un protector tan grande y tan poderoso, solo resta, que, aumentando nuestro afecto y devocion al Santo, nos valgamos oportunamente de su Patrocinio. ¡Quánto se aprecia en los negocios del mundo el favor y la gracia de un Ministro, que nos facilite acercarnos al Soberano! ¿Quál Corte hay, donde penda un negocio tan importante para nosotros, como la Corte del Cielo? ¿Por qué mano podrán llegar nuestras súplicas con mas seguridad, que por las de un Santo, que al presentarlas, diga á la Soberana Emperatriz María: "Vuestro *Esposo* intercede en favor de esta súplica": Y á nuestro adorable Redentor Jesus: Vuestro *Padre* se interesa en que concedais esta gra-

gracia? ¿*Quánta*, concluyo con estas palabras del Gran Canciller Juan Gerson; *quánta in eo vis impetrandi? Dum enim Sponsam et Filium orat, imperium est, non oratio.* Sed, pues, ó Patriarca Santo, nuestro benigno protector en la vida y en la muerte. *Amen.*

SERMON IV.

DE LA ANUNCIACION

Á MARIA SANTISIMA,

predicado en la santa Iglesia de Segovia, año de 1760. *

Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundùm verbum tuum.

Luc. cap. I. v. 38.

¿Quién no habría visto gustoso á los Ciudadanos de Éfeso, quándo juntos á la puerta del Templo, en que un Concilio general exâminaba, si se debia ó no, á María Santísima el título de *Madre de Dios*, clamaban y suspiraban enternecidos, esperando que fuese favorable la decision? Mas ¿quién no los habría visto con mayor júbilo, quando, despues de esta decision favorable, acompañaban con guirnaldas de flores, luminarias, fuegos y aplausos á los Padres del Concilio, que tan justamente habian defendido contra los Simonitas y Valentinianos la *divina maternidad* de esta purísima Vírgen?

Al leer esta noticia, ¡ah! dixe yo entre mí; si pudiera escribirse la historia de las cosas invisibles, como la de las cosas visibles, se hallaría que aquel Pueblo devoto habia imitado puntualmente la fervorosa esperanza, y el júbilo de nuestro Padre Adán y de su posteridad, detenida en el Limbo, en el feliz momento en que el Arcangel traxo á María Santí-

(*) Es un Panegírico tan cabal, y tan interesante, que no parece cabe mas.

tísima, no sé si diga el anuncio ó la oferta de su *divina maternidad*; pues de aquellos purísimos labios salió la declaracion y el consentimiento que debia preceder, para que tuviese cumplido efecto la salud del Género humano; el exceso de las divinas misericordias; y en una palabra; el inefable mysterio de la Encarnacion del Verbo. ¿Quáles serian las voces, clamores, súplicas y alegría, con que tantos Patriarcas y Justos esperaban, y recibieron aquel suspirado momento? ¿Quáles las bendiciones, con que en nombre de todas las criaturas acompañarian la admiracion y cánticos de los Angeles.

Yo me perdiera y me confundiera en el abysmo de tantos pensamientos, como excita en mi corazon la idea de aquel inefable regocijo, si no me llamára la atencion otra reflexîon mas digna de maravilla. Me aturde, me pasma la profunda humildad de una Vírgen, que se llama *Sierva del Señor*, en el momento que el Señor la elige por su Madre: *Ecce ancilla Domini.* Me pasma la santa osadía con que consiente en ser *Madre de Dios*, en el momento que se protesta *su mas humilde Sierva*: ¿Quándo se vió jamás tanta humildad en el colmo de las mayores grandezas; siendo el orgullo efecto suyo tan propio, que el primer Angel apenas fué elevado, quando pecó soberbio? ¡Oh Dios! ¡qué portento! ¡Ver aceptada la mas alta dignidad, por la humildad misma! ¡Siendo natural á los corazones humildes, huir de los honores; y á las almas santas, temblar de la mas leve preferencia!

"No hay duda, claman los Santos Padres, que es una incomprehensible maravilla, que María Santísima sea tan humilde, al verse tan elevada; y que consienta con gusto en ser elevada, siendo tan humilde." ¿No parece incompatible la *qualidad de Sierva* con la *dignidad de Madre*? ¿Sobre qué funda, pues, esta Señora la alianza de dos títulos, efectivamente tan

diversos? Y si sus palabras son lecciones, y sus virtudes exemplos para los fieles; ¿qué pretende enseñarnos con una respuesta tan llena á un mismo tiempo de *humildad* y de *grandeza*? *Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundùm verbum tuum.* ¡Ah! Quiere hacernos entender, que porque se mira solo como *Sierva del Señor*, la honra Dios, y la elige por su *Madre*; y que el honor de ser *Madre de Dios* la obliga á entrar en sí misma, y á reconocerse solo como *Sierva del Señor*. Este es el sentido natural de la respuesta de la purísima Vírgen, en que nos enseña, que "se humi-»lla tanto, quanto Dios la eleva; y que Dios la eleva, »al ver que tan profundamente se humilla."

Hé aquí dos verdades opuestas á la falsa preocupacion que domina en el mundo, donde solo se tiene por *grandeza* la autoridad, la soberbia, el fausto, y las riquezas; y por consiguiente se cree, que no se puede ser *humilde sin baxeza*. Destruyamos, pues, estos errores con el exemplo convincente, que hoy nos ofrece María Santísima, elevada á proporcion de su humildad; y humilde á proporcion de su elevacion. ¿Por dónde, pues, podré yo empezar mejor á hablar de este mysterio, que por donde lo hizo el Angel, saludando á esta Señora en qualidad de *Madre de Dios*, y diciéndola: *Ave gratiâ plena*?

Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundùm verbum tuum.
Luc. cap. I.

¡Qué ilustres dignidades! ¡Qué insignes favores! ¡Qué preeminencias tan singulares son las que hoy se unen en una pura Criatura; pues la elevan á la cumbre de la grandeza posible! Un Dios se hace Hombre, para salvar al hombre perdido; y quiere que una divina Muger contribuya á su salud, tanto y aun mas, que la primera muger contribuyó á su pérdida. Toda

la

la adorable Trinidad la hace concurrir consigo á esta grande obra: El Padre la asocia á su Paternidad, haciéndola concebir y parir á su Unigénito Hijo: El Espíritu Santo forma la incomprehensible alianza de la virginidad con la fecundidad; y por su purísima operacion viene á ser su verdadero Esposo: El Hijo baxa de su seno; y encarnando en su inmaculado vientre, viene á ser, permítaseme decirlo así, uno mismo con esta purísima Criatura. Hé aquí, por el simple consentimiento que se la pide, y que ella da con inefables afectos; hé aquí á María, Reyna de los Angeles, que la reverencian y adoran; *mediatriz* de los hombres, que la llaman y la invocan; y para decirlo de una vez; *Hija*, *Esposa y Madre* de un Dios omnipotente, que la busca.

Remontad aquí el vuelo de vuestros vastos deseos, espíritus ambiciosos; recorred los proyectos de elevacion imaginables; fondead, si sois osados, los abysmos impenetrables de la Omnipotencia, y juzgad si esta breve y sencilla relacion no encierra quanto hay y quanto puede haber de grande, despues de Dios, en los Cielos y en la tierra.

Mas ¿sobre quién hace Dios que cayga su eleccion, para reunir así tantas grandezas? A esta pregunta ¿no responderían todos los sabios del Universo, que la feliz Criatura que habia de acercarse tanto á la divinidad, debia estar revestida de todo el esplendor de las humanas grandezas, y esenta de la sujecion, que humilla y abate á los hombres en presencia de otros hombres, solo porque son mas poderosos? Jueces iniquos de la verdadera grandeza, inseparable del verdadero mérito; aprended á formar vuestros juicios, no sobre la opinion del mundo, sino sobre la verdad misma. Ciegos y carnales, solo apreciamos las cosas por su esplendor; y todo lo que no brilla á nuestros ojos, nos parece vil y despreciable. Sonrojémonos,

pues,

pues, espíritus soberbios, al ver confundida nuestra falsa sabiduría por la Sabiduría eterna.

Para sostener la grandeza mas sublime, solo busca un fondo de humildad proporcionada. La *maternidad divina* no fué reservada para las Potencias coronadas; para las riquezas abundantes; para los talentos, méritos y servicios distinguidos; ni tampoco para unas virtudes aplaudidas: Dios habita en el Cielo una luz inaccesible (1); y en la tierra una nube impenetrable (2). Desde el antiguo Testamento estuvo el Arca del Señor, no solamente oculta en lo mas secreto del Tabernáculo; sino envuelta tambien en cortinas ó velos muy densos (3): Figura perfecta de la Madre de Dios, que es la verdadera Arca de alianza de la Ley de gracia.

De qualquiera parte que la consideremos, solo veremos velos, oscuridades y nubes. Si Dios la elige de la Real Tribu de Judá, dispone que el cetro y la corona salgan de ella, antes de executar su designio: si hace que descienda de los antiguos Patriarcas y de los primeros Reyes de su Pueblo, como se lo habia prometido; espera, para cumplir su palabra, á que decayga enteramente su poder y magnificencia: si la elige Vírgen pura y sin mancha, como lo exîge su gloria; la da asímismo un pobre Carpintero por Esposo. Antes de subir al grado mas sublime, es colocada en la esfera mas abatida; y no llega á ser tan grande ante los ojos de Dios, hasta que todo lo que puede tener de brillante á los ojos de los hombres, se desvanezca y desaparezca. La nobleza de su orígen, por la humillacion de su familia; el esplendor de su sangre, por la pobreza de su estado; el mérito de su in-

(1) I. Tim. cap. VI. v. 16. (2) Exod. cap. XIX. v. 9.; Job. XXII. v. 14.; et Psalm. XVII. v. 12. (3) Exod. cap. XXVI. v. 14.; et alib.

inmaculada pureza, por la sombra de un santo matrimonio; y la santidad de sus acciones, por la oscuridad de su retiro. ¡Tal era esta Vírgen, amada de Dios, quando la elevó á la dignidad de Madre suya!

Los Santos Padres, despues de establecer por principios, que la dignidad de *Madre de Dios* jamás pudo darse por una justa y rigurosa proporcion de méritos, encuentran razones de congruencia en las perfecciones que dispusieron á María Santísima para la *divina maternidad.* Unos atribuyen este honor á su pureza virginal; otros á su fe viva; y los mas á su heroyca obediencia. Mas todos reconocen su *profunda humildad* por primer principio de su elevacion: Todos convienen en que, agradable á Dios por muchos títulos, solo por la *humildad* llegó á ser su Madre: Todos finalmente deciden, que ascendió á esta incomparable elevacion, no porque fué Vírgen, ni porque creyó, ni porque obedeció; sino precisamente porque fué *humilde* en su pureza; *humilde* en su fe; *humilde* en su obediencia: *Humilitate concepit.* En una palabra; en el centro de su *humildad* tienen su conexîon las bellas perfecciones de estas tres principales virtudes, que el mysterio de hoy nos descubre en la Reyna de los Angeles.

La preferencia inestimable, que Dios da hoy á la pureza virginal sobre la pureza angélica, hace una impresion muy viva en este mysterio, para no suspender inmediatamente nuestra atencion. Distincion, que arrebataba á San Pablo, y le hacia decir, con un exceso de amor, muy glorioso á la Madre de Dios: "¡Angeles del Cielo! Por mas que vuestra pureza se acerque á la de Dios, que es la pureza misma; siempre se dirá con verdad, que ha preferido sobre la tierra á una humilde hija de Abrahán á quantos espíritus purísimos hay en las Gerarquías celestiales": *Nus-*

Nusquàm Angelos apprehendit; sed semen Abrahæ (1).

¿De dónde, pues, proviene esta prodigiosa diferencia, que Dios hace hoy entre un Arcangel, que envía simplemente por su Embaxador; y una Vírgen, que elige por Madre? ¡Ah! "Esto es, dice San Bernardo, porque el uno es puro por naturaleza; y la otra lo es por eleccion, y por virtud de la *humildad mas profunda*: y esta *humildad* da á la pureza virginal un realce, que no tiene, ni puede tener la pureza angélica": *Virginitate placuit; humilitate concepit:* Porque los Angeles son puros en el Reyno de la pureza, y en medio de sus palmas y coronas: Mas la Reyna de las Vírgenes habia hecho voto de castidad en un tiempo, en que este género de perfeccion no era todavía conocido sobre la tierra; y lo guardaba en un estado, en que tampoco era honroso. Toda su Tribu aspiraba, por el matrimonio, al honor de contribuir por lo menos al nacimiento del Mesías. Ella sola, contenta con desearlo y esperarlo, dexaba á los demas el honor de recibirlo. Y ya porque se juzgase indigna de un favor tan alto; ya porque prefiriese á un favor incierto una virtud constante; amaba mas la *humildad*, que era el patrimonio de las Vírgenes, que la *fecundidad*, que era la mayor gloria entre las hijas de Israël.

Los Angeles son puros en la sociedad de otros espíritus, tan puros como ellos: mas el modelo de las Vírgenes conservaba su pureza en un Mundo corrompido, donde lo que parece mas puro, es freqüentemente un veneno mas temible. Las diversiones que llaman *indiferentes*; las alianzas, al parecer honestas; las amistades que se dicen *inocentes*, ¡quántas veces son especiosos colores, que ocultan flaquezas vergonzosas! Por tanto, la purísima Vírgen, habiendo leido en

(1) Hebr. cap. II. v. 16.

en la divina Escritura, que la desconfianza propia es la guarda mas segura de la inocencia; tomó desde niña el partido del retiro y del silencio: Lejos de las compañías peligrosas, que forman tantas tiernas simpatías; lejos de las asambleas y concurrencias brillantes, que exponen á la vista quanto el mundo tiene de artificioso para seducirnos; lejos del encanto de los placeres, que embelesa los sentidos, y dexa al corazon sin defensa; vivia en la soledad de su retrete. Era necesario ser un Angel, para encontrar allí entrada: y todavía, al verlo acercarse, tiembla y se sobresalta, tanto por *humildad*, como por *pudor*; que son dos murallas impenetrables á todos los asaltos del mundo y de la carne.

Los Angeles son puros, habitando en las delicias purísimas del amor divino: mas la Vírgen María fué pura hasta en los atractivos mas lisonjeros del amor propio. San Gabriel se la presenta, y la habla: mas no la habla de su nacimiento, ni de su belleza, ni de su espíritu: Un alma sólida y virtuosa nunca se dexa llevar de tan ligeros elogios y frívolos discursos: solo la habla de la divina Gracia, que la adorna: *Ave gratiâ plena*: de que el Señor la ama, y se complace con ella: *Dominus tecum*; y de que es *bendita entre todas las mugeres*. Imaginémonos, si podemos, otro elogio mayor. ¡Oh Dios! ¡Quán peligrosa, y quánto contiene en sí de agradable una alabanza, quando ensalza un mérito modesto, y sale de una boca, enemiga de lisonjas, y amante de la verdad! Con todo, María Santísima solo responde con una turbacion muda; pero tan eloqüente, que publica quán lejos está su corazon de los aplausos internos, y de las vanas complacencias, que excitan en nosotros tanto orgullo, y corrompen la flor de la virtud.

En fin, los Angeles son puros en un estado, en que nada puede combatirlos, ni tentarlos: Mas la

Vírgen-Madre es pura hasta en la prueba mas fuerte que el Señor se agradó de presentarla; quiero decir, en la aparente incompatibilidad de la *maternidad divina* con la *pureza virginal*: De una parte se ve asegurada de arrivar á la dignidad mas sublime; y de la otra aprende, que perderá un tesoro tan precioso, y conservado con tanto cuidado desde el primer momento de su inmaculada Concepcion.

¡Vírgen prudentísima! ¿Guardaréis aquí todavía vuestro religioso silencio, determinada á callar con *humildad*, antes que exponeros á hablar con imprudencia? No, no: *Quomodo fiet istud*? responde determinada: ¿"Cómo se hará esto"? Si para ser Madre de Dios, es necesario dexar de ser Vírgen, no me es posible aceptar la divina *maternidad*, que me ofreceis; porque no puedo renunciar á la pureza virginal, que he prometido: *Quomodo fiet istud; quoniam virum non cognosco*? ¡Qué maravillosa respuesta! ó, por mejor decir, ¡qué oráculo! ¿Con quánta razon, pues, se dexó llevar San Bernardo de su amorosa fantasía, quando dixo, que, "habiendo de ser *Madre*, por milagro, una Vírgen tan pura y tan humilde, no podia ser *Madre* sino de un Dios; y que, debiendo Dios por su bondad elegir *Madre*, no debia ser otra, que una Vírgen tan humilde en su pureza? *Neque partus alius Virginem; aut Deum decuit partus alter.*

Esta humildad trascendió de su pureza á su fe; porque, segun el Evangelio, á su fe viva debe María Santísima la felicidad y la gloria de que se vió colmada en este dia mysterioso. "Vos sois feliz, la »dice el Espíritu Santo por la boca de Santa Isabel: »Vos sois felíz por haber creido: *Beata, quæ credi-* »*disti*: por vuestra fe os serán cumplidas todas las di- »vinas promesas": *Perficientur ea, quæ dicta sunt tibi à Domino.* ¿Qué tenia, pues, su fe sobre la de los Patriarcas y Profetas? ¿En qué consistía su mayor perfec-

feccion, para ser tan recompensada de Dios? Su fe, responden los Santos Padres, era mas humilde y sumisa en sus palabras, sentimientos y obras. Esta es la piedra de toque de la humildad y de la fe: virtudes tan estrechamente unidas, que mutuamente se ayudan: La una nos eleva á Dios; la otra nos hace entrar de nuevo en nosotros mismos, y conocernos: El fin de ámbas es tributar todo lo que deben al Criador y á las criaturas: ámbas de la especulacion pasan á la práctica; y no contenta cada una con pensar rectamente, procura obrar arreglada á lo que piensa. Hé aquí justamente la explicacion literal de este oráculo de María Santísima: *Quomodo fiet istud?*

Guardémonos bien de tomar esta sabia pregunta por exâmen curioso: No hagamos este ultraje á la fe viva de la Madre de todos los fieles: Dexemos esta blasfemia á Calvino, que fué en esto, no solamente impío, sino insensato: Porque, como dice el gran Padre San Agustin, la dificultad que María Santísima propone al Angel, no es de desconfianza, ni de incredulidad de lo que la anuncia; ántes por el contrario, es una prueba manifiesta de su fe: *Non est Virginis diffidentia*: Cree firmemente, que se cumplirá en ella este mysterio; y por esto al punto se informa del cómo ha de cumplirse: no inquiere el modo, con que Dios debe obrarlo; sino la manera, con que á él debe concurrir por su parte: *Quod enim futurum esset, certa erat; modum, quo fieret, requirebat.*

No, no hace la Vírgen esta pregunta al Angel del Señor por desconfianza, ni por curiosidad: la hace por religion, y por la obligacion que le impone su voto de castidad: *Virum non cognosco.* No es su intencion fondear los secretos de Dios, que respeta y adora; sino instruirse de su voluntad para seguirla: En una palabra; el sentido natural de esta pregunta: *Quomodo fiet istud*, no es otro, en dictamen de San

Agustin, que: "Decidme, pues, qué agrada al Señor que yo haga"? ¡Oh Dios! ¡Qué fondo de fe, de humildad y sumision no nos descubre esta pregunta! Un Angel anuncia á María Santísima, que el Dios del Cielo y la tierra quiere *encarnar* en su seno; que el Rey de todos los siglos ha de nacer de ella en tiempo; y que el Hijo del Altísimo la elige por su Madre: ¿Qué cosa mas dificil de creer, para una Vírgen de corazon tan humilde? ¿Qué cosa mas opuesta á lo que de sí pensaba, ni mas contraria á lo que sentía? ¿Cómo puede conciliar la fe, debida á la revelacion de su *grandeza*, con la vista de su abatimiento y de su nada? Este es propiamente el triunfo de la *humildad* sobre la *humildad* misma, en favor de la fe, que la prohibe aun la mas respetuosa resistencia.

Dios habla: esto basta. María Santísima cree; y tiene ya por cumplido un mysterio, cuya simple propuesta la dexa atónita, pero sin excitar en ella la menor duda. Lejos de esperar, como Zacarías (1), el ver algun prodigio, para determinarse á creer; lejos de pedir, como Daniel (2), que le sean numeradas las semanas; lejos de representar, como otros Santos, su indignidad para la esfera á que Dios la eleva: no menos instruida de lo que á Dios debe, que de lo que es por sí misma, le rinde duplicado homenage, sometiendo á la fe las luces sublimes de su entendimiento, y la humildad de su corazon.

Hé aquí propiamente el nudo de la dificultad que propone en su pregunta; hé aquí el fondo de su conversacion con el Angel, y el objeto de su *pretendida curiosidad*, en sentir del impío Calvino. El cuidado de conciliar estado con estado, y obligacion con obligacion; la *maternidad* ofrecida, con el *voto de virginidad*. Sosegaos, Vírgen pura, y permaneced tranqui-

(1) Luc. cap. I. v. 18. (2) Daniel. cap. IX. v. 23.

quila en vuestra fe. Libre y cautiva baxo de sus divinas leyes, os conservará Vírgen, y os hará Madre. Así lo explicó despues el Señor á una de vuestras panegyristas, quando clamaba: "¡Feliz el seno, que os ha llevado!" ¡*Beatus venter, qui te portavit*! (1) Decid mejor, replicó el Señor, no corrigiendo, sino explicando su elogio; decid mejor: ¡Dichosa el alma fiel, que sabe creer, y que practica todo lo que cree!" *Quinimò beati, qui audiunt, verbum Dei, et custodium illud.* Esto es, segun los Santos Padres lo explican: "¡Dichosa el alma, que, atenta constantemente á la voz de sus legítimos Pastores, la oye como regla de su fe, y conforma con ella su conducta! ¡Dichosa la que, contenta con la infalibilidad prometida á la Iglesia Católica, no busca otros milagros para creer, ni otra autoridad para quedar tranquila! ¡Dichosa la que dexa lo raro y maravilloso de los sucesos, siempre sospechosos; y el contagio de las disputas, siempre equívoco, para atenerse únicamente á lo invariable de los dogmas y práctica antigua de la Iglesia! ¡Dichosa en fin, la que, segura de la asistencia del Espíritu Santo, oye y sigue la doctrina de los Ministros apostólicos! En una palabra: ¡Dichosa la que, como María Santísima, es perfectamente humilde, sumisa y firme en su fe!"

Todos los Santos Padres convienen en honor de María Santísima, que en conseqüencia de su libre consentimiento se cumplió el gran mysterio de la Encarnacion del Verbo en su vientre virginal. Obligacion eterna, que todos tenemos á esta Señora. ¡Desdichados de nosotros, si somos tan ingratos, que la dexamos escapar de nuestro espíritu, y borrarse de nuestro corazon! Por esto dispuso la Iglesia traérnosla á la memoria tres veces al dia. ¡Felices, si nos aprovechamos

(1) Luc. cap. XI. v. 27. et seqq.

mos de sus avisos! ¡Felices, si llevamos impreso en nuestros corazones, que al pronunciar María Santísima: *Ecce ancilla Domini*; *fiat mihi secundùm verbum tuum*, se hizo Hombre el Verbo divino; y la mas pura de las Vírgenes llegó á ser *Madre suya*! ¡Felices en fin, si procuramos imitar *la humildad* de su pureza, de su fe, y de su obediencia; que fué el fundamento de su elevacion y de su gloria!

Mas ¿qué? (dirá alguno) ¿Tanta *humildad* es menester para aceptar con resignacion lo que lisonjearía á la ambicion mas viva? Y si la modestia sufre algo, al verse elevada; ¿tan rara es esta dulce violencia? ¿No se vió en el antiguo Testamento á la virtuosa Esthér subir al Trono temblando; gemir baxo la carga de la Diadéma; vestirse, suspirando, la púrpura imperial; y tratar como Señor suyo, al que la habia elegido por Esposa; coronado, y colocado á su diestra? (1)

No admite duda, que ambas elevaciones son hasta aquí muy parecidas: mas no, no cabe engañarse, ni comparar la figura con la verdad. La exâltacion de Esthér solo fué una débil imágen de la elevacion de la Reyna de los Cielos: Ambas fueron exâltadas por su humildad y su obediencia: la una á la Dignidad Real; y la otra á la *maternidad divina*: ¡Qué término tan desigual, y qué camino tan diferente! La humildad de Esthér fué elevada casi sin humillacion alguna; y su obediencia, coronada sin gran sacrificio. Romper una secreta conspiracion; dar algunos pasos peligrosos; y sufrir un rato de inquietud interior, fué lo que costó á Esthér su Dignidad Imperial: Y aun para esto tuvo quien la aconsejase y animase. "¿Quién sabe, la decia Mardoquéo, si el Señor os ha reservado para estos dias críticos é inquietos?" ¿*Quis novit* (2)? ¡Ah!

(1) Esth. c. XIV. v. 16. et supr. c. 2. v. 17. (2) Ibid. c. IV. v. 14.

¡Ah! ¡Quién sabe, en efecto, lo que ocultan de amargura las grandes fortunas!

¡Cadenas de oro! ¡Para ser meritorias os falta tanta humildad, como teneis de sujecion y dependencia! ¡Os falta imitar á María Santísima; que en el dia mismo de su elevacion sacrificó el derecho que tenia, por *Madre del Señor*, á ser feliz y ensalzada sobre la tierra; y aceptó todo lo que la anunciaba de cruel y riguroso la qualidad de *Madre de un Dios Redentor*! Quiero decir; ¡la necesidad de dividir y participar los rigores y los oprobios de su Cruz!

Todo esto se halla comprehendido en su respuesta: *Ecce ancilla Domini*; *fiat mihi secundùm verbum tuum.* "Vos me anunciais, ó Angel bello, que seré *Madre de un Dios*, Salvador de los hombres: Basta. Lo demás está profetizado; y lo he contemplado muchas veces en la divina Escritura: Prevéo su destino, y el mio: Llevad de mi parte al Señor, que os envia, el consentimiento que espera. Al Señor toca ordenar, y á mí el someterme enteramente: *Ecce ancilla Domini*: Que me humille ó me eleve; que me consuele ó me aflija; que me corone ó me crucifique sobre la tierra, adoro sus designios; me someto á sus decretos; y me conformo con su adorable voluntad: *Madre* suya por su eleccion; y su humilde *Sierva* por obligacion mia: *Ecce ancilla Domini.*"

Hé aquí el acto de obediencia, que los Santos Padres prefieren á todos los actos mas heroycos de los Santos, y que miran como perfecta compensacion del orgullo y criminal desobediencia de los hombres. En efecto, Eva desobedeció sobre la fe de un Angel de tinieblas, cuyas promesas creyó, mejor que las amenazas de Dios: María Santísima obedeció sobre la fe de un Angel de luz, cuyas palabras eran eco de las del Señor. Eva desobedeció, lisonjeada de la loca esperanza de ser casi como Dios: María Santísima obe-

de-

deció, conformándose á un Dios humanado, para ser obediente hasta la muerte, y muerte afrentosa en una Cruz (1). Eva desobedeció, y arrastró á su esposo Adán á ser cómplice de su delito: María Santísima obedeció, y empeñó á su esposo Josef á una sumision igual; no revelándole nada del mysterio, y dexando al Señor el cuidado de instruirle y de intimarle sus órdenes. Finalmente, en el paralelo de la obediencia de la *Madre de Dios*, y la desobediencia de la madre de los hombres, se ve un perfecto contraste del orgullo y la humildad.

De estos principios fundamentales de la fe, se sigue: "Que la verdadera *grandeza* solo consiste en el mérito; el mérito en la virtud; y la virtud sublime en la *humildad profunda*." Todas estas son conseqüencias necesarias, deducidas de este mysterio.

A la verdad, ¿no es cosa bien singular, el silencio del Angel en la conversacion con María Santísima, sobre las gloriosas prerogativas de la dignidad que la anuncia? Enviado del Cielo, para obtener su consentimiento á la *divina maternidad*, ¿no era natural, al verla asustada y vacilante, persuadirla, haciéndola sensibles las preeminencias, á que sería elevada sobre todas las criaturas? Mas no; esto solo es allí de una y otra parte olvidado: La Vírgen Madre se contenta con enterarse de su debér; y el Angel no se cuida de hablarla de su gloria.

Desengañémonos, pues, con este exemplo, los que, deslumbrados por el esplendor de la *grandeza*, la confundimos con el aparato, que la precede; con la pompa que la rodea; el poder que la acompaña; y el ruido que la sigue: ¡débiles exterioridades que nos divierten y nos engañan! Pongamos mejor los ojos en la sujecion que impone; en las obligaciones que prescri-

(1) Philipp. cap. II. v. 8.

cribe; y en la terrible cuenta que obliga á dar á Dios algun dia: y seguramente nos causará menos envidia, que temor. No separemos jamás de las Dignidades el honor y la pena: ó, por mejor decir; rindamos á Dios todo el honor; y guardemos la penalidad para nosotros: persuadámonos que la verdadera *nobleza* se sostiene por el trabajo, y no por la pompa; y finalmente, que el mérito, y no la ostentacion, hace á los hombres verdaderamente *grandes.*

Este discurso encierra en sí todo el espíritu de este mysterio; pues Dios se abate y se anonada; y su purísima Madre nos enseña á preferir las advertencias á los elogios; y á oir con mas gusto hablar de nuestras obligaciones, que de nuestro mérito. Hé aquí el exercicio verdadero de la *humildad profunda*, que Dios se complace de colmar en su Madre con sus preciosos tesoros. De modo, que el humillarnos y reputarnos por nada, es la mas próxîma disposicion para los favores de un Dios omnipotente, que de la nada crió todas las cosas; y no quiere otro fondo para formar sus obras mas perfectas. De la nada traemos nuestro orígen; y de ella salieron á luz las maravillas de la Naturaleza. Finalmente, de la nada, á que nos abate la virtud, hace Dios brotar las maravillas de su Gracia. "Esto es lo que hoy nos manifiesta una Vírgen, »elevada á proporcion de su humildad": *Humilitate concepit.* ¿Quién, pues, tendrá en adelante por baxeza el abatirse, á vista de una Vírgen que se abate á proporcion de su elevacion? *Ecce ancilla Domini.*

San Bernardo, penetrado de los mas tiernos afectos de piedad ácia la Madre de Dios, admiraba su conducta, despues de su elevacion; y sobre todo, su silencio y la sumision á su Esposo. Virtudes que encierran una *humildad* tan sublime, que hacian clamar á este gran Santo: ¡"Eh! ¿De dónde os viene un aba»timiento tan profundo, en un grado tan alto? La

»mas humilde de las Vírgenes; y la mas gloriosa de »las Madres": ¿*Undè tibi humilitas, ó Beata*? ¿*Et humilitas tanta*?

La respuesta es fácil, y dictada por el Espíritu Santo, que nos dice: "En vuestro seno mismo se halla »el motivo y la medida de vuestra humildad: *Humi»liatio tua in medio tuî* (1)." Los hijos de los hombres, para humillarnos, no hemos menester mas que considerarnos profundamente ¿Qué descubrirémos, sino miserias y calamidades del pecado? Fuentes inagotables de reflexîones, y sentimientos baxos de nosotros mismos. *Humiliatio tua in medio tuî.* La Madre de Dios, siempre pura, no tuvo motivo para semejantes reflexîones: mas para humillarse tanto en el momento de su elevacion, la bastó tambien fijar la vista en lo íntimo de su seno inmaculado. En él veía verdaderamente un Dios: ¡Qué honor, qué gloria! Mas un Dios, disfrazado con el trage de siervo; un Dios anonadado: *Exinanivit semetipsum* (2). ¿Qué razon mas fuerte para su silencio, y para su humilde sumision? *Humiliatio tua in medio tuî.*

Este exemplo fué el que hizo á la prudentísima Vírgen ocultar su dignidad, y el mysterio que se acababa de obrar para la salud del Mundo. No pudo haber otra causa, para que guardase tan inviolable secreto sobre este gran mysterio; porque jamás hubo nueva, que debiese mas presto publicarse. No habia tampoco prohibicion expresa, que lo impidiese. Las expresiones del Angel tambien convidaban á esparcirla; pues claramente anunciaron á la Vírgen, que iba á concebir al Hijo de Dios, Salvador de los hombres, y Rey de todos los siglos.

Despues de una declaracion, en que todo el mundo se interesaba tanto, ¿qué lengua, por circunspecta y

(1) Mich. cap. VI. v. 14. (2) Philipp. cap. II. v. 8.

y modesta que fuese, no hubiera creido una obligacion precisa el publicarla? Obligacion de caridad, para consuelo de tantas almas fervorosas, que suspiraban lánguidas en el deseo de ver á su Libertador; y obligacion de fidelidad á su Esposo, que, por no estar instruido de esta dicha inesperada, iba á ser expuesto á la prueba mas terrible: ¡Oh Dios! ¡Qué fuertes razones, á lo menos, en favor de alguna discreta confianza! Para justificar en un punto tan delicado el partido del silencio, era necesaria una *humildad* profunda; y una autoridad, superior á las leyes ordinarias. Ahora, pues; esta *autoridad triunfante*, y esta *humildad victoriosa* fué el exemplo del Verbo, encarnado en su purísimo seno: *Humiliatio tua in medio tuî.*

Hé aquí la primera leccion que el Salvador dió al Mundo, para confundir su orgullo. Hé aquí tambien la práctica de la respuesta que la Santísima Vírgen habia ya dado al Angel: *Ecce ancilla Domini.* "¿Cómo he de querer ser ensalzada, quando el Señor se abate? ¿Cómo me he de dar á conocer, quando el Señor se oculta? ¿Cómo habia yo de salir del centro de mi pobreza, quando en él se reconcentra y se humilla el Hijo del Altísimo? Este es mi modelo; hágase todo, siguiendo su exemplo y su divina palabra: *Fiat mihi secundùm verbum tuum.*"

¡Oh Madre humilde de un Dios verdaderamente oculto! (1) ¡Qué diferente es vuestra conducta de la de los hijos de los hombres! Encaprichados de nuestro mérito, y ambiciosos de alabanzas, nos familiarizamos de tal modo con los aplausos y los honores, que el que no nos elogia, nos agravia; el que no nos lisonjea, nos ofende; y el que no nos inciensa, nos ultraja. ¡Quánto cuesta la menor condescendencia á los que se miran colocados en una esfera superior á

(1) Isai. cap. XLV. v. 15.

los demas! ¡Qué repugnancia el sujetarse, creyéndose con derecho de mandar!

Por el contrario María Santísima; aunque elevada á una Dignidad, que nadie habia jamas de obtener; aunque veía á los Angeles abatirse á sus pies, y rendirla homenage; aunque sabía, que los Pueblos y los Reyes mas poderosos del Universo se habian de gloriar de ser sus siervos, y se lo comunicó así á su prima Santa Isabel: *Beatam me dicent omnes generationes: quia fecit mihi magna, qui potens est* (1); con todo, respeta á su casto Esposo, y le sirve con sumision: y esto en una coyuntura tan delicada, que se trataba de su honor y de su vida; pues le veía admirado de verla en cinta; confuso sobre el mysterio que no penetraba; irresoluto sobre el partido que debia tomar; y dispuesto á retirarse de ella, como indigno, antes que sospecharla indigna de sí mismo. En estos momentos críticos, siempre tranquila, tiene en su Esposo la misma confianza que en su Dios, cuyo lugar él ocupa; toma su voluntad por regla de la suya; y le respeta como su Xefe, su oráculo y su guia.

Si este exemplo de *sumision*, *lazo precioso de la union conyugal*, fuera seguido de las personas, que, sin tener las prerogativas de María Santísima, contraen las mismas obligaciones; reynaría constantemente en las familias Cristianas la paz y la concordia, que produce la armonía de los corazones; y no se oirían freqüentemente tantas alteraciones de zelos y discordias: conseqüencias naturales de la oposicion de sentimientos y contrariedad de inclinaciones.

¿Quién mejor, que María Santísima podia creerse con derecho de no estar sujeta á otra autoridad, que la de Dios? Y mas, quando ántes de la Encarnacion la

(1) Luc. cap. I. v. 48.

la envió directamente sus órdenes, y colocó en ella sus primeras atenciones; sin que persona humana entrase en el santuario de sus divinos secretos. Solo un Angel fué de ellos confidente y depositario; y sola la purísima Vírgen fué cooperatriz de sus misericordiosos designios.

Con todo, en adelante el mérito de obedecer fué su mayor gloria: el honor de mandar pasa enteramente á su Esposo. A este se dirigen las órdenes de Dios; á este vuelan los Embaxadores del Cielo; y son revelados los divinos arcanos. Este impone al Verbo encarnado el nombre de JESUS, sin el qual no habia que esperar salud en el Universo (1). Este dispone de su adorable persona: pronuncia: "Huyamos á Egypto: "Volvamos á Nazareth": Y la Madre y el Hijo le obedecen. En una palabra; María Santísima, aunque la principal en este gran mysterio, depende en todo del Xefe de la Sagrada Familia: Que es la imágen y el orígen de la Iglesia Católica.

¡Oh Dios! ¡Qué leccion para todas las personas que ocupan las primeras plazas y empleos en la Casa del Señor! ¡Qué censura del espíritu de dominacion, que nos hace freqüentemente aspirar á ellas, y en ellas se conserva! ¡De la excesiva delicadeza, de que nos picamos sobre todo lo que toca, no digo á nuestro ministerio, sino á nuestra autoridad! ¡De la escrupulosa atencion y cuidado de que se nos tribute todo lo que es debido á nuestro carácter, ántes que en cumplir todo lo que debemos á unas Dignidades, fundadas únicamente sobre las humillaciones de mi dulce Redentor Jesus!

¡Qué exemplo asímismo para todos los fieles! ¡Qué modelo para toda alma verdaderamente cristiana! ¡Qué condenacion del orgullo, que domina en todo el Universer-

(1) Matth. cap. II. vv. 14. 21.

verso! ¡Vicio fatal, y pasion tan funesta, que pervirtió al primer Hombre, y perdió al mas distinguido de los Angeles! Para confundir este vicio, ¿qué cosa mas propia, que la *humildad* de la purísima Vírgen, fundada sobre el abatimiento del Verbo encarnado? ¿Qué cosa mayor, que lo que nos lleva al centro de la grandeza? ¿Qué cosa mas gloriosa, que el asemejarse á un Dios anonadado?

Hé aquí los sentimientos que María Santísima conservó siempre en su corazon, y que la hicieron tan humilde á su vista, como elevada ante los ojos de Dios: "¡Ah, Señor! decia sin cesar, repitiendo su devoto y sagrado cántico: ¡Ah, Señor! Vos sabeis, que, colmada de vuestros favores, no se ha ensoberbecido mi corazon: *Domine, non est exaltatum cor meum* (1): Elevada por vuestra mano á un grado, al qual jamas llegó otra criatura, no he perdido de vista mi baxeza: *neque elati sunt oculi mei.* Los milagros de Gracia, que habeis obrado en mí, han tenido siempre por contrapeso la idea de la nada, de que me habeis sacado; y aunque elevada á Madre vuestra, jamás he olvidado que soy vuestra criatura y vuestra sierva: *neque ambulavi in magnis, neque in mirabilibus super me.* Mas, aun quando el orgullo me hubiera tentado; aun quando la vanagloria hubiera intentado lisonjear mi alma: *si non humiliter sentiebam*; ¿cómo podia olvidar al Unigénito Hijo de Dios, concebido en mi seno, y que ha de ser alimentado con la leche de mis virginales pechos? *Sicut ablactatus super matre sua*: Su abatimiento ¿qué otros sentimientos podia inspirarme que los suyos: ¡*Ita retributio in anima mea*!" Vos, pues, todos los que creeis y esperais en el Señor! ¡Todos los que amais á su Santísima Madre! ¡Todos los que la mirais como fuente, de donde, por medio de la En-

(1) Psalm. CXXX. v. 1. et seqq.

Encarnacion del Verbo, mana y se difunde la Gracia en el Universo! ¡Todos los que á ella os refugiais, como á Isla, en que los pecadores encuentran puerto franco, y seguro asilo! ¡Todos los que os regocijais al nombrarla, y haceis incomparables demostraciones en su obsequio! ¡Pueblo fiel! Imitadla todos en su *humildad*, como ella imitaba á su Unigénito Hijo en su abatimiento: Y estad seguros de que este es el medio infalible de ser elevados para toda la eternidad en la Gloria. *Amen.*

SER-

SERMON V.

PARA LAS FESTIVIDADES DE LA INVENCION Y EXALTACION DE LA SANTA CRUZ,

predicado en la Catedral de Segovia, siendo S. E. Canónigo de aquella santa Iglesia, el año de 1759. *

Vexilla Regis prodeunt ; fulget Crucis mysterium.
Ex hymn. Eccles. in Offic. S. Cruc.

Hoy se gloría esta santa Iglesia de seguir las banderas de la Milicia Cristiana. Hoy nos convida á ver brillar la insignia mas opuesta á las máxîmas del siglo, y mas aborrecida del mundo: quiero decir, el sacrosanto y adorable madero de la Cruz: *Vexilla Regis prodeunt ; fulget Crucis mysterium.* El Apóstol refiere, que el seguir estas banderas, era un escándalo para los Judíos, y una necedad en sentir de los Paganos (1): *Judæis quidem scandalum ; Gentibus autem stultitiam.* Y lo mas deplorable es, que en estos tiempos se puede decir lo mismo de la mayor parte de los Cristianos. La Cruz solo nos guia á la humildad, á la penitencia, á la mortificacion, y á la pobreza: y nosotros, á imitacion de los Judios, solo amamos el fausto y la grandeza: La Cruz solo nos enseña á imitar la dulzura, el sufrimiento y las penas del Salvador: y nosotros, á imitacion de los Gentiles, creemos que la verdadera sa-

(*) Es un Discurso de copiosa erudicion y doctrina sagrada; promovida con la mayor oportunidad y vigor.
(1) I. Cor. cap. I. v. 23.

sabiduría (1) consiste en procurarnos las riquezas y comodidades de la vida; y en lograr los placeres y dulzuras de los sentidos.

No sospecho yo, que haya entre nosotros quien de la afrentosa muerte del Hijo de Dios infiera, como los Judíos, que no era verdadero Hijo de Dios. Creo, y creeré siempre firmemente, que todos somos Católicos, y nos gloriamos de ser discípulos de mi dulcísimo Jesus. Pero ¡quántos de nosotros alimentan en el fondo de su corazon el orgullo de los Judíos y Gentiles, y desaprueban interiormente el medio humilde, que eligió para redimirnos! ¡Quántos quisieran, que Dios hubiera venido á libertarnos con el aparato y grandeza que lo esperaban los Hebreos! Mas estos deseos no nacen de zelo por la gloria del Salvador, sino de nuestra altivez y nuestro amor propio, que se siente herido por las humillaciones de un Dios-Hombre, y no quiere sujetarse á seguir una bandera, cuyos trofeos son la mortificacion de los sentidos y de nuestras mas amadas inclinaciones. De modo, que nuestros pensamientos y deseos no son los mismos que los de los Judíos y Gentiles; pero traen su orígen del mismo principio, del orgullo del corazon humano.

De este orgullo nace, que solo reputamos grande, aquello que mas vivamente brilla, y suspende nuestros sentidos. El Político sagaz, que usa de mayor arte en los negocios; el Monarca, que pone mas numerosos exércitos; el Conquistador, que marcha contra sus enemigos con tropas mas formidables, es llamado *gran Conquistador*, *Monarca poderoso*, *Político muy hábil.* Y á mi ver (2), nada prueba mas claramente la impotencia y debilidad de los hombres, que esta necesidad de multiplicar medios, y de emplear los mas fuertes instrumentos para conseguir sus limitados de-

(1) I. Cor. cap. III. vv. 19, 20. (2) I. Cor. cap. I. vv. 26. et seqq.

signios. Y por el contrario, la prueba mas clara de la omnipotencia del Salvador es, el haber confundido la fuerza con la debilidad, y el haber sujetado al Infierno; arruinado la idolatría; y perfeccionado la obra mayor y mas gloriosa, que jamás se ha visto, por el medio mas vil y despreciable, que habia en el Universo.

De este error, con que procedemos en la estimacion de las cosas (1), nace que los Cristianos hagamos tan poco aprecio de esta augusta qualidad, cuyas terribles obligaciones, ó las ignoramos, ó nos juzgamos sin fuerzas para cumplirlas. De este mismo error nace que, á imitacion de los Judíos y Gentiles, constituimos (2) la grandeza en las riquezas, y honores; y miramos con horror el fundamento de la Milicia cristiana, que nos manda seguir la insignia de la Cruz. Probemos, pues, á disipar este error; manifestando, que "la ver-„dadera grandeza consiste solo en la augusta quali-„dad de Cristiano, y en seguir la aspereza de la Cruz." Y para que estas reflexîones tan importantes se impriman en nuestros corazones, imploremos el auxîlio de la gracia por medio de María Señora nuestra. *Ave gratiâ plena.*

Vexilla Regis prodeunt; fulget Crucis mysterium.
Ex hymn. Eccles. in Offic. S. Cruc.

Aunque el sacrosanto madero de la Cruz, Ilustrísimo Señor; aunque esta insignia de humildad y abatimiento es la bandera, que nos propone la Iglesia, como fundamento de nuestra Religion; pretendo yo demostrar, que "no hay cosa mayor, ni mas heróy-„ca, que la qualidad augusta de Cristiano" Y esta confesion, me asegura San Agustin, que no es en los hombres señal de orgullo, sino de reconocimiento: *Non*

(1) Psalm. LXI. v. 10. (2) Matth. cap. VI. vv. 31. et seqq.

Non est ista superbia elati, sed confessio non ingrati.

En el mundo se juzga de la grandeza de los Príncipes por la dignidad de sus Ascendientes, y por el dilatado dominio, sujeto al trono que deben ocupar: Pues casi por los mismos términos es fácil descubrir la grandeza del Cristiano: Su nobleza trae el orígen de mi dulcísimo Jesus; y el trono que debe ocupar, no es caduco ni perecedero, porque está preparado en los Cielos para toda la eternidad.

¿Qué era lo que otras veces constituía la grandeza del Pueblo Hebreo, y lo distinguia tanto entre las demas Naciones? El descender de estos grandes Patriarcas, Abrahán, Isaac, y Jacob, de quienes Dios quiso llamarse el Dios por excelencia (*). De estos tres Patriarcas, cuya posteridad habia de ser (1) tan numerosa, como las estrellas del firmamento, y las arenas del mar: De estos Patriarcas, en los quales habian de ser benditas todas las Naciones; porque debian dar (2) al Mundo su Mesías y su Redentor. De aquí nacía en los Judíos la idea tan alta que tenian de su orígen, y la afectacion de repetir con tanta freqüencia, que eran hijos de Abrahán (3): y de aquí nacía, que Dios les ordenase tantas veces por sus Profetas, que tuviesen presente la piedra de donde habian sido cortados, y volviesen los ojos á su padre Abrahán y á su madre Sara (4): *Attendite ad petram, undè excissi estis: attendite ad Abraham, patrem vestrum, et ad Saram, quæ peperit vos.*

Pues si el descender de estos Patriarcas era título de calificada grandeza para los Israelitas; ¿qué alta idea no debemos formarnos los Cristianos? ¿Qué superioridad; qué gloria no trae consigo el pertenecer al ver-

(*) *Deus Abraham, Deus Isaac, et Deus Jacob. Passim in Scriptura.*

(1) Genes. cap. XXII. v. 17.

(2) Id. v. 18.

(3) Luc. cap. III. v. 8.; et Joan. VIII. vv. 33, 37, 39.

(4) Isaí. cap. LI. vv. 1, 2.

dadero Mesías, y ser miembros (1) de mi dulcísimo Jesus? Para formarnos una idea correspondiente á la excelencia de este orígen, es preciso considerar el orígen del Salvador. Mas ¿quién será capaz de referir su generacion? Isaías, lleno de un Dios que lo animaba, no osaba (2) emprender tan árduo asunto. ¿Quién se atreverá, pues, á penetrar hasta el seno mismo del Eterno Padre, y contemplar allí aquel Hijo, engendrado ante todas las criaturas (3) y tiempos; imágen consubstancial de Dios invisible; esplendor de su gloria, y carácter de su substancia? Aquel adorable Redentor Jesus, cuyo nombre atemoriza al Infierno, y hace doblar la rodilla á las criaturas (4) en el Cielo, en la tierra, y en lo mas profundo del abysmo? Aquel, que contiene en sí todos los tesoros (5) de la ciencia, y la sabiduría: por quien han sido hechas todas las cosas (6); y goza sobre ellas un soberano dominio. Su Reyno es absoluto, glorioso, universal (7) y eterno. He aquí el Rey, que nos manda seguir la insignia de su Cruz. He aquí nuestro Xefe, nuestro Padre, y el orígen de nuestra grandeza.

Mas queriendo elevar nuestro espíritu á la pura contemplacion de la Divinidad, objeto inaccesible á los hombres, nos quedaríamos sin comprehender nuestra nobleza, por no poder llegar á conocer bien su orígen. Acerquemos, pues, este objeto infinitamente apartado de nuestra vista, y proporcionémosle á los alcances de nuestros sentidos: consideremos al Verbo Divino vistiéndose (8) de carne humana, para hacérsenos ver de mas cerca: separemos la humildad que aceptó para instruirnos de las señales de grandeza, que conservó para hacerse conocer. Veamos la numerosa legion de An-

(1) I. Cor. cap. VI. v. 15.
(2) Isaí. cap. LIII. v.8.
(3) Coloss. cap. I. v. 15.
(4) Philipp. cap. II. vv. 9. 10.
(5) Coloss. cap. II. v. 3.
(6) Ibid. cap. I. v. 16.
(7) Daniel cap. VII. v. 14.
(8) Joan. cap. I. v. 14.

Angeles (1), que volando por el ayre, se apareció en el momento de su nacimiento, cantando sus alabanzas, y publicando la gloria de que habia llenado el Cielo; y la paz y salud, que traía sobre la tierra. Al Espíritu Santo, que baxa visiblemente sobre su cabeza (2), al recibir el Bautismo de S. Juan. A todos los Patriarcas y Profetas de la Ley antigua, representados en Moysés y Elías, postrados (3) á sus pies el dia de su Transfiguracion. Oygamos la voz del Padre Eterno, que lo declara Unigénito Hijo suyo (4): objeto de sus complacencias; Maestro y Doctor de Angeles y Hombres. Veámoslo imperando á los vientos (5), y á los mares; ahuyentando legiones de Demonios con sola una palabra, y confundiendo con su voz (6) á todas las Potestades del Infierno.

¿Qué mas diré todavía de mi dulcísimo Jesus? Toda su vida fué una portentosa continuacion de milagros (7): Los ciegos ven; los sordos oyen; los coxos andan; los leprosos sanan; los muertos resucitan; y su Evangelio se extiende rápidamente por todo el Universo. Hé aquí el Xefe de los que siguen la insignia de la Cruz. Hé aquí nuestro Padre. ¡Qué heroycidad; qué gloria, ser hijos de un Dios tan poderoso!

Mas yo pretendo, que reconozcamos nuestra grandeza, no solo en el poder, sino en las humillaciones mas profundas del Salvador. Hecho oprobio de (8) su Nacion, y sin mas armas que su Cruz, derribó el imperio del Demonio; hizo mudar de semblante (9) á todo el Universo; y que los Reyes mas poderosos, postrados á sus pies, le adorasen como verdadero Dios: desarmó la cólera de su Eterno Padre (10), y arrancó de

(1) Luc. cap. II. vv. 13. 14.
(2) Matth. cap. III. v. 16.
(3) Ibid. cap. XVII. v. 3.
(4) Ibid. v. 5.
(5) Ibid. cap. VIII. v. 26.
(6) Ibid. v. 16.
(7) Ibid. v. 22.
(8) Psalm. XXI. vv. 7. 8.
(9) Coloss cap. II. v. 14.
(10) Thess. cap. I. v. 10.

de su brazo justiciero el rayo abrasador de su ira, que estaba pronto á caer sobre los hombres: nos reconcilió con nuestro amabilísimo Dios; y pacificó quanto los Cielos y la tierra (1) en sí contienen. ¡Qué victorias, qué triunfos igualaron jamas á esta humildad? ¡Quándo se vió gloria igual á estos trofeos de mi dulcísimo Jesus!

Pues toda la grandeza de estos triunfos es propia de los Cristianos; porque Dios derramó todas sus gracias sobre el Salvador (2), para que en qualidad de Cabeza las distribuyese á todos sus miembros; y lo enriqueció con toda la plenitud (3) de la Divinidad, para que cada Cristiano participase de esta plenitud, y fuese en algun modo *deificado* con su amable Redentor (4): *Et de plenitudine ejus nos omnes accepimus.*

Mas ¡oh Dios! Unos oidos carnales ¿serán capaces de entender este lenguage? No lo sé; mas sé bien, que es lenguage de mi dulcísimo Jesus, que dice á su Eterno Padre (5): "Yo he dado á mis electos toda la glo-»ria que me habeis dado á mí, para que sean una mis-»ma cosa conmigo; como Vos y Yo somos un mismo »Dios." De modo que el verdadero Cristiano está tan unido á Jesucristo, que ámbos componen solo un (6) cuerpo; un mismo espíritu los inspira; una misma voluntad les hace (7) obrar; y una misma Gracia (8) los santifica. Finalmente, se hallan de tal modo mezclados y confundidos, que mi dulce Redentor Jesus habita en el perfecto Cristiano (9), y el perfecto Cristiano habita en su adorable Redentor. En suma; si el Salvador es Hijo del Eterno Padre, objeto de sus complacencias, y heredero de su Reyno; cada Cristiano perfecto es tambien Hijo de Dios (10); objeto de su amor,

(1) Coloss. cap. I. v. 20.
(2) Ephes. cap. IV. v. 7.
(3) Coloss. cap. II. v. 9.
(4) Joann. cap. I. v. 16.
(5) Id. cap. XVII. v. 22.
(6) I. Cor. cap. VI. v. 15.
(7) Ephes. cap. IV. v. 3.
(8) I. Cor. cap. I. v. 4.
(9) Joan. cap. VI. v. 57.
(10) Rom. cap. VIII. v. 14.

amor, y heredero de la gloria. Si el Salvador es Templo en que habita la Santísima Trinidad, cada Cristiano es tambien una piedra viva, y una (1) espiritual morada de las tres Divinas Personas. Si el Salvador fué predestinado para Cabeza del Pueblo electo; si es Rey supremo, sumo Sacerdote, y Santo de los Santos; los Cristianos son ese Linage escogido, Regios Sacerdotes, la Nacion Santa, y el Pueblo conquistado. Si el Salvador, sentado á la diestra de Dios-Padre, ha de juzgar vivos y muertos, los Cristianos tambien se han de aparecer con él, rodeados de luz, y sentados en un trono de gloria, para juzgar (2) á los Hombres y á los Angeles.

Hé aquí las ventajas que logran sobre los demas, aquellos que siguen la insignia de la Cruz. ¿Qué Nacion, pues, osará disputar á los perfectos Cristianos su grandeza? Los Israelitas, aquel Pueblo tan distinguido, ¿se prevaldrá de los prodigios que Dios obró en favor suyo? No puedo negar, que fueron tan admirables, que sola la autoridad del Espíritu Santo, que los refiere, puede hacerlos creibles. Mas estos milagros se obraron mas por nosotros, que por los Hebreos; pues solo eran figura de las maravillas, que Dios debia obrar en favor de los Cristianos. Los Israelitas jamas hubieran salido con tanto esplendor del cautiverio de Egypto (3), si el Salvador no hubiera debido librar con mayor poder á los Cristianos de la esclavitud del Demonio. El Mar-Roxo jamas hubiera dividido sus aguas, franqueándoles el paso (4), ni sumergido á sus enemigos, si los Cristianos no hubieran debido encontrar en las aguas del Bautismo auxîlios de gracia mas poderosos, y una salud infinitamente mas preciosa.

Tam-

(1) I. Petr. cap. II. v. 5.
(2) I. Cor. cap. VI. vv. 2. 3.
(3) Exod. cap. III. v. 20.
(4) Exod. cap. XIV. v. 22.; et Act. cap. X. v. 47.

Tampoco habrian sido alimentados con el *Maná* en el Desierto (1), si los Cristianos no hubieran de haber sido alimentados con el pan de los Angeles. Finalmente, jamas hubieran vencido los Hebreos á los Amalecitas, Amorréos y Cananéos, si el Infierno y todas sus potestades no hubieran de haber sido vencidos por los Cristianos. A nosotros, pues, con mas razon que á ellos, nos toca exclamar con el Real Profeta (2): ¡Qué milagros, qué prodigios no hizo Dios en favor de nuestros Padres!

Mas aun quando cedamos á los Israelitas estos antiguos milagros; lo que no pueden disputarnos es, el incomprehensible prodigio de la Encarnacion del Eterno Verbo (3). Hé aquí un Hombre-Dios; hé aquí el Salvador, que anunciaban todos esos antiguos milagros, á quien representaban los Patriarcas; á quien vaticinaban los Profetas, y á quien figuraba la Nacion Hebrea. Que Dios castigue á Egypto con mil plagas (4); que los mares se dividan; que los rios retrocedan (5); y los astros suspendan su carrera, para favorecer las conquistas de Israel (6); todo esto (permítaseme decirlo así) no es mas que la diversion de un Dios, que juega en el Universo: *Ludens in orbe terrarum* (7): Mas que el Verbo Divino tomase carne humana; que Dios se hiciese hombre; y el hombre, Dios; este, sí, claman los Santos Padres; este fué el mayor prodigio, que jamas pudo obrar la Omnipotencia; y lo obró puntualmente para formar la Milicia Cristiana baxo la misteriosa insignia de la Cruz.

¿Qué cosa, pues, mas oportuna puedo yo hacer, habiendo demostrado, que los Cristianos traen su orígen de mi dulce Redentor Jesus, que dirigirles estas pa-

(1) Exod. cap. XVI. v. 4.; et Joann. cap. VI. v. 59.
(2) Psalm. LXXVII. v. 3.
(3) Joann. cap. I. v. 14.
(4) Exod. cap. VII. v. 28.
(5) Josue cap. III. v. 17.
(6) Id. cap. X. v. 13.
(7) Prov. cap. VIII. v. 31.

palabras del Profeta Isaías? *Attendite ad petram, undè excisi estis* (1): ¡Ah! Vos, hermano mio, que por haber nacido de padres pobres y humildes, os quejais del rigor de la fortuna, y os juzgais el mas mísero y desdichado de los hombres; ¡oh Dios! ¡qué baxos pensamientos! ¡qué quejas tan injustas! *Attendite ad petram, undè excisi estis.* Si sois verdadero Cristiano, sois miembro de mi dulce Redentor Jesus: Su sangre circúla en vuestras venas; y su Divinidad os penetra. ¿Qué importa, que no conteis entre vuestros abuelos ningunos Conquistadores, ni Grandes, ni Poderosos, reducidos ya en cenizas, si Dios es vuestro Padre? ¿Qué importa, que os veais pobre y despreciado, si en esto sois mas conformes al Salvador? Y esta conformidad es una grandeza, que no pende del falso lustre de una vana nobleza; no se marchita con el viento inconstante de los honores; no se ofusca con el humo de la reputacion; ni se corrompe con el atractivo de los placeres. Quizá, poseyendo esas ventajas humanas, no seguiríais la insignia de la Cruz, y se perdia vuestra mayor grandeza.

Y vosotros, Nobles y ricos del mundo, que constituís vuestra grandeza en una larga serie de ilustres Ascendientes, ó en el esplendor de las dignidades, con que estais condecorados: ¡Ah! no, no debeis volver los ojos á esta parte: *Attendite ad petram, undè excisi estis.* ¿Para qué será buscar en la nada y en los horrores del sepulcro unos títulos imaginarios, teniéndolos tan grandes en los Cielos, y en la misma Divinidad? ¿Que son ahora esos abuelos, en que se funda la soberbia humana? ¿Qué son al presente, si acaso se ocuparon en las vanidades, que nosotros; si no reconocieron mas grandeza, que la mundana; si no adoraron mas que á las criaturas, que son el ídolo de

(1) Isaí. cap. LI. v. 1.

tros corazones? ¡Ah! ¡qué han de ser! Sepultados en los infiernos (1), objeto del odio eterno de Dios y esclavos del Demonio; ¿no son los mas viles y miserables, que jamás hubo entre los mortales? ¿Qué gloria ha de ser (2) el descender de unos Réprobos? ¡Horrible alianza! ¡Funesto presagio para los que, llamándose hijos suyos, hacen alarde de sostener su carácter! Por el contrario; si gozan de la Bienaventuranza, fueron verdaderamente grandes; y es grande gloria el reconocerlos por abuelos. ¿Mas de dónde les vino esta grandeza? (3) ¿De su nobleza, ó de su piedad? ¿De sus riquezas, ó de sus virtudes? ¿De las batallas, ganadas contra los enemigos de su Príncipe; ó de las victorias contra los enemigos de su salvacion? Su verdadera gloria consiste en haber sido Cristianos, y en haber seguido la insignia de la Cruz. Con que no de esos abuelos (4), sino de mi dulce Redentor Jesus se deriva vuestra mayor grandeza; ni tampoco consiste vuestro lustre en ser hijos suyos, sino en ser, como ellos, dignos miembros de Jesucristo. Hé aquí la única grandeza, de que debemos gloriarnos los Cristianos; y la que jamás podrán quitarnos todos nuestros enemigos.

Pero, á mas de la nobleza de nuestro orígen, tenemos otro título, que nos distingue infinito de los demas Pueblos. De este nos dice el Apóstol, que no es lícito (5) hablar, porque consiste (6) en unos placeres, que los ojos no han visto, ni los oidos percibido, ni probado jamás el corazon humano. Es una felicidad inmensa, eterna; y en una palabra; la felicidad del mismo Dios. ¿En qué viene á parar la gloria de los Reyes y famosos Conquistadores? ¿La de los Alexandros y los Césares? ¡Oh Dios! ¡Con temor pronuncio sus

(1) Eccli. cap. XII. vv. 4, 7.
(2) I. Cor. cap. III. v. 22.
(3) Rom. cap. II. v. 11.
(4) Id. cap. III. v. 27.
(5) II. Cor. cap. XII. v. 4.
(6) I. Cor. cap. II. v. 9.

sus nombres en la Cátedra del Espíritu-Santo! La menor de sus desgracias ha sido, que la muerte y el tiempo hayan confundido sus cenizas con las de los mas viles esclavos. "Yo ví, dice el Profeta, adorado »al impío sobre la tierra (1); pero apénas pasé, y vol»ví la vista, ya no pude encontrar el menor vestigio »de su ostentacion y soberbia." ¡Hé aquí el término de las grandezas del mundo! Por el contrario, la nobleza de los que siguen la insignia de la Cruz, no solo supera á las demás, sino que se termina en una Gloria inefable, que nada dexa que desear al corazon humano.

Con todo, son muy pocos los que siguen esta mysteriosa bandera del Crucificado; y muchos los que obran contra sus ordenanzas, como si no fueran preceptos indispensables. Esta verdad aparece clara, solo con meditar algun tanto los primeros principios del Cristianismo.

No pretendo yo, que la Ley de imitar el exemplo del Salvador, nos prohiba vivir de un modo conforme á nuestra esfera; ni mezclar nuestras ocupaciones con algunas diversiones inocentes. No, no es este el sentido de la Ley: ella permite á la flaqueza humana, despues del trabajo, el descanso necesario: pero nos ordena llorar de vernos en esta necesidad, y privarnos de los placeres, que la vanidad ha hecho moda: Nos permite regocijarnos; pero de un modo, que todas nuestras acciones conserven en su carácter (2) el espíritu de mi dulcísimo Jesus.

Así lo hacian los Cristianos de los primeros siglos: Sus diversiones y festines, como refiere Tertuliano, eran una escuela de sobriedad y demas virtudes. En cada Cristiano vivia el Salvador retratado, y podian todos decir con el

(1) Psalm. XXXVI. vv. 35, 36. (2) Philipp. cap. IV. vv. 4, 5.

Apóstol : *Christi bonus odor sumus* (1). ¡Oh Dios! ¿Qué se han hecho aquellos tiempos felices, y aquella venerable antigüedad? Pues si los tiempos se han mudado, las obligaciones no : contra el Evangelio no hay prescripcion; y todos los que hemos sido bautizados (2), debemos imitar al Salvador : En esto no hay distincion, clama el Apóstol ; porque nobles, plebeyos, esclavos, libres, hombres, mugeres ; todos somos uno en Jesucristo : y si todos nuestros sentimientos no son conformes á los suyos ; si todas nuestras acciones no llevan consigo su carácter ; si cada uno de nosotros no puede decir con el mismo Apóstol (3): "Yo vivo; mas ya no soy yo quien »vive ; sino que es Jesucristo quien vive en mí" : por mas que nos lisonjeemos de haber practicado exâctamente otras obligaciones de nuestra Religion, no hemos empezado á ser verdaderos Cristianos: *Si quis spiritum Christi non habet, hic non est ejus.*

No hay duda en que esta obligacion es terrible : Mas no imitemos á los Israëlitas (4), que al oir la relacion de las Espías que habian reconocido la tierra de Canaán, desesperaron de poder vencer á sus moradores ; y desconfiando del socorro de Dios, formaron el insensato designio de volverse á Egypto, mas presto que entrar en una tierra, cuya conquista era tan árdua.

Es verdad, que el Mundo nos dice, como las infieles Espías de Israel (5): "El Cristianismo, esa tierra »prometida á los que siguen la insignia de la Cruz, es »fértil y saludable; mana leche y miel ; sus frutos son »deliciosos ; sus aguas (6) son fuentes de vida eterna: »pero esa tierra devora sus habitantes": *Terra, quam lustravimus, devorat habitatores suos.* Los enemigos, que es preciso vencer para conquistarla ; las pasiones que

(1) II. Cor. cap. II. v. 15.
(2) Gal. cap. III. vv. 27, 28.
(3) Ibid. cap. II. v. 20.
(4) Numer. cap. XIV. v. 3.
(5) Ibid. cap. XIII. v. 28.
(6) Joann. cap. IV. v. 14.

que debemos combatir, son monstruos y gigantes terribles: *Vidimus monstra de genere giganteo.* Esta guerra se hace renunciando los placeres, el reposo y dulzuras de la vida: La Cruz es el estandarte; y la mortificacion, las armas con que se ha de superar á esos formidables enemigos; "y no nos hallamos con fuerzas »para tanto": *Nequaquàm ad hunc populum valemus ascendere, quia fortior nobis est.*

¡Ah pérfido Mundo! ¡Ah discursos seductores! Si Dios, dice el Apóstol, no perdonó á su Unigénito Hijo (1), y le dexó morir por nosotros en la Cruz; ¿como no nos ha de dar los socorros necesarios para conquistar la salvacion? ¿Para qué instituyó los Sacramentos? ¿Para qué dispuso, que unos nos fortificasen para vencer esas monstruosas pasiones; que otros nos subministrasen remedio para levantarnos, quando hemos sido vencidos; otros nos resucitasen; y otros nos aumentasen la vida?

Pues unamos á estos medios exteriores el socorro interior de la Gracia de mi dulce Redentor Jesus: Por medio de ella todo le es posible al hombre, aunque se trate de vencer á las potestades del infierno; ó de practicar las virtudes mas heróycas. Por esta gracia ha habido en todos los siglos Siervos del Señor, que han encontrado mas dulzura en las austeridades y lágrimas de la Penitencia, que en los encantos y regocijos del mundo: Por esta gracia se vió correr á los Mártyres al suplicio, con mas ardor que corren los mundanos á saciar sus apetitos: Por esta gracia es suave el rigor de las Leyes Evangélicas; y claman con David todos los que siguen la insignia de la Cruz: *Quàm magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quam abscondisti timentibus te!* (2)

¡Ah! ¿Quántas veces hemos superado mayores dificul-

(1) Rom. cap. VIII. v. 32. (2) Psalm. XXX. v. 20.

cultades por el servicio del Mundo? ¡Qué sujeciones! ¡Qué cautiverio! ¡Qué inquietudes! ¡Qué disgustos! Con razon, pues, clama mi dulce Redentor Jesus, que su servicio es mas fácil, menos duro, y menos ingrato. Hagamos la experiencia, y quedarémos convencidos: *Gustate, et videte, quoniàm suavis est Dominus* (1).

Mas aun quando las Leyes Evangélicas fueran mas difíciles y austéras, ¿no debia animarnos á observarlas, la grandeza de las recompensas prometidas á los Cristianos? Confieso con el Apóstol, que si, despues de seguir la insignia de la Cruz, no hubiéramos de ser coronados en la gloria, seríamos infelices y miserables: Pero comparemos este rigor con la felicidad de la Bienaventuranza; y reconocerémos con el mismo Apóstol (2), que el sufrimiento presente no tiene proporcion con las delicias futuras.

Pero el dolor es, que nosotros, á imitacion de los Israëlitas, en lugar de oir lo que se nos dice de la belleza y abundancia de la tierra de Promision, solo atendemos á las dificultades que hay para conquistarla. ¡Ah! ¡Quánto temo, que Dios, irritado contra nosotros, pronuncie la misma sentencia, que contra ellos; jurando por sí mismo, que ninguno de los ingratos, que, olvidados de quanto el Salvador ha obrado en favor nuestro, rehusamos seguir la insignia de la Cruz, entrará en la Patria prometida, y perecerá en la soledad! *Vivo ego: Omnes homines, qui viderunt signa, quæ feci, et tentaverunt me, non videbunt terram, pro qua juravi patribus eorum* (4).

Para evitar, pues, esta terrible sentencia, sigamos desde hoy la insignia de la Cruz, que es el camino recto de la gloria, que nos tiene preparada nuestro adorable Redentor Jesus. *Amen.*

SER-

(1) Psalm. XXXIII. v. 9.
(2) Rom. cap. VIII. v. 18. et II. Cor. cap. IV. v. 12.
(3) Numer. cap. XIV. vv. 22, 23.

SERMON VI.

EN LA FESTIVIDAD SOLEMNE

DE LA ASCENSION DEL SEÑOR,

predicado en la santa Iglesia Metropolitana de México. (*)

Vade ad fratres meos, et dic eis: Ascendo ad Patrem meum, et Patrem vestrum; Deum meum, et Deum vestrum. Joann. cap. XX. v. 17.

¿Es solo á Magdalena, amante tan perfecta del Salvador; ó tambien á todas las almas fieles, que, como ella, lo buscan, á quien se dirigen estas palabras tan precisas y penetrantes? ¿Son solos los Apóstoles; ó todos los fieles generalmente, á quienes se dirige la instruccion de la Gloria del Señor, y de la parte que les toca en ella? Con todos los Cristianos, dice San Juan Crysóstomo; con todos habla nuestro dulcísimo Redentor Jesus, quando dice á su Eterno Padre: "Se-"ñor; Yo enseñaré vuestro nombre á mis hermanos": *Narrabo nomen tuum fratribus meis* (1).

Que los mortales, viéndose elevados, se olviden de sus antiguos favorecedores y amigos; ó rompan sus alianzas con los que ven abatidos; ¡ay de mí! esta infidelidad, tan comun entre los hombres, es un efecto de su natural inconstancia: Mas el corazon de un Dios-

(*) Sin exâgeracion, se puede asegurar, que este discurso es de lo mejor y mas eloqüente que trabajó el Excmo. Señor Nuñez.

(1) Psalm. XXI. v. 23.

Dios-Hombre es inmutable. Sus grandezas, aunque lo despojan de nuestras flaquezas, no pueden debilitar su tierno amor. Consiguientemente, mas penetrado de ternura, que revestido de gloria, nos honra hoy con el título de *Hermanos*. El esplendor que le separa y le eleva de nosotros con su *Ascension á los Cielos*, nos acerca y nos enlaza, no solo como hermanos, sino como miembros de su mismo Cuerpo: *Vos estis corpus Christi, et membra de membro* (1).

Yo vengo, pues, amados hijos mios, á deciros hoy de parte de tan dulce y amoroso Maestro, que vosotros sois sus Coherederos y Hermanos: *Vade ad fratres meos*. El Cielo es, por un efecto de su bondad, vuestra recompensa y patrimonio: *Ascendo ad Patrem meum, et Patrem vestrum; Deum meum, et Deum vestrum*. El Señor sube el primero; y en nuestra mano está el seguirle, como á nuestro Xefe, nuestra Guia, y nuestro Mediador acerca de su Padre.

El Señor desempeña en su gloriosa Ascension estos tres cargos amables; y á nosotros nos resultan de ellos tres obligaciones muy estrechas. Como *Guia*, nos allana y nos muestra el camino de la gloria: Nosotros, pues, debemos caminar y seguirle. Como *Xefe*, ya glorificado y victorioso, desea reunirse á sus miembros, y glorificarnos: Nosotros, pues, debemos aspirar á conseguirlo. Como *Mediador* tan poderoso, nos procura la posesion de la Gloria: Nosotros, pues, debemos esperarla; y hacer de nuestra parte por adquirirla.

No digais, pues, amados hijos mios, con la inaccion, la languidez, y la desconfianza, que nos reprehende David (2): "¿Quándo nos harán ver y gozar »esos bienes inefables, con que nos lisongean"? *Multi dicunt*: ¿*Quis ostendit nobis bona*? Seguid vuestra *Guia*; no os separeis de vuestro *Xefe*; confiad en vuestro

(1) I. Cor. cap. XII. v. 27. (2) Psalm. IV. v. 6.

tro *Mediador*; y en él encontraréis todas las seguridades de la Bienaventuranza que os promete. "Como »*Guia*, nos anima á trabajar con el exemplo que nos »dexa en sus trabajos, afrentas y tormentos: Como »*Xefe*, nos dirige y alienta á desearlos y procurar»los: Como *Mediador*, nos empeña á esperarlos, y »conseguirlos con los socorros y ayuda de su gracia."

Estos son tres rayos de luz, que Jesucristo, al subirse á los Cielos, esparce sobre todos sus Discípulos; los quales procuraré imprimir en vuestros corazones en todo mi discurso, para desempeñar las obligaciones de mi Ministerio Pastoral.

Vírgen Santa: ¡Vos os hallásteis presente á este precioso y admirabie espectáculo! Nadie se aprovechó, ni pudo aprovecharse, como Vos, de la instruccion que nos debe servir á todos los Fieles: Vos acompañásteis en espíritu á vuestro amado Hijo triunfante; y vuestro corazon ocupó desde entonces su lugar y su plaza: Ayudadnos, para conocer y conseguir la que á cada uno de nosotros nos tiene preparada en aquel bendito Reyno para toda la bienaventurada eternidad. Esta es la gracia que os pedimos con la oracion del Angel. *Ave María.*

Vade ad fratres meos, et dic eis: Ascendo ad Patrem meum, et Patrem vestrum.

Joann. cap. XX.

¿Quál es el oficio de una *Guia* segura, fiel y caritativa? ¿Es solo manifestar el término á que se dirigen nuestros deseos, y el camino que nos conduce á conseguirlo? "No es esto solo, dice San Bernardo; »sino tambien darnos una idea tan alta del término, »que nos inflame y nos haga superar las dificultades »y trabajos del camino": *Ut bonam perveniendi obtinere studeat voluntatem.*

Así lo practicó Moysés (1) con el Pueblo de Dios, quando le sacó de Egypto. Hizo traer al desierto frutos deliciosos de los que abundaba la tierra de Promision, para que los Hebreos, gustando su felicidad, se encendiesen en el deseo de poseerla, y redoblasen sus esfuerzos para conquistarla. ¡Prudencia admirable de este sabio Conductor, iluminado de Dios!

El Profeta Miquéas (2) nos vaticinó, que el Salvador desempeñaría con mas esplendor este empleo, al tomar posesion de su Gloria, subiéndose á los Cielos: *Ascendet.* Ved aquí, amados hijos mios, el término á que debemos aspirar con las mas vivas ansias de nuestro corazon. El Señor verificó su *Ascension* en el monte Olivete, donde ántes habia derramado muchas lágrimas; habia sudado sangre, oprimido de congojas; y habia sido obediente hasta la muerte, y muerte afrentosa en una Cruz (3). Ved aquí el camino (4): *Pandens iter.* Asciende, haciendo ver á sus Discípulos, con la oposicion sensible entre las crueles penas y tormentos que ha sufrido, y el estado perpetuo y glorioso en que se eleva, la infinita desproporcion que hay de unas penas tan breves, y una recompensa inefable y eterna: *Ante eos* (5). Ved aquí el medio para triunfar de todos los obstáculos. Esta última reflexîon me parece la mas particular y la mas útil, para que nuestro espíritu coja el fruto precioso del mysterio de la gloriosa Ascension del Salvador.

¿Por qué os imaginais, que el Señor eligió precisamente, para subir triunfante á los Cielos, aquel mismo lugar, en que se dexó prender, para ser llevado al Calvario? El monte Thabór, consagrado con los primeros rayos de su Gloria, ¿no era mas propio para su complemento, que el monte de las Olivas, donde tu-

(1) Num. cap. XIII. à v. 18. et seqq.
(2) Mich.. cap. II. v. 13.
(3) Philipp. cap. II. v. 8.
(4) Mich. ubi supr.
(5) Ibid.

tuvo principio su dolorosa Pasion? ¿Qué conexîon hay entre los tristes sollozos y amargos suspiros, que habian conmovido poco ántes á las rocas de Gethsemaní; y los cánticos celestiales de alegría, con que hoy resuenan sus ecos? ¿Qué semejanza entre la debilidad con que el afligido Jesus, oprimido de tristeza y postrado en tierra, suda gotas de su Sangre preciosa; y la agilidad de su Cuerpo glorioso, que, rompiendo y superando las nubes, sube hasta el Empíreo? La lúgubre memoria de las cadenas, azotes, espinas y cruz, renovada por la proxîmidad de los lugares en que estos crueles instrumentos habian con todo su rigor servido de suplicio al Salvador, ¿no era capaz de enternecer y contristar á los que admiraban tan bello espectáculo?

Estas terribles imágenes, cuya vista parece no podia inspirar sino terror, son, por el contrario, en las que el Rey-Salvador coloca la pompa de su Coronacion, para realzar su esplendor, y hacer mas sensible su hermosura. En el monte Olivete, como un vencedor en el campo de batalla, da lugar á sus Discípulos para que contemplen las inestimables ventajas de la victoria. El teatro sangriento de sus tormentos es ahora el trono brillante de sus grandezas, á fin de que los testigos oculares de sus penas y sus glorias se convenzan por sus propios ojos, de esta importante verdad del Cristianismo: Esto es: "No hay proporcion alguna entre las mayores aflicciones de la tierra, y las menores felicidades del Cielo": *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis* (1).

En efecto, ¿qué comparacion entre Jesus, abatido y afligido; y Jesus, triunfante en el huerto de las Olivas? Sufrid, amados hijos mios; considerando, para

 vues-

(1) Rom. cap. VIII. v. 18.

vuestro consuelo, la memoria de los males pasados con la vista de los bienes presentes. Este pensamiento no es extraño del asunto, que os estoy explicando; pues, como dice David, "la memoria de las penas »pasadas, lejos de turbar el gozo y el reposo en el »espíritu de los que ya son dichosos, constituye parte »de su verdadera felicidad": *Lætati sumus pro diebus, quibus nos humiliasti: annis, quibus vidimus mala* (1). Yo no me apartaré del lugar, en el qual este Gigante glorioso, como lo llama la Escritura, tomó su carrera, primero ácia la cruz, y despues ácia el Cielo: *Exultavit ut gigas ad currendam viam* (2). No omitiré tormento alguno de los que allí sufrió: mas aquella íntima bienaventuranza; aquella felicidad esencial, que allí mismo gozó, y que, como enseña San Agustin, la podemos adquirir, pero no explicar ni concebir, ni estimar: *Acquíri potest; æstimari non potest*: la omitiré, á pesar mio; ciñéndome solamente á la Gloria accidental que le rodéa; y, no obstante la desigualdad de esta comparacion, vereis, que el monte Olivete fué para nuestro dulcísimo Redentor Jesus menos fértil de espinas y abrojos, que de palmas y coronas.

Su espíritu se vió allí desolado; su corazon penetrado de congojas; su alma sumergida en un abysmo de tristeza; su cuerpo bañado de un sudor mortal, y destilando por sus poros gotas abundantes de su preciosísima Sangre. Allí lo entregó Judas con una negra y pérfida traycion; lo aprisionaron los de su Pueblo escogido; lo abandonaron sus Apóstoles; y fué arrastrado á los Tribunales, y de los Tribunales al Calvario. Allí pareció como "un gusano de la tierra, »oprobio de los hombres; desecho despreciable del »mundo; y el hombre de dolores (3). ¡Sin duda creereis,

(1) Psalm. LXXXIX. v. 15.
(2) Ib. XVIII. v. 6.
(3) Ibid. XXI. v. 7. : et Isaiæ cap. XLIII. v. 3.

reis, que despues de esta espantosa pintura de sus trabajos, yo no encontraré nada de equivalente en la de su triunfo y su gloria! Con todo, oid á los Profetas y Evangelistas; y medid, si podeis, las penas del combate con el precio de la victoria.

Allí mismo aparece hoy, no ya como Hombre, dice S. Agustin, sino como verdadero Dios: *Totus Deus.* Su cuerpo parece que nada tiene de humano, sino la figura: *Impasible y sutíl*, como los espíritus mas puros; mas *luminoso* que los astros; mas *veloz* que los relámpagos; mas *fuerte* que la misma muerte, cuyas cadenas ha roto y sacudido su esclavitud: los Cielos abiertos para recibirle; el Infierno, desarmado baxo de sus pies; rodeado de una innumerable multitud de ilustres Cautivos, puestos en libertad: las nubes sirviéndole de carro triunfal: todos los Angeles sirviéndole de corte y de escolta. Desde ese trono, elevado sobre todos los tronos del Universo, comenzando á exercer su poder sobre todos los Monarcas, les ordena sujetarse ellos mismos con todo su imperio á su santa Ley; recibirla de la boca de doce pobres Pescadores; doblar la rodilla á su dulce Nombre; y someter sus testas orgullosas baxo de su cruz: y sin mas que pronunciarlo, dice S. Agustin, todo se verifica: *Ipse dixit, et factum est; jussit, et creditum est.* ¡Vedlo, de allí adelante, reconocido por dueño del Mundo; Juez del Universo; árbitro de las naciones; y Rey de todos los siglos! Sin pasar adelante, y estando precisamente á esto, decidme, amados hijos mios: La recompensa ¿no vale bien la pena; ó las penas equivalen á las recompensas? Contad su número; compasad su grandeza; medid su duracion.

¡Oh! ¡Qué torrentes de júbilo, por un arroyo de lágrimas! ¡Qué resplandores de gloria, por cada gota de sangre! ¡Qué triunfos por sus congojas! ¡Qué ricos despojos, sacados del Limbo, y colocados en el Cielo!

¡Quán-

¡Quántos fervorosos Cristianos, por un discípulo apóstata! ¡Qué exércitos de valerosos Mártyres, y qué multitud de Pueblos y Naciones, por la pequeña Provincia de Judéa, obstinada y rebelde! ¡Qué sincéros homenages, y qué de adoraciones profundas, por unos ultrajes de hombres insensatos! ¡Qué preciosas diademas, por una corona de espinas! ¡Qué Altares por una cruz! ¡Qué Templos por un Calvario!

La qualidad de los males sufridos, y la de los bienes adquiridos no es ménos desigual. ¡Eh! ¿Qué es en efecto la tierra, donde el Salvador no tuvo sobre qué reclinar su cabeza (1), comparada con el Cielo, donde los astros mas brillantes le sirven hoy de alfombra para sus sagrados pies? ¿Qué es la Judéa, donde recibió tan indignos tratamientos, comparada con todo el Universo, donde su divina palabra fué anunciada; creida; sus beneficios, publicados; reconocidos con amor; y su Nombre reverenciado, honrado, y adorado con la sumision debida á su Magestad suprema? ¿Qué son los montes Olivete y Calvario, tan fecundos en congojas y dolores para el Salvador, comparados con las vastas Regiones que lo inciensan y lo adoran? ¿Qué son los Tribunales de Caifás, de Herodes y Filatos, donde fué acusado, befado y condenado, en comparacion del formidable trono de Justicia, donde, segun la expresion de la Escritura, los Tyranos, y los Reyes mas poderosos, serán los últimos de sus súbditos? *Ipse de Regibus triumphabit, & Tyranni ridiculi ejus erunt* (2).

Mas donde el espíritu humano se confunde, y no encuentra proporcion entre el camino y el término, es en la duracion. La historia sagrada del Salvador no cuenta sino tres horas de congojas en el huerto de las Oli-

(1) Matth. cap. VIII. v. 20. Luc. cap. IX. v. 58.
(2) Habac. cap. I. v. 10.

Olivas; otras tres en el árbol de la Cruz; y apénas un dia y una noche, en todo el curso de su Pasion; y treinta y tres años de penas en los diversos acaecimientos de su vida mortal: Y al referir su gloriosa *Ascension*, concluye con estas memorables palabras (1): "Hasta la consumacion de los siglos": *Usque ad consummationem sæculi*: esto es, segun lo explica otro Evangelista; que "su Reyno jamas tendrá fin": *Et regni ejus non erit finis* (2): ¡Ah! Treinta y tres años sobre la tierra; un dia de ignominias; y tres horas de acerbísimos dolores: ¡y una eternidad de reposo! ¿No es esto exceso, superabundancia, y prodigalidad de recompensas? Esto nos enseña nuestra *Guia*, y nos lo ofrece con tierno amor. ¿No bastará, amados hijos mios, para desechar nuestra pereza, nuestra languidez, y nuestro apego á las dulzuras de la tierra?

Contemplad á los Apóstoles en el mismo lugar de los tormentos y congojas del Salvador; y los vereis, sin pensar en las huellas sangrientas de su Pasion, arrebatados y suspensos con el gozo; y adorando los vestigios de su glorioso triunfo. Este extásis eloqüente ¿no dice, mejor que todos los discursos, lo que el mismo Señor les habia repetido freqüentemente (3): *Hæc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam?*

No, amados hijos mios, no: juzgando solamente sobre las apariencias, y dexando aparte el valor infinito de los méritos de un Dios, que nosotros no comprehendemos; no hizo nuestro dulcísimo Redentor Jesus demasiado, para conquistar su Corona: *Hæc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam.* Sabemos lo que le costó: no hubo vicio, que no combatiese; no hubo virtud, que no practicase; no hubo tormento, que no sufriese. ¿Pudo hacer mas? Y ¿por ventu-

(1) Matth. cap. XXVIII. v. 20. (2) Luc. cap. I. v. 33.
(3) Luc. cap. XXIV. v. 26.

tura debia hacer ménos, para conseguir tan bella recompensa? *Hæc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam.*

¡Búrlense, pues, los Gentiles; escandalícense los Judios de la Cruz de Jesucristo: griten, que fué exceso y necedad! (1) ¡Clamen los Cristianos tibios y relaxados, que es demasiado para imitarlo y seguirlo! Los verdaderos fieles dirán siempre, al celebrar hoy su gloria, como decian los Discípulos, al verlo subir al Cielo: "Estamos plenamente convencidos de que convino que Cristo padeciese; y nos es indispensable seguirle, para entrar con él en su Gloria": *Hæc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam.*

De aquí nació el valor invencible, que recobraron en el monte mismo de las Olivas, donde lo habian perdido: De aquí la heróyca firmeza con que permanecen en aquel lugar de terror, donde tomaron la fuga: de aquí la intrepidez incomparable en presencia de los Tyranos, y la serenidad á vista de los mayores suplicios: De aquí, en fin, la velocidad y la fuerza, con que, á pesar de todo, arrastran un Mundo entero, que sigue sus pasos por el camino de la salvacion (2): *Illi autem profecti, prædicaverunt ubique.* Desde este feliz momento, dice el Apóstol (3), jamas perdieron de vista tan maravilloso espectáculo: nuestro dulcísimo Jesus, colmado mil veces de bienes, mas que de penas; y la superioridad de su felicidad y su gloria sobre sus oprobios y tormentos, son su Conductor y su Guia: *Aspicientes in auctorem fidei, et consummatorem Jesum; qui proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contemptâ.*

¿De dónde proviene, que el mysterio no haga sobre vosotros, amados hijos mios, la misma impresion? ¿Por qué no obra los mismos efectos? Este es el grande

(1) I. Cor. cap. I. v. 23.
(2) Marc. cap. XVI. v. 20.
(3) Hebr. cap. XII. v. 2.

de objeto de nuestra fé; el sólido fundamento de nuestras esperanzas; y para decirlo así, como el alma del Cristianismo. ¿Lo creeis así? ¿Lo pensais y lo meditais? ¡Ah! Se sabe, y se vé todos los dias lo que puede entre los hombres un interes lisonjero, fundado sobre apariencias, y apoyado con algunos exemplares felices: No hay amargura que no dulcifique; disgusto que no azucáre; oprobio que no disimule; camino y dificultad que no allane; ó empresa á que no se arreste. ¿Será, pues, solo el interes del Cielo el que ceda á los menores obstáculos, debiendo superar los mas fuertes y mas inaccesibles?

¡Qué! El exemplo de los pocos que escapan de los peligros, y ascienden á Generales, ¿hará correr sobre sus huellas sangrientas lo mas distinguido de la Nobleza? El exemplo de algunos negociantes enriquecidos, ¿hará arriesgar todos los dias, surcando el mar, las vidas y los tesoros? El exemplo de uno, ó dos privados de un Monarca, ¿hará envejecerse en la Corte una multitud de esclavos ambiciosos? Y el exemplo de un Dios-hombre, colmado de bienes y honores para sí y para vosotros, ¿no podrá moveros á hacer, por seguir sus pasos, el menor esfuerzo! El retiro os melancoliza; la leccion os disgusta; la oracion os causa tedio; el ayuno incomóda; la limosna cuesta; la paciencia cansa; el perdonar las injurias es duro; la humildad repugna. ¡Ah! ¿Temeríais tanto, vencer estas pequeñas dificultades, si pensárais en las ventajas que conseguíais, siguiendo vuestra *Guia*, y contemplando su gloria en su *Ascension* á los Cielos?

Si en vuestras débiles repugnancias viérais, como algunos Mártyres en sus acerbos tormentos, el Cielo abierto, y á los Angeles ofreciéndoos vuestras palmas y coronas; ¿no sentiríais elevarse vuestro corazon sobre las mayores penas? Y ¿qué? La Fé de nuestro dulcísimo Jesus triunfante, y glorioso, ¿no equivale, y aun

supéra la vista de vuestros Angeles tutelares? ¿No es nuestra *Guia* segura? ¿No pide tanto, como lo que hizo por nosotros? ¿No nos promete un Reyno eterno? ¿Qué son vuestras penas, en comparacion de sus trabajos y tormentos?

Contemplad estas verdades, amados hijos mios; imprimidlas bien en vuestros corazones; y decid conmigo á nuestro amoroso Salvador: Vos sois, Señor, nuestra *Guia*; vedme pronto á seguiros: ¿Qué quereis que haga? ¿De qué quereis que me despoje, y que sufra? ¿Es necesario baxar con Vos al portal de Belén; y allí renunciar todas las comodidades de la vida, para imitar vuestra pobreza? ¡Feliz desapego; pues me franquea los tesoros eternos! ¿Es necesario seguir vuestros pasos, haciendo el oficio del piadoso Samaritano (1), para socorrer á los afligidos, rociando sus llagas con la uncion de la caridad, y aliviándolos en sus necesidades? ¡Ah! Los Hospitales y las Cárceles serán en adelante mis visitas mas amables; y los pobres y los enfermos el objeto de mi ternura y mis cuidados. ¿Es necesario, baxo de vuestra conducta, pasar el torrente de Cedron (2), y subir hasta el Calvario? ¡Ah! Yo abrazaré con todo mi corazon la cruz de los trabajos; uniré mis sufrimientos á los vuestros; y bendeciré vuestro santo Nombre hasta la muerte. ¡Feliz yo, siendo en la tierra compañero de vuestras congojas y penas, para serlo eternamente de vuestras inestimables felicidades!

Este es, amados hijos mios, el primer fruto que debemos sacar de este mysterio: reconocer al Salvador como *Guia fiel y segura*; y seguir los pasos que nos dexó trazados, por mas escabrosos que parezcan á la fragilidad humana.

Mas tambien es necesario rendirle homenage, como

(1) Luc. cap. X. vv. 33. seqq. (2) Joan. cap. XVIII. v. 1.

mo á nuestro *Gefe triunfante y glorificado*; agradeciendo su tierna impaciencia de reunirse á sus miembros; y como tales, aspirar á esta reunion en los Cielos: Esta es la segunda parte de mi discurso.

PUNTO SEGUNDO.

Por mas que yo os represente la gloria del Salvador, *ascendiendo á los Cielos*, temo que vuestros deseos se queden apegados á la tierra. El espíritu se complace, admirándolo; mas el corazon no arde con el ánsia de seguirlo. La idea misma de su grandeza entibia nuestro fervor; y nos imaginamos, que este dulce Jesus triunfante, habiéndonos redimido á todos, como Cordero sacrificado, no se cuida mas de nuestra felicidad. ¡Sospecha injuriosa á la qualidad que el Señor sostiene, subiendo al Cielo como *Xefe*, y, segun la expresion del Apóstol, como "*Precursor* nuestro; y preparándonos á cada uno su silla": *Ubi præcursor pro nobis introivit Jesus; .. et consedére fecit in cœlestibus* (1).

En efecto, ¿quiénes son los felices Cautivos, que acompañan al Salvador en su triunfo? *Ascendens in altum, captivam duxit captivitatem*: ¿Y quienes son los testigos, que reciben con esta vista prendas tan preciosas, y seguridades tan bellas? *Dedit dona hominibus* (2). ¿No son las primicias de la Iglesia Militante? ¿No son miembros de esta católica Sociedad, de la qual es Xefe y Cabeza? No le estamos nosotros unidos con los mismos nudos, que los primeros Discípulos? ¿No tenemos con su adorable Persona unos lazos mucho mas estrechos, que los antiguos Patriarcas?

Juzguemos, pues, el ardor que nuestro Xefe triunfante tiene de comunicarnos su Gloria, por la impaciencia que manifestó de reunir quanto ántes sus miembros

(1) Hebr. cap. VI. v. 20. Ephes. II. 6. (2) Ephes. cap. IV. v. 8.

bros dispersos, cautivos en el Limbo, ó errantes sobre la tierra. Nosotros experimentamos la fuerza de la inclinacion natural, que el alma tiene á su cuerpo; y todo cuerpo á su centro y su reposo. Estas son las dos propensiones de la naturaleza, mas fuertes y mas sensibles. Mas la propension de Jesus glorificado hácia sus miembros, va mas allá de la del alma á su cuerpo; y de la del cuerpo á su centro y reposo; pues aun en su mismo triunfo les sacrifica uno y otro. Estas dos reflexîones, tan amables y tiernas, deben inflamar por reconocimiento nuestros tibios deseos.

Para convenceros, basta haceros presente, que apénas pronunciaron los labios moribundos del dulce Jesus este triste A-Dios: *Consummatum est* (1); su alma, separada de su cuerpo, bien que unido siempre á la Divinidad, vuela á llevar el regocijo á las Almas, que esperaban su santo advenimiento; sin permitirle su amor diferir un momento el unirse á estas prendas tan amadas. Su alma gloriosa dice á su sagrado cuerpo: "Espérame; que pronto vuelvo á reunirme": Mas á las Almas fieles les dice: "Aquí me teneis; gozad para siempre de mi presencia". No se apresura para que brille su poder, sacando su santo cuerpo de los brazos de la muerte; y no pierde instante, para romper las prisiones y cadenas de aquellas Almas benditas. Dexa á los Angeles el cuidado de publicar su *Resurreccion*; y lleva por sí mismo á sus Cautivos la nueva de su libertad. Antes de decir en su Evangelio (2): "Yo resucitaré den»tro de tres dias": *Post tres dies resurgam*; tenia dicho por sus Profetas: "Yo descenderé á las mas oscu»ras regiones de la tierra (3)": *Penetrabo omnes infe»riores partes terræ*: Visitaré todos los muertos: *Ins»piciam omnes dormientes*; y llenaré de claridad y res»plan-

(1) Joan. cap. XIX. v. 30.
(2) Matth. cap. XXVII. v. 63.
(3) Eccli. cap. XXIV. v. 45.

»plandores á los que esperan en el Señor": *Et illuminabo omnes sperantes in Domino.* Finalmente, la promesa de reunirse á su sagrado cuerpo, no tiene efecto hasta el dia tercero; y á un alma fiel, que le invoca, la asegura (1), que "desde aquel dia entrará en su gloria": *Hodie mecum eris in Paradiso.*

Por esto quiere David (2), que se canten mil alabanzas sobre este asunto; que se publiquen las misericordias del Salvador, y las maravillas de su bondad para con los hombres: *Confiteantur Domino misericordiæ ejus: et mirabilia ejus filiis hominum*; por haber preferido el consuelo de las Almas sedientas de su gloria, á la glorificacion de su propio Cuerpo: *Quia satiavit animam inanem; et animam esurientem satiavit bonis.* Por haber abierto las puertas del Limbo, antes que las de su sepulcro; y haber librado á otros de su cautiverio, mientras que la mitad de sí mismo se hallaba en la esclavitud de la muerte: *Sedentes in tenebris, et umbra mortis: vinctos in mendicitate et ferro.*

El Infierno brama de rabia, con un golpe tan imprevisto; pues en el momento en que acaba de oir al Crucificado en el Calvario, pronunciar con una voz moribunda (3): "¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me habeis abandonado"?; lo oye clamando á sus puertas con una voz imperiosa (4): "¡O muerte! reconoce á tu Ven»cedor triunfante! ¡Restitúyeme, Infierno cruel, to»dos los despojos que me pertenecen": *Ero mors tua, ô mors: morsus tuus ero, inferne!* ¿Qué es esto, Señor? ¿Los despojos que os pertenecen? ¡Eh, qué! ¿No está en el sepulcro lo que os es mas amable, y os toca mas de cerca? Es verdad: mas este Xefe victorioso quiere que los miembros preciosos de su *Cuerpo mystico* tengan mas pron-

(1) Luc. cap. XXIII. v. 43.
(2) Psalm. CVI. v. 8. et seqq.
(3) Matth. cap. XXVII. v. 46.
(4) Oseæ, cap. XIII. v. 14.

prontamente parte en su Gloria, que los de su *Cuerpo natural.*

¡Qué regocijo para las Almas santas, quando, despues de siglos enteros de la mas viva esperanza, se vieron en un momento en el colmo de sus deseos! ¡Qué transportes de alegría, á la vista de su Redentor! ¡Qué sentimientos de reconocimiento, quando á los tres dias, conducidas al sepulcro, vieron aquel sagrado depósito, aquel Cuerpo adorable del Salvador, pálido, desfigurado, inmóvil, sepultado en las tinieblas y horrores de la muerte; miéntras que ellas gozaban ya la luz inefable de la Gloria! ¡Quántas veces se dirian mutuamente lo que los Judíos en la resurreccion de Lázaro: "Ved quánto nos amaba!" *Ecce quomodo amabat!* (1)

¡Oh, dulcísimo Jesus mio! ¡Con quánta razon os señaló Isaías por divisa estos preciosos despojos (2)! *Voca nomen ejus: Accélera spolia detrahere: Festína prædari!* Vuestros despojos mortales, vuestra Humanidad sacrosanta, no es vuestra mas amable conquista: Vos la dexais lánguida; y vuestra actividad brilla por las almas de los Fieles. ¡Ah, Señor! Si tanto es vuestro amor á los Discípulos de la Ley antigua, ¿quánto será el que teneis á vuestros propios Discípulos? ¡Almas cristianas! Su inclinacion á vosotras es mas viva y mas fuerte, que la del cuerpo á su centro y su reposo.

Atended bien, amados hijos mios; y os haré patente esta verdad. Se reune el alma, y resucita el sacrosanto Cuerpo del Salvador, igualmente *impasible*, *ágil y veloz*, hácia el Cielo, que es ya su centro glorioso. Subid, pues, Rey omnipotente, á gozar los frutos de vuestros trabajos; id adonde vuestros méritos os llaman, y vuestros deseos aspiran naturalmente: La tierra no es ya la morada que os conviene: *Todo es-*

(1) Joan cap. XI. v. 36. (2) Isaí. cap. VIII. v. 3.

está cumplido por vuestra parte; solo vuestra *Ascension* á los Cielos es la única profecía, que os resta que verificar. Es verdad: mas este Xefe adorable, á mas de las Almas que lleva consigo, tiene otras que le pertenecen mas especialmente, y que son por excelencia sus miembros: *Vos estis corpus Christi, et membra de membro* (1). Se hallan dispersas desde su muerte afrentosa; y es necesario congregarlas, y dexarlas en el camino seguro, antes de tomar su reposo en el Cielo.

En efecto, ¡quántas visitas y apariciones! ¡Quántas agitaciones y movimientos! ¡Quántas formas y figuras! Por espacio de quarenta dias, ya se manifiesta cerca de su sepulcro; ya en las orillas del mar; ya de viagero; ya de hortelano: permite que se le acerquen; que le abracen; los sirve; se sienta á la mesa, y come con ellos: en una palabra; sacrifica la condicion gloriosa de su Cuerpo á las necesidades y enfermedades de las almas.

Comienza anunciándoles la paz (2): *Pax vobis*: se complace de ver nacer en sus espíritus nuevas dudas, para tener motivo de darles nuevas seguridades: Cien veces se despide; y luego vuelve á verlos. Se queja de que nada le piden (3); y sin que le hablen, encuentra siempre que decirles. ¡Ah, Señor! ¿Quién no vé en esas inquietudes amorosas el cumplimiento literal de este oráculo del Espíritu Santo (4): "Vuestras mas caras delicias son, permanecer entre los hombres. *Deliciæ meæ, esse cum filiis hominum.*

Vuestra *Ascension* es una nueva prueba; pues aunque, como canta David (5), "el carro de vuestro triun-»fo va seguido de otros diez mil, cargado cada uno de »un millon de Almas triunfantes": *Currus Dei decem mi-*

(1) I. Cor. cap. XII. v. 27.
(2) Luc. cap. XXIV. v. 36.; et Joann. XX. vv. 21., 26.
(3) Ib. cap. XVI. v. 24.
(4) Prov. cap. VIII. v. 31.
(5) Psalm. LXVII. v. 18.

millibus multiplex ; *millia lætantium* ; vuestro amor no está contento con este séquito numeroso ; y querríais se le juntasen todos vuestros Discípulos , si estuvieran en estado de aumentar vuestra Corte. Si todavía no los llevais al Cielo y á la posesion de vuestra Gloria , por lo menos les dais la investidura con vuestra amable bendicion : *Benedixit eis.* Les protestais , que "solo por su interes propio, os separais de ellos por al-"gun tiempo (1): *Expedit vobis , ut ego vadam* ; y que "en breve volveriais por ellos: *Iterum venio , et accipiam* "*vos* (2) *ad me ipsum* : y que con todo , no os dexaria "vuestro amor en inaccion ; porque en el Cielo les pre-"pararíais sus sillas : *Vado parare vobis locum* (3) : y os "quedaríais en la tierra oculto en la Eucaristía , á fin "de que no se considerasen huérfanos: *Non relinquam* "*vos orphanos* (4). Finalmente , que si alguno se extra-"viase ó perdiese , será porque quiera perderse": *Nemo periit , nisi filius perditionis* (5).

Con todo , vuestros deseos , amados hijos mios, ¡son lánguidos , tibios , y no corresponden á sus amorosas ánsias! ¿Dónde está en vosotros aquella santa impaciencia, que debia abrasar vuestros corazones? ¿Deseais verlo , mas que vuestra misma vida y vuestras satisfacciones sobre la tierra? Vuestros dias ¿os parecen tan largos en el peligro continuo de perderlo , quanto los suyos le parecian cortos , quando trabajaba para ponernos en el camino de poseerlo eternamente? ¡Ay de mí! El Señor , tocando ya el término , contaba los momentos de su peregrinacion sobre la tierra. "Dentro de "poco, decia (6), no me vereis ; mas poco despues vol-"vereis á verme." Vosotros pasais con frialdad , no solo dias , sino meses y años enteros , sin pensar en la eternidad.

¡Ah!

(1) Joann. cap. XVI. v. 7.
(2) Ibid. cap. XIV. v. 3.
(3) Ibid. v. 2.
(4) Ibid. v. 18.
(5) Ibid. cap. XVII. v. 12.
(6) Ibid. cap. XVI. v. 16.

¡Ah! ¡Quántos votos formaban los Justos de la Ley antigua, por llegar á verlo! ¿Pueden leerse y meditarse, sin que se deshaga el corazon de ternura? David no encontraba términos para expresar la viveza de sus deseos: Esta era una sed ardiente que lo devoraba: *Sitivit anima mea ad Deum fortem vivum* (1): un rapto impetuoso, al qual solo le faltaban alas: *Quis dabit mihi pennas? Et volabo, et requiescam* (2). Isaías gemia oprimido, invocando el socorro de los Cielos y la tierra: *Rorate cœli desuper: aperiatur terra, et germinet Salvatorem!* (3) ¡Qué suspiros no dirigian los Apóstoles al Cielo, desde que les arrebató á su amable Maestro! Sus ojos suplen sus voces, despreciando la tierra; y como inseparables de la nube en que se eleva, siguiéndole con el corazon y con el espíritu, aun quando ya no lo veían: *Viri Galilæi, quid statis aspicientes in Cœlum?* (4) Es necesario que vengan los Angeles, para que salgan de este rapto extático, y se consuelen: *Sic veniet, quemadmodum vidistis eum euntem in cælum.*

Imitemos, amados hijos mios, á estos Varones de deseos: no mas atractivos ni mas apego que al Cielo: y si se nos pregunta lo que allí buscamos, respondamos con el Angélico Doctor: "Nada, sino á Vos, Salvador »mio y Dios mio: Muy avaro, muy ingrato es el co»razon, á quien Vos no bastais": *Non aliam mercedem, nisi te ipsum.* Ved aquí el modo de corresponder al amor de nuestro dulce Jesus, subiendo al Cielo como *Xefe glorificado.* Y como asciende *Mediador todopoderoso*, colmaos de júbilo y de confianza. Esta es la conclusion de mi discurso.

(1) Psalm. XLI. v. 3.
(2) Ibid. LIV. v. 7.
(3) Isaí. cap. XLV. v. 8.
(4) Act. cap. I. v. 11.

PUNTO TERCERO.

La felicidad y la ternura del Salvador debe haber animado y excitado bien nuestro ardor y reconocimiento; mas con todo, no pueden dulcificar el sentimiento de nuestras miserias El Cielo nos está abierto, y en él seremos plenamente felices: mas nuestras iniquidades pasadas, y nuestras enfermedades presentes nos hacen conocer nuestra indignidad, y nos acobardan. De aquí nace, que para fortalecer nuestro espíritu, es necesario que el Salvador, subiendo al Cielo, á mas de los oficios de *Guia fiel* y *Xefe glorificado*, desempeñe el de *Mediador omnipotente*, á fin de conseguir remedios eficaces para nuestros males, y socorros para nuestra necesidad extrema. En efecto éste, dice el Apóstol, es su empleo en el Cielo: *Introivit..... in ipsum Cælum, ut appareat nunc vultui Dei pro nobis.*(1) A la sombra de tal proteccion, ¿quál debe ser nuestra esperanza? Para afirmarla, oidme, amados hijos mios, los medios, y los efectos de tan poderosa mediacion.

Nuestras iniquidades pasadas son el mayor obstáculo para nuestra felicidad, porque irritan la cólera de Dios: mas, como dice S. Ambrosio, nuestro dulce Jesus conservó las cicatrices de sus llagas, y las muestra en el Cielo á su Eterno Padre, como precio de nuestra Redencion: *Vulnera suscepta pro nobis, Cælo inferre maluit, abolére noluit, ut Deo Patri nostræ pretia libertatis ostenderet.*

¿Para qué esas llagas en un Cuerpo glorioso? ¿Para monumento de sus combates, y testimonio de su victoria? No: ellas son, en sentir de los Padres, un sello firmísimo de los tratados solemnes en favor de los pe-

ca-

(1) Hebr. cap. IX. v. 24.

cadores, cuyos caractéres están grabados con su amor y con su preciosa Sangre. Dios lee en ellos las virtudes, los méritos y satisfacciones de su Unigénito Hijo; y sella el perdon, la vida y la felicidad de los hombres. Este es el sentido de estas admirables palabras de S. Cypriano: *Reservatæ in corpore Christi plagæ, salutis humanæ pretium exigunt, et obedientiæ donarium requirunt.*

En efecto, "si las manos del Salvador, clavadas en el Calvario, tuvieron, segun la expresion del Apóstol (1), la fuerza de arrancar á la venganza de Dios el decreto de muerte contra nosotros, y de fixarlo en la Cruz": *Delens quod adversùs nos erat chirographum decreti...*, *et affigens illud cruci*; ¿será menor su poder en el Cielo, ya libres, victoriosas y triunfantes? "Si, segun la expresion del mismo Salvador (2), sus pies elevados y clavados para el sacrificio, atraxéron con lazos de paz al Cielo y la tierra; la vida y la muerte; las iniquidades humanas, y los favores divinos": *Si exaltatus fuero á terra, omnia traham ad me ipsum*; colocados en el trono de su Gloria, ¿habrán perdido este atractivo pacífico? Si su corazon, descubierto con la lanza, que abrió su costado; y la sangre y agua que salieron de él, apagaron la cólera de Dios, convirtiéndola en dulzura y en clemencia; á la vista de ese mismo corazon, amante de nuestras almas, ¿rehusará derramar sobre nosotros sus infinitas misericordias? Sus llagas glorificadas ¿serán por ventura menos eloqüentes?

"No; no amados hijos mios, decia el Evangelista S. Juan á los primeros Cristianos; no abuseis de esta prenda de salvacion, para haceros mas culpables: *Hæc scribo vobis, ut non peccetis* (3). Mas si algunos sentís, que vuestra conciencia os condena al infierno, no por

 es-

(1) Coloss. cap II. v. 14.
(2) Joan. cap. XII. v. 32.
(3) I. Joan. cap. II. v. 1.

esto desespereis de conseguir el Cielo; romped vuestras cadenas; y seguid las huellas de Jesucristo, *Mediador omnipotente*, que os protege y asiste: *Sed et si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum justum.*

¡Oh dulcísimo Jesus mio! ¡Quánta confianza siente mi alma á la vista de vuestras llagas sagradas, conservadas en vuestro triunfo y vuestra gloria! Todos los Fieles hemos renacido con la virtud de esas cicatrices, y somos hijos de sus dolores. Vos nos preguntais por el Profeta Isaías (1): "Si jamas olvidó una Madre, en su mayor regocijo, al hijo que dió á luz en sus dolores?" *Numquid oblivisci potest mulier infantem suum?* Y ¿no nos protesta, que aun quando la ingratitud de un hijo cortára los tiernos movimientos de la sangre que le dió la vida; no dexaría su preciosísima Sangre de sentirlos, por haberlos grabado en sus manos y en su corazon? *Et si illa oblita fuerit, ego tamen non oblivisca tuî: ecce in manibus meis descripsi te* (2).

Sigamos, pues, el consejo del Apóstol, llegando con confianza al trono de Gloria, en el qual las preciosas llagas de Jesus nos difunden con superabundancia sus gracias (3): *Adeamus ergò cum fiducia ad thronum gratiæ: ut misericordiam consequamur.*

¿No vale mas aprovecharnos al presente de las seguridades que nos ofrecen, que el tener que sufrir algun dia el terror, que segun S. Agustin, han de causar á los réprobos? Vosotros, les dirá este Rey de Gloria, vosotros ¿veis estas Llagas, que Yo recibí de los hombres, y por salvar los hombres? Yo no las he conservado en la Gloria, sino para que en ellas tuviéseis abiertas de par en par sus puertas; y vosotros no quisísteis entrar en vuestra eterna felicidad: *Videtis vulnera,*

(1) Isaí. cap. XLIX. v. 15.
(2) Ibid. v. 16.
(3) Hebr. cap. IV. v. 16.

ra, quæ inflixistis? ¿Agnoscitis latus, quod pupugistis? quoniam per vos, et propter vos apertum est? Nec tamen intrare voluistis.

¡Ah, mis muy amados hijos! No demos lugar con nuestras infidelidades, con nuestra frialdad é indiferencia, á unas reconvenciones tan amorosas y tiernas, pero al propio tiempo tan serias y terribles Esforcémonos á seguir fiel y constantemente una *Guia* tan segura, un *Xefe* tan *victorioso*, y un *Mediador*, cuyo poder no tiene límites: bien persuadidos de que no es posible con tan celestial direccion, errar el verdadero camino. Sujetémonos en un todo á la voluntad y beneplácito de tan Soberano *Xefe*, observando cuidadosamente su santa Ley y sus amables preceptos. Confiemos finalmente en un *Mediador* tan poderoso y tan benigno, que, presentándose en este dia de gloria y de triunfo ante la cara de Dios para interceder por nosotros, como dice S. Pablo, no solo nos honrará con abundantes bendiciones, como lo hizo hoy con sus Apóstoles y demas Discípulos; sino que en el dia tremendo del Juicio nos convidará, nos llamará con el dulce epíteto de *Benditos de su Padre*, á que le acompañemos y alabemos por toda la eternidad en la Gloria. Así sea.

SER-

SERMON VII.

DE LA TRANSFIGURACION DEL SEÑOR, predicado en México, siendo ya Arzobispo el Señor Nuñez (*).

Assúmit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem, fratrem ejus; et ducit illos in montem excelsum seorsùm: Et transfiguratus est ante eos.

Matth. cap. XVII. v. 1.

¡Dura Ley! Haber visto los tres Apóstoles mas amados del Salvador, un rayo de la Luz hermosa de la Gloria sobre el monte Tabor; ¡y verse precisados á callar! ¡Ley, sin comparacion, mas dura, la de no haber yo siquiera visto un vislumbre pasagero de tan bella Luz; y tener que hablar de ella! A tres Apóstoles, llenos de nuevas luces, y enardecidos con nuevos fervorosos incendios, les sella mi dulce Redentor Jesus el pecho y los labios, para que no den noticia del bien que habian gozado: *Nemini dixeritis visionem.* Y á mí, que soy el mas indigno Sucesor de los Apóstoles, y que hoy debo explicar este mysterio tan admirable á mi Pueblo, me propone nuestra santa Madre la Iglesia el Evangelio de *la Transfiguracion del Señor*, para que os lo exponga á vosotros, amados Hermanos mios, y os hable del bien grande, que en el Tabór gozaron los Apóstoles; y que nosotros podemos gozar mas de lleno, y con mas perfeccion en la eternidad.

Mas si apénas sé el nombre de aquel Bien; si, ofusca-

(*) Es una pieza admirable por su bien escogida doctrina; empleada con igual oportunidad y nervio, que brevedad y concision.

cado entre tinieblas, nunca lo he visto; si, sepultado entre las miserias del mundo, jamás lo he llegado á gustar: ¿cómo podré, amados hijos mios, daros noticia de este mysterio, y explicaros las amables qualidades de un bien tan grande? Confieso ingenuamente, que al leer en el Evangelio, que el Salvador se *transfiguró*, dexando resplandecer sobre su alma la Divinidad; y permitiendo reverberase sobre su Cuerpo un rayo de luz tan bella, que hacia brillase su rostro como el Sol; y que, cubierto el color natural de sus vestidos, pareciesen texidos del transparente candor de sus rayos, imitando con una semejanza muy ventajosa, la blancura hermosa de la nieve: *Resplenduit facies ejus, sicut Sol: vestimenta autem ejus facta sunt alba, sicut nix*: confieso, vuelvo á decir, que para gozar de un espectáculo tan delicioso, me olvidaría con gusto de todas las cosas del Mundo, y aun de mí mismo; y lleno de júbilo, clamaria con el Príncipe de los Apóstoles: *Domine, bonum est nos hîc esse*: Y viendo, que todos los Santos Padres afirman, que esta gloriosa *Transfiguracion* fué una promesa del Padre Eterno á todos los escogidos en Jesucristo, y una prenda segura de la futura Bienaventuranza, envidio la fortuna de los tres amados Discípulos, á los quales, con el precepto del silencio: *Nemini dixeritis*, les quitó su Divino Maestro el rubor de tener que hablar de una cosa tan inefable, que como asegura San Pablo (1), *exuperat omnem sensum.*

Mas en este laberinto de dificultades, me anima y me consuela la voz del mismo Eterno Padre, que llama á nuestro adorable Redentor Jesus, *Hijo suyo muy amado*; y nos manda oirle: *Ipsum audite.* Consiguientemente, llevado por la Fe, y colocado con mi contemplacion en medio de aquel abismo de luces, le oygo ha-

(1) Philipp. cap. IV. v. 7.

hablar con Moysés y Elías, de los oprobios y excesivos dolores de su futura pasion y muerte: *Dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem* (1); y entiendo, que este fué el motivo de prohibir á los Apóstoles, que hablasen de esta gloriosa *Vision*; pues solo se extendió el precepto hasta que hubiese resucitado: *Nemini dixeritis visionem, donec Filius hominis à mortuis resurgat.*

A la verdad, la gloria del Tabór no fué positivamente la Bienaventuranza; sino una pasagera especie suya. Tampoco fué una Bienaventuranza, propia de los hombres; porque todavía no estaba puesto el medio que habia de merecérnosla; y era puntualmente el exceso de penas y tormentos de que el Señor trataba con Moysés y Elías, y habia de padecer en la ingrata y desconocida Jerusalen. No se hable, pues, de esta Bienaventuranza; porque serviría muy poco para enamorar á los hombres, que la considerasen como un bien, que no era bien puro, sin mezcla alguna de males; y como un bien, que todavía no era suyo. Mas este silencio no sea perpetuo: Rómpase, quando el Hijo de Dios hubiere resucitado, y mostrado en sí una Gloria, toda verdadera, por ser por todas partes perfecta y consumada: una Gloria toda nuestra; por habérnosla comprado y adquirido con el precio de su Sangre y afrentosa muerte.

Vos, dulcísimo Jesus mio; Vos sabeis, si fué este el mysterio de vuestro precepto: yo lo ignoro; pero el pensamiento me parece muy propio de vuestra amorosa misericordia. Rómpase, pues, el silencio intimado á los tres Apóstoles; y háblese sin temor de la *Bienaventuranza*, despues que estamos redimidos con la preciosa Sangre del Cordero inmaculado. Y para que vosotros, amados Hermanos mios, hagais la debida esti-

(1) Luc. cap. IX. v. 31.

timacion de esta felicidad suma, y aprecieis los bienes sólidos y eternos, que la Fe nos promete; procuraré, al mismo tiempo que os explique esta materia, tan interesante y sublime de la Doctrina cristiana, haceros ver el engaño de los bienes caducos con que el Mundo os convida y os seduce.

En vano me cansaría, si intentára que os disgustáseis de las cosas del Mundo, solo con hacer una viva pintura de este infelíz destierro: Siempre amaréis con ánsia sus honores y sus gustos, si no pensais seriamente, que el anhelo de adquirirlos y gozarlos, es incompatible con las delicias purísimas de la Patria Celestial. Tambien me esforzaría inútilmente para allanaros el áspero camino de la vida eterna, proponiéndoos con Jesucristo el exemplo de Moysés y Elías: nosotros retrocederémos siempre, si no volvemos con atencion los ojos hácia el camino de la perdicion; que, bien considerado, está mas lleno de espinas, tropiezos y amarguras. En una palabra; mi designio es, que "la con-»templacion del Cielo os anime, amados hijos mios, á »despreciar el mundo; y la vista del mundo, á trabajar »constantemente para adquirir el Cielo."

Para conseguir todo esto, fuimos criados; para que lo consiguiésemos, encarnó en vuestras purísimas entrañas, dulcísima Vírgen María, el Hijo de Dios Eterno, y derramó su preciosa Sangre: Alcanzadme, pues, las luces y eficacia, que necesita un asunto tan delicado, para que yo pueda demostrarlo, y guiar con mi voz á todo mi Rebaño, para que alcance este Bien, que es el único necesario. Invocad pues conmigo, amados Hermanos mios, la intercesion de la Señora, diciéndola con el Angel: *Ave gratiâ plena, &c.*

Assúmit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem, fratrem ejus; et ducit illos in montem excelsum seorsùm: Et transfiguratus est ante eos.
Matth. cap. XVII.

Un bien, que no es verdadero en sí mismo, sino falso y aparente, engaña, y hace mas deplorable que felíz, á quien lo posee. *Sic amatur veritas*, dice el Gran Padre S. Agustin, *ut quicumque aliud amant, hoc ipsum, quod amant, velint esse veritatem.*

En este valle de lágrimas, como no tenemos especie alguna del verdadero bien de la *Bienaventuranza*, no podemos expresar, ni aun imaginarnos, qué cosa sea. Con todo, así como el concepto de Dios se explica con menos dificultad, difiniendo ántes aquello que Dios no es; así tambien, de las malignas qualidades, que hacen sean falsos y engañosos los bienes de la tierra, irémos ascendiendo para encontrar la verdad de aquel gran Bien, que nos espera en el Cielo. *Faciliùs*, dice el citado Padre S. Agustin; *faciliùs invenímus quid ibi non sit, quàm quid ibi sit.*

Despues de haberlo meditado muchas veces, me parece puedo afirmar, que los bienes del Mundo son regularmente falaces por una de tres cosas: ó porque no son bienes en sí, y solo lo son en nuestra aprension; ó porque, siendo bienes en sí, se hallan mezclados de males; ó porque no son universales en su extension, y mucho menos en su duracion. No admite duda, que el bien, que los tres Apóstoles gozaron en la gloriosa *Transfiguracion* del Señor, superó con tanto exceso á todos los bienes y gustos de la tierra, que S. Pedro, olvidado de ellos, y como fuera de sí mismo, clamaba pidiendo á su Maestro, que estableciesen allí para siempre su morada: *Domine, bonum est nos hîc esse.* Mas considerándolo atentamente, encuentro, que aquel gran

gran Bien, á mas de haber sido tan corto en su duracion, fué un bien mezclado de gustos y amarguras; porque, aunque llenó de delicias á los tres Discípulos, tambien los llenó de un temor vehemente: *Et audientes...., timuerunt valdè.*

Viendo, pues, que en este bien, tan superior á todos los bienes del mundo, se hallaron imperfecciones, quédo desengañado de que en la tierra todos los bienes son falaces: y volando sobre las alas de mis suspiros, dirijo mis pensamientos á la *Patria Celestial*; la contemplo con toda mi atencion; y busco cuidadosamente, si cabe en ella alguno de estos defectos: mas encontrando, que por todas partes tienen cerrada la entrada; ¡ah! exclamo yo lleno de júbilo: Aquí sí; aquí sí, que se halla un bien todo verdadero; porque éste es *bien* en sí mismo; *bien* sin mezcla alguna de males; y *bien* sin límite alguno. Aquí sí; aquí...: Mas no; que á la verdad, no soy tan dichoso, que me halle dentro de tí, ¡ó verdadero *bien*! Sé ciertamente, que te llamas *Bienaventuranza*, y de tí estoy hablando, y instruyendo á mi Pueblo. ¡Quán útil sería para vosotros, amados Hermanos mios, que yo acertase á explicaros lo que entiendo!

¿Qué cosa, pues, viene á ser este gran *bien*, que llamamos *Paraíso*? Este bien único, ¡quien lo creyera! este es el mismo Dios, Uno en esencia, y Trino en Personas: Aquel gran Dios, que no puede concebirse por nuestro entendimiento de otro modo, que como un Ser purísimo, que contiene en sí todas las perfecciones: aquel Dios, que, prometiendo á Moysés manifestarle su rostro, le aseguró, que en él vería todo el bien: *Ego ostendam omne bonum tibi* (1): Esto es; aquel verdadero Bien, cuya bondad no consiste en el aumento de algunas perfecciones; ántes es un Bien, de don-

(1) Exod. cap. XXXIII. v. 19.

de dimana toda perfeccion; fuente inagotable, de donde á borbotones manan y se difunden todos aquellos gustos, delicias y contentos, de los quales cantó David, arrebatado y fuera de sí mismo, que "los Justos »se verian rodeados y como inundados por todas par»tes": *Inebriabuntur ab ubertate Domus tuæ; et torrente voluptatis tuæ potabis eos* (1).

La Bienaventuranza, hijos mios, es un bien tan grande, que no solo no puede mi corta capacidad haceros una pintura exâcta, una cabal descripcion de ella, sino que aun la eloqüencia del Apóstol no pudo hacerla, despues de haber sido arrebatado al tercer Cielo. Toda la afluencia de sus expresiones quedó absorta y muda á vista de aquellas inmensas delicias; y solo acertó á proferir, que es un regocijo, un júbilo, y un placer, que "ni los ojos lo han visto, ni lo oyeron los »oidos, ni lo ha gustado jamás el corazon del hombre." *Quod oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit* (2).

Siempre que, leyendo la sagrada Escritura, me encuentro con Jacob, dormido dulcemente en el campo de Luza, y viendo entre sueños el Cielo abierto, y desde el Cielo á la tierra aquella celebrada Escala; se me eriza el cabello, y me estremezco todo, contemplando, que al despertar Jacob, no encuentra ya la Escala, y solo vé desde lejos la Casa de Dios, y la puerta del Cielo: *Non est hîc aliud*, clama y repite; *non est hîc aliud, nisi Domus Dei, et porta Cœli*: (3) de modo, que del regocijo, del júbilo pasado, ya no me queda otra cosa, que el justo temor de no llegar á poseerlo.

Este es el efecto, que causa en mi corazon, amados Hermanos mios, y el que deseo cause en vosotros, quan-

(1) Psalm. XXXV. v. 9.
(2) I. Cor. cap. II. v. 9.
(3) Gen. cap. XXVIII. v. 17.

quanto os he referido. La idea, que con una profunda meditacion de la sagrada Escritura, y de la Doctrina de S. Agustin y Santo Tomás, he podido formarme, para explicaros lo que es la *Bienaventuranza*, no es mas que una especie de sueño. Con todo, basta para que entendais, que aquella es la *Patria*, donde únicamente se halla un bien, todo verdadero: Patria de inmensas delicias; amable y hermosa. Mas ¿quién nos guiará en el camino? ¿Quién nos aprontará una escala, para subir tan alto? ¿Quién? El gran Padre San Agustin, amados Hermanos mios, que, despues de hacer una preciosa descripcion de la *Bienaventuranza*, añade, que el camino y la escala es el mismo Dios: *Ipse Deus est Patria, quò imus; ipse est via, quâ imus; per ipsum ad ipsum eamus; et non errabimus.* Dios es la escala; pues baxó del Cielo á la tierra; se vistió de mortales despojos; sufrió una muerte afrentosa para redimirnos del pecado, y abrirnos las puertas de la Gloria; y finalmente, nos allanó el camino con su exemplo: *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis* (1).

El Verbo Encarnado es el camino, que hemos de seguir, no con pasos materiales, sino imitando su humildad, su dulzura, y sus acciones. Quien no sigue este camino, anda entre tinieblas, y jamás encontrará la luz. Pero ¡cuidado, hijos mios; que este camino es estrecho y áspero, sembrado de espinas, asechanzas y persecuciones! La escala es la Cruz de una continua oracion y mortificacion! En suma; la puerta es tan estrecha, que solo con violencia y á contienda se logra entrar por ella: *Contendite intrare per angustam portam* (2). Observadla atentamente; y vereis, que para entrar por ella, unos dexaron la piel, como un San Bar-

(1) Joan. cap. XIII. v. 15. Matth. VII. v. 13.
(2) Luc. cap. XIII. v. 24.; et

Bartolomé ; otros la cabeza , como el Bautista y el Apóstol ; otros sus miembros , despedazados entre las manos de los Tyranos , ó las garras y bocas de las fieras ; otros adelgazaron su cuerpo con ayunos y ásperas penitencias : en fin, todos abandonaron el camino del luxo , pompas mundanas , ambicion , y placeres de los sentidos , siguiendo el de la piedad y la virtud.

Pero quizá me replicarán los que se llaman y se tienen por *prudentes* en el siglo , que se pueden evitar estos extremos , y seguir un medio : ¡Ay de mí! Yo no quisiera tener que responder á esta réplica : pero solo os diré , amados Hermanos mios, que es cierto que podemos salvarnos sin sufrir los tormentos de los Mártyres, ni las excesivas austeridades de muchos Santos: mas tambien os diré con el Santo Concilio de Trento, que "la verdadera conversion de los pecadores es obra »de muchos gemidos y penitencias ; porque no es po»sible arrepentirse sinceramente de sus culpas , sin el »deseo de satisfacer á la Divina Justicia."

Finalmente os diré con mi dulce y amoroso Redentor Jesus , que no hay otro medio , otro camino , ni otra escala para salvarse , que el de seguir sus huellas y su exemplo : *Nemo venit ad Patrem , nisi per me* (1). "Yo solo soy el camino, la verdad y la vida:" *Ego sum via , et veritas , et vita.* Y como Yo fuí humilde , mal pueden seguirme los soberbios: como fuí Cordero manso y lleno de dulzura , mal pueden seguirme los que con tanta facilidad se inquietan y se irritan ; como fuí pobre y despreciado , mal pueden seguirme los que tienen colocado su corazon y todos sus pensamientos en las riquezas , delicias y embelesos mundanos. Con estas voces amorosas os llama nuestro adorable Redentor; y con continuas aldabadas en el fondo del corazon , os reprende á los que hasta el presente habeis preferido el

(1) Joann. cap. XIV. v. 6.

el destierro á la Patria ; y los frívolos gustos y atractivos del siglo á las purísimas delicias de la Bienaventuranza.

Hagamos , pues , amados Hermanos mios ; hagamos una verdadera penitencia de nuestros delitos ; sigamos el exemplo y las huellas de nuestro Divino Maestro y Salvador Jesus ; y á la hora de la muerte , lejos de asustarnos como los mundanos , podemos decir con David : "Yo me regocijo con la noticia de hallarme al »fin de mi esclavitud ; al principio de mi libertad ; á »la entrada del Cielo , y á las puertas de la eternidad: *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi : In domum Domini ibimus* (1). Así os lo deseo ; á esto se dirigirán siempre mis desvelos y fatigas ; y así lo espero , y se lo pido á nuestro gran Dios. *Amen.*

(1) Psalm. CXXI. v. 1.

SER-

SERMON VIII.

DE LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA, titular de la santa Iglesia Metropolitana de México, predicado en ella, siendo S. E. Arzobispo. (*)

Quia respexit humilitatem ancillæ suæ: ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.

Luc. cap. I. v. 48.

Nuestra Madre la Iglesia celebra hoy la muerte bienaventurada, y el colmo de Gloria, á que fué elevada María Santísima, y coronada en el Cielo, como Reyna de Angeles y Hombres. Su designio principal, amados hijos mios, no es solo, que admiremos los grandes objetos, con que nos excita á exclamar como los Espíritus celestiales (1): "Quién es Esta, que sube del Desierto, re-"dundando en delicias, y apoyada sobre su Amado?" Quiere igualmente, que de la admiracion pasemos á la imitacion de las virtudes de la purísima Virgen, siguiendo el camino que nos dexó señalado con su exemplo.

Preguntemos en buen hora, admirados como los Angeles: "¿Quién es Esta, que sube del Desierto, rebosando en delicias y gloria?" S. Anselmo responde, que es la mas pura de las Vírgenes; y que la pureza virginal, de que fué modelo, preservó su cuerpo de la corrupcion y horrores del sepulcro. El Angélico Doctor Santo Tomas, que es la Madre de un Dios-Salvador; y esta qualidad augusta, aunque la dexó pagar tributo á la Muerte, con todo, no permitió quedase, como los de-

(*) Es un Panegírico, á todas luces sobresaliente; digno de tal objeto, y de tal Orador.

(1) Cant. cap. VIII. v. 5.

demás Mortales, esclava del sepulcro. S. Juan Damasceno, que es la Sierva mas humilde del Señor; y que la humildad, con que vivió tan abatida sobre la tierra, la elevó á lo mas alto del Cielo. S. Ambrosio, que es la mas perfecta de todas las Criaturas; la complacencia del Criador; la mas bella de todas sus obras; por lo qual es colocada inmediata á su Trono, y sobre todos los Espíritus celestiales. Esta es finalmente, exclama S. Bernardo, la obra mas excelente de la Gracia; y á proporcion de su plenitud, es la medida de la Gloria que posee: *Quantum gratiæ in terris adepta est præ cæteris, tantum in cœlis obtinet gloriæ singularis.*

Ved aquí, cómo los Santos Padres, acordes en las preeminencias de María Santísima, parece no lo están en la causa de su felicidad. Unos la atribuyen á su dignidad incomparable: otros á su mérito personal: unos á sus perfecciones infusas; otros á sus virtudes adquiridas, viviendo abatida y desolada. En una palabra; unos quieren, que Dios la haya coronado con la ternura de Hijo; otros, que la haya recompensado como justo Juez.

Yo intento unir estos diversos sentimientos de los Padres, "distinguiendo en la *Asuncion* de María Santí-"sima dos especies de Coronas: una inseparable de su "dignidad de Madre de Dios; otra concedida á su vir-"tud y mérito personal." De este modo concordaré al mismo tiempo dos oráculos, que parecen opuestos: Uno de la Madre, quando anunció, que "todos los "siglos bendecirán su nombre, llamándola *Bienaventu-"rada*; porque la Gracia omnipotente de Dios habia obrado en ella grandes prodigios: *Beatam me dicent omnes generationes: Quia fecit mihi magna, qui potens est*: otro del Hijo (1), que quiso fuese llamada *Bien-*

(1) Luc. cap. XI. v. 28.

aventurada, porque con la Gracia hizo por sí misma grandes progresos en todas las virtudes: *Quinimmò beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.*

Esta es, amados hijos mios, la idea que me he propuesto, para manifestaros la Gloria de la Vírgen en su *Asuncion* á los Cielos. "Esta Gloria fué el comple-»mento de las innumerables gracias con que la adornó »el Altisimo": Primer punto. "Esta Gloria fué recom-»pensa de sus virtudes sublimes": Segundo punto. Ambos servirán para explicaros, con el zelo Pastoral propio de mi Ministerio, el verdadero culto que debemos dar á la Madre de Dios: culto de veneracion, fundado sobre el honor y exâltacion, en que Dios la ha colocado sobre todas las criaturas: culto de imitacion, debido á los grandes exemplos de virtud, que como Madre de Misericordia, nos dexó por herencia á sus amados hijos, los pecadores.

Devocion sólida, amados hijos mios, de la qual hicieron siempre los Españoles profesion pública, como hijos los mas distinguidos de la purísima Vírgen, desde su Aparicion al Apóstol Santiago en Zaragoza: Devocion sólida, á que nos excita con su exemplo nuestro augusto Monarca Cárlos III, constituyendo su mayor felicidad en haber jurado á María Santísima *Patrona universal de sus vastos dominios*: Devocion sólida, para la qual os daré reglas seguras, explicando el mysterio que celebramos.

El impío Calvino no podia sufrir, que se hablase de este mysterio; y en una carta á todos los partidarios de su secta, los exhorta á quitar la festividad de la *Asuncion*. Pero quanto mas se ha esforzado la heregía para hacer sospechosa la verdad de este Mysterio, tanto mas célebre se ha hecho en toda la Iglesia, y con particularidad entre nosotros; pues todos á una voz confesamos y reconocemos en este dia á María Santísima tan colmada de Gloria, quanto llena de Gracia

cia en el momento en que la dixo un Angel: *Ave gratiâ plena.*

Quia respexit humilitatem ancillæ suæ: ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.
Luc. cap. I.

La gracia y la gloria, dice David (1), son bienes espirituales, estrechamente unidos en los designios de Dios. La gracia se nos da para merecer la Gloria. La misericordia del Señor pretende de sus puros favores formarnos justas coronas; y jamás nos concede un solo grado de gracia, sin prepararnos un grado de Gloria, que le corresponda: *Gratiam, et gloriam dabit Dominus.*

Siguiendo esta regla, juzguemos los dones de Gloria, que Dios comunica hoy á María Santísima, por los dones de Gracia, con que la adornó antes de su apacible *tránsito*; porque, léjos de ser estériles, puede decir de sí misma, con mas razon que el Apóstol (2), que no recibió gracia del Señor, que no produxese plenamente su efecto: *Gratia ejus in me vacua non fuit.*

No es necesario hacer una descripcion de todas las maravillosas ventajas que poseía la Señora, para probar los honores, que como conseqüencias seguras, la fueron concedidos en su Asuncion: basta remontar el pensamiento á la fuente y orígen de las demás, que es *la qualidad de Madre de Dios.* Porque, si entre tantos privilegios como la Iglesia reverencia en María Santísima, su *Concepcion fué inmaculada*; su *Natividad, santa*; su *Virginidad, fecunda*; y su *Fecundidad, pura*: estos son milagros de Gracia, que los debió á su *Divina Maternidad.* Y si despues de su muerte, permaneció incorruptible su carne virginal; se reunió su alma

(1) Psalm. LXXXIII. v. 12. (2) I. Cor. cap. XV. v. 10.

bienaventurada á su cuerpo glorioso; fué triunfante su entrada en el Cielo; y colocado su Trono sobre los Coros de los Angeles, y solo inferior al Trono de Dios; tambien son estos milagros de Gloria, que se deben atribuir á su *Maternidad Divina.*

En efecto, esta qualidad sola, en sentir del Angélico Doctor con S. Agustin, es, entre todas las qualidades sobrenaturales, propiamente una *dignidad*: Los nombres de Angel, Arcangel, Profeta, Apóstol, Precursor, son nombres de ministerio y oficio: no hay otro título, que el de *Madre de Dios*, que tenga en sí una idea de magestad y grandeza. Y como toda dignidad pide las disposiciones convenientes para desempeñarla, tambien pide para sostenerla, los honores y distinciones que le son propios. Los personages de un carácter eminente, es necesario que excedan á los dema en honores, igualmente que en méritos El esplendor que los rodea; el lugar que habitan; la esfera superior que ocupan, son las señales ordinarias de dignidad, reconocidas por el consentimiento general de los Hombres, y aun arregladas por la Sabiduría de Dios, segun se lee en la historia de Salomón. ¿Habia, pues, de haber sido exceptuada sola la *Madre del Señor*? No, no: este esplendor exterior la fué dado en su resurreccion; el Cielo empíreo la fué abierto en su *Asuncion*; y un Trono superior á los Querubines, en su *Coronacion.* Estas tres glorias singulares celebramos hoy; y sobre ellas está establecido el culto de veneracion, que tributamos á la Madre de Dios.

He dicho, amados Hermanos mios, y vosotros comprehendeis fácilmente, que entre los dones de la Gracia, es el mas esclarecido *la qualidad de Madre de un Dios*; y ahora añado, que entre los empleos, que pertenecen á la salud eterna, no hay otro mas oscuro, que esta augusta qualidad. No hay cosa mas brillante, que la qualidad sublime de *Madre de Dios*, sostenida por

por la pureza original, y pureza virginal, que fueron sus principales adornos : no hay cosa mas oscura, que esta misma qualidad, afianzada en una humildad profunda y un sumo abatimiento : empleo necesario durante la vida de María Santísima. Su destino llevó igualmente consigo la oscuridad, y el esplendor.

Ved aquí la respuesta á los hereges, enemigos de su gloria ; la que tendreis presente para no dexaros seducir. Quando nosotros celebramos los honores de su triunfo, nos oponen el silencio de la Escritura y del Evangelio sobre este punto : son ciegos, que no ven ni consideran en solo el nombre de *Madre de un Dios-Hombre*, Salvador de los hombres, los presagios seguros de una suerte mas gloriosa, que la que le cupo sobre la tierra ; mucho mas ciegos todavía en no discernir, que en aquel tiempo la dignidad de la Madre debia estar, igualmente que la Divinidad del Hijo, envuelta en velos densos, y nubes saludables á nuestras necesidades, para templar los ardores de nuestra ambicion : mas, que, pasado este tiempo, no podia menos la Madre de entrar en los resplandores debidos á la *Divina Maternidad* ; como el Hijo no podia dexar de recobrar la Claridad infinita, inseparable de su Persona Divina.

María Santísima vivia sobre la tierra, como una de las personas de nacimiento Real, que por razones de estado se han visto obligadas á vivir algun tiempo ocultas y desconocidas : Ninguna señal sensible la distinguia á los ojos de los hombres ; y nadie podia sin la Fe, conocer que era *Madre de un Dios*, hasta que, finalizado el tiempo en que debia ser probada, abatida y desolada, entró á gozar los derechos de su dignidad, y subió triunfante á los Cielos con la pompa y magestad de Reyna de los Angeles y los Hombres : entónces sus despojos mortales, revestidos de la inmortalidad, como la Humanidad sacrosanta de su Hijo, la hi-

hicieron participante de su inmensa Claridad, como lo habia sido de su oscuridad, dolores y penas. La muerte, haciendo pagar á su naturaleza el último tributo, quitó toda oposicion á los privilegios de la Gracia. María Santísima pasó la misma carrera de trabajos, que su Hijo; y con un fin tan santo, como el principio y curso de su vida, se vió libre de las leyes impuestas al resto de los hombres, y salió gloriosa de los horrores del sepulcro.

En efecto, ¿no era justo, que el cuerpo sagrado, en que fué concebido el Autor de la vida, solo estuviese un corto tiempo, como en depósito, y no esclavizado en poder de la muerte? Este es el sentido de la oracion, que en tiempo de S. Gregorio se cantaba, y se canta todavía en algunas Iglesias: ¡*Veneranda festivitas*! *in qua Dei genitrix mortem subiit*, *nec tamen nexibus mortis deprimi potuit*. ¿No era debido, que una carne divinizada, y segun el pensamiento del gran Padre S. Agustin, hecha una misma con la carne de Jesucristo: *Caro Christi*, *caro Mariæ*; gozase las mismas ventajas; y que, glorificada primeramente en su Hijo, fuese despues glorificada en la Madre? ¿No era arreglado, que esta tierra virginal, preservada del comun contagio, no estuviese sujeta á la corrupcion del pecado; y que, empleada para formar el Santo de los Santos, le fuese tambien semejante; quiero decir, esenta de corrupcion, y colmada de Gloria? Esta es la conseqüencia que sacan los Santos Padres de este oráculo de David: *Nec dabis Sanctum tuum videre corruptionem* (1).

Que unos cuerpos, sumergidos en vicios, y alimentados con la concupiscencia y delicias del Mundo; unos cuerpos, concebidos en la esclavitud del pecado, y nacidos baxo la potestad de las tinieblas, sean comida de

(1) Psalm. XV. v. 10.

de gusanos hediondos; y al fin podridos y convertidos en polvo; este es un estado conveniente á unos pecadores por inclinacion, y por orígen: Mas el sagrado cuerpo de la Vírgen, que por particular privilegio, jamás sirvió de instrumento al pecado; que por una eleccion, todavía mas gloriosa, subministró en su purísimo vientre, y nutrió con sus virginales pechos la Sangre preciosa, en que fué lavada la iniquidad del Mundo; ¿no tenia derecho para triunfar de la muerte y del sepulcro; y ser revestida de la claridad inmortal, y resplandores inefables de la Gloria? Esta es el Arca de la nueva alianza, figurada en la del antiguo Testamento, que era de madera incorruptible, y cubierta toda de oro purísimo: Esta es el portento de la Gracia, que anunció el Profeta (1) debia ser elevada con magestuosa pompa á la diestra del supremo Rey de los Reyes: Esta es el gran milagro del Cielo, que S. Juan (2) vió brillar como un nuevo Astro, rodeado del Sol y coronado de estrellas. ¿Dudaréis por ventura, amados Hermanos mios, que estas figuras proféticas tuvieron su cumplimiento en la exâltacion de la Reyna de los Cielos?

¡Ah! ¿No nos basta saber, que es su Hijo un Dios-Salvador? ¿Y quál es el exceso de ternura de un buen hijo para con una madre amorosa? Juzgadlo por tantos ricos monumentos y soberbios mausoléos, elevados, dice el gran Padre S. Agustin, para satisfacer la tierna inclinacion de los vivos en memoria de sus Ascendientes; y no la de los muertos, incapaces de tenerla: ¿Quién no ve en esas obras magníficas de los hijos de los hombres sus piadosos sentimientos; sus nobles deseos; y lo que harian por unas personas, que tanto habian amado, si ellos pudieran eternizar su vida, como procuran eternizar la memoria; y hacer, que

(1) Psalm. XLIV. v. 10. (2) Apoc. cap. XII. v. 1.

que sus cuerpos corruptibles no se corrompiesen, y fuesen tan gloriosos, como son magníficos sus sepulcros? Pues esto, que no pueden los hombres, lo puede un Hombre-Dios: La Fe nos enseña (1), que lo puede, y lo ha de executar en el fin de los siglos con todos sus siervos fieles: y por lo que toca á su Santísima Madre, no quiso ni debió diferirlo; y esta es la primera distincion de la exâltacion de María, que hoy celebramos.

Los grandes Monarcas, y á proporcion las demas personas ilustres, tienen para su morada palacios correspondientes á su dignidad y grandeza. María Santísima, miéntras vivió en la tierra, no tuvo esta distincion. Como era Madre de un Dios-Salvador, que eligió voluntariamente ser tan pobre, que apénas tenia donde reclinar su cabeza (2), solo apetecia serle en todo semejante. Era necesario que esta Arca de la nueva Alianza habitase, como la antigua (3), en tiendas de campaña, en el tiempo de combates, trabajos y penas. Mas quando el nuevo Salomon, el Rey pacífico, deseado de las Gentes, hubo abierto en el Cielo el Templo de la paz, fué colocada en él, y llevada, no en hombros de Levitas, sino por ministerio de Angeles. Entónces fué, en sentir de los Padres, quando se cumplió este oráculo de David (4): "Eleváos, Señor, „Vos y vuestra Arca santa, al lugar de vuestro reposo „eterno": *Surge, Domine, in requiem tuam; tu et Arca sanctificationis tuæ.*

En efecto, ¿juzgaréis cosa extraña, que este cuerpo virginal, que fué nueve meses morada de un *Dios humanado*, no tenga ahora otra morada, que la del mismo Dios? El Cielo empíreo ¿os parecerá demasiado

(1) I. Cor. cap. XV. v. 53.
(2) Matth. cap. VIII. v. 20.; Luc. IX. 58.
(3) II. Reg. cap. XI. v. 11.
(4) Psalm. CXXXI. v. 8.

do para solio de este Cielo animado, Santuario vivo, y Tabernáculo purísimo, mas puro que los Angeles? No, no: "Si hay motivo, dice S. Bernardo, para admirarse de la Gloria de María Santísima, no es de que Dios la haya colocado en un solio tan alto y elevado á su diestra: Salomon lo habia hecho con su madre (1). ¿Y será creible, que un hombre, bien que el mas sabio de los hombres, haya excedido en las demostraciones de amor filial á la Sabiduría misma; á un *Dios humanado*, que nos impuso el precepto formal de honrar padre y madre (2), y vino á enseñárnoslo con su exemplo?

No, amados Hermanos mios, no: Yo no me admiro, quando la Iglesia canta en honor de María Santísima este versículo del Cántico de los Cánticos (3): "Ven, amada mia; ven al Cielo, tal como vivías sobre la tierra; ven; y serás coronada: *Veni de Líbano*: ... *veni*; ... *coronáberis*. Pero me aturdo, me pasmo y me confundo, quando la misma Iglesia canta, y de parte de Dios dice á la purísima Vírgen: "Ven, Templo escogido de la Santísima Trinidad; porque en tu seno quiere *humanar* y colocar su Trono el Verbo Eterno." *Veni*, *electa mea*, *et ponam in te thronum meum*. Y esta es la segunda distincion, que logró la Señora en su *Asuncion* triunfante.

Por último, las personas Reales son conocidas por el esplendor que las rodea, y por el homenage que los Mortales les rinden. María Santísima, por *Madre de Dios* y Reyna de Cielo y tierra, merecía no solo este homenage, sino ser reverenciada y colmada de bendiciones por todos los hombres; pues dió al Mundo su Redentor, y prestó su consentimiento, con conocimiento claro de que habia de morir en una Cruz.

(1) III. Reg. cap. II. v. 19.
(2) Exod. cap. XX. v. 12. et alib.
(3) Cant. cap. IV. v. 8.

Con todo, ninguna distincion, ningun obsequio, ningun homenage se le tributó durante su vida; y la tierra fué propiamente para la Señora, *terra oblivionis* (1). De los Gentiles desconocida, y de los judíos despreciada, vivió pobre, humilde y abatida. Solo la encuentro tratada con el honor correspondiente á su incomparable Dignidad, por un Angel en su *Anunciacion*; por Santa Isabel en su *Visitacion*; y por otra piadosa muger, inspirada de Dios, durante la predicacion de Jesucristo (2): Exceptuadas estas tres ocasiones, su Santísimo Hijo, de acuerdo con su humilde Madre, la dexa en un estado muy conforme á la nada, á que él se habia reducido por redimir á los pecadores.

Mas hoy la recompensa de las humillaciones, con que la dexó vivir sobre la tierra: Hoy es exâltada sobre todos los Coros de los Angeles; hoy recibe por corona una diadema de gloria; hoy es proclamada Reyna de todos los Santos. No es solo un Angel quien la saluda, *llena de gracia*; los Angeles todos la felicitan, como Depositaria de todas las gracias: No es sola su Prima la que hoy exclama (3): ¡Eh! "¿De dónde á mí »tanto honor, que la Madre de Dios me visite en mi »casa?" Todos los innumerables exércitos de tropas celestiales claman, á vista de su triunfo: "¿Quién es esta purísima Vírgen, que desde el fondo de la tierra se eleva con tanta magestad á lo mas alto del Cielo, y se acerca tanto al Trono mismo de Dios?" (4) No es sola un alma fiel, quien, admirada de la sabiduría del Hijo, publica hoy (5), "que es felíz el seno, que lo ha llevado": Toda la augusta Asamblea de los Escogidos confiesa, que, no obstante ser tan grande la felicidad que todos juntos gozan, es incomparablemente mayor el triunfo

(1) Psalm. LXXXVII. v. 13.
(2) Luc. cap. XI. v. 27.
(3) Ibid. cap. I. v. 43.
(4) Cant. cap. VIII. v. 5.
(5) Luc. cap. et v. supr. cit.

fo y grandeza de esta purísima Criatura: se reconocen siervos del Señor; y la diferencia que hay de los vasallos á su Reyna. Esta es la tercera distincion del triunfo de María en su *Asuncion* y *Coronacion* gloriosas.

Ved aquí, amados hijos mios, lo que arrebata y suspende nuestra atencion: La gloria anticipada del sagrado cuerpo de la Vírgen; la consumacion de tantas gracias; y la pompa magestuosa, con que entra triunfante, y es colocada en su Trono. Mas atended, y me oireis el fruto que debemos sacar de quanto he dicho en esta primera parte. Sobre la eminente qualidad de Madre de Dios está fundado el culto de veneracion, que debemos tributarla. Este debe ser exterior y público; interior y espiritual; especial y singularísimo.

Culto *exterior* y veneracion *pública*, para representar los resplandores y luces inefables, que Dios esparció sobre su santísima Madre en la resurreccion y glorificacion de su cuerpo virginal; pues en memoria de este aparato de gloria, con que salió del sepulcro, y en reverencia de su *Asuncion á los Cielos*, glorificamos nosotros sus imágenes sobre la tierra; las llevamos en triunfo; y las seguimos en procesion, con aclamaciones de júbilo y cánticos de alegria.

Los Iconoclastas, y despues el impío Calvino, calumniaron este culto, como si nosotros atribuyéramos á las Imágenes una virtud divina: mas nosotros confundimos este error, haciendo ver, que los honores que tributamos á las santas Imágenes, se dirigen á los Santos mismos, no á la piedra, metal ó leño, que los representa: y este culto es dirigido á Dios, que quiso ser glorificado en sus Santos: *Gloriosus Dominus in Sanctis suis :: Laudate Dominum in Sanctis ejus* (1).

En vano alegan á su favor, que el Angel del Apocalipsis no permitió que San Juan se postrase á su pre-

 sen-

(1) Psalm. CL. v. 1.

sencia (1): nosotros les respondemos, preguntando con San Gregorio Magno: "¿Por qué los Angeles se dexaban adorar en el antiguo Testamento; y rehusan estas adoraciones despues de la Encarnacion del Verbo? La razon es, responde el Santo, porque estos puros Espíritus, á quienes justamente rendía homenage la humana naturaleza, lo rinden ellos ahora, viéndola elevada en Jesus y María á un grado de honor y gloria, tan superior á la suya."

Finalmente, nosotros, amados hijos mios, instruidos de las verdades, que os estoy explicando, reconocemos con fe viva, que Dios es el objeto, y tambien el Autor de los cultos públicos que tributamos á sus Santos; creemos, que la madre de los Macabeos recogió, por inspiracion divina, los miembros de los Mártyres, sus hijos; los llevó en sus brazos con profundo respeto; y, como dice San Gregorio Nacianceno, adoró su propia sangre en las santas Reliquias de sus hijos: *Fragmenta membrorum excipiebat*; *reliquias adorabat.* Creemos, que han sido descubiertos, por revelacion de Dios, los preciosos tesoros de tantos huesos sagrados; y, como dice el gran Padre San Agustin, por la omnipotente operacion de Dios han obrado estas cenizas muertas tantos milagros, y logran aún en la tierra una memoria y triunfo inmortal. Creemos, que Dios se complace de vernos adorar y glorificar á su santísima Madre; honrar sus Imágenes con un culto brillante, exterior y público, como lo estamos haciendo en este magnífico Templo, dedicado al mysterio de que estoy hablando.

Tambien he dicho, amados Hermanos mios, que este culto ha de ser *interior* y *espiritual*, para que la Madre de Dios establezca su Reyno en nuestros corazones, como lo tiene establecido en su Trono celestial. Con-

(1) Apoc. cap. XIX. v. 10.; et XXII. 9.

Consiguientemente, no son vanas y simples ceremonias estos honores; son un perpetuo empeño de servirla, prometido y jurado delante de Dios, á los pies de sus Altares; son el tributo de un zelo hereditario en todos los Españoles, desde la predicacion del Apóstol Santiago; continuado por los Godos; y premiado por la Señora con un don celestial, que regaló á San Ildefonso, por defensor de su honor contra el heresiarca Helvidio; animado por el Santo Rey D. Fernando y sus Sucesores, que venciéron á los Sarracenos, llevando estampada la imágen de María en sus banderas, y peleando baxo de su amparo y proteccion: zelo finalmente, renovado por nuestro augusto Rey Cárlos III. con un voto solemne; y grabado en nuestros corazones, consagrados á su nombre y á su gloria. Coloquemos, pues, toda nuestra esperanza, despues de Dios, en la purísima Vírgen, invocándola en todas nuestras necesidades, así espirituales, como temporales. Adorémosla, como Madre de Dios y Madre nuestra; porque, aunque indignos de tan bello nombre, se regocija de ser llamada *Madre amorosa de los pecadores*. En una palabra; hagámosla reynar en nuestros corazones, como nuestro piadoso Monarca la hace reynar en sus vastos Dominios; y para decirlo de una vez, como Dios mismo la hace reynar en los Cielos.

Este culto está fundado, no solo en la doctrina de todos los Padres, y en la autoridad de la Iglesia; sino que de la boca de sus mismos enemigos se puede sacar su mayor elogio. Oygamos á Ecolampádio, uno de los principales Xefes de los Protestantes: éste exclama en un Sermon sobre lo que debemos á la Madre de Dios, y dice: "¡Eh! ¿Cómo no amaré yo á la que Dios tanto ama; á la que es la Soberana de los Angeles; Madre del Salvador; Abogada de los hombres; y Reyna de misericordia?" Si los hereges modernos no han tenido siempre este lenguage, consiste en su inconstancia y

en

en la variacion continua de sus dogmas: Mas para nosotros, que seguimos la voz infalible de la Iglesia Católica, ¡es de mucho consuelo oir esta confesion, que arranca á la heregía mentirosa, la fuerza misma de la verdad!

Ultimamente, el culto de María Santísima ha de ser *especial* y *singularísimo*; distinguiéndola, como superior á toda pura criatura. Debemos honrarla como Reyna y Señora nuestra, de quien dependemos, por ser nuestra bella esperanza en esta vida y en la eterna; y por la abundante comunicacion, que la ha dado el Señor, de su Omnipotencia. No hay duda en que Dios, para glorificar á sus Santos, les ha distribuido parte de su poder y su imperio, constituyendo sobre cada Nacion, cada Provincia, y cada Pueblo, su Protector y especial Patrono: Mas á su purísima Madre sometió todo el Universo. "¿Qué Reyno, dice San Bernardo; qué Provincia Cristiana no la invoca siempre la primera; y la reconoce como la mas poderosa Mediatriz para con el Soberano Mediador?" *Tamquam mediatrix ad Mediatorem.*

El Apóstol nos dice, que "Dios reparte sus dones, concediendo á unos de sus fieles siervos particular gracia de sanar enfermedades; á otros la virtud de lanzar Demonios; á otros la de resucitar muertos; á otros la sabiduría y discernimiento de espíritus; y en una palabra; á cada uno, cierto poder para hacer bien á los hombres": Mas en su purísima Madre, dice San Bernardo, ha reunido todas estas riquezas, como en el primer conducto, por donde baxan hasta nosotros todas sus gracias. Tantos Templos, tantos Altares, tantos monumentos magníficos, erigidos en todas partes con el nombre de María, y en memoria de sus favores y beneficios, ¿no publican que es la que dispensa todos los Tesoros del Cielo? *Nos totum habere voluit per Mariam.* Su poder no tiene mas límites, que los de

su

su propia clemencia: Lo que pide, la es concedido inmediatamente; porque sus ruegos, dice San Antonino, tienen una especie de imperio: *Rationem habent imperii.* Por esto, San Bernardo decia, desafiando eloqüentemente á los Mortales: "Yo consiento, Vírgen beatí»sima, en que jamás publique vuestras alabanzas el »que, habiendo recurrido á Vos en sus verdaderas ne»cesidades, no haya experimentado los efectos de vues»tra proteccion": *Sileat misericordiam tuam, Virgo beata, si quis est, qui invocatam te in necessitatibus suis, sibi meminerit defuisse.*

Continuad, pues, dulcísima María, siendo nuestra Protectora, nuestra Soberana, y nuestra Reyna, como nosotros queremos ser siempre vuestros siervos. Resplandezcan sobre nosotros vuestros favores, como procuramos señalarnos, entre las demas Naciones, en seros mas devotos y reconocidos. Vuestra grandeza nos inspira la profunda veneracion, con que os rendimos este homenage, debido á vuestra Gloria: Grabadla en nuestros corazones, para que se anime nuestra flaqueza á tributaros "un *culto de imitacion*, fundado sobre »las virtudes heróycas que practicásteis, dándonos »exemplo." Esta es la segunda parte de mi Discurso, igualmente propia para vuestra instruccion.

PUNTO SEGUNDO.

Dios, que pesa los méritos de los Justos, y les proporciona las recompensas, no atiende tanto al fondo de gracias que les habia comunicado, quanto al buen uso que hicieron de ellas; y los cuidados que se tomaron para corresponder á sus designios, caminando de virtud en virtud hasta merecer la silla que les habia destinado desde la eternidad.

Supuesta esta regla, y que la santísima Vírgen desde su inmaculada Concepcion fué llena de gracias, y gra-

gracias proporcionadas á su augusta Dignidad; y que cooperó, haciendo que estos celestiales talentos se aumentasen, acumulando divinos tesoros, con toda la fidelidad de un alma esenta de la menor flaqueza, é incapaz de la mas leve mancha; de modo, que entre todos los escogidos, solo la Vírgen-Madre tiene derecho de aplicarse á sí misma este oráculo de David (1): "Señor, Vos me habeis llevado de la mano desde el "instante primero de mi vida: *Tenuisti manum dexte-*"*ram meam*: Vos me habeis guiado, á vuestro placer, "por las sendas de la Justicia: *Et in voluntate tua* "*deduxisti me*: Y Vos me habeis colocado sobre el Tro-"no de Gloria, en que me veo exâltada:" *Et cum Glo-ria suscepisti me*.....

¿Quién podrá comprehender su mérito, y por consiguiente, la elevacion de su Gloria? María santísima tuvo todo género de gracias en un grado eminente; y las tuvo con un carácter de perfeccion, que la elevó á una santidad universal; santidad excelente y singular. Ved aquí lo que la mereció la plenitud de Gloria; la superabundancia de Gloria; el colmo incomparable de Gloria, que goza en el Cielo: *Sicut est*, dice San Bernardo, *inæstimabile quod accepit; ineffabile quod gessit; ita est incomprehensibile quod obtinuit.*

Plenitud de Gloria: por esto dice de sí propia la purísima Vírgen (2): "Mi morada está en la plenitud de los "Santos": *In plenitudine Sanctorum detentio mea*: Esto es, en sentir comun de los Padres; que la Señora reunió todos los méritos de los Santos, y recibió todas sus recompensas. En efecto, pongamos un instante los ojos en la prodigiosa multitud de Santos, en medio de los quales tiene la soberana Reyna establecida su Corte: Consideremos los rayos de luz, que salen de su inmaculado seno, y se esparcen sobre estos felices hijos de la

(1) Psalm. LXXII. v. 24. (2) Eccli. cap. XXIV. v. 16.

la Gracia : veremos, que unos la anunciaron, y fueron su figura : otros la imitaron, como modelo : y todos la rinden homenage de sus méritos.

Los Patriarcas, Profetas, y Justos de la Ley antigua fueron su figura, y la anunciaron al Mundo : Todos vivieron con la esperanza, y la fe de esta Madre dichosa, que habia de dar al Universo su Salvador; pisar la cabeza á la Serpiente infernal; y destruir el imperio que habia usurpado sobre las Almas. Todos clamaron por su venida; formaron un bosquejo de su retrato con acciones maravillosas; y dexaron señales esclarecidas de lo que habian de ser sus incomparables virtudes. En la fe viva de Abrahan; la obediencia de Isaac; la paciencia de Jacob; la castidad de Josef; la consagracion de la hermana de Moysés; la fidelidad de Sara; la piedad de Estér; el zelo de Débora; finalmente, en las acciones de tantos Héroes y Heroínas, que nos refiere la sagrada Escritura : Todas estas son figuras de la Vírgen-Madre, autorizadas por los Padres en sus Escritos, y consagradas por la Iglesia, que usa de ellas en los Divinos Oficios.

En la Ley de Gracia todos los Santos han imitado, y mirado como modelo, á María Santísima : Las Virgenes la reconocieron como Madre, y siguieron como guia; pues fué la que introduxo este género de perfeccion, levantando el estandarte de la pureza, desconocida hasta entónces sobre la tierra. Y ¿de quién, sino de la purísima Vírgen, aprendieron los esposos virtuosos, como Josef, á purificar los mas castos sentimientos de la union conyugal? ¿Los corazones inocentes, como Marta, á consagrarse á la práctica de las buenas obras? ¿Las almas penitentes, como Magdalena, á abrazarse con la Cruz de Jesu-Cristo, y lavarse en su preciosa Sangre? ¿Los Evangelistas, los Apóstoles, los Mártyres, á sacrificarse por la gloria de Dios, y el acrecentam nto de su Iglesia?

Recorred despues toda la serie de siglos; y vereis en la Historia Eclesiástica, y en las Actas de los mayores Santos, la verdad de este oráculo: "El fiel desvelo en »imitar á María Santísima, es el mas dulce y poderoso atractivo para la perfeccion de los Justos, y la »conversion de los pecadores:" *Mater mea esca est dulcissima, quâ etiam ad me pértrabo peccatores.*

No nos admiremos, pues, de las maravillas que los Padres publican de la gloria de la Vírgen; diciéndonos, que es el objeto que, despues de Dios, se lleva la atencion, arrebata y embelesa los Bienaventurados en el Cielo; que para todos ellos es un fondo de nuevas delicias y felicidades; que es la admiracion de los Patriarcas y Profetas; porque en ella ven el objeto de sus figuras y profecías: *A Prophetis pronuntiata*; *à Patriarchis præsignata*: el dulce embeleso de los Apóstoles y Discípulos; porque en ella reconocen su exemplo y su modelo: *Ab Apostolis exhibita*: el éxtasis de todos los Bienaventurados, quando en ella contemplan el orígen de su mérito y su felicidad: *Ab omnibus officiosissimè salutata.*

Si el Apóstol nos enseña (1), que el menor grado de santidad "vale un peso inmenso de Gloria; que el »humano espíritu no puede comprehender lo que Dios »tiene preparado al mas mínimo de sus siervos"; ¿qué deberemos pensar y decir de la Gloria de María Santísima, eminente en todo género de santidad, que hizo tantos servicios á los hombres, y les franqueó los tesoros de la Gracia, dándoles á luz al mismo Dios de Justicia? ¿Bastará pensar y decir, que la plenitud de su Gloria corresponde á la plenitud de sus méritos? ¿Bastará una cosa tan alta, y casi incomprehensible?

No, amados Hermanos mios, no: porque ahora vereis, que las recompensas de los méritos de la Vírgen

(1) Rom. cap. VIII. v. 18.: et I. Cor. cap. II. v. 9.

gen fueron una Gloria superabundante. Aunque la santidad sea rara en la tierra ; y la virtud, perseguida en el Mundo ; hay ciertas especies de santidad , que son recompensadas con anticipacion , y se pueden llamar felices áun en esta vida : Una piedad , que Dios favorece con suaves consuelos interiores ; una paciencia, que solo tiene que sufrir cosas pequeñas ; una humildad , á la qual rara vez se le presenta ocasion de tener que humillarse ; una pobreza , que en medio de la abundancia se priva voluntariamente de lo superfluo, y se contenta con lo preciso , sin que nada la falte ; una oscuridad pacífica , que huye de los honores , y suele por lo mismo atraerse la estimacion pública y el aplauso general, por el poco caso que hace de ellos ; una obediencia gustosa , por la facilidad que encuentra en lo que se la manda ; una caridad benéfica , felíz en su mismo desinteres, porque se extiende á los agradecidos, y á los ingratos; y es recompensada , en parte , con el placer que siente un buen corazon , quando hace bien á los hombres: En una palabra ; esta es una especie de Justos , que, desapegado su corazon de los deleytes y riquezas engañosas del mundo, recogen frutos de virtudes en la abundancia de la paz , y forman sus coronas en la dulzura del reposo.

Mas hay otros , á quienes por el contrario , es muy escabrosa la senda de la virtud : Son continuamente probados , y siempre fieles ; siempre humildes, y siempre abatidos ; su afliccion , igual á su paciencia ; su mortificacion , á su inocencia ; su pobreza les hace sufrir ; su obediencia , trabajar ; su caridad , sacrificarlo todo por otros , sin apariencia de retorno , ni esperanza de recompensa : Estas son las virtudes heróycas y perfectas , que Dios excluye, en esta vida , de consuelo, porque les tiene reservado todo el premio en la eternidad : *Apud Dominum est merces eorum* (1).

 Tal,

(1) Sap. cap. V. vv. 5 , 16.

Tal, y áun mil veces mas eminente, fué la santidad de la purísima Vírgen. Mientras vivió sobre la tierra, se exercitó en todas las virtudes con los actos mas penosos, y en las circunstancias mas meritorias: Su *piedad* la empeñó á hacer voto de castidad en un tiempo, en que esta virtud no era conocida sobre la tierra: Su *pudor* la hizo temblar á la vista de un Angel; y turbarse al oir las alabanzas con que la saludaba: Su *fidelidad* al voto, no la permitió aceptar la *Maternidad divina*, sin asegurarse de que no era incompatible con su virginal pureza: Su consentimiento á tan alta Dignidad, fué acompañado de un profundo abatimiento: Jamas fué mas *humilde Sierva* del Señor, que en el momento en que la eligió para *Madre suya*: Su constante *sumision* á los designios de Dios, llegó hasta ocultar, con peligro de su honor, el mysterio; dexando al cuidado del Señor el instruir á su Esposo.

Su extrema *pobreza* la obligó á alojarse en un establo; y á que un pesebre sirviese de cuna á un Dios-Niño, recien nacido: Su *obediencia* la hizo cumplir con la ley de la *purificacion*, aunque no la obligaba; y ofrecer á su Hijo en el Templo: juntándose á este acto de humildad y á esta digna ofrenda, el triste anuncio de Simeon (1), que la hizo sentir los primeros golpes de una espada de dolor: Su continua *mortificacion* la acostumbró á vivir siempre penando, sin haber jamas perdido la inocencia: Su *paciencia* sufrió muchas veces la separacion y ausencia de su Hijo en el tiempo de su predicacion y el curso brillante de sus milagros; pero su *amor* sin límites, la hizo inseparable en sus penas; y al pie de la Cruz, en el Calvario, sufrió el martyrio de un cuchillo penetrante de dolor: Su *caridad* para con los hombres, la costó este sacrificio; y su *zelo* por la Iglesia, la determinó á resignarse con la vida, como los Santos se resignan con la muerte.

Ved

(2) Luc. cap. *II.* vv. 34. 35.

Ved aquí el compendio de sus obras y virtudes. ¿Hay en la vida de esta Santa Vírgen un solo momento, que no justifique el elogio que la aplica la Iglesia, como un oráculo dictado por el Espíritu-Santo? En las Almas justas se ha visto, que en unas brilla mas la inocencia; en otras la penitencia; en otras la pureza; en otras la obediencia; y en todas el amor de Dios: Mas Vos, Reyna de las virtudes, Vos las reunísteis todas en un grado sublime, que no tiene igual entre todas las criaturas, y que solo cede á las inmensas Perfecciones de Dios: *Tu supergressa es universas* (1).

Esta preeminencia, tan mal recompensada en la tierra, es hoy coronada en el Cielo. La entrada triunfante de María en él, es semejante á la de la aurora sobre el horizonte: *Quasi aurora consurgens* (2). Observad, amados hijos mios, quando la aurora se acerca, y vereis los astros mas luminosos oscurecerse; las estrellas fixas, desaparecerse, dando lugar á un espectáculo mas hermoso; pero sin perder nada de la luz brillante, que en particular los distingue: Así, pues, las bellezas inmortales, espejos vivos de la Magestad de Dios; Vírgenes, Penitentes, Confesores, y Mártyres, aunque cargados de palmas y coronas, se oscurecen á la vista de la mejor Aurora; rinden homenage á su Reyna; y reconocen la superioridad de sus méritos en su Gloria superabundante.

Mas todavía nos queda que admirar *el colmo de su Gloria*; recompensa de la singularidad de sus méritos. No extrañeis esta expresion; porque la Iglesia usa de ella, dando á la Vírgen, entre otros elogios, el nombre de única y singular: *Virgo singularis*. Sé muy bien, que en la práctica de las virtudes, lejos de ser mas perfecta la singularidad, es ordinariamente amor propio refinado, que no se aparta del camino comun, sino

(1) Prov. cap. XXXI. v. 29. (2) Cant. cap. VI. v. 9.

no para distinguirse de los demas, ó satisfacer sus caprichos. La conducta de la purísima Vírgen no tuvo semejantes extravíos, siempre sospechosos. Su carácter fué sencillo; observó la Ley; siguió los Consejos Evangélicos, y los practicó fielmente: Este es el espíritu de sus lecciones al sexô devoto: verdaderamente *devoto*, si se contenta con ellas, y las sigue.

¿En qué, pues, consiste la *singularidad de los méritos* de la Vírgen? Consiste, amados hijos mios, en que jamas se descuidó un punto en el cumplimiento de sus obligaciones; y siempre hizo nuevos progresos en el modo de cumplirlas. La menor omision, ó negligencia habria sido un defecto, que hubiera empañado el brillo cristalino de su inocencia; y la Iglesia nos dice, que esta fué sin mancha, y que entregó á Dios su alma tan pura, inmaculada y santa, como la recibió de su infinita liberalidad. Esto convence, que *su santidad es única* y *singular*. Contemplad despacio los méritos de los Santos; y vereis que no hay vida tan pura, que no haya tenido sus tachas; alma tan fuerte, que no tenga sus flaquezas; corazon tan fixo ácia el Cielo, que no haya tenido alguna variacion, como el imán ácia el Polo.

Y si en esta fatal necesidad, inseparable de la humana naturaleza, se encontrase una Heroína, que jamas hubiese desfallecido, ni variado en las sendas de la justicia; ¿en qué grado de Santidad la colocaríamos? ¿Qué idea nos formaríamos de sus virtudes? Cosa maravillosa es, ver salir del centro de la tierra un manantial de agua viva, tan pura y cristalina, como si cayera del Cielo: pero es mayor prodigio, que, despues de haber corrido por campos y valles; despues de haber pasado por lugares cenagosos, y á veces inmundos, vuelva á entrar en el mar tan pura y brillante, como salió de la fuente.

Esto mismo sucedió á la Vírgen-Madre: pasó una vida, siempre inocente y fervorosa, á pesar de los obstá-

táculos y asechanzas, que interrumpen, y áun suelen corromper su curso: y por medio de los escollos, que detienen, ó extravían á los demas, caminó rectamente á Dios, sin disminuirse un punto de su inocencia y su fervor. Y como el mérito se aumenta á proporcion de la Gracia que lo vivifica; y la Gracia crece á medida del buen uso que hacemos de ella; contando todos los momentos de mas de sesenta años, que vivió la Señora, entre los quales no hubo momento inútil, ni perdido; computemos sus méritos, por los aumentos de Gracia, que su fiel correspondencia duplicaba cada instante. ¡Oh Santo Dios! ¡Qué tesoro de riquezas espirituales! Consiguientemente, la Gracia de la purísima Vírgen no tiene igual; su mérito no tiene exemplo; su Gloria es superior á toda Gloria; y su trono, solo inferior al de su Hijo Jesus.

Tal es la recompensa de las virtudes de María Santísima. Recompensa plena, superabundante y singular. Sobre este bello modelo debemos obrar; porque, como dice San Agustin, la imitacion de los Santos, mientras vivimos en la tierra, es la recompensa de su santidad. Esta imitacion es el homenage, que la Señora espera; el verdadero culto, que la agrada; y la mayor Gloria, que la eterniza entre los hombres. Exercitémonos; procuremos perfeccionarnos; y perseveremos en la imitacion de sus virtudes: Reglas justas en la especulacion, y seguras en la práctica.

Exercitarnos en la imitacion de sus virtudes, es la primera obligacion, para dar culto á la Vírgen. En efecto ¡qué cosa hay de mayor honor, ni mas gloriosa para la Señora, que el ser reconocida como Reyna de todas las virtudes, no por simples ceremonias y elogios estériles, sino siguiéndola con generosos esfuerzos, y verdaderos combates! ¡Qué bello espectáculo, exclama San Ambrosio! Ver en el fin de los siglos á los grandes Santos, seguidos como en triunfo, de los que combatie-

ron

ron imitándolos; y á María Santísima, segun la expresion de la Escritura, capitaneando y formando en batalla un terrible Exército contra las Legiones del Infierno: *Terribilis, ut castrorum acies ordinata* (1). Entónces aparecerá á los ojos del Universo, despues de su dulce Hijo Jesus, la primera de los Escogidos y el modelo de los Predestinados; de cuya boca saldrá este clamor de alegria y cántico de reconocimiento: "¡Viva Jesus! ¡Viva María! ¡Vivan los herederos de los méritos del Hijo, y los imitadores de las virtudes de la Madre! *Sit in singulis Mariæ anima; sit in singulis Mariæ spiritus.*

Tambien *es necesario trabajar para perfeccionarnos en la imitacion de sus virtudes*; y este es un culto muy ventajoso para nosotros. Dos errores opuestos impiden sus progresos: uno es la débil opinion de que hacemos bastante; y nos parece, que estamos seguros: otro la idea austéra que nos formamos de esta imitacion; con la qual nos acobardamos. Estas son peligrosas ilusiones, que desaparecen á la vista de María Santísima; pues, aunque tan pura y perfecta desde su inmaculada Concepcion, hizo siempre nuevos progresos, para ser Templo vivo del Señor; y despues de haberle concebido en su purísimo seno, se avanzó de virtud en virtud hasta el momento que le vió sacrificado en la Cruz; y despues de tan doloroso trance, continuó sacrificándose á todas horas, resignada en la voluntad de Dios.

A vista de esto, ¿qué alma fiel podrá decirse á sí misma: "Bastante tengo hecho?" Por mucho que sea, yo os aseguro, amados hijos mios, que todavía os queda que hacer, para obtener *la corona de justicia*, y asegurar *el raro don de la perseverancia.* La vida es una carrera; y mientras dura el camino, no ha llegado el término: La Tierra es un campo de batalla; mientras se combate, balancea la victoria; y es preciso disputarla,

(1) Cant. cap. VI. v. 3.

la, imitando á la purísima Vírgen: ¡Felíz obligacion, exclama aquí San Ambrosio! *Talis fuit María, ut ejus unius vita, sit omnium disciplina.*

Por último, *es necesario perseverar en la imitacion de sus virtudes*; porque este culto es el mas saludable para nosotros. El mayor escollo de la salvacion es nuestra natural inconstancia: El hombre se muda; los principios ordinariamente son buenos; mas la perseverancia es muy rara: *Incipere, plurimorum est; perseverare, paucorum.* Apénas se encontrará entre nosotros, quien no haya tenido algun tiempo una tierna y sólida devocion á la Virgen Santísima. Los dulcísimos nombres de *Jesus* y *María* son regularmente los primeros que nos enseñan á pronunciar con reverencia en la niñez.

¡Qué súplicas; qué votos de honrarla perpetuamente, no la hacemos en nuestras necesidades! ¡Qué promesas en los peligros! ¡Qué resoluciones en nuestras enfermedades! Estas se guardan mientras no hay especial dificultad que vencer: Mas si para observarlas y cumplirlas con fidelidad, se trata de separarse de una ocasion próxîma; de obrar sin atender á respetos humanos; de sacrificar el resentimiento de un agravio; y, para decirlo de una vez, de imitar las virtudes de María Santísima, entonces se resfría la devocion: en nada pensamos menos, que en imitarla; y quiera Dios, que no venga á parar en renunciar su servicio!...

No, amados Hermanos mios; no sigamos á estos devotos apóstatas, desertores infieles de la Santidad perfecta, que es el objeto de nuestro culto. Esta *Santidad singular* es nuestro modelo: No hay cosa mas fácil de imitar en esta *singularidad*, que su duracion meritoria, todo el tiempo de la vida. María Santísima es "la *señal* "*mysteriosa*, que vió San Juan (1), revestida del Sol, "y sus pies sobre la Luna"; pisándola, por ser símbolo

(1) Apoc. cap. XII. v. 1.

de la inconstancia: No imitemos jamás sus decadencias y menguantes. Finalmente, María Santísima es la principal Patrona de la *perseverancia final*; sigámosla con una continua vigilancia, invocando su dulce Nombre con amor, ternura y confianza.

Tal es la conducta que la Iglesia nos enseña en la oracion Angélica: En sola una peticion reune la vida y la muerte; el tiempo y la eternidad: *Nunc, et in hora mortis nostræ*, para que entendamos, que la gracia de *una buena muerte* es un puro efecto de misericordia, aunque el mérito de *una buena vida* contribuye mucho para obtenerla; que no debemos abusar del tiempo que tenemos, si queremos merecer el momento decisivo, que no pende de nosotros.

De este modo, en qualquier hora que el Señor nos llame, le abrirémos y responderémos prontamente; y en este maravilloso conjunto de *misericordias de Dios*, y *fiel correspondencia* de nuestra parte, prevenida nuestra alma de favores del Cielo; revestida con preciosos ornamentos de virtudes, formados con *la imitacion* de la purísima Vírgen; y con su especial asistencia y proteccion, se elevará sin trabajo sobre todo lo que es mortal y terreno: y al modo que el fénix sobre lo mas alto del cedro, en medio de los mas exquisitos perfumes, rinde la vida en las llamas; así recibirá nuestra alma las últimas llamas de amor divino, hasta que finalmente abrasada en este delicioso fuego, fuente hermosa de una vida nueva, pase dulcemente, como la Santísima Vírgen, del ósculo del Señor al Reyno de la paz, que es el seno de la Gloria eterna. *Amen.*

SER-

SERMON IX.

DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA, predicado en Madrid á la Real Congregacion de su título (*).

Date eleemosynam.....; thesaurum non deficientem in Cœlis. Luc. cap. XII. v. 33.

Nunca son los rendimientos mas finos, ni mas gloriosas las fatigas y desvelos, que quando se pagan como tributo. "No hemos nacido, decia Ciceron á los »antiguos Romanos; no hemos nacido solo para noso»tros mismos: nuestra Patria tiene un manifiesto de»recho á que todos la tributemos servicios, á propor»cion de nuestros talentos." Gran mancha, pues, ó borron sería para mí, el no haber admitido el Panegírico de esta solemne Festividad (aunque su grave peso supera mis fuerzas); siendo un acto de obsequioso respeto que yo tributo á esta Ilustrísima y Real Congregacion, cuyo nobilísimo Cuerpo representa en la Corte á mi amada Patria; y se compone de los sugetos mas esclarecidos del campo de Montiel, Calatrava, y Consuegra, del Priorato de Uclés, Mesa de Ocaña, Partidos de San-Clemente, y Belmonte, y dilatado suelo de Alarcon, que constituyen la espaciosa Provincia de la Mancha.

¡Oh pedazo de cielo, el mas hermoso de toda nues-

(*) Ha parecido conveniente no dexar de dar á luz el presente Sermon (uno de los primeros que compuso y predicó nuestro Excelentísimo Nuñez de Haro), no para que sirva *de modelo de Oratoria sagrada*, como otros del mismo Autor; sino porque, sin embargo de ser fruto de los floridos años de su juventud, está lleno de *patriotismo*, erudicion, útil y sana doctrina.

tra España! ¡Oh Provincia felíz, por la amena fertilidad de tus campos; y mucho mas por los heróycos pensamientos, y sobresalientes ingenios de tus Hijos! ¡Oh tierra de bendicion, que produces con tanta abundancia el bello pan, el generoso vino, suavísimo aceyte, leche pingüe, y deliciosa miel, que nos refiere la sagrada Escritura (1) hacian felices á los afortunados moradores de la famosa tierra de Promision! ¡Oh solar hermoso, tantas veces regado con la preciosa sangre española, en defensa de la Fe, contra los insultos de los Sarracenos! ¡Oh patrimonio opulento de las Ordenes Militares de San Juan, Santiago, y Calatrava, que contribuyes anualmente con innumerables caudales para premiar la virtud, el valor, y las heróycas acciones, por cuyos medios deben adquirirse solamente tus ricas Encomiendas, que son el precio mas estimable y el premio mas honorífico, á que con tantas ánsias, con tanto anhelo, y á costa de tantos sudores aspira toda la Nobleza! ¡Oh País hermoso! Tú eres con propiedad el corazon de nuestra católica Monarquía, no solo por tu situacion y por tu abundancia; sino porque la vivificas con la excelencia de los ingenios de tus Hijos para las Aulas; y su natural inclinacion y robustez para el manejo de las armas!

Mas ¿adónde voy á parar, dulcísima Patria mia, quando mis voces, por salir de la boca de un hijo tan amante, pasarán, mas que por justos y arreglados encomios de tus incomparables glorias, por afectuosa parcialidad de mi natural inclinacion? Pero, gracias á los siempre adorables consejos de la Providencia divina, que ofrece segura defensa á todas mis expresiones y elogios; habiendo dispuesto, que la Mancha fuese afortunada cuna del mas Ilustre entre los Héroes, que vistieron la toga del Colegio Mayor de San Ildefonso; de aquel Sabio, que fué oráculo de las Universidades de Al-

(1) Exod. cap. III. v. 8.; et IV. Reg. cap. XVIII. v. 32.

Alcalá, Salamanca y Valencia; de aquel Apóstol, que fué asombro del Orbe en nuestros últimos siglos; de aquel Santo, que se distingue entre todos los demas Santos por el amable temperamento de sus heróycas virtudes; de aquel buen Pastor, que era todo de la mas infelíz de sus ovejas; de aquel Prelado tan caritativo, que es comunmente llamado el *Limosnero* por antonomasia; en una palabra; del glorioso Apóstol, y *universal Padre de pobres Santo Tomás de Villanueva.*

Con el nombre, pues, y baxo la proteccion de este gran *Padre de pobres* está fundada esta Real Congregacion: y animada por el generoso espíritu de su Patrono, no tiene otro instituto, que el de imitar sus acciones; ni otra divisa, que el amor y caridad. Todos los años celebra su memoria, y le rinde en este dia solemnes cultos, con tan admirable discrecion y acierto, que no hay circunstancia, que no sea muy del agrado de nuestro Apóstol. Es Casa propia de Santo Tomás de Villanueva, en la que hoy se celebra su memoria: Este Templo está dedicado al Apóstol San Felipe: Y finalmente, se hace la funcion de un modo muy propio para satisfacer los caritativos deseos de nuestro Santo. Es casa propia de Santo Tomás de Villanueva, por ser de su sagrada Religion, y porque vive y vivirá perpetuamente en ella su espíritu, su caridad y su sabiduría; patrimonio hereditario de todos los verdaderos hijos del gran Padre de la Iglesia San Agustin.

Este magnífico Templo se fabricó á expensas de nuestro glorioso Rey D. Felipe V, *el animoso*; quien lo dedicó al Apóstol San Felipe. Este nombre *Felipe* significa en lengua hebrea, *boca de Lámpara*. Profetizó Isaías (1) las fervorosas llamas del dulcísimo corazon de Jesus para con los hombres; y, no encontrando frase con que explicarlas, le llamó *Lámpara encendida*: *Non tacebo, donec Salvator, ut lampas accendatur.* La boca de

(1) Isaí. cap. LXII. v. 1.

de la Lámpara es el conducto por donde comunica sus luces, y desahoga sus incendios. Pues reflexîonemos, que quando la Lámpara encendida, profetizada por Isaías, quiero decir, el dulcísimo corazon de Jesus, comunicó la luz de su Omnipotencia, y desahogó sus amorosos incendios, socorriendo milagrosamente en el Desierto la necesidad de las Turbas con una limosna general, lo hizo por el conducto del Apóstol San Felipe (1): *Dixit ad Philippum: Undè ememus panes?* Luego si San Felipe es la boca ó conducto, por donde la Lámpara encendida del dulcísimo corazon de Jesus comunica sus omnipotentes luces, y desahoga sus amorosos y caritativos incendios; sin duda es su Real Templo el teatro mas propio que hay en la Corte, para tributar este culto al *Limosnero* por antonomasia; á Santo Tomás de Villanueva; cuya excesiva caridad obligó al célebre Cardenal Gerónimo *Colona* á nombrarle con la misma frase, que nombró Isaías al Salvador del Mundo.

Finalmente, el modo con que esta Real Congregacion tributa ahora sus cultos á Santo Tomás de Villanueva, es el mas propio para complacerle, y satisfacer los caritativos deseos de su abrasado corazon. El mayor obsequio que puede hacerse á los Santos, quando celebramos su memoria, dice San Máxîmo, consiste en seguir sus huellas, y practicar sus virtudes: y aunque todas las virtudes, como dice el célebre Obispo Josef Bataglia, resplandecieron en grado heroyco en Santo Tomás de Villanueva; con todo, para hacer entre ellas la debida distincion, y venir fácilmente en conocimiento de su verdadero carácter, seguiré la regla del Autor de los divinos Proverbios (2); procurando deducirlo de la maravillosa doctrina, eloqüentes Sermones y demas eruditos escritos de nuestro Limosnero Apóstol: *Doctrinâ suâ noscetur vir.*

Despues de haberlos leido todos con cuidado, confie-

(1) Joann. cap. VI. v. 5.

(2) Prov. cap. XII. v. 8.

fieso ingenuamente, que solo respiran moderacion, dulzura y caridad. ¡Qué eficaces discursos no trae, á fin de persuadirnos la obligacion de distribuir en limosnas, para alimentar los pobres de Jesucristo, todos los bienes superfluos, despues de la honesta sustentacion de la vida! ¡A qué extremo de pobreza no lo reduxo su cuidado de que no quedase en todo su Arzobispado pobre sin socorro; pupilo sin proteccion; huérfana sin dote; viuda sin consuelo; ni Hospital sin la abundancia necesaria para el regalo de los enfermos!

Para tener mas qué dar á sus amados Lázaros, ¡con qué exquisita economía no procedía en todo; cortando, hasta en las sagradas funciones de la Iglesia, los excesivos dispendios en ornamentos y pompas; y disponiendo, se celebrasen con decencia, seriedad, y con una incomparable devocion! ¡Ah! ¡Hé aquí un prodigioso exemplo de moderacion, digno de ser profundamente contemplado por todos los Eclesiásticos! Hé aquí el modelo y doctrina que sigue esta Real Congregacion (*), en haber moderado la pompa y ruidoso aparato con que solia celebrar esta Festividad. Hé aquí un caso, en que la economía es mas generosa, que la prodigalidad; pues ahorra, para distribuir en limosnas, mayores caudales que los que otras Congregaciones gastan comunmente en elevadas máquinas de inútiles artificiosos fuegos; en soberbios aparatos, y en intermedios sonoros de acordes instrumentos.

Finalmente, hé aquí el verdadero motivo, por qué este es el culto mas propio, que esta Real Congregacion puede tributar á su glorioso Patrono, para satisfacer, siguiendo la doctrina de San Máxîmo, los caritativos deseos de su abrasado corazon: *Desiderium cordis*

(*) La Real Congregacion de Santo Tomás de Villanueva habia hecho un Acuerdo, poco tiempo antes, para que no se gastasen sus rentas en intermedios de Música, ni tuviesen otro destino, que el de distribuirse á los pobres.

dis ejus tribuisti ei (1); y para manifestar á la Corte y al Mundo todo, el riquísimo tesoro de caridad y compasion que habitó en el generoso pecho de Santo Tomás de Villanueva. Tesoro, que hace preciosas las expresiones de sus labios en sus eruditos escritos, y la conducta de esta Real Congregacion, que las practica en sus operaciones: *Voluntate labiorum ejus non fraudasti eum*: Tesoro indefectible, dice el Evangelio, por no estar expuesto á la violencia de los Ladrones, ni á la corrupcion devoradora de los mas duros y exquisitos metales: *Date eleemosynam....; thesaurum non deficientem....*, *quò fur non appropiat*, *neque tinea corrumpit* (2). Tesoro de qualidades opuestas al de los avarientos; pues si éste se aumenta ahorrando, el otro crece á proporcion de lo que se distribuye. Dad, pues, *limosna*, generosos Paysanos y Congregantes de Santo Tomás de Villanueva; que "este es precisamente el verdadero Tesoro: "quanto mas se gasta y consume, tanto mas crece y se "multiplica:" *Date eleemosynam....; thesaurum non deficientem.*

Insensiblemente hemos descubierto, que la caridad y la misericordia con los pobres, formaron el verdadero carácter de Santo Tomás de Villanueva. No nos admiremos, pues, de que sea comunmente distinguido entre los demas Santos con el glorioso dictado de *Prelado y Apóstol Limosnero*. Al leer su vida y sus escritos no se encuentra otra cosa, que suaves y fervorosos afectos de amor; dulces movimientos de misericordia y compasion; y tan vehementes ímpetus de zelo, que hubieran sido excesivos, si no los hubiera moderado el amable temperamento de sus heróycas virtudes. Nosotros nos lo figuramos con las palmas abiertas á todas horas, para distribuir sus caudales en limosnas. Lo contemplamos destruyendo insensiblemente los vicios, y

(1) Psalm. XX. v. 3. (2) Loc. supr. cit.

y haciendo reflorecer en la Iglesia su primitiva piedad, sin introducir la severidad de los antiguos Padres y Concilios: corrigiendo á los pecadores, lleno de bondad; sin aterrarlos con amenazas, ni acobardarlos con insoportables penitencias: enseñando á vivir cristiana y santamente, en medio del Mundo; y con tranquilidad, en el seno del retiro. Apacible reformador de los abusos del siglo; y moderador discreto de las austeridades del Claustro. En una palabra; igualmente justo, racional y moderado para todos. De este modo llegó á ser el amor de los Pueblos; el dueño absoluto de los corazones; y en boca del Papa Alexandro VII, *perfectísimo modelo de Prelados*: que son los Pastores espirituales, á quienes está confiado el Rebaño redimido con la preciosísima sangre de Jesus.

Pues si volvemos los ojos á aquel Augusto y Venerable Sacramento, encontrarémos el prototípo del carácter distintivo de nuestro dulcísimo *Apóstol Limosnero.* Veremos con San Juan en su Apocalypsi (1), sobre un magnífico trono un Cordero sin mancilla, ofreciéndose con incomparable amor y mansedumbre á su Eterno Padre por los pecados de los hombres. Veremos con San Pablo (2) un Dios anonadado, que baxó del Cielo á la tierra, y cubrió la Omnipotencia y grandeza de su Divinidad con el velo de mortales despojos. Veremos con los Profetas y Evangelistas un Dios-hombre, que, para enseñarnos el camino de la Gloria, rodeó muchas veces los contornos de Palestina, siempre pobre, humilde y mortificado: Un Dios amoroso, que, despues de treinta y tres años de trabajos y continua predicacion (3); llagado, hecho pedazos, desfigurado, y coronado de espinas (4), nos compró la salvacion eterna sobre el banco de la Cruz con el *contante* de toda

(1) Apoc. cap. V. v. 6.
(2) Philipp. cap. II. v. 7.
(3) Isaí. cap. I. v. 6.
(4) Joann. cap. XIX. v. 2.

su preciosísima sangre (1): Un Dios tan fino y amoroso, que, no contento con habernos abierto de par en par las puertas de la Gloria en sus cinco llagas, quiso quedarse entre nosotros oculto baxo las especies de pan, para ser nuestro alimento de vida (2): *Ego sum panis vivus.* Finalmente, un Dios tan amoroso y vigilante, que con continuas aldabadas llama suavemente á todas horas á las puertas de nuestro corazon, clamando y exhortándonos á que aprendamos á imitar su incomparable mansedumbre: *Discite à me*, vocea aquel Cordero sacramentado (3); *discite à me, quia mitis sum.*

Hé aquí cómo en aquella sacrosanta Euchâristía tenemos á la vista el prototípo de la caridad y beneficencia, que formaron el verdadero carácter de Santo Tomás de Villanueva. Nadie podrá negármelo, si observa conmigo cuidadosamente, que del modo que nuestro amabilísimo Redentor Jesus triunfó del Demonio por medio de su caridad y mansedumbre, y arruinó la Idolatría que reynaba en todo el Universo, quedando sola la pequeña Provincia de Judéa, en que era conocido el verdadero Dios (4); así puntualmente la misericordia y caridad insigne de nuestro glorioso *Apóstol Limosnero* triunfaron del error y los vicios, convirtiendo en Oratorios las Cortes, y en Monasterios las Ciudades.

Pero no nos engañemos, dexándonos llevar insensiblemeute de los movimientos de nuestro amor propio, á considerar solo la hermosura de estos nombres *caridad* y *misericordia*, que tanto nos lisonjean el gusto, y se acomodan á nuestro genio. No fixemos solamente la vista en aquel punto, que en la apariencia nos acerca á las heróycas virtudes de Santo Tomás de Villanueva, sin volver los ojos ácia la parte que de ellas nos separa y aleja. ¡Oh Dios! ¡Qué temible es el poder del amor

(1) Ephes. cap. I. vv. 6- 7.
(2) Joan. cap. VI. v. 52.
(3) Matth. cap. XI. v. 29.
(4) Psalm. LXXV. v. 2.

amor propio! pues hasta en la idea que nos formamos de los Santos, se insinúa; y hasta en la devocion misma nos induce á amar aquello que nos parece mas facil y suave.

Convengo desde luego en que la caridad y la misericordia con los pobres, constituyeron el amable temperamento del carácter distintivo de Santo Tomás de Villanueva: Convengo tambien en que la compasion y caridad fueron las únicas armas con que triunfó de los vicios y relaxacion del siglo: Pero añado, que esta caridad y esta misericordia traían su orígen de muchos terribles combates y penosas victorias; y tenian por basa fundamental una oculta fuerza superior: en una palabra: "La misma vida y acciones heróycas de nues-»tro *Apóstol Limosnero* convencen plenamente, que »una caridad ardiente y una decidida conmiseracion »para con los pobres desvalidos, fueron el verdadero »caracter de Santo Tomás de Villanueva:" *Date eleemosynam....; thesaurum non deficientem in cœlis.*

Esta es la idea. Para dar principio, imploremos el auxîlio de la divina Gracia por medio de María Santísima, Señora nuestra, saludándola con el Angel: *Ave gratiâ plena.*

Date eleemosynam...; thesaurum non deficientem in cœlis.
Luc. cap. XII.

Nada hay tan eficaz para insinuarse en los humanos espíritus y ganarse los corazones, como el exercicio agradable de la *caridad* y *misericordia* con los necesitados. Pero esta caritativa compasion ¿á qué no obligó al Cordero sin mancilla, que sobre aquel altar veneramos sacramentado? Y á imitacion de ese adorable Redentor de las almas, ¿á qué extremo no reduxo á nuestro dulcísimo *Apóstol Limosnero*? A sacrificarse todo, y sufrir infinitos trabajos por el alivio de los pobres, y por la salvacion de las almas; pues le hizo llegar á tal extremo de

pobreza, que, á imitacion del Hijo del hombre, se halló al tiempo de su última enfermedad sin tener donde reclinar la cabeza (1), por haber dado, pocos dias antes, de limosna hasta su pobre lecho; con lo qual colmó perfectamente el tesoro indefectible de nuestro Evangelio: *Date eleemosynam :: thesaurum non deficientem.*

Habiendo los vicios hecho en estos últimos siglos tales progresos, que hasta en nuestra España, que tan justamente se apellida *la Monarquía Católica*, reynaban generalmente la avaricia, la disolucion y el libertinage; para abatirlos y remediar tan horribles desórdenes, crió Dios á Santo Tomás de Villanueva, y le llenó de una caridad y una compasion muy semejantes á las del Salvador: Insuperables en sus empresas; inalterables en la execucion de sus amorosos designios.

Fueron tan insuperables en sus empresas la caridad y la ternura de Santo Tomás de Villanueva para con los pobres, que sacrificó al ardor de su zelo toda su fortuna, y quantos respetos humanos se oponian á sus piadosas ideas.

Su piedad, devocion y recogimiento fueron tales, que su célebre Colegial el Maestro Juan de Vergara, las refería con freqüencia en él púlpito; y las predicaba públicamente, con tanta admiracion del Auditorio, como si hablára de un Santo canonizado.

Su principal estudio fué siempre la oracion, pasando muchas noches enteras sumergido, como San Pablo, en el gran libro de mi dulcísimo Jesus crucificado: *Non judicavi, me scire aliquid.., nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum* (2). De este modo acortó, con el Angélico Doctor Santo Tomás, el curso á los estudios; y se graduó en breve tiempo de Maestro en Artes, y de Licenciado en Teología; consiguiendo luego una Cátedra de la Universidad de Alcalá, con aplauso de todos.

Con

(1) Matth. cap. VIII. v. 20. (2) I. Cor. cap. II. v. 2.

Con estos créditos tan justamente merecidos, y con la proteccion del Cardenal Ximenez de Cisneros, Arzobispo de Toledo, Ministro y Confesor de los Reyes Católicos; ¿qué esperanzas, qué adelantamientos no podia prometerse nuestro *Apóstol* en el siglo! Mas todos estos adelantamientos; todas estas esperanzas; y quanto contiene el Mundo de gustos y riquezas, le pareció despreciable, en comparacion de un estado humilde y religioso. Todo lo abandonó; y, á imitacion del Apóstol San Pablo (1), huyó de todo lo que le servia de impedimento para avanzarse rápidamente en el camino de la perfeccion evangélica.

Mas para dexar el mundo, y abrazar la regla del gran Padre San Agustin; ¡oh Dios! qué combates no tuvo que contrastrar contra la naturaleza! ¡Qué sacrificios no tuvo que hacer á la Gracia! Sus hermanos lo miraban como Columna, en cuyos adelantamientos estribaba la fortuna y lustre de su familia: su pobre madre viuda y afligida, pensaba que habia de tener en él todo su apoyo y consuelo para pasar una vejez descansada. Viendo, pues, la santa resolucion de su hijo, lloraba, exhalaba amargos sollozos y profundos suspiros; y finalmente, con las voces de la piadosa madre de los Macabeos (2) le decia: "Hijo mio; ¿no tienes compasion de »mí, que soy tu madre? ¿No ves el abandono y aflic»cion, en que me dexas? Acuérdate, que te llevé nueve »meses en el seno de mi vientre; y que con tanto tra»bajo te crié y te cuidé hasta llegar á esta edad."

¡Oh Dios! ¡Qué asaltos tan fuertes para un corazon tan caritativo y tan tierno, como el de Santo Tomás de Villanueva! Pero, á imitacion del Profeta (3), "se hizo sordo y mudo á todas estas voces, sollozos y »gemidos." ¡Vosotros, dignísimos hijos del gran Padre San

(1) Philipp. cap. III. v. 7.
(2) Machab. cap. VII. v. 27.
(3) Psalm. XXXVII. v. 14.

San Agustin, y verdaderos hermanos de Santo Tomás de Villanueva: Vosotros, que lo sabeis por experiencia, sedme testigos de los crueles combates y penosas victorias, que es preciso superar contra nuestra natural inclinacion, para dexar el Mundo, aun quando nos hallamos sin esperanzas de elevados ascensos, y que á ello contribuyen gustosos nuestros Padres y Parientes! Esta festiva, alhagüeña y engañosa exterioridad del siglo, á vista (1) de la aspereza y estrechez del camino de la vida eterna, hace balancear á la vocacion mas perfecta.

¿Qué animosidad, pues; qué constancia; qué valor no será necesario para conservarla, quando se unen y de concierto la atacan á un mismo tiempo todas las reglas de la prudencia humana; las leyes del cariño; y el natural derecho de la sangre? ¡Ah! Confesemos, pues, que solo el carácter de un espíritu verdaderamente apostólico, pudo inspirar á Santo Tomás de Villanueva tan árdua resolucion.

Apénas profesó la regla del gran Padre San Agustin, adelantó tanto en humildad, recogimiento y continuo exercicio de todas las virtudes, que, admirados los Religiosos, principiaron á venerarle como un oráculo; y á los dos años lo eligieron Prior del célebre Convento de Salamanca: cosa nunca vista en la Orden Agustiniana. Despues fué sucesivamente Prior de Burgos y de Valladolid, y Provincial en las Provincias de Castilla y Andalucía. Visitó brevemente todos sus Conventos; y encontró, que en aquellos recintos, reservados á las delicias del Esposo celestial, se habia introducido el dragon infernal de los abismos; y que con máscara de compasion, comunicaba insensiblemente su mortífero veneno por medio de una levísima, y lenta relaxacion. ¡Oh Dios! ¡Qué agudamente previó este engaño el mismo gran Padre de la Iglesia San Agustin!" Los vicios, dice, in-

(1) Matth. cap. VII. v. 14.

introducen freqüentemente con sagacidad y engaño, una especie de defectos, que, siendo graves, aparecen tan leves como una ligerísima sombra: *Est quædam defectiva species, et umbrática, vitiis fallentibus.*

Mas no, no se ocultó á la perspicacia de nuestro glorioso Apóstol la malicia que estaba oculta en lo que solo parecia leve sombra, opuesta á la luz de la perfeccion evangélica. Descubrió diestramente todas las sendas, que, como advirtió San Paulino, nacen muchas veces de la virtud; y extraviadas, desembocan en los vicios. Conoció bien el engaño con que el Demonio iba reduciendo aquella viña, tan fértil de virtudes, al infelíz estado de las hermosas y celebradas viñas de Engaddí (1), demolidas por unos pequeñuelos y astutos animalejos; como con quejas y amargo llanto lo refiere la Esposa de los sagrados Cánticos. Finalmente, con la firmeza de su espíritu y la suavidad de su amable temperamento, restauró en los Claustros Agustinianos la exâctitud de su primitiva observancia.

Mas, para plantear una santa reforma, ¿qué montes de dificultades no tuvo que superar? El Demonio, antes de salir de aquellos sagrados recintos, sugirió á varios Religiosos, amantes de su libertad, el pensamiento de oponerse á las máxîmas de Santo Tomás de Villanueva; y para que hiciesen mas cruel resistencia, los armó con la artillería de la costumbre, y con las bombas de envejecidos abusos. Y al modo de un leon furioso, que, sorprendido por los cazadores, y encadenado dentro de su misma cueva, estremece la selva á bramidos; arroja fuego por sus horribles y atravesadas pupilas; escarmena la erizada piel; enrosca la cola; erguido el cuello, sacude la melena; y, queriendo arrojarse rabioso contra quien le asalta, amenaza destrozo y ruina con sus garras y colmillos: así cabalmente se

(1) Cant. cap. II. v. 15.

se presenta el Demonio en una vision, para resistir los ataques, y superar la caridad y mansedumbre de Santo Tomás de Villanueva.

Pero no hay que temer las infernales furias; porque esta misma dulzura, sostenida por la fuerza de la Omnipotente Mano que la conforta, es insuperable en sus empresas (1): *Cùm ceciderit, non collidetur; quia Dominus supponit manum suam*: Y así, continuando con tranquila seguridad de verdadero Apóstol, todo lo trastorna; todo lo vence; todo lo supera; y con asombro del mismo desenfreno abatido, levanta nuevamente las insignias del perfecto espíritu Agustiniano, que con tanta felicidad se conserva, y se conservará perpetuamente en esta sagrada Religion. Pues si Santo Tomás de Villanueva no hubiera, con un vigor apostólico, hecho frente y despedazado al leon infernal con la fuerza de su espíritu, dulcificada para con sus súbditos por el amable temperamento de sus virtudes; ¿cómo habría conseguido esta gloriosa victoria, ni adquirido para sí en el Cielo tan rica y preciosa corona?

¡Bello exemplo para todos los que en algun modo deben concurrir á la salvacion de las almas! No nos acobardemos, aunque encontremos las mayores resistencias. Imitemos á Santo Tomás de Villanueva, cuya paternal afabilidad tuvo mas fuerza, que la mas dura obstinacion, repitiendo con el Salvador á los corazones impenitentes: "Continuamente estoy á vuestras puertas llamando; y aunque me despidais con ultraje, no me ofendo de vuestros desprecios:" *Ecce sto ad ostium, et pulso* (2). Continuemos, pues, nuestras aldabadas: que quizá penetrarán algun dia hasta el fondo de los corazones; y quando no, por lo menos nuestros trabajos tendrán la recompensa en el Cielo; porque en las resistencias es donde justamente se prueba la mansedumbre cristiana.

Mas

(1) Psalm. XXXVI. v. 24. (2) Apoc. cap. III. v. 20.

Mas ¿por ventura tuvieron aquí reposo los ansiosos deseos de la caridad y religioso zelo de Santo Tomás de Villanueva? Volvamos los ojos á las Ciudades de Burgos, Valladolid, y Salamanca en el tiempo de las guerras civiles, que llamamos ordinariamente de las *Comunidades*; y encontrarémos todos los males, que produce siempre la desenfrenada licencia de las armas: Ceguedad, abominacion, injusticias, libertinage; y, para decirlo de una vez, hallarémos unidos todos los males de cuerpo y alma. Castilla era un espantoso teatro de desobediencia, y una asamblea de malos Cristianos; de Prelados tímidos; de Jueces débiles y sin autoridad; de pobres sin socorro; y enfermos abandonados.

En este estado se hallaban las cosas, quando principiaron á oirse en el púlpito las suaves voces, y apostólica doctrina de Santo Tomás de Villanueva: ¿puede darse caso mas desesperado? Con todo, á la vista de nuestro Apóstol se disipa la rebeldía; se renueva la piedad; y la santidad de costumbres reflorece. Sus voces fueron como las del Profeta Elías, cuya doctrina refiere la Escritura (1), que era como fuego; y sus palabras como una antorcha encendida, que iluminaban y abrasaban á un tiempo mismo los corazones de quantos las oían. Sus dulces ecos tuvieron las propiedades, que nos dice la sagrada Escritura de los de Moysés: *Concrescat, ut pluvia, doctrina mea; fluat, ut ros, eloquium meum* (2); pues al modo de una apacible y menuda lluvia, que insensiblemente apaga los incendios, amortiguaron las llamas de la sedicion; y en lo mas vivo de aquella rebelion tan impetuosa, contribuyó mucho nuestro Angel de paz, para llevar dulcemente en triunfo la concordia, y debida sumision á su legítimo Príncipe; y disipar tan voraz y sangriento tumulto.

La fama de su eloqüencia se extendió brevemente

(1) Eccli. cap. XLVIII. v. 1. (2) Deuter. cap. XXXII. v. 2.

por todas partes: Los Doctores mas célebres de Salamanca tuvieron por populares exâgeraciones las aclamaciones públicas; y acudieron á oirle, revestidos de rigidísimos Críticos: mas de Críticos severos, salieron mudados en humildes discípulos de nuestro glorioso Apóstol.

Pero no nos admiremos de que la doctrina de Santo Tomás de Villanueva produxese tan copiosos frutos: Sus máximas tenian en su boca, nueva gracia para conquistar los corazones. La santidad de sus costumbres daba nuevo realce á la solidez y suavidad de sus palabras: y es muy difícil dexar de rendirse á unos discursos tan eficaces y tiernos, sostenidos, como los del Salvador (1), por la fuerza de un exemplo, todavía mas eloqüente: *Cœpit Jesus facere, et docere.*

Para disipar la ignorancia y ceguedad del vulgo, solo brillaba en sus discursos la luz de las verdades eternas: Su claridad los hacia inteligibles á los mas rudos; su magestad, respetables á los que se preciaban de Críticos; y su dulzura, saludables á los mas obstinados y duros. Quando referia las ofensas hechas á nuestro amabilísimo Dios, se le erizaba el cabello; su rostro se inflamaba; sus ojos se encendian; y su boca fulminaba centellas de fuego celestial, que penetraban las almas. Las gentes corrian á contienda, para oirle; y los hombres mas ilustres y mas doctos, que habia en la Corte del Emperador Cárlos V, eran los que ordinariamente salian mas admirados y atónitos, de ver la facilidad con que enseñaba, y la eficacia con que persuadía: Efectos muy propios de la caridad de su apostólico espíritu.

Formó el Emperador Cárlos V. tan alto concepto de la sabiduría y virtudes de Santo Tomás de Villanueva, que, estando ausente, y sin que se lo propusiese per-

(1) Act. cap. I. v. 1.

persona alguna, le confirió el Arzobispado de Granada. Mas nuestro Apóstol, que habia renunciado al Mundo con todos los intereses de su fortuna, lo renunció tambien inmediatamente. Hé aquí una accion heróyca, y digna de la mayor admiracion. El apego á la fortuna es en estos últimos tiempos como una segunda naturaleza, inseparable del corazon humano. Aun entre los varones apostólicos no es poco, si se encuentra un corazon verdaderamente desinteresado. No, no basta haber abandonado los intereses del siglo, para dexar de vivir con cuidado y con desconfianza. Algunos hay tan magnánimos, que desprecian el oro y las riquezas; pero todos sacrifican ordinariamente su corazon al ídolo del honor. En el comercio del mundo se anhela continuamente para enriquecerse: En el ministerio del Apostolado suele encubrirse, con capa de zelo, la ambicion de adquirirse la primacía en séquito y aplauso.

¡De quántos modos no procuró enmascararse esta fantástica idea de honor y de fortuna, para tentar la constancia de Santo Tomás de Villanueva! Mas ¿qué importa? Si, como generoso Apóstol, supo siempre combatirla y despreciarla. El Emperador Cárlos V, y su hijo el Príncipe D. Felipe apetecen su conversacion, y gustan mucho de la dulzura de su trato; pero nuestro Santo huye de Palacio, y solo entra en él, siendo llamado para consultarle algun grave negocio. Los Grandes y Ministros lo buscan y visitan con freqüencia; pero no los recibe mas que quando vienen á confesarse, ó á tratar asuntos de conciencia con él. Hé aquí el modo con que el apostólico espíritu de Santo Tomás de Villanueva manejó su crédito, y usó de su favor.

Mas ¿es posible, que esta estimacion y este favor no le costáron algun respeto político, ó alguna de las sagaces máxîmas que se practican comunmente en las Cortes? Porque este es puntualmente el escollo mas or-

dinario de la sencillez, quando se halla separada de la caridad: ¡Ah! No por cierto: El invencible Emperador Cárlos V, que fué el mas juicioso y eloqüente panegyrista que ha tenido nuestro Apóstol, me servirá de testigo. Despues de haberle hecho Arzobispo de Valencia, le pidió una crecida cantidad de dinero, para la defensa de Ibiza, que se hallaba sitiada por el enemigo comun del nombre Cristiano: pero con santa libertad respondió, que "*Dios no le habia confiado la de-*»*fensa de Ibiza, sino los pobres de Valencia.*"

Al oir esta respuesta, ¿quién no se imaginaría, que un Cárlos V, cuyo nombre solo hacia temblar al Universo, era preciso que, montando en cólera, manifestase á lo que se exponia quien, justos, ó injustos, no obedecia sus preceptos, ni temia su indignacion? Mas este invicto Monarca, lejos de enojarse, confesó con una magnanimidad, nunca vista, que "el desinterés, la cristiana libertad, y la constancia de Santo Tomás de Villanueva habian sido siempre la basa fundamental, que le habian conservado su Real estimacion y su amistad." ¡Milagro! exclamó en otro tiempo San Ambrosio, contemplando una accion semejante del Real Profeta David) (1): ¡Milagro! ¡Un Monarca poderoso ha sufrido una repulsa, en lugar de una lisonjera adulacion! ¡Milagro! ¡Un Rey guerrero, criado entre el cruel estruendo de las armas, ha sabido distinguir á los amigos de la verdad, de los enemigos de su persona y Estados! ¡Milagro! ¡Un Conquistador victorioso ha coronado todas sus hazañas con la victoria del vanaglorioso orgullo! ¡Memorable elogio! Glorioso para nuestro incomparable Carlos V; y mucho mas glorioso para Santo Tomás de Villanueva, que supo merecerlo. ¡Elogio, que eleva mucho al uno entre los Héroes; y distingue al otro entre los mas zelosos y caritati-

(1) Psalm. CXL. v. 5.

tivos Pastores! ¡Elogio finalmente, que manifiesta la grandeza de ánimo, y la fortaleza de sus magnánimos espíritus y generosos corazones!

Los ataques con que el Demonio intentó superar la firme constancia, que, unida á la caridad, constituían el amable temperamento del carácter de Santo Tomás de Villanueva, fueron innumerables. Pero solo tuvo que acusarse de haber cedido una vez sola, no por inclinacion, ni por flaqueza de ánimo, sino por obediencia. Esto fué, quando, no queriendo el Emperador Cárlos V. admitirle sus reiteradas renuncias del Arzobispado de Valencia, le mandaron sus Superiores que lo admitiese: ¡Oh caritativa constancia de Santo Tomás de Villanueva! No te arrepientas de haber admitido esta elevada Dignidad; porque de ella no sacarás otras riquezas ni honores, que continuos é insoportables trabajos, para salvar tus ovejas, y socorrer sus necesidades temporales con tus rentas; aumentadas milagrosamente algunas veces para este efecto.

Apénas tomó posesion de su Arzobispado, quando la caridad y ternura, que formaban su amable carácter, le hicieron gobernarlo con una docilidad de corazon, muy parecida (1) á la que concedió Dios á Salomon, para gobernar su Pueblo. Daba oidos á todos con agrado; visitaba las cárceles; consolaba á los pobres delinqüentes: y encontrando en la de *Corona* unos calabozos tristes, húmedos y oscuros, mandó terraplenarlos, diciendo con admiracion y pena: "¡*No permita Dios, que por órden mia se vea ninguno en semejante lugar! No faltarán otros medios para corregir los defectos de mis Hermanos.*" Finalmente, habiendo hallado arruinado el Hospital general de Valencia por un voraz incendio, aunque no tenia todavía lo preciso para su decencia, dió principio á su reedificacion con quatro

(1) III. Reg. cap. III. v. 9.

tro mil escudos, que le habia regalado su Cabildo, para que alhajase su Palacio arzobispal.

Quando Santo Tomás de Villanueva llegó á su Diócesis, encontró en el Reyno de Valencia innumerables desórdenes, no solo entre los Seglares, sino aun entre los Eclesiásticos. Para sacar, pues, á sus Ovejas de un laberynto de errores y maldades, y guiarlas por el camino de la vida, era necesaria una bondad y dulzura pastoral, y una fuerza verdaderamente apostólica. Representémonos la afabilidad caritativa del buen Pastor, en los mismos términos que le pinta el Evangelio (1), corriendo tras la oveja perdida, y trayéndola sobre sus espaldas al rebaño: *Ego sum Pastor bonus. Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis.* Las cuevas y los riscos resuenan con el eco de sus gritos: Los bosques y las selvas se llevan su atencion, y ocupan toda la perspicacia de su vista: Las espinas, abrojos y malezas no son capaces de detener la velocidad de sus pasos: no hay lugar inaccesible á su ternura: Todo el dia se le pasa en ansiosas diligencias, y la noche en inquietudes.

Hé aquí una viva imágen de la vida de Santo Tomás de Villanueva, desde el momento en que llegó á su Arzobispado. Descanso y comodidades del cuerpo; recreo del espíritu; comercio político del Mundo; zelo parcial; desigualdad en el cuidado y vigilancia; acepcion de personas (Escollos, ¡oh Dios!, en que con tanta facilidad tropieza la flaqueza de los Prelados): Vosotros jamás alterásteis la eficacia de los trabajos de nuestro Apóstol. Su corazon fué tan grande, que en él ocupaban igual lugar el pobrecito mas infelíz, y el Potentado mas poderoso: La rusticidad y la ignorancia no le fastidiaban: La soberbia de los Grandes no le acobardaba, ni le abatía: Compadecia á los débiles; y soportaba á los altaneros. Sin hacer caso del rigor de las es-

(1) Joan. cap. X. v. 11.

estaciones inclementes, visitó y reconoció personalmente todo su Arzobispado, para saber las cosas de raiz, y poder gobernarlo con acierto.

Convocó un Sínodo Diocesano, y trazó en él diferentes reglas de vida sacerdotal, y secular. Siempre estaba en un continuo movimiento. A los que le instaban para que concediese algun descanso á su cuerpo, y alguna recreacion á su espíritu, les respondia, que "en las obras de Dios estaba todo su descanso; y en la salvacion de las almas todo el reposo; toda la tranquilidad y delicias de su vida."

Mandó Santo Tomás de Villanueva á todos sus Súbditos, que observasen las reglas establecidas en el *Sínodo Diocesano*, para hacer reflorecer la Disciplina Eclesiástica. Y hé aquí otro nuevo tumulto de mayores persecuciones. Muchos Eclesiásticos, para mantenerse, á pesar de la vigilancia de nuestro Apóstol, en sus licenciosos desórdenes, con astutas invectivas desacreditan sus acciones y doctrina: El Duque de Calabria, Capitan General del Reyno de Valencia, y el Gobernador de aquella Ciudad, seducidos y engañados, tienen su zelo por indiscreto, y con varios atentados insultan su jurisdiccion eclesiástica: El Cabildo de la Metropolitana, lejos de promover sus santas ideas, se opone á ellas; alega esenciones y privilegios; y todos sus individuos le tratan de perturbador de la paz y tranquilidad pública.

Yo sé muy bien, que con el tiempo dispuso Dios, que unos se retratasen por la penitencia; y que la Iglesia hizo ceder á los otros: pero entretanto, fué preciso que Santo Tomás de Villanueva sufriese, y sufriese como Apóstol; quiero decir, que fué preciso, que usase igualmente de la benignidad y de la fuerza: de la primera, para abstenerse de los amargos disgustos y de todas las acciones, que el comun de los hombres llamaria venganza, ó resentimiento: de la segunda, para cor-

res-

responder á las calumnias con elogios; á los oprobios, con favores; y á los malos procederes, con oraciones y penitencias, para alcanzar de la Divina misericordia el perdon de los pecados de sus Súbditos.

¡A quántos pecadores obstinados, que blasfemaban de su conducta, quando impedia las acciones escandalosas, no convirtió con su exemplo! ¡A quántas no libró de una vida licenciosa con sus generosas limosnas! ¡A quántos malos Sacerdotes no convirtió, encerrándose con ellos en su Oratorio; desnudándose las espaldas; y azotándose cruelmente delante de una imágen de Jesu-Cristo crucificado, hasta derramar copiosa sangre, y con tantos suspiros, como si él fuese verdaderamente el delinqüente! ¡Oh Dios! ¡Terrible es la fuerza de donde se deriva la caridad apostólica! Pero con ella conservó ilesa su autoridad de Ministro fiel de Jesu-Cristo, y de Príncipe de la Iglesia; obrando, como enseña el gran Padre San Agustin, en su instruccion á los Prelados, no con ambicion de dominar, sino con "ánimo de conseguir una verdadera enmienda: no con "soberbia, para ostentar su poder y autoridad; sino "movido de misericordia y compasion."

Pero todavía se manifestó mas claramente por otro medio, el carácter distintivo de Santo Tomás de Villanueva. Siempre prefirió el cuidado de los pobres y los enfermos á todas las demas ocupaciones de su pastoral vigilancia: solo en esto encuentro yo á su zelo santamente parcial. Jamás se verificó, que negase á ningun pobre la limosna; porque llevaba la máxîma de: "Ser me-"nor inconveniente, socorrer muchas necesidades fin-"gidas, que exponerse á dexar sin alivio una necesidad "verdadera." Finalmente, decia en favor de los enfermos: "Las limosnas, que se distribuyen á los sanos, son siempre para socorrer unas necesidades dudosas; pero las limosnas y exercicios espirituales, con que se socorre, consuela y conforta á los enfermos, y especial-

cialmente á los miserables moribundos, no están sujetas en modo alguno á la insconstancia."

Baxo de estos principios, no habia especie de enfermedad, que no socorriese; ni de necesidad, que no aliviase: y quando encontraba unidas ambas miserias, no sé yo explicar el exceso de ternura y compasion, á que le reducia la fuerza de su caridad, unida á la bondad de su carácter. Sin reparar en la baxeza del ministerio, limpiaba las inmundicias mas asquerosas de los enfermos: sin atender al peligroso contagio de los males, ni á la dificultad de que sus rentas bastasen para socorrer á tantos; los buscaba, y los asistia á todos; abriendo generosamente su caritativa mano (1) para cada uno, como si fuese solo: *Manum suam aperuit ínopi.* Nada se le ponia por delante; nada era capaz de detener el ímpetu de las llamas, en que se abrasaba su caritativo corazon; todo era menos; todo tenia espera, menos su impaciente amor y eficaz deseo de aliviar á sus queridos Lázaros. No bastándole las crecidas rentas de su Arzobispado, se valia del trabajo de sus manos, y de su crédito para con los hombres, pidiendo limosna personalmente, y extendiendo humildemente sus palmas (2) para recibirla, y distribuirla: *Et palmas suas extendit ad pauperem.*

Mucho es esto; pero aún no aquietó las ansias, ni amortiguó el incendio de su caridad. Animado por el fervor de su Fe, y arrebatado por el ardor de su zelo, le hacia su amor, que saliese de sí mismo; que tratase á Dios familiarmente; y lo estrechase (permitidme decirlo así), á obrar manifiestos milagros, para consuelo y delicia de sus pobres. Quando en tiempo de una terrible carestía no se hallaba trigo en Valencia por ningun precio, despues de distribuir todos sus granos, y barrer sus troxes, aparecen nuevamente llenas.

(1) Prov. cap. XXXI. v. 20. (2) Ibid.

Quando visitaba los enfermos en tiempos contagiosos, y, por no caber en el Hospital, ni tener medios para curarse, ni quien los asistiese, los encontraba expuestos á morir en una suma miseria; con la señal de la Cruz los sanaba de repente. No habia imposible que no venciese su dulcísima caridad; cuyos efectos duran y durarán perpetuamente en los sólidos Establecimientos, que por sí, y por medio de su influxo dispuso se fundasen para asegurar, despues de su muerte, la educacion de los Estudiantes en un célebre Colegio; la asistencia de los enfermos en un Hospital oportuno; el regalo de los incurables; la proteccion de los huérfanos y desvalidos; el alivio y consuelo de las viudas; y finalmente, la seguridad de las doncellitas, que, dotadas competentemente, se libran de los crueles asaltos de los Tyranos, que insultan su honestidad, confiados en el poder que tiene el oro sobre la miseria.

A vista de esto, no nos admiremos de que la beneficencia y la caridad, tan prodigiosamente propagadas por Santo Tomás de Villanueva, lo hiciesen en vida, no solo respetar, sino adorar de su Pueblo. No extrañemos, que estas virtudes, habiendo constituido en vida el distintivo de su carácter, lo hayan honrado despues de su muerte con el glorioso dictado de *dulcísimo Apóstol Limosnero*. Salomon, para conciliarse el respeto y cariño de sus Súbditos, nos dice la Escritura, que hizo grabar por divisa al rededor de su Real carro estas palabras: *Amor* y *Caridad*; y las grabó con letras de piedras tan preciosas y brillantes, que parecian letras de fuego, y que arrojaban llamas.

No tuvo necesidad Santo Tomás de Villanueva de servirse de semejante aparato: solo con presentarse, brillaba sobre su frente la compasiva ternura, y la caridad de verdadero y universal *Padre de pobres*; y le atraía la veneracion y respeto de quantos le miraban. Las piedras preciosas, que grabó Salomon al rededor de

de su Real carro, las grababa nuestro Apóstol en los corazones de los pobres, distribuyendo su valor en abundantes limosnas. Las piedras preciosas, grabadas en el magnífico carro de Salomon, eran tan brillantes y despedian unas luces tan hermosas, que aunque en realidad no eran llamas, por lo menos, lo parecian: por el contrario, las piedras preciosas de nuestro Santo, distribuidas en limosnas, no brillaban, ni parecian abrasadoras llamas; pero arrojaban fuego de amor divino, que penetraba las almas, y encendia los corazones. Las piedras preciosas del carro de Salomon eran un gran tesoro; pero terreno y perecedero: por el contrario, las limosnas de Santo Tomás de Villanueva eran puntualmente las piedras preciosas, de que se compone el tesoro indefectible de nuestro Evangelio: *Thesaurum non deficientem*: Con cuyas inestimables riquezas, qual otro justo Tobías, redimió nuestro glorioso Apóstol, no solo las necesidades corporales, sino tambien los pecados de su pueblo: *Quoniam eleemosyna ab omni peccato, et à morte liberat; et non patietur animam ire in tenebras* (1). ¡Qué maravilla! Sin mas artificio, ni violencia se vió reynar insensiblemente en todo su Arzobispado la piedad cristiana; quando ántes se veían retratadas, en los crueles ojos de sus moradores, las violencias, hurtos, homicidios, estupros y adulterios. Hé aquí los frutos de la *insaciable caridad*, y de la *insigne misericordia*, que nacieron de un espíritu verdaderamente apostólico, cuyas dos virtudes, á juicio de nuestra santa Madre la Iglesia, formaron el carácter de Santo Tomás de Villanueva, llamado con razon, *el Arzobispo Limosnero*: *Date eleesynam ...; thesaurum non deficientem in cœlis*

Vosotros, pues, nobilísimos Congregantes, que con tanta devocion celebrais la memoria de nuestro

(1) Tob. cap. IV. v. 11.

Gloriosísimo *Apóstol Limosnero* : Vosotros , que , con su nombre y baxo de su proteccion formais este ilustre Cuerpo : Vosotros , que representais en la Corte á toda la ínclita Nacion *Manchega* ; volved los ojos y mirad aquella hermosa Provincia arruinada , y sus fértiles campos devorados por la plaga de la langosta : Atended con la piedad y beneficencia , características de nuestro Santo , á la multitud de desvalidos paysanos , que buscan su consuelo en vuestra proteccion y *limosnas* : Considerad , que si abandonan la esteva , la hoz , y el azadon , es porque han llegado á tal miseria , que , á semejanza de los Operarios del Evangelio , "no encuentran quien dé á ganar un mi-"serable jornal con el sudor de su rostro:" *Nemo nos conduxit* (1).

¡Confieso ingenuamente , que se me parte el corazon de dolor , y que las lágrimas me saltan involuntariamente á los ojos , al ver mendigar un triste bocado de pan en la Corte , á los que tuvieron la fortuna de nacer en un pais , que con tanta abundancia subministra ordinariamente á los Cortesanos el exquisito pan *candeal* , que sirve al paladar de suavísimo recreo , y es el principal alimento de los hombres! Mas ¿quién no se enternecerá conmigo, á vista de tanta miseria? La langosta es una de las plagas mas funestas , con que refiere la sagrada Escritura , que castiga Dios en este mundo nuestras culpas (2).

Hagamos , pues , una sólida y verdadera penitencia. Para redimir nuestros pecados , y los de nuestros afligidos paysanos , no grabemos las piedras preciosas ni el oro en magníficas carrozas , como Salomon ; grabémoslas en los corazones de los pobres , distribuyéndolas en limosnas , como lo hacia Santo Tomás de Villanueva. Hé aquí un gran tesoro , con la qualidad de

(1) Matth. cap. XX. v. 7. (2) Exod. cap. X. vv. 3. et seqq.

de indefectible: *Thesaurum non deficientem*: Tesoro, cuyas piedras preciosas no arrojan fuego, ni llamas aparentes, como las del carro de Salomon; sino verdadero fuego de amor, llamas de caridad, y luces de gracia, que nos aseguran el Reyno de la gloria: *Quam mihi, et vobis, &c. Amen.*

SER-

SERMON X.

PARA LA COLOCACION DEL SS.MO SACRAMENTO, y Dedicacion de la nueva Iglesia, reedificada en el Colegio de *Doncellas Nobles* de la Ciudad de Toledo; predicado, siendo S. E. Canónigo de aquella Catedral, Primada de las Españas, el año de 1768 *.

Zaquæe, festinans descende; quia hodie in domo tua oportet me manere.

Luc. cap. XIX. v. 5.

Luego que empezaron á brillar en el Mundo las primeras luces de los Sacrificios, se instituyeron celebridades y fiestas para dedicar Tabernáculos y Templos. Los Gentiles erigieron suntuosas fábricas; edificaron altares; y con ritos supersticiosos los dedicaron á sus falsos Dioses. El gran Padre San Agustin refiere y combate en sus Libros de *la Ciudad de Dios* la multitud de errores y supersticiones, con que dedicaban estos Templos á los ídolos, creyendo vanamente, que aplacaban con sus holocaustos la ira de la Divinidad; y conseguian con sus adoraciones las felicidades temporales que apetecian.

Los antiguos Romanos, que sujetaron con su valor á las demas Naciones, y con su política y prudencia dieron leyes al Mundo, fueron tan ciegos, que, sin reflexîonar que los *Dioses tutelares* de los Pueblos conquistados, no habian podido librarlos del furor de sus armas, adoptaban sus ritos; colocaban en el Capitolio sus ídolos; les dedicaban Templos; y atribuian al fin-

(*) Sin embargo de ser un Discurso bastante mas breve, que otros, es acreedor, por su amenidad y excelente doctrina, á ser colocado entre los demas del Autor.

fingido poder de sus simulacros las felicidades temporales, que el verdadero Dios les concedia en premio de sus virtudes morales.

En este cáos de tinieblas se hallaba todo el Mundo; y sola la pequeña Provincia de Palestina conocia al verdadero Dios, y lo adoraba en un Tabernáculo *portátil*, hasta el tiempo de Salomon. Este Rey sabio y prudente edificó y dedicó el primer Templo al Señor de Cielos y tierra: Templo tan suntuoso, que jamás hubo ni habrá otro igual en el Universo. Concluida esta obra maravillosa, instituyó Salomon la gran festividad de la Dedicacion de su Templo; y para exâltar el santo Nombre de Dios sacrificó innumerables víctimas, y convocó al sacrificio á todo el Pueblo de Israel. Estos reverentes regocijos, y sagradas demostraciones fueron tan agradables á Dios, que, apareciéndosele aquella misma noche, le aseguró, habia elegido aquel Templo para su morada y casa de sacrificios: *Apparuit autem ei Dominus nocte, et ait: Audivi orationem tuam; et elegi locum istum mihi in domum sacrificii* (1).

Con esta santa y gloriosa emulacion procuró el Eminentísimo Señor Cardenal Arzobispo Don Juan Martinez de *Silicéo* exâltar el santo Nombre de Dios, fabricándole un Templo mas agradable al Señor, que aquel incomparable y nunca visto edificio: Templo, sobre cuyas ruinas vemos hoy reedificada esta hermosa, aunque pequeña Iglesia; y la dedican á Dios estas *Nobles Vírgenes* con ritos mas ilustres, y mayor grandeza, que lo hizo el mas sabio de los Reyes: En una palabra; Templo mas santo y mas glorioso, que el de Salomon.

"Mayor, dice el Señor por su Profeta Aggéo (2); »mayor será la gloria del pequeño Templo, que me fa»brica Zorobabél, que la del Templo, que me fabricó »Salomon. Y no pudiendo consistir el exceso en la mag-

»ni-

(1) Paralipom. cap. VII. v. 12. (2) Agg. cap. II. v. 10.

»nificencia del edificio, veamos en qué estuvo su ma»yor gloria, para manifestar la de esta Iglesia, que »hoy se dedica."

El Señor, dice la sagrada Escritura (1), se habia aparecido en el dia de la Dedicacion del Templo de Salomon, con todo el incomparable aparato de su gloria: *Impleverat gloria Domini domum Domini.* El Pueblo, testigo de su augusta presencia, quedó sorprendido, confuso, y en la mayor consternacion. Los mismos Sacerdotes, deslumbrados con tantos resplandores, no pudiendo sostenerse, se vieron obligados á interrumpir los divinos mysterios, y abandonar sus sagradas funciones: *Et non poterant Sacerdotes ministrare.* ¡Oh Dios! ¿Podia, al parecer, concederse á los hombres un lugar mas santo, mas ilustre, mas venerable, ni mas glorioso, que aquel, donde Vos mismo habíais baxado con tanta pompa y magestad?

Sí, sí; dice el Señor: Yo quiero dar á la tierra un espectáculo mas digno de respeto y veneracion; de admiracion, y espanto; de terror, y miedo. Quiero dar á los hombres á mi Unigénito Hijo, imágen de mi sustancia, esplendor de mi Gloria, y objeto de mis complacencias; al que ha hecho los siglos; al que sustenta todas las cosas con la virtud de su palabra; y es igual á mí mismo. Quiero darles á mi Unigénito Hijo, anonadado, afrentado, y sacrificado para redimirlos: *Veniet Desideratus.* Ved aquí lo que jamás se habia visto en el Templo de Salomon; lo que se vió efectivamente en el de Zorobabél; y lo que nosotros adoramos hoy colocado en ese magestuoso Altar, y lo ofrecemos al Eterno Padre, sacrificado sobre este augusto Trono, como víctima de nuestras culpas.

A mas de la exâltacion del santo Nombre de Dios, fué el intento de Salomon, dice la misma Escritura sagra-

(1) III. Reg. cap. VIII. v. 11.

grada (1), establecer un lugar, donde el Señor derramase abundantemente sus gracias, y donde, orando los Israelitas, consiguiesen oportuno remedio en todas sus necesidades y aflicciones. Concedióle el Señor este consuelo; y franqueó en aquel Templo innumerables beneficios á su Pueblo: mas no se vió en él la mayor de las bondades de Dios, ni el complemento de sus misericordias. Quedó esto reservado para el Templo de Zorobabél; y se verificó quando María Santísima presentó en él al Unigénito Hijo del Eterno Padre, encarnado y anonadado para remedio de los hombres.

Y nosotros ¿qué dedicamos hoy en este nuevo Templo? Aquella Hostia pura, santa, inmaculada, que cada dia ofrecemos al Eterno Padre por nuestros pecados; y la veneramos y adoramos colocada en ese augusto Trono del Altar; aquella celestial Víctima; aquel manso Cordero; aquel mismo cuerpo y sangre preciosa de Jesus, sacrificado para remedio de los hombres. Ved aquí la justa razon, con que esta Iglesia se dedica á Dios en honor de su bendita Madre con el título de los *Remedios*. Sí, sí: María Santísima de *los Remedios* es la Titular y Protectora de este Templo, y de su *Nobilísimo Colegio de Doncellas*. Esta Señora recibe sus oraciones, y las presenta á su Unigénito Hijo, que exîste realmente en ese *Pan sacramentado*; y es nuestro alimento de vida y nuestro único remedio.

En el Templo de Jerusalen, reedificado por el sumo Sacerdote Zorobabél, presentó esa bendita, é inmaculada Vírgen al Verbo encarnado: y hoy le vemos presentarse sacramentado en esta Iglesia de María Santísima, reedificada por disposicion y cuidado de otro gran Sacerdote, de otro Pontífice, del Ilustrísimo Señor Obispo de Constancia, D. Felipe Perez de Santa María, Auxîliar y Canónigo de la Santa Primada Igle-

(1) II. Paralíp. cap. VII. v. 13.

sia, y Administrador de este Colegio: y esta presentacion, ó *Colocacion* de mi dulcísimo Jesus hace á esta nueva Iglesia, no solo mas gloriosa que el Templo de Salomon, sino que tambien excede á la gloria del Templo de Zorobabél; pues en aquel antiguo se presentó el Verbo Divino en carne humana; y en esta Iglesia nueva se presenta no solo humanado, sino sacrificado y hecho víctima para remedio nuestro. En una palabra; se *coloca sacramentado*, que es, en sentir de mi Angélico Doctor Santo Tomás, el mayor y mas glorioso de sus milagros: *Miraculorum ab ipso factorum maximum.*

Todavía mas: Salomon y Zorobabél solo dedicaron á Dios un Templo, en que se le adorase; y aquí, no solo le dedicó el Eminentísimo Cardenal de *Silicéo*, y hoy se le vuelve á dedicar Templo, en que se le adore; sino tambien un Colegio de *Nobles Vírgenes*, que le veneren: Un *Colegio de Nobilísimas Doncellas*, que, educadas santamente baxo la proteccion de María Santísima de *los Remedios*, puedan ser un remedio eficaz para reformar los abusos del siglo; porque saliendo á tomar estado, introducen insensiblemente el dulce atractivo de la virtud en los corazones de sus maridos; y con las santas máxîmas que aquí aprendieron, sirvan de exemplo á los demas; educando con piedad cristiana á sus hijos y familias. ¿Qué medio mas oportuno podia darse para extender y eternizar la virtud y la piedad? ¿Qué cosa mas gloriosa, ni mas del agrado de nuestro gran Dios? ¿Quién podrá negarme, á vista de esto, que este Templo material, aunque no tan magnífico, como el de Salomon, le excede en lo glorioso?

Ultimamente, el Templo de Zorobabél consiguió mayor gloria, que el de Salomon; porque María Santísima presentó en él al Niño Dios, anonadado para remedio del Mundo; y esta Iglesia excede en glòria al Templo de Zorobabél, porque se ha *colocado* en ella al mismo Salvador Jesus, no solo ano-

na-

nadado, sino sacrificado; y porque, si el Templo que Salomon dedicó á Dios, y el que reedificó Zorobabél, nunca pudieron ser proporcionados á su inmensa grandeza y magestad (1); teniendo la Iglesia, que hoy dedicamos, por Titular y Tutelar al Templo animado de la Gracia, en cuyo solo purísimo Claustro pudo caber y cupo el Rey de la Gloria; sin duda le ofrecemos y dedicamos un Templo mas capaz y mas glorioso, que los de Salomon y Zorobabél.

Mas como la fábrica material del Templo, por suntuosa que sea, y el mero culto exterior no agradan á Dios, y solo se dirigen, como enseña el Príncipe de las Escuelas mi Angélico Doctor Santo Tomás, á mover el corazon del hombre, para que adore y alabe á su Dios con una reverencia proporcionada á su inmensa Grandeza; consiguientemente debe ser esta festividad, no solo *Dedicacion de un Templo material*, sino de una *Casa de oracion, y unos Templos espirituales*, que somos nosotros mismos, en sentir del gran Padre S. Agustin: *Domus nostrarum orationum ista est*: *Domus Dei*, *nos ipsi.* Somos piedras vivas, formadas por la Fe; consolidadas con la Esperanza; compaginadas, y unidas con la Caridad: *Lapides vivi*, *fide formati*; *spe solidati*; *charitate compacti.* "Templos espirituales, dice el Apóstol, cuya piedra fundamental y angular es Jesu-Cristo:" (2) *Fundamental*, porque nos sostiene y nos rige; *angular*, porque nos une y estrecha con los fuertes vínculos del amor divino. En una palabra; esa *piedra fundamental y angular*; ese Maná celestial; ese soberano Señor sacramentado, que hoy hemos *colocado* en esta nueva Iglesia, es el verdadero modelo que debemos imitar, para edificar, como nos amonesta el Apóstol San Pedro, en nosotros mismos el Templo santo de

 Dios:

(1) II. Paralíp. cap. VI. v. 18. (2) I. Cor. cap. III. v. 17.

Dios: *Et ipsi, tanquam lapides vivi, superædificamini, domus spiritualis* (1).

Para edificar en nosotros mismos este Templo vivo y *Casa espiritual*, necesitamos auxîlios eficaces de la Gracia, que fortifiquen nuestra flaqueza; y trabajar continuamente, para vencer el ímpetu de las pasiones, y atesorar colmados frutos de virtudes. "Los auxîlios sobrenaturales se consiguen, adorando á Dios con respeto; y pidiéndoselos con humildad, fervor y devocion. Las virtudes se atesoran con trabajos, sudores y fatigas. Para uno y otro nos da lecciones la fábrica de esta Iglesia, y ese *Pan de los Angeles*; ese Cordero sin mancilla; esa Víctima sacrificada por nuestros pecados."

Tengo insinuada mi idea; y vedla reducida á una proposicion: "Para que la Dedicacion de este Templo »material sea agradable á nuestro Dios, debemos edi»carle en nosotros mismos un *Templo espiritual*, ate»sorando virtudes, y tributándole un culto espiritual »y verdadero:" *Spiritus est Deus: et eos, qui adorant eum, in spiritu, et veritate oportet adorare* (2).

Vos, Vírgen purísima, que llevásteis en vuestro inmaculado vientre al que se consumía en el ardiente zelo del honor de la Casa de su Eterno Padre, y de la santificacion de los Templos vivos, que son las almas justas: Vos, que lo presentásteis en el Templo de Jerusalen para remedio de los hombres; y ahora lo mirais desde el Cielo, *colocado* en esta vuestra Iglesia, sacramentado, anonadado, y sacrificado para remedio nuestro: Vos, Madre amorosa de los pecadores, Vírgen Santísima de *los Remedios*, alcanzadme una leve chispa de aquel fuego divino, en que se abrasaba vuestro Unigénito Hijo, para que mis palabras penetren los corazones; y todos los que asistimos á la *Dedicacion* de este Templo material y Casa de adoracion, resolvamos

(1) I. Petr. cap. II. v. 5. (2) Joan. cap. IV. v. 24.

mos edificar en nosotros mismos el Templo santo de Dios; y tributarle en adelante un culto proporcionado á su soberana Grandeza. Esta es la gracia que os pido, diciendo con el Angel: *Ave Maria.*

Hodiè in Domo tua oportet me manere.
Luc. cap. XIX.

"Si amamos el decoro de la Casa de Dios" (Soberano Señor sacramentado); si queremos dedicarle un Templo agradable á sus divinos ojos, es necesario sacrificarle nuestros corazones; limpiar nuestras conciencias; y que nuestras almas sean Templos vivos, Tabernáculos puros, y morada del Espíritu Santo. "¿Quál es, pregunta el gran Padre San Agustin, el decoro de la Casa de Dios, y el Tabernáculo de su inmensa claridad, sino el *Templo vivo*, de quien dice el Apóstol: *Templum enim Dei sanctum est, quod estis vos?* (1)

En efecto, así como en los Templos materiales, fabricados con magnificencia y excelente arquitectura, se deleyta nuestra vista corporal, contemplando la hermosura, enlace, union y colocacion de las piedras; así tambien, quando las piedras vivas, quiero decir, los corazones de los Fieles se hallan unidos con el vínculo de la caridad, y tributan al Señor un culto sincero; unas oraciones humildes; una adoracion respetosa, nacida de amor, y acompañada de temblor; son el decoro de la Casa de Dios; el Tabernáculo de su claridad; y el objeto de sus complacencias. Este es el decoro, de quien dice David: *Domine, dilexi decorem domus tuæ, et locum habitationis gloriæ tuæ.* Quien ama el decoro de la Casa de Dios, ama á la Iglesia, no tanto en la magnificencia de la fábrica, de los mármoles, oro y piedras preciosas, quanto en las almas santas, que tri-

(1) I. Cor. cap. III. v. 17.

tributan á Dios el sacrificio de su amor con todo su corazon, con todo su entendimiento, y toda su alma." Este discurso es á la letra del gran Padre San Agustin.

Consideremos, que así como esta Iglesia material se ha fabricado para congregarnos corporalmente; así tambien el *Templo vivo*, que somos nosotros mismos, se fabrica para habitacion espiritual de nuestro Dios. Y así como esta Iglesia se ha construido con muchos sudores y trabajos, labrando los materiales, colocándolos y arreglándolos al nivel, y á la idea del Artífice; así tambien debemos nosotros edificar el *Templo vivo* en nuestros corazones, trabajando; haciéndonos violencia; labrando nuestras costumbres; cortando los vicios; y arreglando nuestro espíritu y nuestras obras al nivel de la Ley de Dios. Este Templo material se dedica hoy, viniendo nosotros á ofrecer al Señor nuestros votos, oraciones, y culto: el *Templo vivo y espiritual* se dedicará en el fin de los siglos, quando nuestro cuerpo mortal y corruptible se vestirá de la incorrupcion y la inmortalidad: *Qui reformabit corpus humilitatis nostræ*, dice el Apóstol (1), *configuratum corpori claritatis suæ.* Miéntras vamos fabricando en esta vida este *Templo vivo y espiritual*, gime nuestra flaqueza, y trabaja nuestra humildad; mas quando seamos *dedicados*, cantarémos alabanzas al Señor, llenos de júbilo y gloria; porque en *la edificacion* está el trabajo, y en *la dedicacion* la alegría.

Veamos lo que nos dice David en el Salmo de *la dedicacion* (2): *Convertisti planctum meum in gaudium mihi: Conscidisti saccum meum, et circumdedisti me lætitiâ, ut cantet tibi gloria mea, et non compungar.* Mientras se cortan en los montes las piedras, y en las selvas los leños; mientras se labran y se colocan, cuestan mucho sudor, afanes y cuidados: mas quando, perfeccionado ya el edificio, *se dedica*, sucede al trabajo la tranquilidad,

(1) Philipp. cap. III. v. 21. (2) Psalm. XXIX. vv. 12, 13.

dad, descanso y alegría. Así tambien en *la edificacion espiritual*; miéntras se cortan los ímpetus de las pasiones, y se labran las virtudes, ¿quántas tentaciones tenemos que temer; y quántas tribulaciones sufrimos? Mas el dia de *la dedicacion* de nuestra eterna morada, quando mi dulce Redentor Jesus nos dirá (1): "Venid, »benditos de mi Padre; gozad el Reyno eterno, que os »está preparado": *Venite, benedicti patris mei; possidete paratum vobis regnum*; ¿quál será nuestro júbilo, seguridad y consuelo? *Cantabit* (como se explica el Padre San Agustin); *Cantabit claritas; nec compungetur infirmitas.*

Esta es la posesion, por que tánto suspiraba David: Con este deseo gemia ansioso; y "todas las noches re»gaba con lágrimas su lecho: con esta esperanza clama »dia y noche: (2) *Ubi est Deus tuus*? Para lograr este fin dichoso, trabajaba sin cesar; domaba su cuerpo y sus pasiones; y oraba con tanta freqüencia y fervor en la Casa de su Dios (3), que no quisiera salir de ella jamás: *Unam petii*, decia; *unam petii à Domino*; *hanc requiram*: *ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitæ meæ.* "Aquí quiero permanecer siempre, para contemplar las »delicias del Señor, y visitar su Templo santo:" *Ut videam voluptatem Domini, et visitem Templum ejus.* "Los que vienen á la Casa de Dios con estas disposiciones, dice el citado Santo Padre; los que sienten estos amorosos afectos en su corazon, son en sí mismos un *Templo vivo* de Dios: Los que contemplan su bondad, grandeza y misericordia, son las delicias del Señor; y viven escondidos en el océano de sus perfecciones inmensas."

Mas pregunto: ¿Imitamos nosotros á David en estos deseos y tiernos afectos? Por ventura esta Iglesia, que

(1) Matth. cap. XXV. v. 34.
(2) Psalm. VI. v. 7.; et Psalm. XLI. vv. 4, 11.
(3) Psalm. XXVI. vv. 4, 5.

que hoy dedicamos á Dios, ¿es menos santa, y menos formidable, que el Tabernáculo, en que le adoraba David? ¿Se hallan en ella menos mysterios, gracias y atractivos?

Observemos con atencion lo que aquí se ha hecho en los cimientos, paredes, techos y bóvedas, para practicarlo nosotros espiritualmente en nuestras potencias; y que se perfeccione en nuestros corazones lo que aquí vemos perfeccionado en los leños y piedras. Pongamos, dice el gran Padre San Agustin, el cimiento de una fé sólida y viva; el pavimento de una humildad sincéra; las paredes de una doctrina sana; y unas oraciones fervorosas; el techo de una caritativa proteccion á los pobres y desvalidos, para que Dios nuestro Señor nos retribuya bienes eternos por bienes temporales y cadúcos; y nos posea para siempre perfectos y dedicados: *Ut Dominus Deus noster*, dice San Agustin, *pro temporalibus bonis æterna restituat; et vos in æternum perfectos, dedicatosque possideat.*

Tengo concluida mi Oracion. Solo resta dar gracias á Dios Omnipotente, "de quien desciende toda dádi-"va excelente, y todo don perfecto (1); y alabar su bon-"dad con toda la alegria de nuestro corazon, por haber-"se dignado inspirar á este *Nobilísimo Colegio*, y á su Ilustrísimo Administrador el piadoso pensamiento de reedificar y ampliar esta Casa de oracion; y haberles subministrado los auxîlios temporales, para perfeccionarla. Y como nuestro buen Dios jamas permite, que las buenas obras sean inútiles y vanas; así como les ha concedido virtud y constancia para empezar y perfeccionar este Templo, tambien les concederá una condigna retribucion á tan grande y piadosa obra: *Deus*, decia el gran Padre San Agustín á los fieles en la dedicacion de otra Iglesia: *Deus visitavit animum; excitavit af-*

(1) Jacob. cap. I. v. 17.

affectum; subrogavit auxilium.... Et quibus operantibus præbuit virtutis suæ favorem, tribuet condignam pro tanta operatione mercedem.

Finalmente, todos nosotros, los que hemos asistido á la *solemne Dedicacion* de este Templo, demos infinitas gracias al Señor; y consideremos, que así como ha sido edificado temporalmente, y no ha de durar para siempre; así tambien nuestros cuerpos no son eternos, sino corruptibles y mortales. Nuestra eterna habitacion, dice el Apóstol (1), está en el Cielo; y es el mismo Dios, poseido para siempre: *Ædificationem ex Deo habemus, domum non manufactam, æternam in cœlis.* Esta es la habitacion, en que nuestros cuerpos han de ser, igualmente que nuestras almas, gloriosos, celestiales, eternos; y tan bellos y tan ágiles, que superarán en movimiento á los vientos veloces; y al Sol en hermosura.

En esta vida no vemos, ni podemos ver *intuitivamente* á Dios, porque esto está reservado para la Gloria: Con todo eso, Dios habita en nosotros por la fé; y con las buenas obras y virtudes le edificamos una morada agradable y deliciosa. Lleguemos con estas disposiciones á adorar, y recibir en nuestros pechos ese Manâ celestial; ese manso Cordero; ese augusto Sacramento del altar, y experimentarémos las dulzuras que derrama sobre las almas puras, que son Tabernáculos del Espíritu Santo.

Imploremos la proteccion de María Santísima de *los Remedios*; y encenderá nuestros corazones en fervoroso zelo, para que, contemplando el sacrificio y mysterios que renueva su Unigénito Hijo sacramentado, en la *solemne Dedicacion de esta Iglesia*, digamos cada uno con David: "Yo entraré, Vírgen purísima; yo entraré, dulcísimo Jesus mio; yo entraré de aquí adelante en vues-

(1) Apost. II. Cor. cap. V. v. 1.

tro santo Templo, penetrado de temor y respeto: "*Introibo in domum tuam: adorabo ad Templum sanctum tuum in timore tuo* (1). De este modo fabricarémos infaliblemente en nuestros corazones *el Templo vivo de Dios*; y lograrémos ser *dedicados* en el fin de los siglos, para que nos posea, y poseamos el sumo Bien por toda la eternidad en la Gloria. *Ad quam, &c. Amen.*

(1) Psalm. V. v. 8.

SER-

SERMON XI,

Ó SEA ORACION FÚNEBRE

DE MARÍA BARBARA XAVIERA DE PORTUGAL,

AUGUSTA REYNA DE ESPAÑA,

predicada en la Catedral de Segovia, siendo S.E. Canónigo de aquella santa Iglesia (*).

In tribus placitum est spiritui meo, quæ sunt probata coram Deo, et hominibus: Concordia fratrum, et amor proximorum; et vir et mulier benè sibi consentientes.

Eccli. cap. XXV. v. 1.

¡Hé aquí un espectáculo capaz de entristecer al mundo todo! ¡Hé aquí una Corona augusta, que, por haber caido de una cabeza Real, se halla adornando una pompa fúnebre, y coronando esa elevada y enlutada Tumba! ¡Hé aquí una Corona Real, hecha trofeo de la muerte, que en lo mejor de sus años nos ha quitado una preciosa vida! ¡Fatal golpe! ¡Funesta desgracia! mayormente para una Monarquía, cuyos Pueblos no han recibido de Dios inclinacion mas fuerte, mas tierna, ni mas constante, que el amor y fidelidad á sus Soberanos; ni mas bello presente, que unos Soberanos tan dignos de su amor, de su ternura y su fidelidad.

Estos Pueblos, Señor; estos Pueblos, tan fieles y tan amantes de sus Reyes, esperaban la felicidad de vivir largo tiempo baxo de su benignísimo Imperio; y de ver algun dia unos frutos de bendicion, dignos de un matrimonio, que ha servido á todos los Españoles, y puede servir al Universo en los siglos venideros, de ma-

(*) Es una Oracion eloqüentísima; llena de máxîmas cristianas y políticas, de la mayor importancia.

ravilloso exemplo de amor recíproco, y castidad conyugal ¡Oh Dios! ¡A nosotros, Señor, no nos toca penetrar vuestros arcanos, ni pediros cuenta del cumplimiento de vuestras promesas! Con todo, ¿qué pensarán algun dia los enemigos de vuestra santa Ley, quando verán en la Historia unos lazos tan estrechos, tan fuertes, tan constantes y tan largos, romperse tan sin tiempo, y sin haber producido el fruto de bendicion, que teneis prometido á semejantes matrimonios? *Uxor tua, sicut vitis abundans :: Sic benedicetur homo, qui timet Dominum* (1). ¿Qué se han hecho aquellos felices siglos, en que lograban infaliblemente esta dicha todos aquellos que os agradaban por medio de "una fraternal concordia; de una caridad compasiva; y de un "mutuo y perfecto conyugal consentimiento?" *In tribus placitum est spiritui meo, quæ sunt probata coram Deo, et hominibus : Concordia fratrum, et amor proximorum; et vir et mulier benè sibi consentientes.*

¡Ah Señor! Vuestra misericordia concedió este favor á tantos Justos, y este consuelo á tantos Pueblos, como nos refiere la sagrada Escritura; y ahora lo ha negado á nuestros augustos Monarcas, y á todos sus Dominios, en castigo, sin duda, de los pecados de sus Vasallos. Y ¡no satisfecha todavía vuestra justicia, nos ha herido con el golpe fatal de cortar una de sus Reales y preciosas vidas! Es verdad, que en medio de tanto dolor no nos dexais, Señor, absolutamente sin consuelo, porque no nos habeis privado de toda esperanza; todavía nos queda vivo el Rey: Pero ¿qué importa, si ha perdido su media vida? ¿Qué importa, si ha perdido su reposo, su consuelo, y su delicia? ¿Qué importa, si el Rey, y todos sus leales Vasallos hemos quedado desolados, por haber perdido tan bellas esperanzas? Todos lloramos la pérdida de una Reyna de superior talento; de gran corazon; caritativa y bienhe-

cho-

(1) Psalm. CXXVII. vv. 3, 4.

chora de sus Súbditos; conservadora de la paz, que reyna entre todos sus Hermanos; y sobre todo, "aman»te tierna del Rey, nuestro Señor:" *In tribus placitum est spiritui meo: Concordia fratrum, et amor proximorum; et vir, et mulier benè sibi consentientes.* Este es el elogio mas natural y mas propio de *María Bárbara Xaviera de Portugal*, augusta Reyna de España.

Mas ¡oh Dios! ¡Ya murió! Sola su gloriosa memoria vive; ¡pero sus dias han sido muy cortos! De modo, que ya solo nos queda el justo sentimiento, con que, á vista de ese suntuoso y lúgubre aparato, miramos unidos á nuestro Ilustrísimo Prelado y Venerable Cabildo de esta santa Iglesia, y á la fidelísima y nobilísima Ciudad de Segovia y todo su insigne Pueblo, para ofrecer á Dios sacrificios y oraciones por el alma de esta Princesa. Para sostener, pues, las justas esperanzas que todos tenemos, de su salvacion; para pagar el doloroso tributo, que debemos á su memoria; y para animar las oraciones y sufragios, que quizás espera para su reposo: "admiremos la felicidad con que unió en su carácter las »qualidades de Soberana con la de Reyna Católica."

La *piedad* brilla con mayor esplendor, que en parte alguna, sobre las Testas coronadas. Los homenages, que los Soberanos rinden á esta virtud, son mas nobles y mas puros, que los de los otros hombres: *Mas nobles*; porque quanto su esfera es mas elevada, tanto es mas ilustre su respeto: *Mas puros*; porque, siendo su voluntad independiente, su sumision es mas meritoria.

Pero quando todas las qualidades, que pueden hacer á los Reyes recomendables, se unen, acompañan y coronan á su *piedad*, entónces se halla ésta verdaderamente en el colmo de su gloria; viene á ser con propiedad, *piedad soberana*; y obliga á la misma impiedad á respetarla.

Hé aquí puntualmente lo que hemos visto en el Reyna-

nado de *María Bárbara de Portugal.* Dios la habia elegido para esposa de un Rey benigno y piadoso; y, uniendo á estas bellas disposiciones su eficaz influxo, ha conseguido hacer reynar á la *piedad* en todos sus Dominios. La Providencia unió en su persona todas las señales, que pueden anunciar un Reynado igualmente ilustre y cristiano: El esplendor y santidad de su orígen; la religion y magestad de su educacion; la nobleza y bondad de su carácter; la piedad de sus acciones; y para complemento de todo, la grandeza y felicidad de su alianza. ¡Qué pronósticos, ó por mejor decir, qué seguridad de futuras felicidades!

Para garante de todo lo que la Religion, y nuestra Católica Monarquía debian esperar de esta Princesa, ¿era necesaria otra cosa, que la sangre que circulaba en sus venas? Sangre de la augusta Casa de Portugal: Sangre igualmente distinguida por la pureza de su Fe, que por la antigüedad de su orígen: Sangre, á quien no deben menos los Templos, que los Tronos: Sangre, tan fecunda en protectores de la Iglesia, como en Soberanos: y Sangre finalmente, de quien puede decirse lo que dixo un Historiador sagrado de la Sangre de un Héroe de los primeros siglos: *Habet in eo Respublica quod admiretur; et Ecclesia quod diligat.*

Esta es la herencia mas preciosa, que recogió nuestra Reyna *María Bárbara de Portugal* al nacer de un Padre, semejante á David en lo penitente; y á Salomon en el cuidado de haber hecho fabricar en Lisboa un Templo tan primoroso, que á imitacion del de Jerusalen, no se oyó tampoco en su edificio ruido de sierra ni golpe de martillo (1); porque era todo de piedras cortadas, labradas y numeradas con suma perfeccion (*): de

(1) III. Reg. cap. VI. v. 7.

(*) El Rey Juan V de Portugal hizo fabricar la Capilla de San Juan Bautista de la Casa profesa de la Compañía. Esta magnífica Capilla es toda de pórfido, de lapislázuli, y jáspes de Italia. Se fabri-

y de una Madre, imitadora de las heróycas virtudes de su digna predecesora Santa Isabel. Lo mismo es nombrar á estos dos Príncipes, que nombrar al propio tiempo la grandeza y la piedad. El Rey Juan V, despues que pasó el ardor y distracciones de su mocedad, fué todavía mayor por su religion, que por su valor y prudencia; pues se distinguió tanto en obsequio de la Silla Apostólica, que mereció le concediese el Papa Benedicto XIV el glorioso dictado de *Rey fidelísimo*. La piadosa Mariana Josefa de Austria, su muger, y madre de nuestra Reyna, fué hija, y hermana de Emperadores: de modo, que á qualquiera parte que volvamos la vista, encontrarémos virtudes Reales, unidas á virtudes cristianas: y de semejante union ¿qué otra cosa podia nacer, que la *piedad cristiana*, que hemos visto en nuestra Reyna?

La educacion correspondió al nacimiento y á las circunstancias de unos Monarcas tan cristianos y piadosos. La Magestad concurrió con la Religion á formar una Princesa dócil, pero con un espíritu y un corazon dignos del Trono de España. Espíritu igualmente vivo y sólido; penetrante y aplicado; adornado con un suficiente conocimiento de la Historia, y con una perfecta inteligencia de la Música: Espíritu al mismo tiempo atento á los negocios, para aliviar el peso de la Corona á su Real Esposo: Espíritu laborioso, sin fatiga; brillante, sin afectacion; y eminente, sin vanidad.

Un corazon recto, generoso, fiel, enemigo de engaños y de imposturas; amante de la justicia; insensible á la lisonja; y tierno á la *piedad*. Una memoria felíz; pues sin mas cultura ni trabajo, que el de su educacion mugeril, la sirvió para adquirir una experiencia consumada en el manejo del Gobierno; para hacer-

bricó en Roma, y la consagró el Papa Benedicto XIV: despues fué transportada en trozos á Lisboa, y formada de nuevo con facilidad, por venir numeradas todas las piedras.

cerse admirar en las conversaciones, de los Políticos mas hábiles; y para hacerla como nativo y familiar el uso de las Lenguas Española, Portuguesa, Italiana, Francesa y Alemana.

Un ayre heróyco y popular, que excitaba la curiosidad, y colmaba la expectacion de todos: Un modo de presentarse, que inspiraba respeto, y atraía asímismo una dulce confianza: Un género de explicar sus pensamientos, que parecia un oráculo; y una manera de obligar, que quitaba la libertad, sin violencia. Ahora, pues; la menor de estas qualidades en una Princesa, ¿no es un visible don del Cielo? Y el cúmulo, que nosotros hemos observado en nuestra Soberana, ¿no es verdadero milagro de la Gracia?

A vista, pues, de estas Reales prendas, ¿quién extrañará, que el Rey nuestro Señor, á quien eran bien notorias, amase tan tiernamente á su difunta Esposa; y se valiese de su prudencia y de sus consejos, para resolver con acierto los negocios mas graves? ¿Quién no confesará, que su Magestad se halla justamente abatido y sin consuelo? ¡Ah! ¡Esta Princesa era verdaderamente el complemento de las felicidades (1) de nuestro Católico Monarca! ¡Era su reposo, y sus delicias; porque tenia las qualidades que señala la sagrada Escritura, para ser el mas precioso adorno de su Real Corona: *Mulier diligens, corona est viro suo* (2). En la felicidad que logramos los Españoles en un Reynado tan benigno y tan pacífico, ¿quién podrá negar á nuestra augusta *María Bárbara de Portugal* la parte de gloria que le toca? Quando nuestros benignos Soberanos ciñeron á sus sienes la Diadéma, se hallaba la Monarquía Española exhausta de gente, y de dinero: Agitada con la sangrienta guerra de Italia: Sus Costas marítimas insultadas por los Ingleses, que cruzaban el Me-

di-

(1) Eccli. cap. XXV. v. 11. (2) Proverb. cap. XII. v. 4.

diterráneo y el Océano con formidables Esquadras: El comercio casi abandonado; porque nuestras fuerzas navales se hallaban tan débiles, que era dificil sostenerle: Los Pueblos, pobres, afligidos y miserables. Este lastimoso estado penetró vivamente el tierno corazon del Rey, nuestro Señor: Entónces, valiéndose la Reyna de tan bellas disposiciones para promover el alivio de sus vasallos, le persuadió, que ante todas cosas remediase los males, que trae siempre consigo la desenfrenada licencia de las armas; y efectivamente se hizo con prontitud la paz; y se consiguieron unas Capitulaciones útiles, y honrosas. De aquí nació el principiar inmediatamente á experimentarse en todos sus Dominios la prosperidad y la abundancia.

Las acciones primeras descubren siempre el verdadero carácter de los Príncipes. Y ¿quáles brillaron mas en *María Bárbara de Portugal*? "El amor á la con-»cordia y á la paz que reyna en sus Dominios, y entre »todos sus Reales Hermanos; *la piedad*, y deseo del »bien público y alivio de los pobres; y sobre todo, el »cariño mútuo y la inseparable recíproca voluntad con »que amaba tan tiernamente al Rey, nuestro Señor:" *In tribus placitum est spiritui meo: Concordia fratrum, et amor proximorum; et vir, et mulier benè sibi consentientes.* Siendo, pues, tan santos y tan piadosos los principios de su Reynado, era preciso que la *piedad* acompañase todas las acciones de esta Princesa. Pero veamos sus progresos, y admiremos las amables qualidades de nuestros Soberanos.

El conocimiento de la verdadera gloria, el amor á sus Vasallos, y el interés de sus Estados hicieron á nuestros Reyes tan pacificos, tan benignos y tan amables; y su Reynado, un Reynado de sabiduria, de bondad, y de magnificencia: Qualidades Reales, que dan un hermoso realce á su *piedad*, y la hacen respetable á los ojos del Universo.

En efecto, ¡con quánta admiracion no están mirando las Cortes extrangeras la buena inteligencia, que mantiene nuestro Católico Monarca, ayudado principalmente de los consejos y prudencia de su difunta Esposa, con todas las Potencias de Europa, á pesar de la contrariedad de sus pretensiones, y de la incompatibilidad de sus intereses! ¡Qué justicia no hará á la política de esta gran Reyna la posteridad, que decide el mérito de los Soberanos, sobre la dificultad de sus empresas, y el felíz suceso de sus designios! ¡Qué admiracion no causará el leer en la Historia, que, mientras la discordia dividia y asolaba toda la Europa, eran asylo de la paz y prosperidad de los Pueblos, todos los vastos dominios de *Fernando el VI*, y de *María Bárbara*; y á imitacion suya, los de todos sus Hermanos en Portugal, en Nápoles, y en Parma! *In tribus placitum est spiritui meo: Concordia fratrum, et amor proximorum; et vir, et mulier benè sibi consentientes.* ¡Qué maravilla! En Europa y en América verse tan atroces incendios, ruinas, pillages, destrozos, sustos y muertes; ¡y en los Dominios de nuestros augustos Soberanos perfecta calma, dulzura y reposo!

Si volvemos los ojos al estado en que se hallaba esta Monarquía, quando ascendieron á su Real Trono *Fernando el VI* y *María Bárbara de Portugal*, y la consideramos ahora atentamente; admirarémos unos prodigiosos aumentos de familias y de fortunas: verémos insignes fortalezas, fabricadas en las fronteras, para nuestra mayor seguridad: veremos ampliados muchos Puertos; establecidos tres famosos Arsenales en el Ferrol, en Cádiz y en Cartagena; un gran número de Navíos y otras Embarcaciones de guerra, con que se pueden formar unas formidables Esquadras: Nuevos caminos, abiertos con magnificencia, para atravesar cómodamente las mas ásperas montañas: Las fábricas antiguas, aumentadas, y establecidas otras nuevas ma-

manufacturas, mas primorosas: Floreciente el Comercio: La Nacion rica y temida: El pais, por su cultura y trabajo, en estado de no necesitar cosa alguna de los paises extrangeros: Los Tesoros Reales, opulentos: Y finalmente, toda la Monarquía envidiada de los Estados mas poderosos del Universo. Y de todas estas felicidades, que logramos y gozamos con tanta tranquilidad, ¿quién podrá quitar la parte de gloria que corresponde á la *piedad*, al zelo, á los consejos y prudencia, con que las ha promovido incesantemente nuestra difunta Reyna?

Estos rasgos de sabiduría en el arte del Gobierno político, autorizan el imperio de la *piedad* en el exercicio del poder y de la autoridad soberana. A la verdad, ¿qué espectáculo puede darse, mas digno del Cielo y y de la tierra, que una Reyna adorada, aplaudida y reconocida universalmente por árbitra de la voluntad de su benigno Esposo? La qual, lejos de pensar en hacerse famosa, influyendo para inclinar el ánimo del Rey á mezclarse en los intereses, que tienen á tantos Monarcas empeñados actualmente en una sangrienta guerra; solo pensaba, por el contrario, en promover con la mayor constancia (1) la felicidad, sosiego, y delicias del Rey, nuestro Señor; en conservar la paz y tranquilidad de sus Estados; en fomentar el bien de sus Vasallos; en hacer servir y honrar á Dios, aumentándole su culto; y finalmente, en que las Señoritas de la principal nobleza se criasen con esta preciosa inclinacion, baxo las reglas establecidas por San Francisco de Sales, de quien fué siempre muy amante y devota.

¡Qué exemplos de *bondad* y de *piedad* no nos ha dexado tambien esta heróyca Princesa! Algunas personas fidedignas me aseguran, que jamás estaba ociosa. Despues de concluir sus acostumbradas devociones, y de

(1) Eccli. cap. XXVI. v. 2.

asistir al Rey con sus prudentes y maduras reflexiones, para aliviarle el peso del Gobierno, empleaba el tiempo que la quedaba libre, en la diversion inocente de la Música; en tratar con personas virtuosas y dedicadas á Dios. Muchas tardes se la pasaban insensiblemente en conversacion con las exemplares Religiosas de los Conventos de las Descalzas Reales, de la Encarnacion, de Carmelitas, y sobre todo, con sus amadas *Salesas*.

No contenta con distribuir muchas limosnas por mano de su Confesor, y de sus criados, tenia señalados ciertos dias para dar de comer en su Palacio á los pobres, y servirlos personalmente á la mesa. ¡Ah! ¡Hé aquí una accion pura, humilde, piadosa y digna verdaderamente de un alma heróyca y cristiana! ¡Pero accion pocas veces imitada por las gentes ricas y distinguidas del Mundo, que solo piensan ordinariamente en la diversion, en el juego, y en la murmuracion; sin hablar de otros placeres, todavía mas criminales, que son verdaderamente su perdicion y su deshonra!

La generosidad es una de las qualidades mas propias de la autoridad soberana; y hace brillar á la *piedad* con nuevos realces. No ignoro, que la generosidad, aunque heróyca por su naturaleza, es tambien muchas veces reprehensible, y admite algunos defectos. Tampoco pretendo persuadir, que nuestra augusta Reyna haya sido esenta de ellos absolutamente; ni que las alabanzas, que merece, y hace la sagrada Escritura (1) de todos los Príncipes generosos, que saben dar, y dar como Monarcas, no tenga necesidad en esta Princesa de alguna apología. Confieso desde luego sin violencia, que, como su inclinacion á hacer bien, era tan grande, que casi no tenia término, á mas de sus inmensas liberalidades para los pobres, y principalmente para los Templos, tuvo otras muchas con los suyos, y con los extra-

(1) Esth. cap. II. v. 18.

traños. Este es el único motivo, que pudiera tener nuestra Nacion para lamentarse de la generosidad de una Princesa, á quien la posteridad rendirá eternas acciones de gracias. Esto es cabalmente lo que se pondera, y lo que se murmura en las conversaciones de los descontentos, que quisieran oscurecer su gloria. Juzgue ahora el Público, por la sinceridad de esta confesion, la sinceridad de los elogios, con que yo solícito mover los ánimos á ofrecer sacrificios y oraciones por su alma, representando "la feliz union de sus qualidades de Soberana con la *piedad* de Reyna Católica."

Mas ¡oh Dios misericordioso! ¿Será posible, que este exceso de generosa bondad resuene todavía baxo del riguroso brazo de vuestra justicia? ¿Será posible, que no justifiquen su profusion, tantas obras piadosas, y el haber consumido la mayor parte de sus tesoros en *la famosa Fundacion de las Salesas*? ¡Ah Señor! ¿Quién será osado á imputarla ante vuestra divina presencia, semejante crímen! Y si hay corazones tan perversos, que tengan aliento para murmurar las acciones de esta gran Reyna, porque ya ha muerto; ¡Eh!... permítame vuestra divina justicia responder á sus audaces discursos y malignas conversaciones.

¿En qué se fundan tantas murmuraciones y quejas? ¿Qué daño hizo á nadie jamás esta Princesa heróyca? Acordémonos del estado en que se hallaba España, quando subieron á su Real Trono *Fernando el VI*, y *María Bárbara de Portugal*; y mirémos ahora cuidadosamente su opulencia. Mas: ¿no dice el Apóstol San Pablo, que los Reyes, en qualidad de Soberanos (1), están obligados á hacer bien á todo el Universo? Pues ¿qué otra cosa ha hecho nuestra augusta Reyna, miéntras ha vivido? ¿Qué estado; qué empleo; qué oficio habrá, que no haya recibido aumento y lustre en su felíz Reynado?

(1) Rom. cap. XIII. v. 4.

do? ¿Qué Nacion no ha sentido sus favores? "Es verdad: pero nos quejamos de la desigualdad." Y bien: ¿ha quitado tampoco á unos lo que ha dado á los otros? ¡Ah! ¡Qué bien dice el mismo Apóstol (1): "Semejantes quejas y conversaciones, tachando la conducta de los Soberanos, son indignas y despreciables. Los dispensadores de favores y gracias Reales solo á Dios deben dar cuenta."

En la política de los Monarcas, sucede proporcionalmente lo mismo que en los mysterios de la Religion, donde hay cosas tan profundas, que no es lícito entrar á registrarlas sin perderse, hasta que llegue el tiempo destinado por el Señor: *Nolite ante tempus judicare.* Y supongo, que si nuestra augusta Reyna *María Bárbara de Portugal* pudiera levantar la cabeza, y exponer desde ese suntuoso y lúgubre Túmulo estas y otras mas fuertes razones, lo haría con su *natural benignidad*, no para confundirnos, como contrarios y desafectos á la gloriosa memoria de su Real persona: *Non ut confundam vos*; (2) porque en una Ciudad tan antigua, tan noble y tan leal como Segovia, no puede haber corazones tan desconocidos y tan audaces, que empléen sus discursos, ni abran su boca para nombrar á esta difunta Princesa, sino con un sumo respeto y una profunda veneracion: Pero lo haría sin duda como augusta Madre, aconsejando á uno de los Pueblos mas fieles y mas amantes de sus Soberanos: *Ut filios meos charissimos moneo.*

Sí, Princesa inmortal, por vuestras heróycas acciones: Sí, sí: La memoria de vuestro glorioso nombre subsistirá mientras subsista la Monarquía Española: *In æternum, et ultrà.* Aunque la ingratitud desconocida; aunque el olvido y el tiempo borrasen todo quanto habeis hecho, promoviendo en el Real ánimo de vuestro Espo-

(1) I. Cor. cap. IV. v. 3. et seq. (2) I. Cor. cap. IV. v. 14.

poso las ventajas y felicidad de vuestros Pueblos y Estados, no hay que temer : pues á lo ménos, os rendirá eterno honor y gloria lo que con tan magnánimo corazon habeis hecho por el culto divino, en servicio de la Iglesia, y en beneficio de los pobres.

Tantos Templos, enriquecidos con vuestros dones, igualarán en los siglos venideros la fama de vuestra *piedad* á la fama de la incomparable piedad de Zorobabél. La magnífica Iglesia de las Señoras Salesas, dedicada al mysterio de la *Visitacion de nuestra Señora á su prima Santa Isabel*, indica claramente vuestra gran devocion y amor á la Reyna de los Angeles María Santísima.

Sola la fachada de este Templo era obra digna de la *piedad* de una gran Reyna! Con su hermosura suspende inmediatamente los ánimos de quantos la miran; con su grandeza y magestad los prepara para que entren con sumo respeto y veneracion á sacrificar sus corazones, y rendir sus adoraciones á nuestro amabilísimo Redentor Jesus sacramentado. Tambien ofrece al mismo tiempo á la vista vuestras Reales Armas, grabadas primorosamente en exquisitos mármoles, y anuncia á la posteridad el zelo con que ardía vuestro corazon por la gloria de la Casa del Señor.

El suntuoso edificio del Templo; los magestuosos Altares, fabricados de jaspes primorosos, y sostenidos sobre columnas marmóreas; la abundancia de raras pinturas originales; la inmensa riqueza de los ornamentos; la multitud de alhajas de oro y plata; los brillantes, los rubíes, esmeraldas, perlas, zafiros, topacios, y demas piedras preciosas, que allí habeis ofrecido al culto del Señor, aunque mudas por naturaleza, claman, y en los siglos venideros serán eloqüentes panegyristas de vuestras mejores liberalidades, y de que habeis sabido dar bien, y dar (1) como Reyna de dos mundos.

Las

(1) Esth. loc. supr. laudat.

Las devotas imágenes, labradas con tanto primor, y á tanta costa, en pórfido, en alabastro, y en otras bellísimas piedras, harán presente á los Fieles perpetuamente en aquella Real Iglesia el respeto y veneracion, con que adorábais á los Santos; y el grande amor y confianza, con que por su medio, y valiéndoos de su poderosa intercesion, dirigíais al Altísimo vuestras súplicas y fervorosas oraciones. San Francisco de Sales os habrá asistido precisamente á la hora de la muerte, lleno de agradecimiento, por el suntuoso Convento, que habeis fabricado á sus Hijas; y cuya obra puede numerarse entre las maravillas del Universo. Sus exemplarísimas Religiosas, y las nobles Doncellitas, educadas baxo de su direccion y regla, serán un perfecto modelo de *la Vida devota*, escrita por su Santo Fundador; servirán de edificacion, no solo á la Corte, sino á toda España; porque las que salieren para tomar estado en el siglo, introducirán insensiblemente en los corazones de sus maridos el dulce atractivo de la virtud; y educarán santamente sus hijos y familias. Estas han sido vuestras intenciones; y sin duda se cumplirán, con el favor de Dios, vuestros piadosos deseos. ¿Qué medio mas oportuno podrá darse, que el que habeis elegido, para eternizar en vuestros Estados la *piedad cristiana*, que en vuestro corazon se hallaba unida con las qualidades de Reyna y Señora de la mejor parte del Orbe?

Finalmente, las crecidas rentas con que dexais dotado aquel suntuoso Convento, y el augusto Templo de *la Visitacion*; las varias Capellanías, que en él habeis fundado; y los Sacerdotes, que habeis destinado para su mayor culto, publicarán en todos tiempos el grande afecto que teniais á las oraciones públicas, y á los sagrados Ministros, ocupados en este santo exercicio. Esto es propiamente, haber dado lustre á *la piedad*, y como dice el gran Padre de la Iglesia San Agustin, "haber sabido servir á Dios, como Princesa soberana,

"y

»y como gran Princesa y digna Reyna de España: " *In hoc serviunt Domino Reges, cùm ea faciunt, quæ non possunt facere nisi Reges.*

La magnificencia, que tanto murmuran algunos á esta Princesa, es tambien una qualidad precisa en los Monarcas: Querer despojarlos de ella por una piedad mal entendida y una virtud indiscreta, sería ir contra la palabra del mismo Dios, que la prometió (1) al mas sabio de todos los Príncipes del Universo, en recompensa de su piedad y de su virtud. A mas de que la grandeza de los Soberanos, aunque eminente por sí misma, no resalta á los ojos, ni atráe los respetos y homenages del vulgo, quando no está rodeada de esplendor y magnificencia. Esta consideracion obligó á nuestra augusta *María Bárbara de Portugal* á ostentar siempre tal grandeza y magnificencia, que hacia verdaderamente honor á sus Estados, y sobresalir la magestad del Trono augusto de España. Con todo, yo no me atrevería á elogiar la magnificencia y ostentacion de esta Princesa, en la Cátedra del Espíritu Santo, y en medio de nuestros mas adorables mysterios, si esta misma magnificencia no hubiera ilustrado su *piedad*, y distinguido su zelo por la gloria del Señor, y por el decóro de sus sagrados Templos y Altares.

¡Oh Dios! Esta misma pompa fúnebre; ese elevado Túmulo, que tenemos á la vista, me trae á la memoria una tristísima comparacion. ¡Qué diversa pompa es esta, de la pompa triunfante y magnífico aparato, que dispuso la *piedad de María Bárbara de Portugal* el año pasado, para colocar el Sacramento en el suntuoso Templo de la *Visitacion*! ¡Qué aniversario de un dia tan magnífico y brillante! ¡Qué mutacion de espectáculo! ¿Qué vieron entónces los Españoles en su patria comun? Y ahora ¿qué ven en todos los principales Pueblos del

(1) III. Reg. cap. III. vv. 11. et seqq.

Reyno? ¿Qué se ha hecho la grandeza y suntuosidad de aquellas fiestas, que tan vivamente representaban la inefable belleza de la celestial Jerusalen? ¿Donde está el esplendor y magestad de aquellas solemnidades, que instruían á los fieles en los divinos mysterios, en la historia de San Francisco de Sales, y en la práctica de la santidad? ¿Dónde está el lustre de aquellas piadosas funciones, que atraían la curiosidad de las Gentes, y encendian en amor de Dios los corazones? ¿Dónde está finalmente, la misma Reyna *María Bárbara de Portugal*, que con tanta devocion asistía á ellas, y edificaba con su exemplo? ¡Ah! Ya nada aparece de todo aquello; y al presente solo se ve por todas partes una suntuosa tristeza, y una magestuosa representacion de lo que ya es propiamente nada! ¿Qué es esto? ¿Protegen así los Santos á los que tanto los veneran y los honran? ¿Recompensa Dios de este modo á los que le tributan tan decorosos cultos?

¡Débil Fé de los hombres! ¡Ceguedad deplorable! ¿Por ventura no hay mas proteccion celestial, mas premio, ni mas recompensa, que la que se experimenta en la tierra? ¿No puede Dios transferir para el Cielo todas las ventajas que habia de conceder en el Mundo? *La piedad* de la misma Princesa, que lloramos, ¿podia pedir cosa mayor, ni mas preciosa, que la que ha obtenido; quiero decir, la perfeccion de sus virtudes (1) en tan dilatada y penosa enfermedad, y una preciosísima muerte? Pero para conocer mejor todo su precio, continuemos en referir las acciones heróycas de su vida.

No hay cosa mas comun en el Mundo, que las apariencias de bondad; pero tampoco hay cosa mas frívola, que sus recompensas. La bondad popular de los Soberanos, y su sabiduría politica necesitan traer su orígen de la *piedad*, para ser coronadas ante Dios: Sin

(1) II. Cor. cap. XII. v. 9.

Sin ella, son frívolas sus mas seguras recompensas; y sus mejores efectos son caducos y perecederos. El aspecto benigno, y la acogida favorable y cariñosa, disputada á contienda por una multitud de Cortesanos, y criticada por mayor número de descontentos; las palabras corteses y atractivas, seguidas de aplausos, y sepultadas en el olvido; los beneficios, pagados inmediatamente con mil acciones de gracias; y de allí á poco, con ingratitudes: hé aquí todo el mérito y el fruto de la bondad superficial, que atrae tantos lisonjeros á los Grandes, y tantos Cortesanos á los Palacios de los Reyes?

Pero ¿por ventura es esta la benevolencia heróyca, á quien promete la sagrada Escritura el imperio de los corazones, y la conquista del Reyno de los Cielos? ¡Ah! no, no: esta es una benevolencia activa, eficaz, útil para el siglo, y zelosa para la eternidad: es una benevolencia semejante á la Providencia divina, que (1) "todo lo dispone y lo dirige á la salvacion con fuerza y »con dulzura:" es una virtud sólida y constante, que, en sentir de San Juan Crysóstomo, cuesta mas de lo que se piensa, á quien la practíca; arregla nuestras acciones; y es propiamente el alma de nuestra conducta.

Tal era puntualmente la benevolencia y la bondad de la Reyna, que llora España. A pesar de la Grandeza que la rodeaba, y del rendimiento y adoraciones de los Cortesanos, que inspiran insensiblemente un insaciable apego á la autoridad, y excitan en el corazon humano la altivez; á pesar de las voces lisonjeras, que aplauden siempre las inclinaciones de los Soberanos; á pesar del curso impetuoso de las pasiones, que, como no encuentra en los Reyes diques que lo detengan, es mas rápido y violento que en los demas hombres; y á pesar de todos los demas obstáculos, que movieron á

(1) Sap. cap. VIII. v. 1.

Tertuliano para proferir, que "si los Césares llegáran á ser Cristianos, dexarían de ser Césares; ó que si los Cristianos llegáran á ser Césares, dexarían de ser Cristianos:" á pesar de todo, las claras luces de nuestra difunta Reyna descubrieron los escollos en que ordinariamente naufragan los Soberanos, y se libró de ellos con destreza.

Pero ¡qué virtud no es necesaria para oponerse al cebo de tantos vicios! Humildad de corazon; solidez de espíritu; igualdad de ánimo; pureza de intencion; moderacion de afectos; y temor de Dios. Hé aquí la basa fundamental del aspecto benigno y generoso, que, aun quando se hallaba agitada por las congojas de su quebrantada salud, manifestaba la Reyna, siempre que se presentaba en medio de su Corte. Y en recompensa de esta bondad, ¿qué homenages recibia de sus Súbditos? Todos los que pueden hacer felíz á una Princesa amable: Sincéros elogios; y servicios llenos de zelo y de ternura. ¿No es esto, Señor; no es esto cabalmente lo que teneis prometido en la tierra á los Soberanos benignos y afables; advirtiéndoles por el oráculo de vuestra Sabiduría: "Haced que *la bondad* presida vuestras accio-»nes; y lograréis, á mas de los elogios, del respeto, y »de la veneracion de los hombres, su amor y su ternu-»ra?" *In mansuetudine opera tua perfice; et super hominum gloriam diligêris* (1).

De aquí nacía la inquietud y la consternacion de sus Vasallos en sus freqüentes indisposiciones y enfermedades; de aquí nacía, que se veía precisada á disimular y ocultarlas; presentándose en la Corte con semblante sereno y alegre, aunque agitada interiormente, y habiendo pasado las noches con indecible paciencia, sin poder reclinar su cabeza un breve rato, porque al instante se la oprimia el pecho, y se agravaban sus males.

(1) Eccli. cap. III. v. 19.

les. Y quando, á pesar de su entereza y magnanimidad, llegaba á postrarse en cama; ¡qué cuidados; qué sobresaltos no causaba en el tierno corazon del Rey, nuestro Señor, y en los ánimos de sus amantes Vasallos! En aquellos tristes momentos ¿habia otros placeres ni gustos, que los que nos daba la esperanza? ¡Qué votos! ¡qué oraciones! ¡qué sacrificios! Dios los oía; se aliviaba la Reyna; respiraban todos; y con admiracion la veían asistir prontamente á promover el bien público, y á todas sus ordinarias ocupaciones piadosas.

Esta noble Ciudad de Segovia, que siempre es de las primeras y de las que mas se distinguen en manifestar á sus Soberanos su inalterable amor y su inviolable lealtad, se prometia en la última enfermedad de su difunta Reyna, conseguir el mismo favor de la divina Clemencia. A este fin hizo *rogativas públicas*, con suma devocion y fervoroso zelo; zelo y devocion, en que se admiraba la piedad del Illmo. Prelado y Venerable Cabildo de esta Santa Iglesia, y de todo el Clero Secular y Regular; zelo, en que brillaba el esplendor de una ilustre y numerosa Nobleza, y de un Pueblo amante de sus Reyes.

Si se hubiera conseguido la conservacion de la Princesa, que lloramos; sin duda, llenos de regocijo, hubiéramos hecho resonar los Templos con sagrados cánticos, y sinceras acciones de gracias al Señor. Mas ahora, por el contrario; llenos de tristeza y con lúgubre aparato, venimos manifestando nuestro justo sentimiento á ofrecer á Dios nuestras oraciones y sacrificios á vista de ese luminoso Monumento de nuestro dolor. Pero separemos un poco nuestro espíritu de estas tristes reflexîones, para aplicarlo á considerar unas verdades, mas propias para consolarnos, y al mismo tiempo instruirnos.

Querer pintar á nuestra augusta Reyna *María Bárbara de Portugal* siempre en calma; tranquíla en medio

dio de las delicias de su Corte ; y ocupada únicamente en ayudar con su prudencia y maduras reflexîones , á llevar el peso del Gobierno al Rey nuestro Señor ; y en algunas nobles diversiones ; sería hacer injuria á su virtud. Testigos fieles de esta verdad son los Cortesanos, que la veían muchas horas empleada en santas ocupaciones. Todos los dias asistia al santo sacrificio de la Misa en su Oratorio privado , aun quando se hallaba mas agitada de sus males ; y quando se sentía con alivio , venia infaliblemente á la tribuna de su Real Capilla á hacer oracion , y oir otras dos misas. Recibia con freqüencia los Santos Sacramentos ; oía con gusto la palabra de Dios , y las advertencias que le hacian los Ministros Apostólicos desde la Cátedra del Evangelio.

Socorria generosamente las necesidades de muchos pobres ; y era tal su compasion á los infelices , que vivian en suma miseria , que la reducia á un extremo increible de humildad. ¡Vos lo sabeis bien , Dios de misericordia! Su abatimiento , y su caridad precisamente están escritos en el Libro de la Vida (1). ¡Qué espectáculo tan tierno! ¡qué exemplo tan digno de ser profundamente contemplado! ¡qué accion tan heróyca ; y tan raras veces imitada! Una Reyna de España , depuesta la Diadema , y abandonado el esplendor soberano de la Magestad , trocada en humilde servidora de los pobres, y ministrándoles una espléndida comida en su Real mesa! Al oir esto , ¡cómo no nos confundimos! ¡Cómo no tememos , que esta Princesa se levante el dia del juicio con la Reyna de las Provincias australes (2), para condenar nuestra dureza de corazon , y el desprecio con que tratamos ordinariamente á los pobres!

Estas son las soberanas qualidades , con que *María Bárbara de Portugal* se atraía el respeto y cariño de aquellos pobres , que , prendados de su ayre de Magestad

(1) Jos. cap. X. v. 13. (1) Matth. cap. XII. v. 42.

tad, mezclado de dulzura; de su felíz temperamento de grandeza y de condescendencia; de su acogimiento gracioso y benigno; salian publicando con las voces de la misma Reyna austral: "Lo que vemos en *la bondad* »de esta Princesa, supera mucho, excede sin término, »á lo que la fama refiere."

Yo, por mi parte hubiera tambien añadido con la misma Reyna (1): "Felices todos aquellos que están »empleados en su servicio, y gozan á todas horas los »preciosos efectos de *su bondad*, y de su augusta pre»sencia;" porque no era su bondad de estas bondades especiosas, que buscan el esplendor quando se presentan en públlco, y descargan despues toda su ira sobre los domésticos, haciéndolos sentir bien el ácido de su mal genio. ¡Con qué dulzura no trataba á sus criados! ¡Con qué caridad no los ayudaba; consiguiendo del Rey varias pensiones, para que pudiesen mantener cómodamente sus familias, y dar carrera á sus hijos! ¡Con qué paciencia no sufria sus descuidos y defectos!

¡Aprended, pues, amos delicados, á quien el menor descuido irrita! ¡Aprended; y confundámonos todos al oir, que los criados mas confidentes, y mas antiguos de esta Princesa publican, que jamás oyeron de su boca la mas leve reprehension! ¡Quién, pues, no se hubiera creido feliz, hallándose en servicio de una Reyna, cuya *bondad* era inalterable; y cuya proteccion valia tánto, y era tan segura? ¿Quién no hubiera colocado toda su esperanza, no digo en su grandeza y su poder, sino en su Real persona? Pero ¿qué he dicho? ¡Ah! no, no: Esta confianza solo debe colocarse en Vos, amabilísimo Dios mio! Los que la habian colocado con demasiado cuidado en esta Princesa, han experimentado ya, que se apoyaban sobre una caña frágil, y han quedado sin consuelo (2). Con todo, no puede dudarse, que sus cora-

zo-

(1) III. Reg. cap. X. v. 7. (2) Psalm. CXLV. vv. 2, 3.

zones helados; sus sentidos entorpecidos; su silencio y sus lágrimas han manifestado claramente, que solo amaban la Real persona de su augusta Ama; que medían la duracion de sus dias sobre la extension de sus deseos; y que, ocupados en bendecir el dia de su nacimiento, se habian olvidado de que era mortal, como los demas hombres. ¡Fatal ilusion del corazon humano; siempre ingenioso para lisonjearse; pronto para esperar lo que desea; y tardo en temer la pérdida de lo que ama!

Pero gracias, Señor, á vuestra bondad infinita, que, siendo siempre favorable á los que la imitan, ha prevenido las funestas conseqüencias de esta tierna ceguedad, concediendo á esta Princesa lo que raras veces logran los Monarcas; quiero decir, un perfecto conocimiento de haber llegado infaliblemente la hora de su muerte; una incomparable resignacion y sufrimiento en su dilatada y penosa enfermedad; y una constancia admirable á vista de aquel terrible momento.

Suspended aquí vuestros sollozos, ilustres Segovianos: Cortad el hilo á vuestras tiernas lágrimas, para oir atentamente estas reflexîones, igualmente propias para consolarnos, y para instruirnos.

Las penosas y dilatadas enfermedades nos vienen de la mano de Dios, como *castigo*, ó como *premio*: quando son castigo, nos abaten, nos impacientan, y nos desesperan: quando son *premio*, nos humillan; y, dexándonos toda la entereza y magnanimidad de nuestro espíritu, nos resignan perfectamente en la voluntad del Señor. De estas señales, indicadas por la sagrada Escritura en varios lugares, se infiere evidentemente, que las freqüentes indisposiciones y la dilatada enfermedad de nuestra augusta Reyna han sido *premio de su piedad*, y gracia especial para acrisolar sus virtudes (1).

"¡Bello premio!" me replicarán los hombres carnales,

(1) II. Cor. cap. XII. v. 9.

les, que solo piensan en las delicias del siglo. Mas yo los convenceré con el Apóstol San Pablo. En sus dos Epístolas, escritas á los fieles de Corinto, he observado algunas veces, con grande admiracion y confusión mia, que, despues de referir su rapto al tercer Cielo, donde oyó y entendió muchos inefables arcanos (1); despues de haber sido favorecido con innumerables visiones y revelaciones; despues de hallarse enriquecido con las gracias y dones mas especiales de los divinos tesoros; no se gloriaba de haber gozado transitoriamente de la *Vision beatífica*; de haber penetrado los Cielos, ni de haber resucitado muertos: Solo se gloriaba de su tolerancia en sus enfermedades: *Gloriabor in infirmitatibus meis.* Al oir esto, ¿qué podrán replicarme los mundanos?

¡Llegó finalmente para *María Bárbara de Portugal* aquel terrible momento! ¡Aquí, aquí es donde cae siempre la máscara de la política afectada; y aparece la verdad! ¡En aquel momento se conoce la grandeza de los corazones, y la heroycidad de la *piedad cristiana*! Los temerarios desprecian la muerte, como ciegos y desesperados: Los que han vivido encenagados en los vicios, la temen con exceso: Este temor causa un espantoso sobresalto; y aquella falsa valentía produce una deplorable temeridad. La muerte preciosa es aquella, en que concurren igualmente la fortaleza y la vigilancia. Tal ha sido puntualmente la muerte de nuestra Soberana. En toda su enfermedad se ha manifestado el heróyco carácter de su *piedad* y *virtud.* A la vista de la muerte no decayó de ánimo; pero tampoco se lisonjeó con una seguridad engañosa. ¡Ah! No, no son tan preciosas, como ésta, las muertes de los Reyes réprobos, que nos refiere la sagrada Escritura. Unos acaban acobardados y oprimidos; otros con una intrepidez, todavía mas funesta. Los unos, á imitacion del último Rey de

(1) Ibid. vv. 4. 9.

los Amalecitas, querrian vivir y reynar siempre ; y se quejan de la muerte, que los arranca del Trono, y los priva de las dulzuras de la vida: ¿*Siccine separat amara mors*? (1) Los otros, indómitos y fieros hasta en su misma ruina, insultan á su mismo sepulcro, y se quejan, á imitacion del primer Rey de Israel, porque la muerte no abrevia los penosos momentos que les quedan: ¡*Tenent me angustiæ*! (2)

¡Muertes tímidas, ó temerarias! Los últimos dias de la vida de *María Bárbara de Portugal*, cuyo elogio voy á concluir, hicieron brillar unos sentimientos muy distintos. Jamás se vió mayor sumision, mayor constancia, mayor sufrimiento, mayor cristiandad, ni heroycidad mayor, conspirar juntas á santificar unos últimos suspiros. Persuadida de que la noticia del próximo peligro de la muerte, no es noticia que deben esperar los Reyes de sus Cortesanos, ni de sus Criados; ella misma fué quien la publicó y la anunció á todos. Con mucho tiempo empezó á pensar en arreglar su conciencia, y purificarla mas y mas con el Sacramento de la Penitencia ; bien que ántes, sana ó enferma, acostumbraba hacerlo con freqüencia: Hé aquí el primer efecto de la vigilancia de su corazon.

Despues, en toda su dilatada enfermedad, llena de dolores ; agitada de congojas ; abandonada entre los brazos de la muerte, sin movimiento, sin accion, y rodeada de Vasallos consternados, suspensos y abatidos, manifestó una igualdad inalterable ; una tranquilidad apacible; y una nobilísima seguridad. ¡Qué prueba de su magnanimidad y firmeza! Al recibir al Soberano de los Reyes y Juez de los Monarcas, renovó todos los vivos sentimientos de su Fé pura; y conociendo que esta era la prenda mas segura de su salvacion; y viendo que se dilataban los penosos dias de su vida, pi-

(1) I. Reg. cap. XV. v. 32. (2) II. Reg. cap. I. v. 9.

pidió nuevamente con muchas ánsias este *Pan divino*; y lo volvió á recibir con tanta ternura, que no solo deshacia en lágrimas los corazones humanos; sino que, á ser capaces de sentimiento, se hubieran tambien enternecido las piedras.

Viendo afligido al Rey nuestro Señor, y que á cada momento se duplicaba su pena; le animó con una presencia de espíritu; con una grandeza de alma; y con una intrepidez de corazon increibles. Le pidió encarecidamente, que saliese de Palacio; que recrease su real ánimo; y que solo cuidase de su salud, que era la prenda mas preciosa para la felicidad de sus Vasallos. Le recomendó toda su familia, y la vigilancia para el bien de sus Estados. Con esto, libre de todos los cuidados del siglo, y sin apego á la tierra, no pensó ya mas que en su Dios, y en la salvacion de su alma.

En vano apareció, que el mal cedia; y que su robusta naturaleza daba de nuevo algunas esperanzas: Esta Princesa conoce que se muere; pide la santa-Uncion; y la recibe, como soberano remedio. Quanto mas la fatigaban sus dolores y congojas, tanto mayor era la resignacion con que bendecia al Señor, y le pedia misericordia. Su contínua ocupacion era, repasar su vida, como el piadoso Rey Ezequías, en la amargura de su corazon (1); bañarse mas y mas en la sagrada *Piscina de la Penitencia*; imprimir y fixar tiernamente sus ojos y sus labios en una imágen de nuestro amabilísimo Redentor Jesus crucificado; y conformarse con su voluntad; ofreciéndosele víctima sumisa, en union de su sacrificio. Con estas santas y piadosas disposiciones espiró *María Bárbara de Portugal* en la calma de una preciosa paz; dexando á sus amantes Súbditos en un sumo dolor.

Vos, pues, Señor misericordioso, que habeis con-

 ce-

(1) Isaí. cap. XXXVIII. v. 15.

cedido á esta Princesa tanta resignacion, y tan bellas señales de una preciosa muerte; acabad de coronarla en la Gloria. Y si la quedan todavía que purgar algunas manchas, lavádselas en la Sangre preciosa de vuestro Unigénito Hijo, que acaba de ser ofrecido, como Víctima la mas agradable á vuestros divinos ojos. Atended á los ruegos y oraciones del Ilustrísimo Prelado y Venerable Cabildo de esta santa Iglesia; de la muy noble y leal Ciudad de Segovia; de su antigua y distinguida Nobleza; y de todo este devoto y numeroso concurso: Y pues que *María Bárbara Xaviera de Portugal* ha hecho reynar en su corazon, y en todos sus Dominios la *paz*, la *piedad* y la *dulzura*; dignaos, Señor, desde este instante hacerla reynar con Vos para toda la eternidad en la Gloria.

Requiescat in pace.

FIN DE LOS SERMONES PANEGÍRICOS:

Y SIGUEN LAS PLÁTICAS ESPIRITUALES.

PLÁ-

PRIMERA PLÁTICA ESPIRITUAL,
predicada en el Cabildo de la santa Iglesia de Segovia el primer Lúnes de Octubre del año de 1758. (*)

IL.MO SEÑOR.

Con un temor reverencial, nacido del conocimiento de mis defectos, y de la grandeza y exemplar virtud de V. S. I., principio esta Plática espiritual con las palabras de San Ambrosio, en una que hizo al Cabildo de la santa Iglesia de Milán, y se halla en su libro de la dignidad de los Sacerdotes: *Audite me, si dignum ducitis, sanctissimi fratres: Audite me, stirps Levitica, germen sacerdotale, propago sanctificata, Duces et Rectores gregis Christi: Audite me, rogantem vos, pariter et timentem.* Oidme, pues, dignísimos Prebendados de este Ilustrísimo Cabildo: oidme, y reflexîonad conmigo lo que, lleno de temor, os represento.

Dios nos ha destinado para que lo adoremos y alabemos en el magnífico Templo de esta Ciudad, en la santa Iglesia de Segovia. Para venir, pues, en conocimiento de lo que debemos hacer, figurémonos el arrivo del Pueblo de Dios á Jerusalen, despues del cautiverio de Babylonia. No encontrando de aquella famosa Ciudad mas que las ruinas; y queriendo fabricar un nuevo Templo al Señor, no pudo contener sus lágrimas, á vista de los tristes residuos del primero, y de

(*) El argumento de esta Plática espiritual está excelentemente promovido: y es un Discurso lleno de solidez y de piedad.

de la imposibilidad de repararlo: *Qui viderant Templum prius, flebant*: (1) "Pueblo fiel, les dice el Señor por uno »de sus Profetas; no te aflijas tanto: Yo haré tan gran»de la gloria de este nuevo Templo, que oscurecerá la »del primero:" *Major erit gloria domûs istius novissimæ, plus quàm primæ* (2); porque vendrá á él en persona el Salvador del Mundo, suspirado de todas las Naciones: *Veniet desideratus cunctis gentibus* (3). Esta es, Ilustrísimo Señor, la consideracion en que yo me páro, por parecerme propia para hacernos sensible la dignidad grande de nuestra santa Iglesia, y el carácter elevado de sus Individuos: no solamente deduciendo de aquí la singular atencion y sumo respeto, con que debemos emplearnos en orar y alabar dignamente al Señor; sino proponiendo tambien al mismo tiempo las reglas infalibles que encuentro en la sagrada Escritura y Santos Padres, para que sean meritorias nuestras oraciones, y aceptas al Señor las alabanzas con que diariamente solicitamos aplacar su ira, y conseguir misericordia de nuestros pecados, y de los de todo el Pueblo.

Estas reglas se hallan indicadas en muchos lugares de la Escritura; y con maravillosa energía en el capítulo XV. de San Mateo. En él encuentro, para confusion nuestra, una Muger de la maldita raza de Canaán, que comprehende, observa, y enseña con su exemplo lo que debiéramos obrar los Ministros de Jesucristo nuestro Redentor.

Habiendo llegado este dulcísimo Maestro á los confines de la Fenicia, salió de las Provincias de Tyro y de Sidón esta Muger, para pedirle misericordia: *A finibus illis egressa, clamavit :: Miserere meî, Domine, fili David.*

Tyro y Sidón eran dos Ciudades idólatras, donde reynaban todos los desórdenes, que vemos en los Pueblos

(1) Esdr. cap. III. v. 12. (2) Agg. cap. II. v. 10. (3) Ibid.

blos ricos por el Comercio, freqüentados de Naciones de varias sectas. Sus pecados eran tan notorios, que el Salvador, para ponderar los castigos que amenazaban á los Judíos por su incredulidad, les decia (1), que serian tratados en el juicio final con mas rigor, que Tyro y que Sidón. De estas Ciudades tuvo que salir la Cananéa, para alabar dignamente al Señor, y pedirle misericordia.

De donde infiere San Juan Crysóstomo, que ántes de dar principio á este santo exercicio, debemos apartarnos de los obstáculos que impiden el gusto, y distraen el pensamiento de la contemplacion de los divinos mysterios. Estos obstáculos, prosigue el Santo, están figurados en el carácter de los moradores de Tyro y de Sidón: ellos vivian en las tinieblas de la infidelidad De donde se colige, que la falta de fé es el primero y mas universal obstáculo, para alabar dignamente al Señor, y conseguir los efectos de su misericordia.

La ocupacion de aquellos infelices era el Comercio; y sus ideas, el enriquecerse con el astuto y económico tráfico de los abundantes frutos de su pais ameno. De donde se sigue, que el afan de utilizarse demasiado de los bienes terrenos, es otro impedimento, no menos funesto, que el precedente.

El primero de estos obstáculos es la falta de fé. De modo, dice S. Juan Crysóstomo, que la Cananéa jamás hubiera encontrado al Redentor del Mundo, si no hubiera salido del centro de la infidelidad: *A finibus illis egressa*; no tanto con pasos materiales, quanto por su pronta correspondencia á la Gracia de fé, que la inspiró recurriese á mi dulcísimo Jesus, como á único Salvador, de quien podia esperar misericordia: *A finibus illis egressa, clamavit :: Miserere meî, Domine, fili David.*

Así

(1) Matth. cap. XI. v. 22.; et Luc. X. 14.

Así pues, Ilustrísimo Señor, el primer paso para entrar á ocupar dignamente las sillas del Coro, es, salir cada uno de las tinieblas de la infidelidad. Y en esta expresion no entiendo solamente las tinieblas de la idolatría, ó de la heregía: ¡Dios me libre de sospechar jamás, que se halle tal infidelidad en los Individuos de esta santa Iglesia! Entiendo otra especie de *infidelidad*, que domina en la mayor parte de los corazones; de los mismos, que creemos todas las verdades que la Fé nos propone: Entiendo la falta de aquella Fé viva, que representa al hombre su miseria; la enormidad de sus culpas; la incertidumbre de su salvacion; y la necesidad de la gracia de Dios, para no dar mortales caidas á cada paso. Entiendo la falta de aquella Fé viva, que penetra los corazones, formando en ellos, como dice el Apóstol, los eficaces clamores, y los inefables sollozos y gemidos, que excitan infaliblemente la divina misericordia: *Ipse Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus* (1).

¡Ah! Si tuviéramos esta Fé, no ¡creeríamos, que Dios nos ha colocado en esta santa Iglesia, y nos ha distinguido tánto de los demas Sacerdotes, para servir á nuestro honor, y á nuestra utilidad; sino al decoro del Santuario, y á la santificacion de los Pueblos! Si tuviéramos esta Fé, ¡miraríamos con ternura los Mysterios de nuestra Redencion, que se renuevan todos los dias sobre los Altares; oiríamos con júbilo sus progresos; y con dolor, que haya quién sacrílegamente los ultraje! ¡No experimentaríamos tanta repugnancia en asistir á los divinos Oficios! ¡No dexaríamos desierto el Coro, apénas se pronuncian los *Kyries* de la Misa! ¡No manifestaríamos tanta impaciencia, quando se cantan las Horas con la debida pausa! Hé aquí el estado de infidelidad, de que es preciso salir, á imitacion

(1) Rom. cap. VIII. v. 26.

cion de la Cananéa, si queremos obrar como dignos Ministros de mi dulce Redentor Jesus: *Mulier Chananæa à finibus illis egressa.*

El segundo impedimento, no menos funesto, es el embarazo de los negocios y placeres del siglo; figurado, en sentir de San Juan Crysóstomo, en la precaucion con que huyó la Cananéa de los paises de Tyro y de Sidón, famosos por la extension de su Comercio: *A finibus illis egressa.*

Un corazon dedicado al manejo de bienes terrenos, ó disipado por los placeres del siglo, se distrae fácilmente; porque no encuentra gusto en los sagrados Cánticos, ni puede hacer aquellas serias reflexîones que excitan el fervor en la oracion. Los mayores Santos nos aseguran en sus Escritos, que experimentaron suma frialdad, siempre que por descuido dexaron de vivir algun rato con recogimiento interior.

¿Qué nos sucederá, pues, á los que nos encargamos de comisiones, interesadas y dañosas al bien público; y á los que, por lo menos, pensamos con afan en convertir en propia utilidad las rentas, que solo están afectas á nuestras Prebendas para nuestra decorosa manutencion, y para aliviar á los pobres? ¿Qué nos sucederá á los que cada momento entramos y salimos en el Coro; y nos estamos largos ratos parlando de cosas profanas en el Sagrario? ¿Qué nos sucederá, finalmente, á los que estamos sin sosiego hasta marchar á los portales de la plaza, á pasar el tiempo en conversaciones ociosas; y, lo que es mas deplorable, á parlar de los negocios del Cabildo; sin reflexîonar, que es sitio donde concurren los hombres mas curiosos, y las espías mas sagaces! ¡Ah! por mas que nos ingeniemos para justificar estas cosas, á mí, sin condenarlas en sí mismas, me basta, para deplorar el uso inmoderado que hacemos de ellas, lo que dice San Bernardo: *Non misceri poterunt vera vanis; æterna cadú-*

cis ; summa imis ; ut pariter sapias quæ sursùm sunt , et quæ super terram.

No pretendo , que nuestra obligacion de orar y alabar dignamente al Señor , excluya la aplicacion precisa á otros negocios ; ni ciertas diversiones inocentes , necesarias á nuestra flaqueza , para respirar del trabajo. No pretendo , que renunciemos el trato con las Gentes ; ántes defiendo , que este es un derecho incontrastable de la Sociedad : Solo quiero , que consideremos , con el gran Padre San Agustin , que por nuestro estado estamos obligados á conservar siempre la disposicion necesaria , para que sean puras y santas nuestras alabanzas , y fervorosas nuestras oraciones ; y que esto es imposible, sin arrojar de nuestro espíritu todos los pensamientos capaces de disiparle ; y de nuestro corazon todos los afectos que amortiguan el ardiente deseo de los bienes celestiales y eternos. En fin sé , que dice San Juan Crysóstomo , y nosotros mismos experimentamos , que el manejo de bienes terrenos , figurado en el Comercio de Tyro y de Sidón , produce insensiblemente estos afectos , y atormenta al alma con el anhelo insaciable de tener mas , y de que valga mas : *Anima*, dice el Santo, *rerum terrenarum possessione torquetur , quia numquàm satiatur.* Sé finalmente , que á imitacion de la Cananéa , debemos desembarazarnos de estos obstáculos , para reflexîonar nuestra miseria ; y antes de dar principio á los divinos Oficios , representarla á nuestro adorable Redentor Jesus con gemidos secretos , y con actos de amor , de union , de oblacion y de reconocimiento : *A finibus illis egressa , clamavit :: Miserere meî , Domine , fili David.*

Desembarazados de todos los obstáculos , nos quedan que practicar otras condiciones indispensables , para que nuestras alabanzas y nuestros sagrados cánticos no sean , como dice el Apóstol (1) , tan estériles y tan ma-

(1) I. Cor. cap. XIII. v. 1.

materiales, "como el sonido del metal, y el tañido de »las campanas." Estas condiciones se hallan igualmente indicadas en la conducta de la Cananéa, y son *humildad*, *confianza y perseverancia.*

En efecto, apénas la Cananéa se desembarazó de todos los obstáculos, se postró como indigna, á los pies del Salvador (1): *Prócidit ad pedes ejus*; reconoció, que nada podia esperar, mas que de su pura misericordia: *Miserere meî*, *Domine*, *fili David*: le expuso sinceramente el deplorable estado de su hija, atormentada por el Demonio: *Filia mea malè à Dæmonio vexatur.* Pero esto es lo ménos: Se vió despreciada, y tratada ignominiosamente, como una vil perra: *Non est bonum sumere panem filiorum, et mittere canibus.* Con todo, su *humildad* excitó su *confianza*; y su *confianza* avivó mas y mas su *perseverancia*: concluyendo contra los aparentes rigores del Salvador, que por esto tenia derecho á las migajas desperdiciadas de la mesa de su dueño: *Etiam Domine: nam et catelli edunt de micis, quæ cadunt de mensa dominorum suorum*: Obligando de este modo á mi dulce Redentor Jesus á ser panegyrista suyo, y á concederle, á su satisfaccion, quanto pedia: ¡*O mulier*! *magna est fides tua*: *Fiat tibi, sicut vis.*

¡Oh Dios! No sé, cómo al oir esto, no nos confundimos! Esta Muger era pagana; y nosotros somos Ministros del Altísimo: Pero ¿en quál de nosotros se halla una *humildad*, *confianza* y *perseverancia*, como la suya? Esta Muger era de la maldita raza de Canaan; y nosotros somos el sacerdotal Linage, escogido en Jesucristo, con un carácter indeleble, impreso en el alma, que la dió nuevo ser en el sumo Sacerdote y Santo de los Santos: *Convivificavit nos*, clama el Apóstol (2):

(1) Marc. cap. VII. v. 25. (2) Ephes. cap. II. v. 5.; et Colos. II. v. 13.

Convivificavit nos in Christo. A ella trató el Salvador, como despreciable perra; y á nosotros nos trata y nos llama *Hermanos*, por la potestad que nos ha dado de sacrificar su Cuerpo y Sangre, que es el precio de nuestra Redencion, y el que hace infalibles nuestras súplicas: *Habemus redemptionem, et gratiam per sanguinem ejus* (1). A ella no se dignaba siquiera de responderla; y á nosotros nos llama y nos ofrece quanto en su nombre pidamos: *Si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis* (2).

¿Cómo, pues, las voces de esta Muger son al fin oidas, y elogiadas; y no las nuestras? ¡Ah! responde el Apóstol Santiago: *Non accipitis, eò quòd malè petatis* (3). ¡No conseguimos los favores que consiguió la Cananéa, porque, lejos de entrar en el Coro con las disposiciones que ella se presentó al Salvador, entramos cada dia con mas indiferencia, con mas frialdad, con mas amor propio, y con mayor orgullo! Lejos de fondear nuestro corazon, para desapegarle de las cosas terrenas, y aumentar el *fervor* y *perseverancia*, somos, prosigue el Apóstol Santiago, de un espíritu tan inconstante y tan inquieto, como las olas del mar, agitadas por la violencia de los vientos: Y en este estado: *Non ergò æstimet homo ille, quòd accipiat aliquid à Domino.*

Pues si tratándonos el Señor como *Hermanos*, lleno de benignidad y dulzura, somos tan ingratos; ¿qué haríamos, si nos tratára con el rigor y aparente desprecio, que trató á la Cananéa? Vivamos, pues, en lo sucesivo mas vigilantes: consideremos, con San Agustin, que nuestra alma es propiamente aquella *hija*, que nos está confiada, para que cuidemos de su salud eterna: Y en este sentido, ¿quién será el que no

(1) Ephes. cap. I. v. 7; et Coloss. I. 14.
(2) Joan. cap. XVI. v. 23.
(3) Jacob. cap. IV. v. 3.

no pueda decir con la Cananéa: *Filia mea malè à Dæmonio vexatur*?

Digámoslo, pues, de corazon; representando al Señor nuestra miseria; y representándola con *humildad*, *confianza* y *perseverancia*: *Domine*, *filia mea malè à Dæmonio vexatur.* ¿Qué hubiera sucedido á la Cananéa, si á vista del rigor, con que la trató el Salvador, hubiera desconfiado y desistido? Mas porque duplicó su *humildad*, *confianza* y *perseverancia*, obligó, dice San Agustin, â mi dulce Redentor Jesus á que la concediese lo que pedia, y la honrase con su admiracion: ¡*O mulier*! *magna est fides tua*: *fiat tibi sicut vis.* Imitemos, pues, su exemplo; y conseguirémos con nuestras alabanzas, cánticos y súplicas, de la parte del Salvador, la misma admiracion; los mismos elogios; y por último la vida eterna: *Ad quam nos perducat*, *&c. Amen.*

PLÁ-

PLÁTICA II.

PARA EL CABILDO ESPIRITUAL del Lúnes primero de Setiembre, en Segovia año de 1760. (*)

IL.MO SEÑOR.

¿Qué cosa mas digna puede oirse de un Senado Eclesiástico, que el zelo y freqüencia, con que V. S. I. solicita promover el culto Divino en su santa Iglesia? ¿Qué cosa mas santa, que el procurar corregir nuestros defectos por medio de estos *Cabildos espirituales*? ¿Qué cosa mas heróyca, que sujetarse á la censura de un particular, y á oir unos discursos tan rudos y toscos, como los mios? Mas ¡oh Dios! ¡Qué mal correspondemos muchos á este paternal cuidado y santo zelo!

Lejos de oir con sumision y con gusto las verdades eternas, para corregirnos y enmendarnos, criticamos lo que oimos; ó por lo menos, salimos de aquí con una fria indiferencia, y sin ánimo de practicar cosa alguna de quanto se opone á nuestro genio, á nuestro gusto, ó á nuestro interés. Lejos de oir la doctrina de mi dulce Redentor Jesus, para seguirla ciegamente, como verdaderos Discípulos y Ministros, consagrados para tributarle sacrificios y alabanzas; por el contrario, son nuestras disposiciones interiores semejantes á las de los Atenienses idólatras, que por un motivo, loable en la apariencia, pero en el fondo puramente natural, acudian á oir los Sermones de San Pablo en el Areopágo (1).

De

(*) Es una piececita admirable, por su excelente doctrina, y viva persuasion.

(1) Act. cap. XVII. v. 21.

De estas tibias disposiciones y fria indiferencia nace una general oposicion á las reprehensiones contra ciertos defectos dominantes, y arraygados por costumbre en nuestros corazones ; y una grandísima facilidad de escandalizarnos al oir la pintura de lo que tal vez no nos avergonzamos de practicar. En una palabra; todos los discursos, que penetran hasta las heridas interiores de nuestro corazon, nos disgustan ; porque solo queremos se mezcle generalmente lo agradable con lo serio ; y que al instruirnos, se nos lisonjée el oido, para que se imprima solo la hermosura de los discursos, y no lo sólido de la doctrina, ni lo amargo de las estrechas obligaciones de nuestro Estado. Pues esto, Ilustrísimo Señor, es ser muy semejantes á los que van á ver las obras piadosas de Artífices célebres : por exemplo un Crucifixo del Ticiano, ó de Miguel-Angel ; no para contemplar en él los divinos mysterios, sino para admirar el arte del Pintor, ó del Escultor que lo ha representado.

Mas no ; en mis discursos no ha brillado, ni brillará jamás este artificio. De mi boca no ha salido aquí, ni saldrá jamás otra cosa, que la verdad desnuda, y la palabra de Dios : ¡*Verbum Domini* ; *verbum Domini* ! Esta voz sola juzgaron los Profetas que bastaba para confundir los espíritus mas vivos, y conquistar los mas duros corazones. ¿Por qué, pues, al oir esta divina palabra, no con glosas arbitrarias, sino con decisiones auténticas de la Iglesia, y máxîmas ciertas de los Santos Padres, nos vamos frios, como si hubieran sido discursos y producciones puramente humanas, á buscar opiniones modernas, relaxadas, dulces y fáciles?

¡Ah! No ; no son opiniones fáciles, ni acomodadas á nuestras inclinaciones, las que nos enseñó mi dulce Redentor Jesus! Son opiniones tan estrechas y tan ásperas, como el camino de la vida eterna : opiniones sostenidas por la Escritura ; consagradas con el

su-

sudor de los Apóstoles; y rociadas con la preciosa sangre de los Mártyres. No son opiniones; son medicinas seguras para nuestras enfermedades espirituales. Y como los males que afligen nuestras almas, son los mismos que han sido en todos los siglos; las llagas mortales de nuestra conciencia son úlceras envejecidas; y las pasiones, que nos combaten, son las que en todos tiempos han asolado la tierra, peligra mucho el que no aplica los mismos remedios, y combate con las mismas armas que combatieron los Santos.

La divina palabra es viva, eficaz y penetrante (1). Así lo manifestó el Salvador, apareciéndose á San Juan, rodeado de gloria, y con una espada de dos filos, que salia de su boca para herir los corazones de los hombres: *Et de ore ejus procedit gladius ex utraque parte acutus; ut in ipso percutiat gentes* (2). Mas aunque tal vez, para gloria suya, se digne esta mysteriosa espada penetrar á quien se resiste; para que, presuntuosos, no nos prometamos este gran milagro; nos enseña el Salvador (3), que la divina palabra es una semilla que muere inútilmente, si la tierra que la recibe, no está bien preparada y cultivada.

No pretendo, que para oirla con aprovechamiento, haya de ser precisamente tierra vírgen, y sin defecto alguno, nuestro corazon: lo deseo; mas no lo pretendo. Solo intento persuadir, que si continuamos oyendo las *Pláticas espirituales* por pura costumbre, jamás se romperá la dura y árida superficie de nuestro pecho; ni se abrirán los oidos de nuestro corazon, que es la disposicion esencial que pide en nosotros el gran Padre de la Iglesia San Agustin: *Vestrûm est audire; et corde audire.* Y de estos oidos internos del corazon hablaba puntualmente el Salvador, quando con freqüencia

(1) Hebr. cap. IV. v. 12. (2) Apoc. cap. I. v. 16.; et XIX. 15.
(3) Joann. cap. XII. v. 24.

cia repetia: *Qui habet aures audiendi, audiat.* (1) ¡Oh Dios! ¡Qué importa, que como Eclesiásticos instruidos, y miembros de este Ilustrísimo Cuerpo, oygamos y respetemos la doctrina y máxîmas santas del Evangelio, si no las meditamos, ni las conservamos en lo íntimo de nuestro espíritu, dando lugar á que produzcan raices! En una palabra; somos, en sentir del Apóstol Santiago (1), semejantes al que contempla su rostro en un espejo; y apénas pasa adelante, se le borra de la mente su especie: *Comparabitur viro consideranti vultum nativitatis suæ in speculo: consideravit se, et abiit; et statim oblitus est qualis fuerit.*

Las máxîmas evangélicas, que en los *Cabildos espirituales* se nos proponen por regla, son un espejo purísimo, que no nos lisonjea, ni desfigura, ni altera. Nos representa la elevacion de nuestro Estado; la pureza con que debemos obrar, para no hacernos indignos del carácter que llevamos impreso en nuestras almas; la santidad precisa en quien ha de sacrificar y ofrecer al Señor la preciosa sangre de Jesus; la incompatibilidad de estas disposiciones con las máxîmas de un Mundo, peligroso en sus caricias; engañoso en sus promesas; injusto en sus recompensas; y falaz en sus mismas grandezas, y riquezas caducas.

Al oir estas reflexîones, nos vemos llenos de gravísimos defectos; pero pasando de la pintura á la realidad, desde el mismo lugar, en que hemos descubierto los escollos del Mundo, corremos ciegamente á precipitarnos en ellos: *Consideravit se, et abiit; et statim oblitus est qualis fuerit.*

Sabemos, que, colocados en la primera esfera de los Eclesiásticos, debemos dar exemplo á los demas, imitando á nuestro dulcísimo Redentor, que, fatigado y

(1) Matth. cap. XI. v. 15. et alib. sæpè.

(2) Jacob. cap. I. vv. 23, et seqq.

lleno de trabajos, pasaba de la oracion á las ocupaciones mas santas y penosas, sin descanso ni reposo, hasta que consumó con su muerte nuestra Redencion: Y nosotros, por el contrario, damos al Mundo, y robamos á Dios la mayor parte del tiempo; pasando nuestros años en una blanda ociosidad, ó fatigándonos en cosas mas criminales, que la misma ociosidad. Al oir esto, suele darnos el corazon algunas aldabadas secretas; pero al salir de aquí, procuramos distraer la imaginacion, y nos volvemos á nuestra antigua frialdad: *Consideravit se, et abiit; et statim oblitus est qualis fuerit.*

Sabemos, que nuestro amable Redentor Jesus fué un modelo de mansedumbre, moderacion y silencio: Y nosotros, por el contrario, respiramos ambicion y soberbia; hablamos con poco respeto unos de otros; publicamos con una funesta facilidad las cosas mas secretas del Cabildo; y por capricho, ó interes particular sacrificamos á veces los derechos mas sagrados; siendo contrarios á nosotros mismos, y turbando la paz, tan recomendada por el Salvador.

Estas verdades penetran las heridas interiores de nuestra conciencia; y, á pesar de nuestro amor propio, excitan ciertos movimientos saludables, y hacen dar buelcos y palpitar á nuestros corazones: mas apenas nos da el ambiente contagioso de la calle, recaemos en nuestro antiguo letargo: *Consideravit se, et abiit; et statim oblitus est qualis fuerit.*

Sabemos, que Jesucristo, siendo la misma inocencia, huía de los peligros, como si debiera temerlos: No conversaba con los hombres, sino para instruirlos; no hablaba de las riquezas, sino para despreciarlas; ni de los placeres, sino para reprobarlos: Y nosotros, por el contrario, atesoramos el patrimonio de los pobres; amamos los placeres; y, en lugar de instruir y edificar con nuestro exemplo á los seglares, nos mezclamos en sus con-

conversaciones y sus negocios profanos, arrojándonos en medio de los peligros. Esta comparacion convence y manifiesta, que la pureza de nuestras acciones no corresponde á la elevacion de nuestro Estado, ni á la santidad de las huellas que nos dexó trazadas nuestro adorable Redentor. Mas por falta de reflexîon, al salir de aquí, se dirige el primer paso al objeto que encanta á cada uno, segun su carácter; y el primer movimiento del corazon es un terrible asalto de la pasion que nos domina y nos ciega: *Consideravit se, et abiit; et statim oblitus est qualis fuerit.*

¡Oh Dios! ¿Es este el uso que debemos hacer de los *Cabildos espirituales*, y de las máxîmas santas, que se nos proponen en ellos? ¿No son estos unos talentos confiados á nuestro cuidado, para que comerciando con ellos, los hagamos redituar colmados frutos de virtudes? Si, sí: Mas nosotros, semejantes al siervo inútil del Evangelio (1), al salir de aquí las sepultamos en el olvido: *Consideravit se, et abiit; et statim oblitus est qualis fuerit.*

Preparemos, pues, nuestro corazon con santas disposiciones: Meditemos cuidadosamente las verdades eternas, que se nos hacen presentes, para que arreglemos nuestra conducta y acciones á la perfeccion de nuestro Estado. Evitemos las reflexîones curiosas, que solo sirven de resfriar los ardientes afectos, y movimientos tiernos del corazon. No pongan VV. SS. su atencion en mi mal exemplo, sino en la grandeza de las verdades eternas, que por mi boca, y la de otros dignísimos Prebendados profiere el mismo Dios. Aprovechémonos de sus instrucciones; porque si no las practicamos, nos será inútil salir convencidos, y aun penetrados interiormente. Los Demonios están mas instruidos y convencidos, que nosotros; pues tiemblan de

(2) Matth. cap. XXV. á v. 18. seq.; et Luc. XIX. vv. 12. seqq.

terror y espanto: *Dœmones credunt, et contremiscunt* (1). Sola la práctica de las obras piadosas nos justifica y distingue de estos malignos espíritus: *Non auditores, sed factores legis justificabuntur.* En una palabra; si las reflexîones, que al presente nos iluminan, pierden toda su fuerza sobre nuestro espíritu, la recobrarán, para confusion nuestra, en el último dia de nuestra vida, quando serémos reconvenidos en el tremendo juicio de Dios: *Sermo, quem locutus sum, ille judicabit eum in novissimo die* (2). Mas por el contrario; si nos aprovechamos de ellas, nos servirán entónces de sumo consuelo; y nos adquirirán un eterno descanso en la Gloria. *Amen.*

(1) Jacob. cap. II. v. 19. (2) Joan. cap. XII. v. 48.

PLÁ-

PLÁTICA III,

DIRIGIDA Á TODOS LOS SÚBDITOS DEL ARZOBISPADO DE MÉXICO,

con motivo de la santa Visita de aquella Diócesis. (*)

La Doctrina Cristiana, amados hijos mios, se contiene en el Symbolo de la Fé, que llamamos comunmente el *Credo*. Esta Doctrina es la ciencia de salud y de una vida, que no tiene fin: Ninguna otra ciencia nos preserva de la muerte eterna; consiguientemente, esta es la que debemos aprender, para vivir de un modo conforme á los conocimientos que con ella adquiriésemos, de las verdades eternas. En una palabra; ésta es la ciencia que nos enseñó Jesucristo (1). Y "en los que »no la poseen, dice San Agustin, toda ciencia es va»nidad y estupidez."

Entendiendo bien el *Credo*, saben los mas simples cosas infinitamente mayores y mas importantes, que todo lo que contiene la ciencia de los Sabios del mundo; porque los famosos Filosofos nada supieron ni conociéron de la vida eterna; de la Encarnacion del Verbo; de los Angeles; de los Demonios; del Infierno; ni de la Iglesia: solo tuviéron un conocimiento imperfecto de la inmortalidad del alma. Por esto decia el mismo San Agustin: *Surgunt indocti, et cœlum rapiunt; et nos cum*

(*) Es un bello Discurso familiar; ó mas bien, una verdadera *Homilía*, muy instructiva y muy propia de un Prelado zeloso y docto.

(1) Luc. cap. I. v. 77.

cum doctrinis nostris sine corde, ecce ubi volutamur in carne et sanguine.

Los Mysterios que contiene el *Credo*, son tan grandes, que Dios en quatro mil años no quiso descubrirlos claramente á los hombres. Al Pueblo de Israél, su Pueblo escogido y favorecido, aunque le reveló muchas verdades eternas, no le reveló con toda claridad el mysterio de la Trinidad Santísima; ni las inefables dulzuras de la vida eterna; ni los horribles tormentos del Infierno. A las demas Naciones las dexó en la ignorancia de estos mysterios hasta la venida de Jesu-Cristo; y á este Nuevo Mundo no fueron anunciados clara y distintamente hasta estos últimos siglos.

¿Quántas gracias debeis dar á Dios, amados hijos mios, porque llegó el tiempo felíz en que, segun la expresion de la Escritura, habeis salido de las tinieblas y sombras de la muerte; esto es, de una ignorancia que os conduciría infaliblemente á la muerte eterna, como les sucede á los Indios salvages, que habitan en muchas provincias de este Nuevo Mundo? ¿Quánto debereis estimar la gracia que Dios os hace, dándoos tanta facilidad para instruiros en lo que es necesario saber para salvaros, enviando Padres y Pastores que os exhortan, os dirigen, y hacen quanto pueden, para no dexaros perecer en la ignorancia?

Atended, pues; y recibid con afecto, devocion y ternura la Regla de la Fé, con la qual quedará instruido vuestro entendimiento, sin fatiga de la memoria, de todo lo que debeis saber y creer, para conseguir la salvacion. Esta Regla de la Fé es el *Credo*: Rezadlo conmigo ::

Creo en Dios Padre, &c. (Seguía todo el Credo).

Las primeras palabras de esta Regla de la Fé son: *Creo en Dios Padre*, *Todopoderoso*, *Criador del Cielo y de la tierra*: Ved aquí dos motivos para conocer á Dios; uno natural é imperfecto; otro perfectísimo y sobrenatural:

ral: El primero es la vista y consideracion del Cielo, de la Tierra, y demas criaturas (1), que nos excitan á conocer que hay un Ser todo-poderoso, que les dió el ser y las crió: mas este conocimiento es tan imperfecto, que miéntras los hombres no tuviéron otras luces para conocer á Dios, diéron en mil extravíos, incertidumbres y errores: Consiguientemente, para establecer una creencia firme, pura y clara de la Divinidad, fué necesario, que Dios mismo se manifestase á los hombres con señales exteriores y sensibles; y les prescribiese lo que deben creer de su Ser purísimo, é ilimitado. Y esto es lo que creemos y confesamos en el primer artículo del *Credo*, por el segundo motivo perfecto y sobrenatural.

Este se funda en las pruebas de unos hechos ciertos é incontestables; como los prodigios obrados por Moysés, que prueban la verdad de quanto nos refiere el *Pentatéuco*, esto es, los *cinco Libros*, que él escribió; y la confirman los milagros que hiciéron los Profetas. Y por lo que toca al nuevo Testamento, que contiene nuestra santa Ley, tenemos los milagros de nuestro Redentor Jesus, y de sus Apóstoles.

Las Profecías, y milagros nos hacen ver claramente, que hay una Naturaleza intelectual, superior á la Naturaleza humana, á la qual debemos someter y sujetar las luces de nuestra razon, siempre débil, y por sí misma casi ciega, por haber quedado ofuscada con la culpa original. Esta Naturaleza superior es Dios; y así *Creemos, que hay Dios*. Tambien debemos *creer á Dios*; esto es, su divina palabra, y las verdades que nos ha revelado: finalmente, debemos *creer en Dios*; esto es, unir á la Fé un amor, que se dirija á Dios, como nuestro único verdadero bien, y nuestro último fin.

Y como no es posible amar lo que no se conoce, es ne-

(1) Psalm. XVIII. v. 2.

necesario formarse una verdadera idea, que nos represente todo lo que hay en Dios, mas propio á infundirnos el respeto y sumision debidos á su Grandeza: y para imprimiros esta justa idea, os explicaré, que Dios es espíritu puro, que no tiene cuerpo; ni se compone de partes, como nosotros, y como todos los demas cuerpos: que Dios es inmutable, inmortal, y eterno: y que Dios es por esencia la Verdad, la Sabiduría, la Justicia, y la Luz. Atended.

"Dios es espíritu" (1), nos dice el Evangelista San Juan; y no solo no tiene cuerpo, sino que es imposible que le tenga: qualquier cuerpo se compone de partes, menores que el todo: Y para que lo entendais bien, pondré el exemplo en un hombre: Su cuerpo se compone de cabeza, manos, pies, corazon, vientre, y otros muchos miembros, unos mas pequeños, y otros mayores; pero todos menores que el cuerpo del hombre; porque todos juntos lo componen, y de su union resulta el cuerpo humano: y no se puede decir, que la cabeza es el hombre, ni tampoco las manos, ni los otros miembros separados: No sucede así en Dios; pues nada hay en su Magestad, que no sea Dios: A mas de esto; vosotros conoceis naturalmente, que el espíritu es mas noble y mejor que el cuerpo; y como no hay, ni puede haber cosa mejor, mas noble, ni mas perfecta, que Dios; necesariamente es su Magestad espíritu puro y absolutamente incorpóreo.

De aquí se sigue lo que nos dice el citado Evangelista San Juan (2); que, siendo Dios espíritu y verdad, las adoraciones que debemos tributarle, han de ser en espíritu y verdad: Todo culto, puramente corporal, es indigno de Dios; y así, habeis de unir un culto espiritual para agradar á S. M., procurando separar de vuestra imaginacion toda idea corpó-

(1) Joan. cap. IV. v. 24 (2) Ibid.

pórea; pues, por mas hermosa y brillante que os parezca, no es Dios, ni puede serlo, por ser Dios espíritu puro. No quiero decir con esto, que no debe dirigirse nuestro culto á la sagrada Humanidad de Jesu-Cristo, á María Santísima, á los Santos, y sus Imágenes; antes por el contrario, es muy justo tributarles nuestras adoraciones y súplicas, como á Medianeros y Abogados para alcanzar de Dios los socorros oportunos en nuestras necesidades, así espirituales, como temporales: pero este mismo culto debemos dirigirlo á Dios, como supremo Señor, Omnipotente, principio y fin de todas las cosas.

Finalmente, no solo habeis de creer, que Dios no tiene cuerpo; sino que su Sér es purísimo, sin composicion de partes de diferente naturaleza; como el hombre, que se compone de cuerpo y alma, que son dos substancias diferentes: En Dios nada hay, dice San Agustin, que no sea su substancia, su esencia: y en una palabra; no hay cosa, que no sea Dios: Su Divinidad es Dios; su Sabiduría es Dios; su Justicia es Dios; y así todos sus adorables atributos.

En efecto, Dios es un Sér simplicísimo, sin diversidad, ni multiplicidad alguna de partes, aunque este Ser purísimo produzca una infinidad de efectos diversos, y no pueda ser conocido por los hombres, sino por diversos pensamientos, cuya multitud prueba la imperfeccion de las criaturas, y la plenitud del Ser de Dios, que todo lo comprende en la incomprensibilidad de su Ser purísimo y simplicísimo. Esto es lo que debemos creer firmemente, sin intentar comprender lo incomprensible.

Dios es asímismo *inmutable*, *inmortal y eterno*. Para que podais concebir su *inmutabilidad*, la contrapondrémos á la mutabilidad de las criaturas; porque en el Mundo no vemos otra cosa, que contínuas mutaciones: Todo pasa; todo se acaba; nada hay estable, ni per-

manente: todo es vicisitudes y revoluciones: unos caen; otros se levantan: unos mueren; otros nacen: unos salen, para hacer lugar á otros; y en pocos años se vé trocada la faz del Universo.

Lejos de poder encontrar estabilidad en las cosas del Mundo, ni aun podemos encontrarla en nosotros mismos: nos inquieta un fluxo y refluxo continuo de pensamientos y movimientos: lo que hoy nos parece verdadero, bueno y útil, nos parecerá otro dia inútil, malo y falso: nuestras inclinaciones y afectos son todavía mas varios, que nuestros juicios: Tan presto estamos tranquilos; tan presto inquietos; tan presto alegres; tan presto tristes; tan presto animosos; tan presto abatidos: en una palabra; nada encontramos en nosotros mismos, que sea uniforme y constante.

La mutabilidad es tan natural al hombre, que la uniformidad de una accion basta para destruirle: Si come, si duerme, si reposa, si camina, si trabaja sin interrupcion, infaliblemente muere; basta para rendir el espíritu, aplicarlo largo tiempo á un mismo objeto, sin variacion. La constancia misma, que admiramos en algunos hombres, no es porque aman siempre unos mismos objetos con una accion continua, sino porque quando piensan en aquel objeto, no varían el movimiento de su afecto; bien que jamás se verifica, que sea con la misma intension.

Los Angeles, aunque mas fuertes y constantes que los hombres, tampoco son inmutables; porque son capaces de tener pensamientos y movimientos, que ántes no tenian; y porque con un acto solo no evacuan toda su capacidad de amar y conocer. Consiguientemente, para concebir la *inmutabilidad* de Dios, es necesario separar todas las ideas de la mutabilidad de las criaturas: Su divino Ser es incapaz de alteracion; no recibe aumento, ni diminucion, ni diversidad de perfeccion; porque es infinitamente perfecto: su voluntad

es

es igualmente estable, que su inteligencia; porque no es otra cosa, que su misma esencia y su substancia. Por esto nos dice en la Profecía de Malachîas (1): "Yo »soy el Señor, y no me mudo jamás." Y David, adorando esta inmutabilidad, exclama (2): Vos sois siempre el mismo, y vuestros años no pasan.

Dios muda todas las cosas, sin mudanza en sí mismo. "Sabe obrar, dice San Agustin, sin cesar de estar »en reposo; y hace nuevas obras por un consejo eterno." Adoremos, pues, con humildad profunda la *inmutabilidad* de nuestro Dios, considerando la inconstancia nuestra, y colocando nuestra confianza en su divino amor para con sus Escogidos. Deseemos con ánsia el estado felíz que nos tiene prometido en el Cielo, donde en algun modo serémos participantes de su incorruptibilidad inmutable, y donde le amarémos siempre, sin temor de ofenderle.

Veamos ahora, cómo Dios es tambien *inmortal* y *eterno*. No hay criatura alguna, que no haya tenido principio de su ser; y á este principio precedió una eternidad; porque todo lo que empieza, no tuvo exîstencia hasta aquel tiempo. Dios solo exîstió siempre, y no tuvo principio: siempre ha sido el que es, y lo será eternamente. En Dios no hay tiempo pasado, ni futuro: Todo es presente; posee todo su Ser desde la eternidad, y sin sucesion ni variacion.

El tiempo y las criaturas pasan sucesivamente en presencia de esta *eternidad inmóvil*, que comprende en sí misma la duracion pasagera de todas las cosas temporales. Dios en su *eternidad* vé invariablemente todas las mutaciones de las criaturas; pues, aunque éstas son sucesivas, unas respecto de otras, no lo son respecto de Dios, que las vé todas *eternamente*. Por esto, dice San Gregorio Magno, que la revolucion de todos los siglos

(1) Malach. cap. III. v. 6. (2) Psalm. CI. v. 28.

es en sí misma pasagera; pero firme y estable en la *eternidad*, de un modo incomprensible.

Consideremos, pues, que somos nada; y humillémonos en la presencia de este supremo Ser *inmutable* y *eterno*: Trabajemos, para conseguir la eternidad, en el modo que nos es posible poseerla, y en que efectivamente la poseen los Bienaventurados, viendo y amando á Dios sin vicisitud ni mutacion; alabando su santo Nombre por todos los siglos; y habitando en la celestial Jerusalen, donde no hay necesidad de la luz del Sol, ni de linternas; porque Dios, nuestro Señor, ilumina sus moradores (1).

De esta Doctrina del Evangelista San Juan consta, que Dios es la Luz, la Verdad, la Sabiduría y la Justicia. Conviene mucho, que entendais esto; porque estas ideas son las mas espirituales y las mas distantes de las ideas corporales, que podríais formaros de Dios; y consiguientemente, el objeto del amor mas puro, mas desinteresado y mas espiritual, que podemos tener á su Magestad.

A la verdad, es de temer, que, concibiendo á Dios baxo de imágenes corporales; por exemplo, como una luz infinita, vengais á formaros un ídolo, creyendo á Dios semejante á estas imágenes: y, como enseña San Agustin, hemos de huir, para conocer á Dios, de toda similitud corpórea, que ocurra á nuestra imaginacion.

Mas no hay este peligro, concibiendo el verdadero sentido, en que Dios es *por esencia* la *Verdad*, la *Sabiduría*, la *Justicia*, y la *Luz*. Dios es la *Verdad*, porque formó todas las criaturas segun sus ideas; y como sus ideas son su misma Esencia y el modelo de las criaturas, la verdad de estas depende de la conformidad con aquellas ideas; como la verdad de una obra material depende de la conformidad con la idea del artí-

(1) Apoc. cap. XXII. v. 5.

tífice. Consiguientemente, las ideas eternas de Dios son *la verdad primera y esencial* de todas las cosas; y toda verdad es conocida de Dios, y subsiste en Dios *eternamente*, por la idea que de ella tiene. Y como esta idea es Dios mismo, Dios es la *Verdad por esencia*, y *la Verdad es Dios.* De aquí se sigue, que quando nosotros concebimos qualquiera verdad, Dios es quien aclara nuestro espíritu, y produce en él una luz, que persuade y convence la verdad que nos es demostrada. Por esta razon la sagrada Escritura nos enseña (1) á pedir á Dios continuamente, que nos haga conocer su santa Ley; que no nos oculte sus mandamientos; y aclare nuestros ojos, para conocer sus maravillas.

Considerad, pues, quán fea es la mentira, oponiéndose y siendo contraria al mismo Ser de Dios: no confieis jamás en la mentira, porque es necesario que perezca; y Dios no permitirá jamás, que triunfen largo tiempo contra la verdad: no mintais nunca; porque la mentira mata al alma (2); y quando su falsedad sea disipada, no os quedará otra cosa, que una eterna desesperacion; porque ireis al Infierno á ser compañeros del Demonio, que es el padre de la mentira; y no vereis jamás la verdad eterna, que es el mismo Dios.

La Sabiduría es propiamente un conocimiento de todas las cosas, estimándolas segun su precio; prefiriendo las mas excelentes á las que no son tales; y eligiendo los medios mas proporcionados para conseguir el fin. Todo esto conviene perfectamente á Dios: Conoce el precio de todas las cosas; las ordena con una proporcion admirable; y las guia al fin que se propuso, por caminos inefables (3). Este conocimiento, y este órden eterno en la mente de Dios, es Dios mismo; y así Dios es la *Sabiduría por esencia.*

El conocimiento, que Dios tiene de lo que las criatu-

(1) Psalm. CXVIII. per tot.
(2) Sap. cap. I. v. 11.
(3) Ibid. cap. VIII. v. 1.

turas racionales le debemos; de lo que debemos á nuestros próximos por respeto á Dios; de lo que merecemos, obedeciendo sus mandamientos; y lo que desmerecemos, quando nos apartamos del órden que nos tiene señalado; es á un mismo tiempo la *Ley eterna*, que nos prescribe estas obligaciones; y la *Justicia eterna*, que las autoriza. Así, el conocer la Justicia, es conocer lo que Dios manda á los hombres: amar la Justicia, es amar los mandamientos, y querer obrar con arreglo á ellos; porque solo así obramos justamente; y por esta razon nos dice la Escritura (1), que los juicios de Dios son verdaderos y justos en sí mismos.

Ved aquí, cómo Dios, conociendo desde la eternidad todas las cosas conforme son en sí, se llama *Verdad eterna*: Conociendo el precio, el órden y la direccion de cada cosa, se llama *Sabiduría eterna*: y conociendo y prescribiendo las obligaciones de las Criaturas, y lo que éstas merecen por sus buenas, ó malas operaciones, se llama *Justicia eterna.*

De esto se sigue, que todo pecado es contrario á *la Verdad*, á *la Sabiduria*, y *á la Justicia*; porque todo pecado se funda en un falso juicio de que aquella accion es buena; y esto es contrario á la *Verdad*: todo pecado prefiere un bien menos estimable, á un bien mayor y mas apreciable; lo qual es contra la *Sabiduría*; todo pecado nos hace quebrantar alguna obligacion de las que Dios nos impone; y esto es contrario á la *Justicia*: Por esta razon la sagrada Escritura da indiferentemente á los pecadores los nombres de *ignorantes*, *mentirosos*, *insensatos*, é *injustos.*

Tambien os he dicho, que Dios es la *Luz por esencia*; y la sagrada Escritura nos enseña, que es luz en sí mismo, y lo es para nosotros: *Es luz en sí mismo*, porque en Dios no hay tinieblas, ignorancia, ni error, y

(1) Psalm. XVIII. v. 10.

y nada se le oculta: *Es luz para nosotros*, porque es quien nos ilumina, y nos hace conocer la verdad y el bien, principalmente en lo que nos conduce á la salvacion y á nuestra eterna felicidad. En una palabra; la bondad de nuestras acciones pende de que sean conformes á la *Verdad*, la *Sabiduría*, la *Justicia*, y la *Luz* de Dios.

Es necesario, que continuamente le pidamos este conocimiento, y su santo amor. La Iglesia lo hace todos los dias, y los Eclesiásticos todos, en el oficio Divino, y con particularidad en el citado Salmo CXVIII: *Beati immaculati in via.* Si así lo practicáreis vosotros, Dios os iluminará; os colmará de bendiciones; y sereis eternamente felices: Por el contrario, si os fiais de las luces naturales, sois ciegos; vuestras inclinaciones depravadas os precipitan; vivireis y morireis en pecado; y os condenaréis, para sufrir tormentos crueles por toda la eternidad. No permita Dios esta desgracia; y pues estais oyendo la voz de vuestro Pastor, seguidla, adorando humildemente á Dios; haciendo penitencia de vuestras culpas; y firme propósito de guardar los mandamientos de Dios y de su Iglesia; porque este es el único medio de ser felices y bienaventurados por toda la eternidad en la Gloria. *Amen.*

PLA-

PLÁTICA IV,

EN CONTINUACION DE LA ANTERIOR, con motivo de la santa Visita. (*)

Sancti estote, quia ego Sanctus sum.
Levit. cap. XI. v. 44.

Habiendo procurado instruiros, amados hijos mios, en que Dios es Espíritu puro, que no tiene Cuerpo, ni se compone de partes; que es *inmutable*, *inmortal*, y *eterno*; y finalmente, que es por esencia la *Verdad*, la *Sabiduría*, la *Justicia*, y la *Luz*: ahora voy á instruiros de su infinita pureza y santidad; de su bondad, y adorables misericordias.

"Sed Santos, nos dice el Señor, porque Yo soy »Santo:" *Sancti estote, quia ego Sanctus sum.* Consiguientemente, es necesario que sepais, qué cosa es *ser Santo*; y porqué Dios, que se nos propone como modelo, se llama *Santo.*

La santidad es una separacion y un odio á todo lo malo, impuro, profano, y corrompido; y un amor á la pureza, perfeccion, y práctica de todo lo bueno: Y como Dios es incorruptible, espíritu puro, y la bondad misma, fuente de donde dimana todo lo bueno que se halla en las criaturas; porque "todo don per»fecto nos viene del Padre de las luces (1):" por esto Dios es la Santidad por esencia. Su purísimo Ser, en sí mismo, es enemigo de la concupiscencia, que es la raiz y orígen de todo lo malo: por lo que es imposible, que Dios dexe de aborrecerla, condenarla, y castigarla.

Su

(*) Esta Plática, como que es una continuacion de la antecedente, con el propio objeto de la Visita del Arzobispado, es en todo correspondiente á aquella; y no deberán separarse.

(1) Jacob. cap. I. v. 17.

Su aversion á los desórdenes y pecados es tan grande en extremo, que le hacen incompatible con estas cosas: es necesario que Dios por su Gracia arroje del alma la concupiscencia y el pecado, ó que se separe, y aleje de esta alma. La menor mancha de pecado y amor propio no puede ser admitida á la participacion de la felicidad eterna; y así, ninguno puede entrar en el Cielo, sin que ántes haya sido enteramente purificado por la contricion, y los Sacramentos; y si le quedó todavía alguna mancha, sin purificarla con las penas del Purgatorio.

Tres señales principalísimas manifiestan el odio sumo, que Dios tiene al pecado. La primera es el castigo terrible del delito de nuestro primer Padre, que solo por haber comido la fruta prohibida, fué castigado por Dios en Adan y Eva, y todos sus descendientes: castigo, que comprende la espantosa multitud de males de que los hombres se han visto y se verán oprimidos en toda la serie de los siglos.

La segunda es la compensacion que Dios exîgió para librar á los hombres del pecado, que fué la muerte de su Unigénito Hijo. A la verdad, es necesario que su odio al pecado sea incomprensible, quando ha exîgido una satisfaccion infinita.

La tercera son las penas espantosas, con que han de ser castigados todos los condenados por toda la eternidad; pues esto prueba, que la *Santidad* de Dios dista infinitamente del pecado, quando hace sufrir á los pecadores penas infinitas en su duracion.

Ved, pues, cómo estamos obligados á destruir en nosotros mismos la concupiscencia y sus efectos; no cesando de combatirlos, ni de aborrecerlos; pues Dios no dexa nunca de condenar y aborrecer el pecado: á humillarnos en presencia de la infinita *Santidad* de Dios; confesando nuestra indignidad, fundada en la impureza de nuestro corazon: á evitar cuidadosamen-

te las menores faltas; contemplando la soberana pureza de Dios, que no puede sufrir la mas leve tacha: á excitar en lo íntimo de nuestras almas sentimientos de temor y reverencia, quando entramos en la Iglesia; quando tributamos culto á Dios; y nos acercamos á los santos mysterios. En estas ocasiones debemos con mas particularidad estar interiormente movidos de un santo amor y respeto á la suprema Magestad y *Santidad* infinita de nuestro Dios. Imitemos al Patriarca Jacob, que, habiendo visto en Bethel una vision de Angeles, trasportado de un temor respetuoso, exclamó: "¡Ó quán terrible es este lugar!" (1) Y la Iglesia Griega hace pronunciar á los que se acercan á comulgar, estas palabras, tomadas de la Epístola de San Pablo á los Hebreos: "No me consumais, fuego devorador:" *Etenim Deus noster ignis consumens est* (2).

Mas este respeto, amados hijos mios; este santo temor no es incompatible con el amor tierno que debemos tener á nuestro Dios, que es en sí mismo la *suma Bondad*, é infinitamente amable: Es *infinitamente perfecto*, y la perfeccion misma.

Este bien tan grande, es el único verdadero bien, capaz de saciar nuestros deseos, y de hacernos eternamente felices. El alma que lo llegare á poseer en la Patria celestial, gozará una plenitud incomprensible de bienes: y aunque quedará perfectamente satisfecha y tranquila con su posesion, conocerá claramente, que este bien tan grande, excede infinitamente su capacidad, y que puede todavía ser poseido de un modo infinitamente mas perfecto.

Todas las cosas visibles pueden darnos una idea de esta *Bondad suma*; porque Dios las crió todas (3) por una inefable efusion de su *Bondad*: mas todavía brilla con

(1) Genes. cap. XXVIII. v. 17. (2) Hebr. cap. XII. v. 29.
(3) Sap. cap. XIII. v. 5.; et Rom. cap. I. v. 20.

con mayor claridad en su conducta para con las Criaturas racionales, habiéndolas destinado para la posesion del soberano Bien; y en los medios que nos da para conseguirlo, como nuestro fin último; queriendo comunicarse á las almas de un modo inefable, con tal que por nuestra parte no pongamos obstáculos á sus gracias, ni seamos infieles á sus mandamientos; sino que guardemos puntualmente su santa Ley.

Y aunque nos dice Salomon en los Proverbios (1), que "Dios obró todas las cosas con respecto á sí mismo, „ó para sí mismo:" *Universa propter semetipsum operatus est Dominus*; no os imagineis, que lo hizo porque de las Criaturas pueda sacar alguna utilidad ó ventaja. Dios es felicísimo en sí mismo; y nunca tuvo ni pudo tener aumento su felicidad. Crió á los hombres para sí mismo, porque es nuestro último fin, y nuestra única verdadera felicidad; y los que se dirijan á otro fin, no pueden dexar de ser viles, desarreglados y eternamente infelices. Esta *Bondad* de Dios se extiende á todas las Criaturas, sin distincion entre las inocentes, y las culpables; en lo qual se distingue de su *Misericordia*, que es propiamente la *Bondad* que exerce con los pecadores y miserables.

Esta adorable Misericordia brilla en todos los hombres: en los *Escogidos*, sacándolos de un abysmo de males; y premiando sus méritos por toda la eternidad con bienes infinitos, é inexplicables: en los *Réprobos*, porque, aunque despues de su muerte han de sufrir tormentos eternos, experimentando los terribles efectos de la Divina Justicia; como mereciéron el infierno por cada pecado mortal que cometiéron, la Misericordia fué quien suspendió la execucion de esta Justicia, y los sufrió toda su vida, como dice el Apóstol, *con mucha paciencia* (2). Y no solo los sufrió, sino que les concedió

(1) Prov. c. XVI. v.4. (2) Rom. c. IX. v. 22.; et II. Petr. cap. III. v.9.

muchos beneficios y gracias, interiores y exteriores, de las quales abusaron, y por su maldad se condenaron.

Mas no hay duda en que la Divina Misericordia brilla mas en los *Escogidos*, aunque nosotros no tenemos mas que una idea muy débil de los bienes incomprensibles que Dios les tiene preparados en la otra vida; ni tampoco somos capaces de concebir el funesto abysmo del pecado, de donde nos saca con su Gracia. Si lo concibiéramos bien, nos pasmaríamos y nos aturdiríamos de ver, que Dios se digna poner sus ojos en unas Criaturas tan indignas de su Gracia; y exclamaríamos continuamente con David (1): "¿Qué cosa es el »hombre, para merecer, que Vos, Señor, os acordeis »de él; ó el hijo del hombre, para que Vos le visiteis?"

¡Corazon humano, siempre inquieto; siempre sediento, buscando reposo en unas viles criaturas, incapaces de saciar tus vastos deseos! ¡Reconoce de una vez tu error, y la baxeza de tus pensamientos! "¿Por qué corres, dice San Anselmo, tras de una multitud de objetos, buscando con qué satisfacer á tu alma y á tu cuerpo? Ama á Dios; ama este bien único, que comprende todos los bienes: que éste te basta." Cada uno debemos decirnos á nosotros mismos con el gran Padre San Agustin: "¡Muy avara es el alma, á la qual Dios no »le basta!" ¿Qué cosa la bastará de las que Dios hizo, á quien no le basta el mismo Dios? ¡Muy corrompida está la voluntad del hombre, que busca unos bienes frívolos, y en ellos se complace; y no busca un bien soberano, capaz de colmarla de bienes: ni se acerca á ver y gustar la suavidad del Señor! *Gustate, et videte, quoniam suavis est Dominus*!

El amor de Dios es el que nos hace gustar la suavidad de la Bondad y Misericordia de Dios. Este santo amor es la vida del alma; y toda alma, que no tiene al-

(1) Psalm. VIII. v. 5. (2) Psalm. XXXIII. v. 9.

algun gusto, ni algun sentimiento por la Bondad de Dios, no vive, porque no ama. Es verdad, que estos sentimientos y gustos pueden ser de tal modo espirituales, que en ellos no tenga parte la imaginacion; y entónces no hay señal alguna sensible; porque el gusto del alma es todo interior.

Cuidad mucho, amados hijos mios, de procurar imprimir en lo íntimo de vuestros corazones una viva idea de la *Bondad* y *Misericordia* de Dios, porque nada hay mas propio para excitar nuestro amor; y el amor de Dios es el principal, ó, por mejor decir, el único culto agradable á sus divinos ojos. Cuidad mucho de que no se os borre esta idea; ántes procurad que sea cada dia mas viva y mas fuerte, para que podais practicar lo que dice Salomon: "Tened del Señor sentimientos "dignos del Señor:" *Sentîte de Domino in bonitate* (1). Los sentimientos de temor, solo son buenos en quanto nos conducen al amor; mas los sentimientos de amor son buenos por sí mismos. Este es el modo, con que Dios quiere ser honrado de los hombres; y por lo que nos dice, lleno de ternura á cada uno de nosotros: "Hijo; dame tu corazon:" *Fili; præbe mihi cor tuum.* Con tal, que de la *Misericordia* de Dios no abuseis, para olvidaros de su *Justicia*, nunca podreis formaros una idea bastantemente grande; porque los pensamientos humanos siempre quedan muy léjos de comprender su infinita Grandeza.

Sobre todo os encargo, amados hijos mios, que os guardeis bien de imaginaros jamás, que vuestros pecados, por muchos y enormes que sean, exceden las adorables misericordias de Dios: ántes por el contrario, es necesario que concibais, que todos los pecados imaginables de los hombres, comparados con esta *Misericordia*, son menos que una gota de agua, comparada con el

(2) Sap. cap. I. v. 1.

el Océano; y consiguientemente, no deben impedir nuestra esperanza ni nuestra confianza en Dios, sino animarnos á pedirle perdon de nuestros pecados con un sincero arrepentimiento; un deseo serio de que nos reciba en su amistad y gracia; procurando recobrarla con la confesion de nuestras culpas.

Este tiempo de la *santa Visita*, en que me teneis aquí presente, es muy oportuno para que salgais del abysmo en que vuestra fragilidad y miseria os ha precipitado: como Padre y Pastor amoroso, estoy pronto á recibiros, como lo hizo el buen Padre de Familias con el *Hijo pródigo* (1). No temais, ni os detenga cosa alguna. Si no obedeceis y seguís la voz de vuestro Pastor que os llama, quedaréis fuera del redil, y sin defensa, expuestos á todas horas á que venga el Lobo infernal á devoraros, y precipitaros en lo profundo del Infierno, donde todo es confusion, fuego, desesperacion y rechinamiento de dientes (2).

Venid, pues, á recibir los efectos de la *Misericordia* de Dios; salid de vuestro mal estado: y guardando en adelante los Mandamientos de Dios, y de su Iglesia, lograréis la gracia de una buena muerte, y ser eternamente felices en la Gloria. *Amen.*

(1) Luc. cap. XV. v. 20. (2) Matth. cap. XIII. v. 50.

PLÁ-

PLÁTICA V.

Á LAS RELIGIOSAS,

EN OCASION DE ELEGIR PRELADA. (*)

Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus; sed Spiritum, qui ex Deo est.

Apost. Epist. I. ad Cor. cap. II. v. 12.

Nuestra madre la Iglesia (amadas hijas mias) tiene sabiamente dispuesto y ordenado, que se invoque la asistencia del Divino Espíritu, para obrar con acierto en las *elecciones canónicas*. Cumpliendo con esta santa disposicion, se ha celebrado la Misa del Espíritu-Santo; y me persuado la habreis oido con el fervor, humildad y devocion necesaria, para que este celestial Espíritu se difunda en vuestros corazones, y os ilumine.

Con todo, mi amor paternal no puede omitir el advertiros, que mientras vivimos en el Mundo, se introduce en todos insensiblemente el espíritu mundano: y el gran Padre San Agustin nos enseña, que el Espíritu de Dios, y el espíritu del Mundo forman dos ciudades, *Jerusalen* y *Babylonia*; cada una con leyes y máxîmas opuestas.

Estos dos espíritus dividen el Universo, y están esparcidos en todos los Estados y Lugares: en las Cortes y Pueblos miserables; en las familias opulentas, y en las pobres; y hasta en el retiro de los Claustros: de modo, que vosotras, amadas hijas mias, no obstante la Perfeccion á que aspirais, no estais libres de que procure el espíritu del Mundo introducirse en vuestros corazones; y ne-

(*) Es una exhortacion muy breve; pero llena de zelo, fervor y energía.

necesariamente sois ciudadanas de Jerusalén, ó de Babylonia: vosotras estais animadas del Espíritu de Dios, ó del espíritu mundano.

Esta es la situacion de todos los mortales, y consiguientemente la vuestra. Los buenos viven mezclados con los malos; están sujetos á unas mismas necesidades corporales; y cumplen igualmente con ciertas obligaciones exteriores: mas un Espíritu invisible nos separa y nos distingue. Las máxîmas y principios, que nos animan, son diversos. En esta confusion, en que vivimos, solo Dios, que juzga de nosotros segun nuestro interior, sabe separar las almas que le aman con pureza, de las que no están poseidas de su Espíritu y su amor.

Exâminaos, pues, vosotras mismas, y considerad, qué espíritu anima vuestros pensamientos y deseos sobre la *Eleccion* que habeis de hacer. Si es el Espíritu de Dios, cada una votaréis para Prelada á la Religiosa mas digna, y en quien se hallen las qualidades que expresa la Constitucion de vuestra santa Regla, que se acaba de leer con este fin: si por el contrario, os anima el espíritu del Mundo, votaréis, por particular inclinacion, á la que mas congénia con vosotras; y con la idea de que os distinga y coloque en los oficios de honor de la Comunidad.

En este asunto es muy fácil, que el amor propio os engañe. Quizás habrá entre vosotras alguna, que viva muy tranquila con las apariencias de actos virtuosos, en que se exercita, y con la freqüente participacion de los santos Mysterios; y que tenga un corazon mundano, corrompido, ambicioso de mandar, y dominado de afectos, distintos de los que inspira el Espíritu de Dios. Ahora bien; para que podais juzgar de vosotras mismas sin engaño, os explicaré brevemente los caractéres en que se distingue el Espíritu de Dios del espíritu del Mundo.

El primer carácter del Espíritu de Dios es, ser un es-

espíritu de separacion de las propias inclinaciones; de los deseos de ser preferidos y honrados: un espíritu de retiro y de oracion. Apénas recibieron los Apóstoles este Divino Espíritu, renunciaron todos los cuidados mundanos, y sus propias inclinaciones: solo se ocuparon en la oracion, y en predicar la Doctrina de Jesu-Cristo (1). Estos hombres, que ántes no podian sostener una hora de recogimiento; que ignoraban el verdadero modo de orar; y fueron tantas veces reprehendidos por el Salvador, porque siempre deseaban y pedian cosas terrenas: estos mismos, desde el momento en que recibieron el Espíritu Divino, nos dice San Lucas (2), que perseveraban muchas horas en el Templo en oracion. Si los Judíos los perseguian, en la oracion encontraban el consuelo de sus penas: si los Gentiles los aprisionaban, lás cárceles mas horrorosas resonaban con acciones de gracias, y cánticos de alegría. En una palabra; estos hombres, ántes carnales, disipados y terrenos, con el Espíritu-Santo se trocaron en hombres interiores, espirituales, mortificados; y sus pensamientos solo fueron de cosas celestiales. Tienen que elegir un Apóstol, y recurren á la oracion; y despues de muchas súplicas al Señor, eligen á San Matías, sin otras miras, ni inclinaciones, que la honra y gloria de Dios (3).

Por el contrario sucede ordinariamente; y debemos temer, no sea que nos domine el espíritu del Mundo baxo las apariencias de Religion. No juzgueis de vosotras mismas, amadas hijas mias, por la conducta exterior que parece irreprensible; ni por ciertas obras de Religion y piedad. Observad bien, si os anima y os guia el Espíritu de Dios, ó el espíritu del Mundo. Exâminad vuestro modo de pensar; vuestros disgustos; resentimientos; envidias; delicadeza y orgullo; y sobre todo,

(1) Act. cap. VI. v. 4.
(2) Ibid. cap. I. v. 14.
(3) Ibid. vv. 24. seqq.

vuestras miras y deseos acerca de la *Eleccion* de vuestra Prelada.

El segundo carácter del Espíritu de Dios, es ser un espíritu fuerte, constante y animoso. Este Espíritu venció al Mundo; derribó los ídolos; destruyó las supersticiones; condenó los errores; y combatió las pasiones: en una palabra; como este Espíritu es mas fuerte, que todo el poder del Mundo, nada teme de las cosas del Mundo; y siempre superior, no se dexa seducir, ni obra por respetos humanos. Los Apóstoles, que eran antes de recibir el Espíritu Santo, débiles y tímidos; que con la muerte del Salvador andaban dispersos, y tan acobardados, que, por no exponerse al furor de los Judíos, no se atrevian á dar testimonio de la inocencia de su adorable Maestro Jesus, ni á publicar su admirable Resurreccion, ni la verdad de su doctrina; desde el momento en que recibiéron el Espíritu-Santo, se presentaron animosos en medio de Jerusalén, anunciando, que el inocente Jesus, condenado á morir afrentosamente en una Cruz, era verdadero Hijo de Dios. Los Príncipes de los Judíos, y los Maestros y Doctores de la Ley contradicen á los Apóstoles; les imponen perpetuo silencio; y les amenazan con cárceles y tormentos: mas ellos responden con valor y constancia, que es mas justo obedecer á Dios, que á los hombres (1): y como si la Judéa no les hubiera ofrecido bastantes peligros y persecuciones, se esparcen por todo el Universo, sin temer la ferocidad de los Pueblos mas bárbaros; la crueldad de los Tyranos, ni el horror de los tormentos.

¡Tal es la firmeza y constancia de un alma, llena del Espíritu-Santo! Este es la fuente de toda verdadera grandeza, en los Cielos y en la tierra; nos eleva sobre nosotros mismos; nos imprime los divinos caractéres de

(1) Ib. cap. V. v. 29.

de una santa libertad; nos coloca en el seno del mismo Dios; y nos hace despreciar todo temor servil. Consiguientemente, si vosotras (amadas hijas mias) estais animadas del Espíritu de Dios, no os dexaréis seducir de persuasiones, ni respetos humanos; arrancaréis de vuestro corazon las particulares inclinaciones, resentimientos, emulacion y deseos de conseguir oficios en la Comunidad; finalmente, obraréis sin temor, y elegireis para Prelada, con santa libertad, aquella Religiosa, que se halle adornada de talento, prudencia, virtud y zelo, capaz de hacer observar exâctamente la santa Regla; de mantener en paz la Comunidad; de aconsejaros, consolaros y animaros con su exemplo á servir y amar á Dios de todo corazon, como verdaderas Esposas de mi dulce Redentor Jesus.

¡Gran Dios! Esparcid ahora en nuestros corazones el espíritu de oracion, retiro, abnegacion de nuestras pasiones, y fortaleza, que hizo á vuestros Apóstoles unos hombres nuevos; vencedores del Mundo; y testigos intrépidos de la verdad: destruid en nosotros el espíritu del Mundo; espíritu de disipacion, de complacencia y debilidad, que cierra la entrada en nuestros corazones al Espíritu-Santo: renovad nuestros deseos, afectos y pensamientos: finalmente, haced, que estas Religiosas imiten en la *Eleccion* de su Prelada el fervor, la oracion y deseos del acierto, con que procediéron los Apóstoles á la eleccion de San Matías para el alto ministerio del Apostolado: *Amen.*

PLÁTICA VI.

SOBRE LAS OBLIGACIONES DE UNA RELIGIOSA, elegida para Prelada, y de sus Súbditas en seguir sus consejos é instrucciones. (*)

Despondi enim vos uni viro, Virginem castam exhibere Christo. Epist. II. ad Cor. cap. XI. v. 2.

Las obligaciones de una Religiosa desde el dia en que es *elegida Prelada, confirmada, y constituida Superiora* y *Madre de una Comunidad*; y cómo debe manejarse, para que las almas, que Dios la confia, aprovechen en la virtud; nos lo explica el Apóstol San Pablo con estas breves palabras: "Yo os he entregado á Jesu-Cris-"to, vuestro Esposo, para que os le presenteis siem-"pre, como Vírgenes puras, y dignas de su tierno, cas-"to y divino amor." Consiguientemente, los deseos de una *Prelada*, y el fin principal, que debe proponerse en el cumplimiento de su ministerio, es, guiar y presentar á Jesu-Cristo á todas sus Religiosas, como Vírgenes puras y sin tacha; esentas de todo pecado, ó purificadas de sus manchas.

Este deseo ardiente y sincéro, que debe nutrir y fomentar en lo íntimo de su corazon, la obliga á hacer todo lo que sea útil, ó necesario para la santificacion y perfeccion de sus hijas: y como para conseguirla, no hay cosa que pueda contribuir tanto, como su buen exemplo, "está obligada á santificarse y corregirse á sí "misma, por tres motivos muy fuertes: Por lo que de-"be á Dios: por lo que debe á sí misma: y por lo que "debe á las almas que se le han confiado."

Pa-

(*) Los avisos que se contienen en la presente Instruccion ó Plática, no pueden ser mas saludables, ni mas del caso, tanto para las que son Preladas, como para las Súbditas.

Para trabajar en su propia santificacion, como es necesario, no solo está obligada á procurar, que la plenitud del Espíritu-Santo habite en su corazon, disponiéndose con la oracion, el ayuno, la mortificacion, el retiro, y los demas exercicios, que conservan, aumentan y fortifican *la caridad interior*; sino que tambien es necesario que *su piedad se extienda exteriormente*, y que mida con una continua vigilancia todas sus acciones y palabras, de modo que sus hijas saquen de ellas instrucciones saludables.

Debe cuidar muy particularmente de no cometer accion alguna inconsiderada; ni manifestar jamás mayor inclinacion, ó amor á alguna, ó algunas de sus hijas; pues debe tratarlas á todas, asistirlas, y consolarlas con una perfecta igualdad.

Nunca debe descubrir sus sentimientos naturales y humanos; ni otra cosa alguna, que pueda dar idea de que en su espíritu residen todavía ciertos efectos del amor propio; como condescendencias fáciles, por agradar á ésta, ó aquella; debilidades, intereses, resentimientos, y ligerezas. Todas estas cosas disminuyen la impresion que sus instrucciones harían en el corazon de sus Súbditas: y por el contrario, las virtudes opuestas á estos defectos, penetrarán su espíritu; y harán que les sean mas amables la verdad, la piedad y la virtud.

Una Prelada debe mirar y considerar todas sus faltas, como importantes; pues aunque la parezcan, y en la realidad sean ligeras, son capaces de impedir el adelantamiento, la edificacion y la perfeccion de las almas que la están confiadas. Una palabra indiscreta; una prontitud; una precipitacion; una imprudencia puede causar una especie de frialdad, de indiferencia, y aun de desafecto ácia la Prelada, en algunas Religiosas: y de aquí pueden caer en una especie de tristeza, de desconsuelo, de cavilacion, que las resfrie su fervor, y quizá las haga incurrir en cosas mas graves.

Ved aquí, amadas hijas mias, cómo una Prelada puede, por falta de vigilancia, causar los males y ruinas que no imaginaba; ¡y quedará atónita y sorprendida, quando Dios la pedirá estrecha cuenta de ellos en su terrible juicio!

La Prelada está en cierto modo obligada á llevarse las almas de sus Súbditas sobre sus espaldas, como el buen Pastor del Evangelio (1) llevaba la descarriada ovejuela. Si la Prelada tropieza, las pone en peligro de caer: si cae, es ocasion para que caygan; y así, jamás puede dar un paso sin mucha circunspeccion y prevision, para impedir que caygan; y levantar con su exemplo, fortaleza y oportunas advertencias á las que por debilidad hubieren caido.

David nos dice en el Salmo LXXI (2), que "los »montes reciban la paz para el Pueblo; y los colla»dos, la justicia." En los *collados* y *montes* entienden los Santos Padres, y nos enseñan, que están figurados los Prelados, y los Superiores. En nosotros, pues, debe residir la *paz* y la *justicia*, para comunicarla á los Súbditos. De aquí se sigue, dice San Isidoro, que los Superiores deben purificarse primero de todo lo que han de corregir, reprender y advertir á los demas.

Una Prelada debe ser pacífica y circunspecta, para comunicar á sus hijas la paz, circunspeccion y paciencia: dedicada toda á Dios, para apartarlas de sus disipaciones: colmada de un santo zelo, y llena del Espíritu de Dios y de fervor, para corregir en ellas los movimientos humanos, y los sentimientos frágiles de la naturaleza. Cada defecto que viere en sus hijas, debe serle una advertencia para practicar inmediatamente la virtud contraria, en un grado capaz de imprimirla en los corazones de las que son desidiosas en practicarla.

Esto es puntualmente lo que el Apóstol San Pablo nos

(1) Luc. cap. XV. v. 5. (2) V. 3.

nos enseñó en su Epístola primera á los de Corinto (1), y lo que el mismo Santo practicaba. "Yo me he hecho »todo para todos, les escribía; acomodándome á su »carácter y sus necesidades, para ayudarlos y salvar»los á todos." En efecto, el Apóstol procuraba estar perfectamente colmado de todas las virtudes, y las practicaba oportunamente, segun la necesidad que advertía en cada uno de los Fieles, que habia convertido y agregado al Gremio de la Iglesia: se armaba de paciencia, para ganar á los impacientes; de dulzura, para corregir á los coléricos, dominados de la ira; de fervor, para animar á los tibios; de vigilancia, para despertar á los perezosos, á fin de que todo el Mundo encontrase en su exemplo, en sus amonestaciones y avisos el remedio de sus males espirituales. Esto le hacia mudar de conducta y de disposiciones, segun el carácter y las diferentes inclinaciones de las personas con quienes trataba y conversaba.

Si una Prelada no procura imitar esta prudente conducta del Apóstol, y quiere por el contrario gobernar su Comunidad segun sus ideas, sus inclinaciones, y quizá *caprichos*, no es posible que dirija bien á todas sus Súbditas; porque es muy diverso el carácter, el genio y el modo de pensar de cada una de ellas; y no se las puede llevar á todas por un mismo camino.

Quando la Religiosa, que ahora fuese elegida y confirmada para Prelada, hubiere trabajado en los términos que acabo de explicar; en corregirse á sí misma, con el fin de avanzar en el camino de la perfeccion, y tambien de aprovechar á sus hijas, habrá cumplido con su oficio, por lo que debe á Dios, y lo que debe á sí misma. Mas esto no basta, para que ya descuide y tranquilice su conciencia.

Atended bien, amadas hijas mias; pues falta todavía

(1) Cap. IX. vv. 19, 22.

vía lo mas principal ; lo mas difícil y mas molesto para una buena Superiora. Esto es , velar , y con un santo zelo trabajar tambien en corregír á sus Súbditas con sus palabras y con sus obras. Quando se trata de corregirlas con las obras , no hay en qué dudar ; porque siempre es bueno corregir sus defectos , y tener continua vigilancia sobre sus propias acciones : mas quando se trata de hablar y hacer á las Religiosas algunas advertencias , no se puede decir lo mismo ; porque no siempre es bueno hablarlas ; ni siempre es bueno el callar.

En efecto, algunas hay de tal genio y complexîon, que suelen acobardarse y aturdirse , si la Prelada las habla , las insta , y las da prisa. Y hay tambien otras, que nada suelen adelantar , ni trabajar sobre sí mismas, ni aun sobre sus obligaciones mas esenciales , quando la Prelada no las estimula A las unas conviene observarlas y esperarlas ; y á las otras , por el contrario ; es necesario prevenirlas , é instarlas oportunamente. Ved aquí una cosa , que pide gran discernimiento ; mucha prudencia , y paciencia ; porque á veces es indiscrecion meterse con ellas ; y á veces , por no prevenirlas , avisarlas , é instarlas , se quedan algunas sumergidas en una increible inaccion , negligencia y tibieza.

Yo quisiera poder establecer sobre este punto tan importante , una regla general , que sirviera de instruccion en la práctica á la Prelada y á las Súbditas ; mas no es posible. Me explicaré , pues , lo menos mal que pudiere ; y os diré, amadas hijas mias , lo que me tiene muy acreditado la experiencia.

Oidme ahora con mucha atencion , porque este aviso es sumamente importante para todas. Es una cosa muy santa , que las Religiosas tengan mucho amor á su Prelada ; y tanta confianza en su prudencia y bondad, que la descubran sus debilidades y flaquezas ; pero es asímismo muy difícil , que venzan su natural repugnancia

cia y vergüenza, y que se resuelvan á practicarlo. Muchas permanecerán siempre cerradas en su interior, si la Prelada no las busca; y con dulzura, maña, y sagacidad no les abre y descubre el corazon. Callando, evitan ellas la pena, el sonrojo y el rubor de que sean conocidos sus defectos; y descubriéndose, se desahoga su espíritu, y reciben consuelo y utilidad. La Prelada, pues, siendo zelosa, prudente y advertida, puede y debe disminuirles ese rubor y esa pena; y facilitarles ese consuelo: si no lo hace con mucha compasion y caridad, permanecerán muchas de sus hijas en una especie de frialdad de espíritu; y es preciso, para sacarlas de tal estado, que la Superiora las enfervorice, las anime y las ayude.

¿Quién podrá penetrar bien, y discernir estas diversas disposiciones y necesidades espirituales de las Esposas de Jesu-Cristo? Solo puede conseguirse, infundiéndonos Dios sus luces; y por lo mismo la Prelada está obligada á orar y pedírselas al Señor con humildad y fervor, á todas horas.

Y bien sea que la prudencia la dicte, que conviene en aquella ocasion acercarse, y buscar á las Súbditas; ó por el contrario, disimular y esperarlas; siempre es necesario que esté igualmente vigilante y ocupada en atender á las necesidades espirituales de sus hijas; que las lleve en su corazon; que medite delante de Dios quantas invenciones la podrá sugerir la compasion y la caridad, para curar, ó aliviar sus males. En una palabra; es indispensable, que medite y reflexîone con atencion y madurez los consejos que les ha de dar; la práctica de las virtudes, á que las ha de inclinar; y las cosas, de que las ha de apartar y separar.

Si la Prelada se ocupa, ó se entretiene en otras cosas, y no piensa, ni vela sobre el bien espiritual de sus hijas, sino quando ellas la buscan; es señal clara de que la caridad no obra con fervor en su corazon; y no debe

admirarse de que no avancen en el camino de la Perfeccion baxo de su gobierno.

Es verdad, que la Superiora necesita con freqüencia tolerar los defectos de algunas; y sufrir la lentitud, con que caminan, largo tiempo: mas esto debe ser exercitando la paciencia, sin fastidiarse, ni cansarse, ni mirar con indiferencia su bien espiritual. Debe ser, exercitando la virtud de la prudencia; y no por descuido, ni por olvido. Y esta prudencia y paciencia, lejos de impedir á la Prelada, que conserve en el fondo de su corazon la misma solicitud para que las lentas, floxas y tibias avancen en el camino de la Perfeccion, como las que son mas fervorosas; ántes por el contrario, deben estimular y avivar su zelo, para trabajar con igual, ó mayor vigilancia, satisfaccion, gusto y alegría, á la que le causan las bellas disposiciones que encuentra en otras. En una palabra; el sufrimiento y solicitud con las lentas y perezosas la adquirirán mayor mérito y corona, que la docilidad y viveza, con que corresponden á su direccion y sus instrucciones las que avanzan mucho, sin costarla tantos cuidados y desvelos.

Finalmente, una Prelada debe considerar y obrar, como que está obligada á trabajar y hacer para el bien espiritual de todas y cada una de sus hijas, todo lo posible; de modo, que se verifique, que no pudo hacer mas en el cultivo de la *viña mystica* de su Comunidad, á fin de que produxese abundantes y sazonados frutos: ¿*Quid est quod debui facere vineæ meæ, et non feci*? (1)

De estas reflexîones y avisos Pastorales, que con el zelo correspondiente á un Prelado, y el amor y ternura de Padre he procurado instruiros para esta presente *eleccion*, vosotras, amadas hijas mias, debeis hacer un uso muy diferente: La que fuere *elegida*, no debe acobardarse, ni entrar en desconfianza: debe considerar

(1) Isaí. cap. V. v. 4.

rar y persuadirse, que Dios lo dispone así; y la asistirá con las luces y gracias necesarias para desempeñar todas esas grandes y terribles obligaciones: y procurando por su parte cumplirlas con un santo zelo, humildad, vigilancia y prudencia; por muchas que sean las faltas, que, como frágil, cometa en su oficio, Dios se las perdonará, siempre que, contrita y humillada en su Divina presencia, clame de lo íntimo de su corazon con David: (1) "Purificadme, Señor, de mis pecados ocultos; y perdonadme la parte que hubiere tenido en los de las Religiosas, que están confiadas á mis cuidados y mi gobierno: Vos, Señor, conoceis bien mi ignorancia, mis tinieblas, mi debilidad y flaqueza."

Y vosotras, amadas hijas mias, no os imagineis, ni creais, que de quanto habeis oido, y contiene esta Instruccion Pastoral, muy poco os toca, ni os comprende, por no ser las Preladas. Estas grandes verdades, si penetraren bien el fondo de vuestro corazon, encontraréis, que os hieren personalmente en muchas cosas; y de lleno, en el uso que os corresponde hacer en calidad de Súbditas.

Considerad, que si la Prelada ha de cargar con tantas y tan terribles obligaciones, las carga por vosotras, y para vuestro provecho, vuestro bien y felicidad. Quando la veais sufrir y sostener sobre sus hombros por vosotras tan gran peso, no se lo hagais mas pesado. Si quereis que os sea, no solo Superiora, sino tambien verdadera Madre, obedecedla y amadla como buenas hijas: si no quereis afligirla, ni sobrecargarla, observad con puntualidad y exâctitud hasta las cosas mas mínimas de vuestra santa Regla; y así disminuireis sus continuos cuidados y desvelos: Si no quereis, que, como Superiora os reprenda y corrija, enmendad vuestros defectos y faltas quotidianas: y finalmente, si quereis,

(1) Psalm. XVIII. v. 13. et LXVIII. v. 6.

que os consuele en vuestras aflicciones, y alivie vuestros males espirituales, descubrídselos con candor y confianza; y seguid sus consejos, sus instrucciones y avisos.

Y supuesto que acabais de oir, quántas y quán graves son las obligaciones de *una buena Prelada*; y que si ésta no las desempeña, como debe, no es posible que esté bien arreglada la Comunidad, ni bien dirigidas las Religiosas, para avanzar en el camino de la Perfeccion; mirad bien, amadas hijas mias, lo que vais á hacer.

Despojaos de vuestros afectos particulares; de vuestras propias inclinaciones; de las miras de parcialidad; y de las de proporcionaros para los Oficios de honor en la Religion: no cargueis vuestra conciencia con un reato de tantas conseqüencias. Votad, pues, con libertad; y elegid aquella Religiosa, en quien resplandezcan no solo las virtudes personales, sino el talento necesario, para discernir lo que conviene; el zelo y actividad para la observancia de vuestra Regla; y la prudencia, entereza y bondad unidas, para hacerse amar y respetar. Así lo espero; os lo encargo, como Padre, que anhela todo el bien de sus amadas hijas; y como Prelado y Pastor, que vela en dirigiros y guiaros por el camino de la vida, para que logreis la eterna felicidad en la Gloria. *Amen.*

PLÁ-

PLÁTICA VII.

PARA LOS CONVENTOS DE RELIGIOSAS, con igual motivo de eleccion de Prelada, sobre la *Verdadera Piedad.* (*)

Así como los mundanos están estrechamente obligados á exâminar sus pecados, para humillarse, arrepentirse, buscar á Dios con un corazon contrito y penitente; así tambien las Religiosas, que viven en el retiro de los Claustros, esentas de los desórdenes groseros del Mundo, deben exâminar cuidadosamente en la presencia de Dios las imperfecciones, y la poca estabilidad y solidez de las virtudes que han adquirido.

Sin este exâmen, amadas hijas mias, el qual sirve para mantenernos en la humildad; en el santo temor de Dios; y en una continua desconfianza de nosotros mismos, las obras de piedad, y las virtudes mismas que practicamos, vienen á sernos inútiles, y á veces nocivas, ó por lo menos, muy peligrosas; porque, como dice San Juan en el libro del Apocalipsis (1), nos suelen inspirar una confianza presuntuosa; hacen que, siendo unos miserables, vivamos satisfechos de nosotros mismos; y que pasemos la vida en un estado lleno de ilusiones.

Temed, pues, amadas hijas mias, no sea el camino que seguís algunas, aquel camino que nos advierte Salomon en sus Proverbios (2), que al principio parece seguro, y los primeros pasos muy rectos; mas al fin se termina con la muerte eterna.

La

(*) No es muy fácil, á la verdad, en un campo tan estrecho, como el de una breve Exhortacion, reunir tantas y tan saludables máxîmas cristianas y evangélicas, y con tanta claridad, órden y energía, como se observan en esta *Plática espiritual.*

(1) Cap. III. v. 17. (2) Prov. cap. XIV. v. 12.

La *verdadera piedad* nos libra de estos errores y estas ilusiones; nos hace vencer las pasiones; nos disgusta de los venenosos placeres del siglo; nos hace conocer las verdades saludables de la Religion; y nos libra de los lazos y asechanzas funestas, de que el Mundo está lleno por todas partes. No seais, pues, ingratas, amadas hijas mias; no seais desconocidas á la *piedad*; sacrificad á esta virtud todas vuestras inclinaciones, combatiéndolas, y sujetando los movimientos del amor propio.

Guardaos bien de formar juicio de vuestras virtudes por la apariencia. Las balanzas engañosas del Mundo, que la Escritura llama *abominables* (1), son muy diferentes de las del Santuario y las de la justicia, con que Dios pesa todas nuestras acciones: Como Dios penetra los mas secretos rincones del corazon, encuentra freqüentemente, y condena las pasiones que en él se ocultan, en las mismas personas, que en lo exterior parecen virtuosas y exemplares á los ojos del Mundo.

Exâminaos cuidadosamente vosotras mismas, para descubrir, si la *piedad*, tan propia de vuestro estado, es la que debe ser á los ojos de vuestro Esposo Jesus; porque sin esto, por muy fervorosa que aparezca en las acciones exteriores, no puede ser sólida y verdadera. Considerad despacio, si amais las ocasiones de sufrir por Dios; si estais dispuestas á morir con gozo, por ver á Dios; si deseais eficazmente, que todas vuestras ocupaciones, palabras y pensamientos se dirijan á Dios; y finalmente, si os habeis entregado con toda el alma, con todo el corazon, y todo el entendimiento al amor de vuestro Divino Esposo. Exâminando estas cosas, conocereis el verdadero estado de vuestro corazon.

Quando he dicho, *si amais las ocasiones de sufrir por Dios*,

(1) Psalm. LXI. v. 10. Prov. cap. XI. v. 10. Hebr. cap. IV. v. 13. Apoc. cap. III. vv. 1. seqq.

Dios, no hablo de un amor, que solo consiste en la costumbre de hablar con afecto del precio de los sufrimientos, y de la excelencia de cargar con la cruz de Jesu-Cristo; ni de un amor á practicar extraordinarias penitencias; porque esto es compatible con buscar al mismo tiempo todo lo que agrada á la voluntad; y ser muy delicadas y sensibles á la menor palabra, ó incomodidad que sea necesario sufrir á vuestras hermanas: Hablo del amor al sufrimiento y paciencia, con una verdadera resignacion y alegría en las tribulaciones: hablo con el Apóstol San Pablo, quando decia (1), que se sentía colmado de júbilo y consuelo, quando no tenia reposo; quando experimentaba las mas crueles tribulaciones; y padecía combates en lo exterior; y en su interior temores y sobresaltos.

No os imagineis, amadas hijas mias, que no se puede imitar este zelo del Apóstol, con el pretexto de que vuestras almas son menos fuertes, y menos elevado vuestro espíritu: Á todos nos dice (2), que la Gracia nos es dada, no solo para creer, sino para sufrir por Jesu-Cristo: que si solo sujetamos á Dios nuestro espíritu, creyendo todos los mysterios de la Religion, será imperfecto nuestro sacrificio; y nuestra voluntad quedará libre, y nada mortificada. No os contenteis, pues, con ofrecer á Dios el sacrificio de una virginidad fátua, y una fé esteril; añadid la ofrenda de un corazon puro, humilde y mortificado (3). En vano pensais, que seguís á vuestro Divino Esposo, si no cargais con su cruz (4), y aceptais sus oprobios y dolores. Este es el único camino, que nos dexó trazado con su exemplo (5). ¡Quán dulce debe ser para un alma fiel, el sufrir durante esta vida, sufriendo por imitar á Jesu-Cristo; para agradarle;

(1) II. Cor. cap. VII. vv. 4, et 5.
(2) Philipp. cap. I. v. 29.
(3) Psalm. L. v. 19.
(4) Luc. cap. XXIV. v. 26.
(5) II. Petr. cap. II. v. 21.

le ; y para merecer los consuelos y el regocijo, que tiene prometido (1) á los que lloran!

Los bienes falaces, y los placeres engañosos del Mundo, solo son apreciables para los que no esperan, ni buscan los bienes eternos: mas para las almas escogidas, que Dios ha desapegado de este Mundo corrompido, son las penas y trabajos; y el adquirir por este medio unos bienes de una duracion, y un precio inmenso.

Á la verdad, amadas hijas mias, nuestro adorable Redentor, sacrificándose por salvar á los hombres, no ha dexado en este Mundo á sus verdaderos Hijos y á sus amadas Esposas otra herencia, que la cruz, dolores y afrentas (2). Quien no aceptáre esta herencia temporal de humillacion y sufrimiento, renuncia necesariamente á la herencia del Reyno de los Cielos.

¿Os parece compatible la seria persuasion de que por medio de unos *Votos solemnes* os sacrificásteis víctimas para combatir continuamente vuestras propias inclinaciones, y seguir abrasadas de amor divino á vuestro Esposo humilde, pobre, mortificado y abatido.. ¿Os parece, vuelvo á decir, que esto es compatible con la impaciencia que suele causar un pequeño desprecio; la inquietud interior, por un leve embarazo; la delicadeza y resentimiento, por qualquiera falta de correspondencia; las sospechas, y envidia de si otra es mas amada y preferida; la severidad para corregir los defectos agenos; y la cobardía, quando se trata de corregir las faltas propias; la facilidad en murmurar en los desprecios y contradicciones; sin considerar, que estas son cruces, de que Dios carga á sus Esposas, para probarlas y santificarlas?

¡Ah! ¿Podremos por ventura separar á Jesu-Cristo de la Cruz, en que se sacrificó por nosotros, para atraernos, y que nos unamos á su Magestad? ¿Podremos amar

á

(1) Luc. cap. VI. v. 21. (2) Act. cap. XIV. v. 2; et alib.

á este Señor tan amable, sin amar su cruz, que es la señal eterna de su infinito amor para nosotros? ¿Podremos llevar esta cruz, mientras por nuestra delicadeza, orgullo y resentimientos, seamos sus enemigos irreconciliables, segun la expresion del Apóstol (1).

Nuestra tibieza nos hace tener tantos defectos; y estos son causa de las expresiones que se oyen freqüentemente á las Gentes del siglo, quando tachan *á las personas que hacen profesion de piedad*, "de que estas son "las mas sensibles y delicadas; que quieren servir á Dios "con todo género de comodidades; que suspiran por la "otra vida, gozando en ésta de las dulzuras, quietud "y reposo que es posible, con la precaucion de no mor-"tificar jamás el amor propio." Este es lenguage comun de las Gentes del siglo; y aunque profano y ponderativo, conocereis que en algun modo es verdadero, si comparais vuestras disposiciones interiores y vuestros deseos con los del Apóstol San Pablo (2), que, lleno de las bellas esperanzas de la otra vida, gemía y suspiraba baxo del peso de su cuerpo mortal, y deseaba morir, para unirse á Jesu-Cristo (3).

El gran Padre San Agustin, explicando esta verdad, dice, "que la santidad de la vida, y el amor de la muerte son dos disposiciones inseparables: el amor á esta vida pasagera, es propio de las almas imperfectas, que la poseen con alegria, porque gozan de varios placeres inocentes en la apariencia, pero nada conformes con la cruz de Jesu-Cristo. El amor á la otra vida, es propio de las almas fieles á su Divino Esposo; porque conocen, que el Mundo es un valle de lágrimas; esperan la muerte, como un verdadero bien; y desean que llegue, para unirse á Dios, y gozar de su amable vista y su dulce amor, sin temor de ofender á su Magestad, ni de dexar de alabarlo en toda la eternidad.

(1) Philipp. cap. III. v. 18.
(2) Ibid. cap. I. v. 23, et seqq.
(3) Rom. cap. VII. v. 24.

Quizá me direis, amadas hijas mias, que vuestro temor no es tanto de morir, como de los juicios de Dios. ¡Ah! Si nosotros no temiéramos mas que los juicios de Dios en nuestro tránsito á la eternidad, este saludable temor, inspirado por el Espíritu-Santo, sería un temor moderado, pacífico y religioso; porque, como dice el Evangelista San Juan (1), la perfeccion de nuestro amor á Dios consiste en tener una entera confianza en su Magestad, para el dia en que nos ha de juzgar: si le amáramos como á Padre, no le temeríamos como Juez, ni sentiríamos tantas turbaciones, ni tantas inquietudes: ántes por el contrario, sería mayor nuestro temor de vivir expuestos, como lo estamos continuamente, á perder su gracia y su santo amor.

Mas yo no se qué especie de infidelidad secreta ahoga estos sentimientos en el fondo de nuestro corazon, y debilita nuestra esperanza; porque si, como dice Salomon (2), ésta estuviera llena de inmortalidad, ¿cómo una esperanza tan sólida, tan alta y tan sublime habia de permitir á nuestro corazon, fixarse con tanto apego en las comodidades y dulzuras de una vida pasagera, y que siempre está llena de las mayores amarguras, y mas penetrantes espinas? Consiguientemente, es preciso confesar, que nuestra fé y nuestra esperanza son muy débiles y lánguidas; pues solo percibimos un vislumbre de los bienes eternos, mientras no sentimos en nosotros mismos una santa impaciencia de gozarlos, como la de la Seráfica Madre Santa Teresa, quando, llena de amor á su Divino Esposo, clamaba: "Yo muero, porque no muero."

Si estuviérais, amadas hijas mias, bien poseidas de este amor divino, desearíais eficazmente ocupar en Dios todas vuestras acciones, palabras y pensamientos: léjos de tener tantas distracciones en la oracion, sentiríais un jú-

(1) I. Joan. cap. IV. v. 17. (2) Sap. cap. III. v. 4.

júbilo sincéro, meditando en presencia del Señor las verdades y mysterios de nuestra Religion sacrosanta.

"La oracion, dice San Agustin, es la medida del amor: Á proporcion del fervor con que oramos, se aumenta en nosotros el amor divino. Un corazon, unido estrechamente á Dios, no tiene mayor ni mas dulce consuelo, que el de no perder la presencia del objeto amado: gusta un placer sensible en hablar á solas con Dios; pensar en sus verdades eternas; adorar su Grandeza; admirar su Omnipotencia; alabar su Misericordia; bendecir su santo Nombre; y abandonarse á su Providencia. En esta comunicacion de la criatura con su Criador, le hace presentes, ó por mejor decir, arroja en el seno de este amoroso Padre todas las penas y congojas que atormentan su corazon: este es su único recurso en todos sus males: en Dios se fortifica y se consuela, exponiéndole con confianza sus flaquezas y sus deseos. Y como en esta vida siempre tenemos imperfecciones, y jamás estamos esentos de pecado, es necesario pasarla en penitencia de nuestras faltas, y en reconocimiento de las bondades de Dios, pidiendo perdon á su divina Magestad de nuestra ingratitud; y dándole gracias por sus infinitas misericordias."

San Juan Crysóstomo observó muchas veces, y nos dexó advertido en sus Escritos, que la piedad jamás es perfectamente sólida y firme, sin que la acompañe una fidelidad constante en orar. "Dios quiere, dice este gran Padre, hacernos conocer por la experiencia, que no podemos adquirir su amor, si su Magestad por sí mismo no nos lo comunica: y que este amor, que es la verdadera felicidad de nuestras almas, no se adquiere por las reflexîones de nuestro espíritu, ni por los esfuerzos naturales de nuestro corazon; sino por la efusion gratuita del Espíritu-Santo en las almas fieles, que, como la Esposa de los Cánticos, no tiene reposo; y velan dia y noche en busca de su amado."

En efecto, solo con una aplicacion constante y fiel en pedir á Dios su santo amor, podemos lograr abrasar nuestro corazon en este divino fuego, fuente hermosa de una vida nueva. Sin este exercicio, en que se imprimen fuertemente todas las verdades de la Religion, y en que nos acostumbramos á gustarlas, y seguirlas con fidelidad y exâctitud, todos los sentimientos interiores de *piedad* que podemos tener, no son otra cosa, que unos fervores engañosos y pasageros.

Orad, pues, amadas hijas mias; y orad sin intermision, como lo aconseja vuestro Esposo celestial en su Evangelio: mas no sean vuestras oraciones puramente especulativas, contemplando objetos elevados, y sin contraerlos á la práctica de las virtudes: orad, no para acostumbraros á hablar con propiedad de las cosas espirituales; sino para conseguir la gracia de ser cada dia mas humildes, mas dóciles, mas sufridas, mas caritativas, mas modestas, mas puras, mas desinteresadas, y desapegadas de todo lo terreno.

Sin esto, vuestra freqüente asistencia á la oracion, muy léjos de ser fructuosa y eficaz, será oracion llena de ilusion para vosotras, y de escándalo para vuestras Hermanas. *De ilusion* para vosotras; de lo qual no son raros los exemplos que hemos visto en nuestro siglo; pues ha habido gentes, cuyas oraciones solo servian de alimentar su orgullo, y de extraviar su imaginacion. *De escándalo para vuestras Hermanas*; porque no hay cosa mas escandalosa, que ver una persona que está continuamente rezando, y no se corrige; y que al salir de la oracion no es menos ligera; menos vana; menos impaciente; menos inquieta; menos desabrida; ni menos apegada á lo terreno y caduco.

Me direis quizá, que ¿cómo ha de tener apego una Religiosa al vil interés, si renunció todos sus bienes, para hacer su Profesion? Es verdad; pero exâminad bien el fondo de vuestro corazon; y vereis, que no teneis

neis colocada toda vuestra confianza solo en el Divino Esposo: vereis, que no mirais los cuidados de la divina Providencia, como vuestro mejor y mas seguro recurso: vereis, que para no sufrir los efectos de una verdadera pobreza, que son, vivir sufriendo la escasez y falta de algunas cosas, habeis usado de una cierta providencia política; providencia tímida, é inquieta, que os hace indignas de los socorros de la Providencia de Dios, y no da lugar á que su Magestad, compadecido de veros padecer y sufrir, os socorra de un modo propio de su sabiduría y su liberalidad.

La mayor parte de las personas que se dedican y consagran á Dios, y hacen profesion de seguir á Jesu-Cristo, son como el Joven que nos pinta el Evangelio (1): éste habia pasado lo mas florido de su juventud en la inocencia; y acostumbrado desde la niñez á una exâcta observancia de la Ley, sintió ciertos movimientos interiores de la *Gracia excitante*, que lo inclinaban á aspirar á todo lo que los consejos del Salvador podian hacerle practicar de mas *perfeccion* y mayor heroycidad en la carrera de las virtudes. Jesu-Cristo mismo manifestó su inclinacion á este Jóven, que se hallaba con tan buenos deseos y tan bellas disposiciones: todo concurria, al parecer, felizmente para elevar esta alma á una santidad eminente: mas un apego secreto de su corazon á los bienes de este Mundo, trastornó toda la obra de la *perfeccion*, á que aspiraba: en el mismo instante, que nuestro dulcísimo Redentor Jesus le respondió: "Si quieres ser perfecto, »anda y vende las cosas que tienes, y sigueme:" esta alma, aunque libre de los desórdenes groseros de los pecados graves, y llena de buenos deseos de ser *perfecta*, se atemorizó, se acobardó á la vista de un estado, en que no le sería permitido poseer, ni disponer de

(1) Math. cap. XIX. v. 16 et seqq.; ac Marc. cap. X. v. 17, et seqq.

de cosa alguna: con este pensamiento tímido, se retiró triste y confuso: *Triste*, dicen los Santos Padres, por no poder unir un perfecto amor á Jesu-Cristo, sin un perfecto desapego á lo terreno; y así, la debilidad de su corazon fué causa de que siempre quedase sumergido en imperfecciones, y expuesto á perderse eternamente.

Ved aquí, amadas hijas mias, cómo es necesario que un alma que se consagra á Dios, desconfíe de todos los recursos humanos, sobre los quales está apoyada la prudencia mundana; y que no quiera poseer, ni manejar cosa alguna, que pueda turbar los designios de Dios. Es necesario reprimir cada momento el ímpetu de la naturaleza, que forma sin cesar deseos inmoderados de poseer lo que la imaginacion propone como necesario. Es preciso estar continuamente combatiendo nuestro amor propio, que procura desquitarse insensiblemente, con gozar la libertad de disponer de cosas pequeñas; del sacrificio que la voluntad hizo á Dios, privándose de otras mayores. ¿Qué cosa hay mas deplorable, que el ver á una persona, que, despues de haber sacrificado su libertad; quanto tenía; y todas las lisonjeras esperanzas con que convida el siglo, para seguir el camino de *la perfeccion*; vuelve atras los pasos; se acobarda, y se extravía; poniendo su corazon en el apetito de mil bagatelas, y disipando su espíritu con frívolos divertimientos?

Con todo, ¿quién podrá asegurar, que hay muchas almas esentas de esta debilidad y flaqueza? Ordinariamente vemos, que se toman tantas precauciones al tiempo de hacer á Dios el sacrificio de nosotros mismos, ó en el modo de servirle, que todo su servicio se reduce casi á nada: queremos cumplir nuestras obligaciones, y satisfacer á nuestra conciencia; pero prevemos tantos inconvenientes, y queremos asegurarnos de tantos socorros y consuelos, que anonadamos insensiblemente *la pie-*

piedad; y el modo de practicar las virtudes, es lánguido y sin fruto.

En efecto, despues de resolvernos á emprender el camino que nos ha de llevar á *la perfeccion*; y de prometer, que aspirarémos todo el tiempo de nuestra vida, y trabajarémos para conseguirla; si consideramos lo poco que hemos avanzado, verémos que nuestra fé no es mas viva; que nuestra esperanza no es mas firme; que nuestro amor á Dios y á nuestros próximos no es mas intenso y fervoroso: en una palabra, encontrarémos, que estamos llenos de los mismos defectos; que no hemos renunciado de veras á nosotros mismos, ni hemos preferido, como debíamos, la obra de Dios, que es nuestra *perfeccion*, á nuestras inclinaciones poco arregladas; á la debilidad de nuestro corazon inquieto; á las amistades y afecto indiscreto á ciertas personas; á la delicadeza, de que en nada nos toquen de lo que nos figuramos decoro, estimacion, y respeto: finalmente, queremos servir á Dios, y adquirir la *perfeccion* á poca costa, sin sacrificarnos á su gloria; ni domar, á fuerza de combates, nuestro amor propio. No quiero decir, que no se debe usar de prudencia en las penosas tareas y penitencias, que son inseparables de la vida Religiosa; pues siempre se deben tomar justas medidas en la práctica de las buenas obras: mas á la verdad, hay una distancia muy grande entre no obrar con imprudencia, porque esto es tentar á Dios; y el irritarle con una injuriosa desconfianza de su Bondad. ¿Se puede esperar de semejantes almas tibias, lánguidas y mercenarias la generosidad y la fuerza necesaria para sostener los designios de Dios? Quien no coloca su esperanza en la Divina Providencia, ¿cómo ha de ser digno de que su Magestad le haga instrumento, en que resplandezcan las maravillas de su Gracia?

No, no: Dios no se digna, ni se dignará jamás de colmar de bendiciones del Cielo una conducta apoyada

toda en las reglas de la prudencia humana: este ha sido el orígen y manantial funesto, de donde ha nacido la relaxacion y el desórden de tantas Comunidades arregladas y fervorosas. "Dios, dice el Apóstol (1), reparte sus divinas riquezas con profusion sobre los que le invocan, y confian solo en su Magestad; mas no lo hace sobre los que quieren prevenir su Providencia, y no estar pendientes de ella."

Vosotras, amadas hijas mias, exâminando cuidadosamente vuestro interior, encontraréis, que habeis cometido muchas de estas faltas; y que teneis justo motivo para clamar á vuestro dulce Esposo, que es el Médico soberano de las almas: " Yo conozco, dulcísimo Jesus mio, que mis defectos, por leves que me parezcan, son un peso terrible, que me hace vacilar continuamente: son muchas enfermedades juntas, que me hacen desfallecer á cada paso: mis fuerzas se disminuyen; y el mal va creciendo: sola vuestra Gracia, que es el efecto mas prodigioso de vuestro amor, puede socorrerme; sanar mis males; y dirigir mis acciones. Esta Gracia es la que difunde en nuestros corazones el Espíritu-Santo; la que abrasa y destruye nuestras propias inclinaciones; y la que ahora puede hacer fácilmente, que en la presente *eleccion* de Prelada, olvidando todas sus resentimientos, sus intereses y afectos particulares, rectifique cada una de vosotras su voto, para que recayga en la Religiosa mas digna, mas prudente, mas propia para conservar en paz la Comunidad, y animar á todas sus Hermanas con su exemplo, su zelo y su fervor, á practicar las virtudes heróycas que forman *la perfeccion*, á que por vuestros votos solemnes estais obligadas á aspirar con todo el corazon. Así lo espero, y lo pido al Señor, como medio seguro para que, caminando de virtud en virtud, logreis la eterna felicidad. *Amen.*

(1) Rom. cap. X. v. 18.

PLÁ-

PLÁTICA VIII.

Á LAS RELIGIOSAS DE NUESTRA FILIACION, sobre la perfeccion religiosa. (*)

¡Qué raro suele ser en nuestros tiempos el deseo y aplicacion á la *perfeccion cristiana*! ¡Qué equivocadas las ideas con que miramos este camino! Los Fieles de los primeros siglos no hacian distincion entre *la vida cristiana*, y *una vida santa y perfecta.* Mas en el dia se mira el aspirar á la *perfeccion*, como cosa propia de los Claustros, y de los sagrados Ministros del Altar. Y aun entre los que, siguiendo la vocacion de Dios, tomamos la heróyca resolucion de abandonar las máxîmas del Mundo; ¡qué pocos sostienen, y llevan adelante sus primeros deseos y propósitos! ¡Qué frialdad, ó por lo ménos, qué tibieza no vemos en muchas almas, despues de haberse consagrado á Dios con unos votos perfectos y solemnes!

¡Ay de mí! Sola una funesta experiencia me ha hecho creer, amadas hijas mias, que me es preciso hablaros y exhortaros á la *perfeccion* y santidad, propia de vuestro estado.

Conozco y considero, que en el dia de vuestra solemne Profesion se verificó en todas vosotras el deseo y determinacion de abandonar el Mundo; y, como dice San Agustin, esto fué tener andada una buena parte en el camino de la virtud.

Mas ¿habeis todas conservado aquellos buenos deseos? ¿Habeis continuado constantemente, avanzando en este estrecho camino, y ascendiendo de virtud en virtud?

(*) La bien escogida y sublime doctrina de esta Plática, la hacen ser una pieza de gran importancia, y de un mérito muy singular.

Como Padre y Pastor amoroso solícito vuestra salvacion ; quiero sostener y animar á las que sois fervorosas; y excitar y mover á las tibias y negligentes. Con todas hablo ; y me explicaré con la posible claridad.

Despues de vuestra Profesion , y puestas en el camino con vuestros buenos propósitos y deseos , al dar los primeros pasos , tropezásteis con tres dificultades aparentes , que os parecian invencibles. La primera fué "contemplar lo sublime que la virtud es en sí misma: »la segunda , la debilidad de vuestras fuerzas y natural »disposicion: la tercera , la cruz y espinas con que el Se»ñor nos dexó sembrado este camino."

Ved aquí , amadas hijas mias , lo que el amor propio nos propone á todos , y el Enemigo comun nos sugiere , para apagar los ardientes deseos de caminar, para arrivar á la *perfeccion.*

Oidme con atencion , y vereis disipadas estas tres aparentes dificultades; y el camino muy llano y muy seguro , para que podais seguirlo sin tropiezo.

Quando se presentase á vuestra imaginacion *lo sublíme de la virtud* , pensad bien , y procurad distinguir lo que es puramente un don de Dios, de lo que es un verdadero mérito nuestro. No conteis solamente , como grandes virtudes , los grandes dones de Dios: don de *contemplacion*: Don de *lágrimas* : don de *devocion tierna y sensible* : don de *una íntima comunicacion con Dios*: Si contais solo estos dones , como grandes virtudes , no experimentando sus primicias en vuestros exercicios de piedad , os acobardaréis ; os llenaréis de inquietudes; perderéis el gusto y la inclinacion á la virtud ; y os imaginaréis , que no sois capaces de arrivar á la *perfeccion cristiana.*

No pensáron así muchos Santos , que la Iglesia tiene canonizados ; y no experimentaron jamás , ni gozaron esas gracias y dones singulares. No pensó así Santa Teresa de Jesus , en cerca de veinte años que padeció ari-

aridez y sequedad de espíritu ; y no fué menos fiel , ni menos exâcta en la práctica de las virtudes , ni menos perfecta.

Los Santos mas instruidos por su propia experiencia en los caminos sublimes y extraordinarios , y en la abundancia de dulzuras interiores , muy lejos de creerlas esenciales á la santidad , las miraban como peligrosas para su salvacion.

El Padre de la Iglesia San Bernardo , penetrado de los mas dulces sentimientos de una tierna devocion, clamaba á Dios , y decia freqüentemente : "¡Señor! Dad-»me menos dulzuras , y mas fuerzas para llevar la cruz; »menos atractivos , y mas caridad en mis obras ; me-»nos gusto , y mas fervor en mis oraciones. *Cruz* , *cari-»dad* , *fervor* , *penas* , *trabajos* , *y peligros* : Estos son, »amadas hijas mias , los exercicios de la mas eminente »santidad : Este es el verdadero camino de la *perfeccion »cristiana*: " *His contentus ero; cætera derelinquo.*

El Apóstol San Pablo , arrebatado al tercer Cielo ; colmado de consuelos ; rodeado de favores y dones celestiales , y deshecho en lágrimas en su altísima contemplacion ; quando volvia en sí mismo de sus éxtasis admirables , bendecia á Dios , porque "encontraba en las »contradicciones terribles de su carne el contrapeso á »lo sublime de sus revelaciones " : *Ne magnitudo revelationum extollat me* , *datus est mihi stímulus carnis meæ, angelus Sátanæ* (1).

¿Hablaría así este Doctor de las Gentes , si no estuviera persuadido de que hay mas mérito , y menos peligro en conocernos á nosotros mismos , sufrir y padecer , que en contemplar y gozar dulzuras espirituales? *Nihil gloriabor* , *nisi in infirmitatibus meis* (2).

El mismo Apóstol , refiriendo sus estupendos milagros , don muy freqüente entre los primeros Cristianos,

(1) II. Cor. cap. XII. v. 7. (2) Ibid. v. 5.

advertía cuidadosamente á los Fieles, que no se persuadiesen á que consistía en esto la santidad. Hay obras mas excelentes, les decia (1), y mas perfectas, que los milagros mas inauditos. Estas son las obras de caridad; los sufrimientos, y cruces de la vida cristiana. Practicad, pues, vosotras, amadas hijas mias, estas buenas y admirables obras, que parecen comunes: Procurad ser humildes, castas, sufridas, amables, caritativas y desinteresadas. En estas consiste verdaderamente la *perfeccion*, á que debeis aspirar; y bastan para arrivar á un grado muy alto de santidad.

Y si adquiridas estas virtudes, el Señor os colmáre de otras infusas, no las imagineis mérito vuestro. Tales prerogativas singulares no han de añadir piedra alguna preciosa á vuestra Corona. Por mas admirables que os parezcan, quando las leais en las vidas de algunos Santos, solo fueron ciertamente efectos de las virtudes menos admirables; fáciles de imitar; y que aseguran y allanan el camino de la *perfeccion*. En una palabra; esta consiste en cumplir cada uno santamente con las obligaciones de su estado.

Ved aquí, amadas hijas mias, disipada la aparente dificultad que nos propone el amor propio, y la tentacion de ser casi imposible arrivar á la *perfeccion*. Cumplid, pues, con vuestras obligaciones; observad vuestra santa Regla; y practicad las virtudes que parecen comunes y fáciles; y no cuideis de los dones que Dios infunde á ciertas almas, quando quiere guiarlas por caminos sublimes y extraordinarios.

Esta era puntualmente la conducta sencilla del Santo Job, quando Dios declaró, que no habia en toda la tierra una alma semejante á la suya: ¿*Considerasti servum meum Job, quòd non sit ei similis in terra*? (2) Ya habia llegado al colmo de la *perfeccion*; y no habia sido to-

(1) I. Cor. cap. XIII. vv. 1. et seqq. (2) Job. cap. II. v. 3.

todavía probada su fidelidad y su paciencia por medios extraordinarios. Cumplid, pues, vosotras con vuestra Regla, obrando con sencillez. Esto basta para arrivar á la *perfeccion.*

Y si el Señor quisiere probar á alguna de vosotras, como á Job, la *perfeccion* adquirida por estos medios, merecerá los dones infusos, para tener constancia en las pruebas de una fidelidad sublime y extraordinaria. Mas si Dios no os prueba de ese, ó de otro modo semejante, no por eso dexaréis de ser perfectas y santas, como lo era Job ántes de sufrirlas: ¿*Considerasti*, ... *quòd non sit ei similis in terra*?

Pasemos ya á la segunda dificultad, que la imaginacion nos presenta sobre nuestra natural disposicion, y la debilidad de nuestras fuerzas. Este es verdaderamente un recurso del amor propio, que se cubre con velo de humildad: es un pretexto para la pereza y negligencia.

Quizá me diréis, y lo estaréis pensando en vuestro interior, que son muchas las pasiones naturales que os impiden avanzar en el camino de la *perfeccion*: muchas las faltas, y aun pecados quotidianos: y que para salir victoriosas en este continuo combate y guerra fastidiosa, son muy pocas las Gracias que sostienen vuestra flaqueza.

Para disipar esta dificultad, me es preciso haceros presente, que los Santos mas perfectos, durante el curso de esta vida mortal, no pasaron sus dias, como si fueran Angeles del Cielo, sin objetos que los tentasen; sin atractivos, capaces de seducirlos; y sin pasiones que combatir, para no trastornar sus propósitos de servir á Dios con continua vigilancia y exâcta fidelidad.

El Espíritu Santo, celebrando sus heróycas virtudes, nos los pinta al mismo tiempo hombres débiles, y mugeres flacas, como nosotros: estaban formados de

la

la misma masa de corrupcion, y no habian recibido mejores disposiciones naturales, que las nuestras: tuvieron las mismas inclinaciones; pudieron violar la Ley de Dios, y seguir el torrente del Mundo: *Qui potuit trànsgredi, et non est transgressus; facere mala, et non fecit* (1). Sus sentidos, opuestos á la razon; su carne, rebelada contra el espíritu; sus combates de la Naturaleza y de la Gracia formaban sus gemidos, penas y profundos suspiros: *Nos ipsi*, dice el Apóstol, *primitias spiritûs habentes, intra nos gemimus* (2).

¿No es esta, amadas hijas mias, una prueba muy clara de que los mayores Santos encontraron los mismos obstáculos y dificultades que nosotros, para avanzar en el camino de la *perfeccion*? Conozcamos, pues, y confesemos de buena fé, que podemos adquirirla. Todo consiste en huir las ocasiones de pecar, y las que excitan la concupiscencia, la ambicion y apego á las cosas terrenas. Vosotras habeis sacrificado toda esperanza de vivir en el Mundo; y hasta vuestra misma libertad: mas el amor propio quiere desquitarse con disponer de cosas muy pequeñas; de salirse á veces con su gusto; y este es el orígen de innumerables faltas, que nos detienen en el camino de la virtud; y debilitan nuestras fuerzas, para conseguir victorias contra nuestras pasiones.

Los primeros Cristianos salían, para bautizarse, de la corrupcion del Gentilismo, de la escuela de las pasiones, y educados en el seno de los vicios. No podemos decir que se hallaban con disposiciones mas propias que las nuestras, para la virtud; y sabemos, que tuvieron una vida muy perfecta. ¿Por qué, pues, nos excusamos de imitarlos, con pretexto del humor, del temperamento, y las pasiones?

Las mayores dificultades para la virtud, dice San Agus-

(1) Eccli. cap. XXXI. v. 10. (2) Rom. cap. VIII. v. 23.

Agustin, que no son las que provienen de la naturaleza corrompida, sino las que nosotros nos formamos por la costumbre: *Cum aliquibus concupiscentiis nati sumus; alias, consuetudines fecimus.* Sobre todo, decidme, amadas hijas mias; los que arrivaron á la *perfeccion*, ¿fueron siempre perfectos? ¿No tuvieron combates, dificultades y penas? ¿Pensais que sus coronas fueron texidas únicamente de flores de su primera inocencia? ¿No hay tambien palmas, nacidas de un verdadero arrepentimiento? ¿A qué fin nos refiere la Escritura los suspiros de David, las lágrimas de Pedro, las de Magdalena, y la contricion de innumerables almas penitentes? ¿Para qué, juntar la relacion de sus delitos con la de su *santidad* y *perfeccion*? ¿Qué efecto podían producir esas negras sombras, mezcladas con el resplandor de tan bellas virtudes? ¡Ah! Esto es para que conozcamos, que ni los pecados, que debemos expiar, ni las pasiones, que tenemos que vencer, son obstáculo para la mas alta *santidad* y *perfeccion.*

En efecto, para disipar quantas dificultades pueda vuestra imaginacion proponeros, me basta deciros, amadas hijas mias, lo que el Apóstol Santiago dixo del Profeta Elías: "Este era hijo de Adan (1), como nosotros:" *Elias homo erat similis nobis.* Considerad á San Pedro, Cabeza y piedra fundamental de la Iglesia; frágil fué, como nosotros: mas el fervor de su arrepentimiento lo elevó sobre las almas mas inocentes: *Homo erat similis nobis*: Considerad á San Pablo, *Vaso de eleccion*; y veréis, que tenia nuestra fragilidad y tentaciones: y si las resistió y venció con la Gracia, fué únicamente, como nos lo asegura él mismo (2), porque la pidió con perseverancia, y correspondió con fidelidad: *Homo erat similis nobis.* Considerad una innumerable multitud de Vírgenes, maravilla de vuestro sexô; tan

(1) Jacob. cap. V. v. 17. (2) I. Cor. cap. XV. v. 10.

tan delicadas, como vosotras; tan frágiles y combatidas de tentaciones; y viéndolas vencedoras; colmadas de méritos; y coronadas de laureles inmortales, clamaréis convencidas, como clamó San Agustin: "¿Por »qué no podrémos nosotras lo que pudieron éstos y és»tas? *Non poteris quod isti, et istæ?*

Ved aquí, amadas hijas mias, un convencimiento claro de que ni en vuestras disposiciones naturales, ni en vuestra fragilidad hay dificultades insuperables para conseguir la *perfeccion.*

Mas las cruces, espinas y penas, con que el Señor dexó sembrado este camino, ¡son terribles! Esta es la tercera tentacion que intento disipar, para concluir esta Exhortacion Pastoral, y que vosotras no os acobardeis con temores vanos.

Convengo en que la virtud se purifica precisamente con el sufrimiento, como el oro con el fuego; y en que los mayores Santos pasaron insufribles penas, y toleraron muchas congojas, antes de arrivar á *la perfeccion.* Mas no creais, amadas hijas mias, que estas congojas y sufrimientos los padecen solamente las personas que aspiran á la *perfeccion*: este sería un error. Mucho mas sufren ordinariamente las personas del Mundo; y la diferencia que yo encuentro, está solo en que los buenos sufren con paciencia y resignacion; y los Mundanos con impaciencia, cólera y rabia, muy propia de una eterna reprobacion.

¡Oh Santo Dios! En el Mundo un marido de genio duro y caprichoso: un hijo libertino (cruz muy freqüente en las casas opulentas): desgracias; pérdida de bienes; desavenencias; miserias, y otros disgustos comunes y familiares, causan tantas y tan amargas penas, que hacen proferir freqüentemente: "¡Ah! ¡Si nos aprovecháramos bien de estos sufrimientos y aflicciones, seríamos grandes santos!"

Estas pesadumbres, inquietudes y congojas, estériles

les por lo menos, son ciertamente mayores y mas insufribles, que las que se toleran en el camino de la virtud con mucho mérito. Yo añado á esto, que todas las cruces y espinas del camino de la virtud son mas ligeras, y menos dolorosas.

En el Mundo, amadas hijas mias, se oye continuamente una innumerable multitud de afligidos, que suspiran, gimen, murmuran y se quejan de las adversidades, como de un suplicio: y yo veo, que los buenos y virtuosos se someten, se complacen, y aun se glorían, como el Apóstol, en las tribulaciones (1). Esto consiste necesariamente en que la virtud mejora nuestro modo de pensar; dulcifica las penas; y fortalece, para llevarlas con paciencia.

Abandonad, pues, amadas hijas mias, todos los temores de no poder sostener las pruebas, ni sufrir las espinas de la senda estrecha de la *perfeccion*. Caminad animosas; y experimentaréis, como enseña el eloqüente y fervoroso Escritor Salviano, que venceréis fácilmente vuestra repugnancia; y las mismas cruces y espinas perderán mucho de sus rigores. Seréis cada dia mas pobres; pero la pobreza es el tesoro mas precioso de los Santos: *Pauperes sunt*; *pauperie delectantur*: seréis despreciadas; y el desprecio será vuestro consuelo, imitando á Jesus, vuestro Esposo, mofado y despreciado: *Inhonorati sunt*; *honorem respuunt*: si abundais en lágrimas, éstas serán vuestras mas amables delicias; y aunque no encontreis en el Mundo, ni entre vuestras mismas Hermanas crédito, esperanza, ni apoyo; en el abandono encontraréis fuerzas para subir al Cielo; y el Señor os mirará, y amará con mayor ternura: *Infirmi sunt*; *infirmitate lætantur*. Y en una palabra; todas las máxîmas y raciocinios del Mundo no son capaces de persuadir, que son miserables las per-

(1) Rom. cap. V. v. 3.

sonas, que en la realidad son las mas felices de los mortales, por la tranquilidad y alegría de su buena conciencia, que nada les remuerde: *Non possunt cujusquam judicio esse miseri, qui sunt suâ conscientiâ beati.*

Quizá me direis, que ya teneis experiencia de que en el camino de *la perfeccion* se encuentran consuelos en las mismas cruces, espinas, y penas: mas que estos consuelos son pasageros; y las penas durables y terribles. ¡Ay de mí! Si hablais de ciertos consuelos interiores, y dulzuras sensibles, es cierto que las mas veces son pasageras; y os advierto, que no es bueno desearlas, ni buscarlas.

Mas yo no os hablo de éstas, amadas hijas mias; hablo del fruto de las buenas obras; del socorro de las virtudes adquiridas; de la presencia de Dios, que las anima; de la asistencia del Espíritu-Santo, que las inflama; del amor de vuestro Esposo Jesus, que las da valor con el precio infinito de su Sangre; y la esperanza segura de las coronas y delicias inefables de la Gloria, que nos promete. ¡Qué fondo tan inagotable de consuelos!

Yo he reflexîonado muchas veces con las experiencias de mi Ministerio Pastoral, que los que en el siglo son felices por sus riquezas, fausto, diversiones y delicias, tienen freqüentes ocasiones de disgustos, cuidados y congojas, que les hacen envidiar la paz y reposo de las almas justas. Y ¿quién á la hora de la muerte no querría comprar, á costa de las mayores amarguras y trabajos, ese tan amable reposo, y preciosa tranquilidad?

Estas consideraciones allanan las mayores dificultades que pueden deteneros y acobardaros. Digo *las mayores dificultades*; porque es imposible allanarlas todas. El camino del Cielo siempre es estrecho, y está sembrado de espinas. Mi idea ha sido demostrar, que no solo no es imposible andarlo, sino que en cierto mo-

modo es menos áspero, mas tranquilo, y mas lleno de consuelos en las mismas penas y desconsuelos, que el camino ancho de la perdicion. Este aparece colmado de delicias; y en la realidad lo está de tropiezos, inquietudes y remordimientos.

Aprovechaos, pues, amadas hijas mias, de estos avisos, que os da, lleno de amor, vuestro Pastor y vuestro Padre. Avivad vuestro espíritu y vuestro fervor, no solo para aspirar á *la perfeccion*, sino á la mas alta santidad; pues, aunque sean estos vuestros deseos, el corazon humano pierde mucho de ellos con facilidad. Trabajad, pues, para ser *muy perfectas* y *santas*, á fin de ser, por lo menos, del número de los Justos; y arrivar á ver y amar á Dios por toda la eternidad, que es en lo que consiste la Bienaventuranza y la Gloria. *Amen.*

PLÁTICA IX.

PARA LAS RELIGIOSAS DE NUESTRA FILIACION, año de 1785, sobre el modo de tener Oracion con fruto (*).

Apud me oratio Deo vitæ meæ.

"Yo me retiro á lo mas íntimo y secreto de mi alma, »quando oro y ruego á mi Dios."

Psalm. XLI. v. 9.

De todas las obligaciones de la piedad cristiana, no hay otra tan esencial, ni tan olvidada, como la de atraer sobre nosotros la gracia y socorro de Dios por medio de la *Oracion.* La mayor parte miran este piadoso exercicio como una ceremonia enfadosa, y digna de abreviarla quanto se pueda. Este admirable recurso es despreciado por aquellos mismos, que tienen mayor necesidad de valerse de él, para aplacar la cólera de Dios. Las personas que por su profesion, ó por el deseo de conseguir su salvacion eterna, se dedican á orar, lo hacen con tanta tibieza, disgusto y disipacion, que sus preces, lejos de ser un manantial de bendiciones y gracias, son freqüentemente el motivo mas terrible de su condenacion. ¿Dónde encontrarémos ahora el zelo ardiente de los primeros Cristianos, que solo hallaban verdadero consuelo en su aplicacion á la oracion?

Confusos con tal exemplo, avivemos nuestra Fé, y nuestra Caridad amortiguadas. Consideremos, amadas

(*) Es una preciosa Instruccion pastoral, que en nada desmerece de las anteriores, ya por la importancia del asunto, que en ella se promueve; y ya por las eficaces razones y pruebas, con que se persuade.

das hijas mias, que pende nuestra salvacion de las gracias que recibiéremos, y de la fidelidad con que siguiéremos las impresiones del Espíritu-Santo. Vosotras conoceis bien la indispensable necesidad que á todos nos insta y nos obliga á orar: conoceis, que cada uno en particular necesita orar, para cumplir con las obligaciones de su estado, y caminar rectamente por la senda estrecha de su vocacion. Consiguientemente, debeis estar bien persuadidas de que, teniendo por vuestros votos solemnes, que aspirar á la perfeccion Evangélica, necesitais mayores socorros y gracias, y mayor vigilancia para conseguirlas por medio de la oracion. En vano me cansaría en persuadiros una verdad tan clara, y que la creo muy radicada en vuestro corazon.

Por esto ceñiré mi discurso á exâminar las reglas; y daros una breve instruccion de lo que os conviene observar, para que vuestra Oracion sea eficaz y fructuosa.

Segun la doctrina de la Escritura y los Padres, es necesario *orar con atencion*; *pedir con fé viva y mucha confianza*; *con profunda humildad*; *con amor y perseverancia*; y finalmente, *con pureza de intencion*: sin estas condiciones, vuestra Oracion será inútil, y quizá llena de ilusiones.

En primer lugar, es necesario *orar con atencion.* Dios oye la voz de nuestro corazon, y no el sonido material de nuestra lengua. Debemos velar y aplicarnos con todo el corazon, para que todo objeto, puramente humano, desaparezca; y que nuestra alma se apegue únicamente á lo que pide. "¿A quien, dice San Cypriano, debeis hablar con tanta atencion, como á Dios? ¿Puede pedir menos, que el que penseis en lo que le decís? ¿Cómo osais esperar, qué os oyga, quando vosotras no os oís á vosotras mismas? Estos ruegos, bien léjos de agradar á Dios, le desagradan y ofenden, por vuestra negligencia en la accion mas propia para conseguir las gracias y favores del Cielo."

"Yo

"Yo veo, dice San Agustin, la postura humilde del cuerpo; mas no sé dónde está vuestro espíritu, ni si su aplicacion está fixa en el objeto, que al parecer adora." ¿Quántas veces, amadas hijas mias, en los Divinos Oficios, y aun durante el tremendo sacrificio, suele vuestro espíritu ocuparse con pensamientos frívolos; y, olvidadas de la santidad y magestad de los mysterios, soleis hablar cosas indiferentes, y quizá criminales en una Esposa de Jesus crucificado? ¿Quién ha de creer, que orais y adorais á Dios con tales irreverencias?

Sé muy bien, que aun las almas mas fieles tienen distracciones involuntarias é inevitables; porque no está en su mano sujetar siempre su imaginacion, y tener unido su espíritu á Dios. Estas distracciones, que os vienen á pesar vuestro, no deben llenaros de escrúpulos; pues á veces sirven mas útilmente para vuestra perfeccion, que la oracion mas sublíme, con tal que procureis superarlas, y que soporteis con humildad esta experiencia de vuestra flaqueza.

Mas el detenerse voluntariamente en objetos frívolos y vanos, por no trabajar en fixar la atencion en las verdades eternas; el llenarse la cabeza, con una imaginacion desarreglada y volátil, de imágenes engañosas, que turban las operaciones del espíritu de Dios, ¿no es querer vivir desunidas de su Divina Magestad?

Para facilitar á nuestro espíritu esta atencion tan necesaria, nos propone San Agustin una regla sencilla. "Seguid, dice, todos los sentimientos y todas las instrucciones de las oraciones, cánticos y alabanzas de Dios, de que usa la Iglesia; unid vuestro espíritu al de esta santa Madre: pedid á Dios, quando el Oficio, que se pronuncia, se dirige á pedir; suspirad, quando inspira gemidos y lágrimas; regocijaos, quando sus palabras rebosan alegría; y conformad vuestros sentimientos con su espíritu." Esta es una excelente oracion, y un medio seguro para agradar al Señor.

En

En segundo lugar es necesario *pedir con Fé viva*; pues "el que pide con una Fé vacilante, dice el Após-»tol Santiago, es semejante á las olas del mar, agita-»das por los vientos; y no debe esperar, que sus peti-»ciones sean oidas." (1) En efecto, no hay cosa mas eficaz para inclinar á Dios en favor nuestro, que la confianza en su misericordia. ¿Cómo ha de separar de sí á los que nada quieren, sino lo que recibieren de su Bondad? "Como Padre, dice San Cypriano, no puede dexar de reconocer las palabras de sus hijos; y así, forma y arregla en el fondo de nuestro corazon los piadosos deseos y tiernos suspiros, que le dirigimos."

Todas vuestras oraciones, siguiendo el espíritu de la Iglesia, deben concluir con el augusto nombre de vuestro Esposo Jesu-Cristo; porque no hay otro nombre capaz de salvarnos (2); y sus méritos infinitos son nuestro único tesoro.

Es tan poderosa esta oracion, que con ella hablamos á Dios como hijos suyos, y herederos de su Reyno. "¿Quién de nosotros, continúa San Cypriano, hubiera tenido la osadía de llamar á Dios con el nombre de *Padre*, si nuestro adorable Redentor no nos lo hubiera ordenado, enseñando á orar á sus Apóstoles?" Mas ¡ay de mí! ¡Esta confianza filial, y esta fé firme raras veces se halla en nuestras oraciones!

Si fondeais bien, amadas hijas mias, lo íntimo de vuestro corazon, encontraréis una cierta infidelidad y desconfianza injuriosa á la Bondad de Dios, quando le pedís que os socorra; como si no os hubiera colmado tantas veces de beneficios. Temed, pues, no sea que Jesus, vuestro Esposo, os reprenda por vuestra poca fé, como en cierta ocasion á San Pedro: ¿*Modicæ fidei, quarè dubitasti*? (3)? ¿De dónde os viene esa secreta desconfianza? ¿Podeis pedirme señales mas claras de mi Bon-

(1) Jácob. cap. I. vv. 6, 7.
(2) Act. cap. IV. v. 12.
(3) Matth. cap. XIV. v. 31.

Bondad? ¿No os he separado del siglo, y preparado vuestro corazon, para que me recibais dignamente en el Sacramento de la Euchâristía; y os regalo y consuelo: como tierno Esposo? ¡Almas desconfiadas! ¿por qué dudais todavía, y deteneis el curso á las gracias, que os tengo preparadas?

En tercer lugar es necesario añadir á esta firme confianza *una profunda humildad.* Nuestros ruegos no se han de fundar sobre nuestra justicia, sino sobre la Divina Misericordia. Sin esta disposicion del corazon, todas las demas, por piadosas que sean, no son agradables á Dios. "La desgracia de San Pedro, dice San Agus»tin, no provino de que su zelo no fuese sincéro: él »amaba á su Maestro, mas que los otros Apóstoles; y »queria de buena fé, morir, antes que abandonarle: »su error consistió en contar con sus propias fuerzas, »para cumplir sus ardientes deseos." "Ved, pues, continúa San Agustin, cómo no basta haber recibido de Dios la vocacion; un espíritu recto; un exâcto conocimiento de vuestras obligaciones; ni un deseo sincéro de cumplirlas: es necesario recurrir sin cesar á la fuente de la luz pura y eterna."

"La oracion de Adan, mientras conservó la inocencia, era, dice el mismo San Agustin, una pura accion de gracias, sin necesidad de gemir, porque se hallaba en un estado de union y regocijo: mas, arrojado de aquella morada deliciosa, nos vemos sus hijos precisados á clamar, para que Dios se acerque á nosotros por nuestra *humildad*, como abandonó á nuestro primer Padre *por su orgullo.*"

Esta preparacion obliga á Dios; porque es una confesion sincéra de nuestra nada, á vista de su Grandeza. Ella es un corazon contrito y humillado, que Dios no desprecia jamás (1). Por el contrario; los mayores esfuer-

(1) Psalm. L. v. 19.

fuerzos y acciones piadosas, mezcladas de orgullo, de nada sirven; porque Dios resiste siempre á los soberbios (1).

Acordaos, amadas hijas mias, de la oracion del Fariseo presumido y soberbio; y de la del Publicano humilde y penitente (2). El uno refiere sus virtudes; y el otro llora sus pecados: el uno da gracias á Dios por sus buenas obras; y el otro se acusa de sus culpas: el primero queda confundido; y el segundo sale perdonado y justificado. Lo mismo nos sucederá á nosotros: los pecadores humildes conseguirán misericordia; mientras que muchas personas, que habrán hecho profesion de piedad, serán condenadas rigurosamente, si el orgullo hubiere inficionado sus buenas obras.

¿Quántas almas, por verse libres de los groseros desórdenes del siglo, se complacen vanamente con la alta idea que forman de sus virtudes? ¿Quántas, con la costumbre de meditar las verdades eternas, solo adelantan saber hablar de ellas con propiedad; y se imaginan, que ya han penetrado los mysterios del Reyno de los Cielos? Creen que todo es permitido á su zelo; y nada temen de lo que deben temer. La regularidad de su vida sirve de pábulo á su vanidad: salen del retiro, y no son menos indóciles; menos inquietas: indiscretas; delicadas; sensibles á la menor palabra, que sea preciso sufrir á sus Hermanas; incapaces de mortificarse, para cumplir con sus obligaciones, y haciendo por capricho mortificaciones y penitencias. En una palabra; entrando á orar como el Fariseo, con este fondo de orgullo y presuncion, solo sacan el fruto de un espíritu lleno de ilusiones, y casi incurable.

¡Desdichadas las almas, que oran de este modo! ¡Desdichadas de vosotras, si vuestras oraciones no os ha-

(1) Reg. cap. IV. v. 6. et I. Petr. V. 5.
(2) Luc. cap. XVIII. á v. 9. seqq.

hacen mas humildes, sumisas, vigilantes, y dispuestas á vivir en la pobreza y dependencia religiosa!

En quarto lugar es necesario, que *oreis con amor*; porque, como dice San Agustin, "solo por amor se pide, se busca, se llama, y se insta hasta encontrar; y la frialdad de la caridad es el silencio de nuestro corazon para con Dios: amad mucho, y oraréis bien: si no orais sino por costumbre, ó por debilidad, en tiempo de tribulacion; si no sentís en vosotras mismas inquietudes y afectos por el éxîto de vuestros ruegos; si en presencia de nuestro Dios, que es un fuego abrasador de las almas, permaneceis siempre en una indiferencia y frialdad mortal; si no excitais en vosotras el zelo de su gloria; el odio al pecado, aunque sea venial; y el deseo mas vivo, y un amor ardiente de vuestra propia perfeccion; tales oraciones lánguidas serán siempre ineficaces. El corazon de Dios, nuestro Señor, no se dexará ganar, sino por el amor que se hubiere encendido en el vuestro."

Tambien es indispensable *la perseverancia*; porque, como nos enseña el mismo San Agustin, "no se puede obtener lo que se pide y desea, si no se busca con el ardor y la paciencia, que merece un bien tan grande." Si Dios os dexa á veces en un estado de oscuridad, de disgusto, y tentacion, es para probar vuestra constancia; purificar vuestro corazon; y para que expieis vuestras faltas y vuestra desidia.

Aplicad, amadas hijas mias, esta regla; y, á pesar del amor propio, haced una justicia exâcta. Si un alma inocente, desapegada de todo lo criado y unida íntimamente á su Dios, debe adorar sus designios, y redoblar con humildad sus ruegos y su fervor; las que tienen que reprenderse continuas infidelidades y faltas, ¿cómo osarán quejarse de que Dios les rehuse sus comunicaciones? El Señor se oculta justamente á sus votos y ruegos, porque sus imperfecciones y defectos han forma-

mado una nube densa entre ellas, y las luces del Cielo.

¿Quál de vosotras, amadas hijas mias, puede gloriarse de haber hecho siempre lo que debe? ¿De haber reparado todas sus negligencias pasadas? ¿De haber purificado tánto su corazon, que la haya adquirido derecho para que Dios la oyga, y condescienda al instante con sus peticiones? ¡Ay de mí! Todo nuestro orgullo no basta para inspirarnos semejante presuncion. Si el Señor, pues, nos retirase sus gracias, consuelos y dulzuras interiores, humillémonos en su presencia; adoremos su Justicia; y *oremos con perseverancia.* Nuestra importunidad conseguirá lo que nosotros no merecemos; y nos sacará de las densas tinieblas á la luz; porque "Dios, continúa San Agustin, solo se oculta »para avivar nuestros deseos; y como Padre de todo »consuelo y misericordias, no difiere dulcificar nues»tras penas, sino para no fundar la obra de nuestra per»feccion sobre una voluntad débil, impaciente y ape»gada á las cosas sensibles."

Amar á Dios, quando manifiesta su hermosura con el placer y dulzuras de su union á nuestras almas, es cosa muy fácil: mas *este amor interesado* desfallece en el momento que el Señor suspende esas interiores delicias. La caridad sólida se sostiene en la oscuridad y tinieblas. Sin estas pruebas y congojas, los consuelos interiores anonadarían el adorable mysterio de la Cruz, que es la mayor fineza de su amor para con los hombres.

Finalmente, amadas hijas mias, os advierto, que *oreis con pureza de intencion*: sin mezclar cosas vanas con las verdaderas; ni intereses temporales con los de la salvacion. "Para orar bien, dice San Agustin, no se »ha de buscar sino á Dios." No pretendais hacerle protector de vuestro amor propio; sino executor de vuestros buenos deseos. Si le pedís, que satisfaga vuestro gusto, y os libre de las cruces y amarguras, que os son útiles, y á veces necesarias, os lo negará, por lo mismo que os

ama. No llegueis, pues, á los pies del Señor con deseos mal arreglados, y peticiones indiscretas. Arrojaos con confianza en el seno de este amoroso Padre, exponiéndole vuestras necesidades; vuestras flaquezas; congojas y deseos; para que, morando en vosotras el Espíritu Santo, os haga pedir con gemidos inefables los verdaderos bienes, que quiere pidais al Padre celestial.

Quizá me direis, que con estos vivos deseos no solo pedís todos los dias, que se haga en vosotras la voluntad de Dios; sino que se digne mudar vuestro corazon: mas si os cogiera la palabra, y os ofreciera haceros humildes, mortificadas, enemigas de todo placer y consuelo; y cargaros con la cruz pesada y amarga, de ser despreciadas por todas vuestras Hermanas; afrentadas, y tenidas por oprobio de la Comunidad, como vuestro Esposo Jesus fué "afrentado, y tenido por oprobio de »su Pueblo" (1), sufriendo todo esto por su amor; vuestro amor propio resistiría el aceptar esa oferta, con pretexto de vuestra debilidad y flaqueza. En una palabra; pondríais tantas condiciones, que aligerasen esa pesada y amarga cruz, que al fin quedaría acomodada á vuestro humor y vuestras ideas.

Esto sucede mas freqüentemente á las que se contentan con seguir algun método de orar, de los que proponen los Libros piadosos. No quiero decir, que tales Libros no son útiles; antes por el contrario, son dignos de mucho aprecio; y debemos instruirnos con ellos, para elevar nuestra mente, y facilitar nuestra íntima comunicacion con Dios. Mas no debeis, amadas hijas mias, contentaros con esto solo: en la oracion lo mas esencial es, pedir al Padre de misericordias, que conoce mejor que nosotros, nuestras miserias, lo que es necesario que le pidamos. Al Espíritu-Santo pertenece verdaderamente el enseñarnos; y él comunica, quan-

(1) Psalm. XXI. v. 7.

quando le agrada, unas luces muy particulares.

Mas lo principal de esta Instruccion Pastoral, que he formado, amadas hijas mias, para vuestro aprovechamiento, se reduce á persuadiros, que el modo de orar mas seguro y mas conforme á las palabras del Hijo de Dios y sus Apóstoles, es en sí muy sencillo, muy humilde y muy seperado de las imaginaciones abstractas, y raciocinios especultativos.

Orad, pues, no para acostumbraros á hablar con propiedad de las cosas espirituales; sino para conseguir la gracia de ser cada dia *mas humildes*; *mas sufridas*; *mas puras*; *mas caritativas*; *mas fervorosas*; *mas unidas á Dios*; *mas fieles imitadoras de las acciones de vuestro adorable Esposo Jesu-Cristo*; y por consiguiente, mas desapegadas de todo lo caduco y terreno.

Con esta oracion sencilla, no se distraerá vuestra imaginacion en ilusiones peligrosas; y encontraréis la luz y fortaleza necesaria para observar vuestra santa Regla, y arrivar á la cumbre de la perfeccion, á que por vuestro estado y vuestros votos estais obligadas á aspirar con todo vuestro espíritu y vuestro corazon. Sin ella, por el contrario, formaréis en vano las mas bellas resoluciones; y por falta de nutricion interior, desfalleceréis en las ocasiones difíciles; y os encontraréis sin vigor en las tentaciones peligrosas de la vida. Finalmente, con esta oracion pura y sencilla seguireis *con una dulce humildad* vuestra carrera, y con *una suavísima paz* vuestra peregrinacion en este Valle de lágrimas, para gozar despues eternamente con vuestro amable y dulcísimo Esposo Jesu-Cristo, las inefables delicias de la Patria celestial. *Amen.*

PLÁ-

PLÁTICA X.

SOBRE LA VIRTUD DE LA *HUMILDAD*: á las Religiosas de nuestra filiacion, con el motivo de eleccion de Prelada. (*).

Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem.
Philipp. cap. II. v. 8.

¡Qué instruccion mas oportuna puedo dar á VV. RR. en la *eleccion de Prelada*, y los demas Oficios de honor de esta santa Comunidad! ¡Qué exemplo mas eficaz, que el de Jesu-Cristo, vuestro Esposo! Siendo Omnipotente y Señor absoluto de los Cielos y la Tierra, "se anonadó, se humilló, y fué obediente desde su nacimiento hasta su muerte." No quiso mandar, sino servir (1); y en todas sus acciones nos dió prodigiosos exemplos de *humildad*. En esta virtud estableció el fundamento de la Religion, y la señal mas clara de los Predestinados. La *humildad*, amadas hijas mias, es la fuente, el orígen, la madre y maestra de todas las virtudes. Sin ella es imposible adquirirlas, ni avanzar un paso en el camino del Cielo.)

¿Seré yo tan felíz, que acierte hoy, como Padre y Pastor amoroso, á inspirar á las que fuéreis elevadas al gobierno de vuestra Comunidad, unos sentimientos de humildad profunda, que os hagan protestaros siervas, imitando á María Santísima, que lo hizo con mayor empeño y fervor, al verse elevada á la alta Dignidad de Madre de Dios? *Ecce ancilla Domini* (2).

Co-

(*) Los oportunos y saludables documentos, que sobre la virtud importante de la *humildad* se dan en esta Plática, la hacen sumamente recomendable.

(1) Matth. cap. XX. v. 28. et Luc. XXII. 27.

(2) Luc. cap. I. v. 38.

(Conozco que *la humildad* es árdua y difícil ; y que para practicarla , es necesario vencer los impulsos de nuestro amor propio , y hacernos mucha violencia.

Las acciones de una *verdadera y profunda humildad* suelen parecer contrarias á la razon ; y sus máxîmas, opuestas á las reglas de la prudencia.

El deseo de engrandecernos, logrando cada uno en su estado estimacion y mando , nos es natural , y casi inseparable de nuestra naturaleza corrompida : y la humildad nos obliga á combatir este deseo, y buscar lo que se mira como mas despreciable.

Queremos apropiarnos muchas cosas , como talento ; genio amable ; buen modo ; discrecion ; y otras bellas prendas : y *la profunda humildad* nos despoja de todo esto , anonadándolo , ó por lo menos , desfigurando y ocultando estas mismas bellas qualidades y talentos.

Deseamos tambien naturalmente la conservacion de nuestro propio ser y nuestra vida : y la *verdadera humildad* lo reduce á nada ; haciéndonos conocer , que fuimos formados de un poco de barro ; que seremos dentro de breve , comida de gusanos ; y al fin polvo, ceniza y nada.

Mas no temais , amadas hijas mias ; porque este abatimiento nos eleva ; y este humilde despojo nos enriquece ; y aunque al parecer nos anonada , nos da en realidad un nuevo ser. ¡Qué maravilla! Este abatimiento es el principio de la grandeza verdadera : este despojo , un manantial inagotable de riquezas : y este polvo , esta nada , un camino seguro para arrivar á una vida sobrenatural y divina.) Oidme con atencion; que "voy á explicaros estos tres admirables efectos de »*la humildad*, para animaros á ser cada dia mas hu»mildes."

Esta virtud es el fundamento de la perfeccion , á la qual debeis aspirar por vuestro estado. Los Santos

Pa-

Padres nos la representan baxo la figura de un edificio: consiguientemente, así como un buen Arquitecto proporciona la profundidad de los cimientos con la elevacion de la fábrica; así tambien es necesario abatirse, para elevarse en la virtud, y profundizar bien el cimiento de *una humildad verdadera.*

Si aspirais á la perfeccion, preparad el cimiento de este edificio sublime y elevado. Para fabricar una choza, ó un *xacál* (*), con poco cimiento basta: para una casa se cava mas, y se profundiza á proporcion de la fábrica: mas para una Iglesia grande; una torre muy alta; un Palacio de magnitud extraordinaria, es preciso cavar mucho mas; porque un cimiento regular no podría sostener unos edificios tan altos y de tanto peso.

Siendo, pues, *la humildad* el fundamento del Cristianismo, no puede jamás sostenerse la menor virtud cristiana sin humildad: y quien pretenda elevarse á la grandeza y perfeccion que la Religion nos propone, necesita disponerse y prepararse con un cimiento de humildad muy profunda, sólida y constante.

Un mundano ambicioso, si logra la confianza del Rey, y que todos le traten con un honor, poco inferior á la Real Persona, se cree ya en el colmo de la fortuna. ¡Grandeza vana, pasagera y caduca, que no puede darnos una justa idea de la grandeza del Cristianismo! Con todo, puede ayudarnos á concebir, que no podemos desear cosa mas sublime, que estar en gracia de Dios, y lograr familiaridad y semejanza con el Rey del Cielo y de la Tierra. ¿Qué elevacion puede compararse con esta?

La *humildad*, pues, amadas hijas mias, nos abre la entrada para acercarnos y familiarizarnos con Dios. ¿Quién

(*) Así llaman los Indios á sus humildes y reducidas habitaciones.

¿Quién se lo imaginaría? Para tener confianza con este Señor de infinita Grandeza y Magestad, parece necesario, á nuestro modo de entender, elevarse á lo mas grande y sublime que vemos entre los hombres, y que puede figurarse nuestra imaginacion.

Mas todo lo contrario nos enseña San Agustin. "Dios es grande, y está muy elevado, dice este gran "Santo; y si nosotros nos elevamos y ensalzamos, nos "encontrarémos muy lejos de Dios: si por el contra- "rio, nos abatimos y nos humillamos, Dios baxará in- "mediatamente; y le tendremos tan cerca, que estará "dentro de nosotros mismos." Quanto mas nos humilláremos, y sufriéremos los desprecios del Mundo, y de nuestros mismos Hermanos, tanto mayor será nuestra familiaridad con Dios. Si en la Oracion se manifiesta y comunica con dulzuras y consuelos interiores, lo hace solamente con las almas humildes, no con los espíritus altivos y soberbios; porque á estos los aborrece siempre, y los resiste: *Deus superbis resistit; humilibus autem dat gratiam* (1).

Vosotras, amadas hijas mias, experimentais algunas veces, que no haceis progresos en el santo exercicio de la Oracion; que perdeis el tiempo con continuas distracciones; y que Dios no os hace gustar las dulzuras, que otras gozan: la causa es vuestro orgullo; el deseo de ser estimadas; y el disgusto por el menor desprecio, ó la cosa mas leve, que sepais se dice de vosotras. Renunciad, pues, á todos los sentimientos de vanidad: amad *la humildad* y abatimiento; y Dios os hará gustar en la Oracion unas dulzuras inestimables.

Si clamais, como David, para que Dios oyga vuestra voz, y condescienda á vuestros ruegos; yo os respondo con San Agustin, que el Señor baxará, y los oirá con gusto, si vosotras no os elevais por vuestra va-

(1) Jacob. cap. IV. v. 6.; et I. Petr. V. v. 5.

vanidad. Quando oreis como el Publicano, que no osaba levantar sus ojos al Cielo, conociendo su indignidad; entónces sereis infaliblemente oidas: mas si orais como el Fariseo, refiriendo las virtudes y obras buenas, que os imaginais haber practicado; y despreciais á los que os parece que no las practican; Dios se retirará de vosotras; porque la familiaridad se funda en amistad; y los soberbios desagradan tanto á Dios, quanto se complace con los humildes, y de comunicar familiarmente con ellos: *Deus superbis resistit; humilibus autem dat gratiam.*

(La *humildad* se halla tan fuertemente establecida en la sagrada Escritura, que, segun San Agustin, apenas hay página alguna, que no nos subministre una prueba de ella. ¡Qué felicidad, ser amados de Dios! ¿No es superior á todas las penas? ¿á todos los desprecios? ¿á las mayores humillaciones?)

Vosotras, amadas hijas mias, no podeis sufrir, que otras os murmuren; que disminuyan vuestra reputacion; ni que os incomoden á veces con una media palabra picante. Esto os desazona; os turba; os inquieta; y la cólera se exâlta. Mas si con las reflexîones que la *humildad* inspira, calmárais esos movimientos, conoceríais que el abatimiento y el desprecio, sufrido con paciencia, os hace muy apreciables á Dios. Si os priva de la estimacion de las criaturas, os atrae la del Criador: si os la disminuye en la tierra, la aumenta para el Cielo: si sois despreciadas por las criaturas, Dios tendrá mayor cuidado de vosotras, y os mirará con mayor ternura. ¿No es por ventura este cambio muy ventajoso para vosotras? ¿Por qué, pues, os quejais y sentís con enfado y con violencia?

Los movimientos de vanidad, amadas hijas mias, se introducen insensiblemente en las Comunidades mas santas, como se vió entre los mismos Discípulos del Se-

Señor (1). Dexais el Mundo, y quereis que los del Mundo os estimen: no podeis sufrir que os olviden; y apeteceis en el retiro, aunque de un modo diverso, las atenciones y honores que en el siglo. Algunas os acordais de vuestra cuna; os complaceis de la viveza de espíritu; de la capacidad, y otras qualidades semejantes, que os distinguen de otras; os proporcionan los cargos de la Comunidad, y la reputacion con las personas de fuera.

Estos movimientos interiores son chispas, que encienden la fragua del amor propio, y excitan la vanidad. Mas solo el amor al desprecio, y *la humildad* pueden haceros amables á vuestro Esposo Jesus: y todo lo que os eleváre en la estimacion del Mundo, es abominacion en la presencia de Dios. ¡Verdad terrible! pero verdad proferida por el mismo Salvador en el Evangelio: *Quod hominibus altum est, abominatio est ante Deum* (2).

Si estuviérais bien persuadidas de esta verdad importante, aborreceríais lo que el Mundo estima, y nuestro Salvador condena. En una palabra; léjos de apetecer ser Preladas, ni de obtener otros cargos de honor en la Comunidad; las que los obtuviérais por disposicion de la Providencia, gemiríais como la humilde y virtuosa Esthér, quando fué coronada. "Vos, »Dios mio, decia (3) con amargas lágrimas, sabeis »bien, que Yo abomino esta señal de honor, que me »han puesto sobre mi cabeza; la miro con horror; y »en viéndome sola, no la puedo sufrir un momento." ¡Ah! estos sentimientos tan humildes, en una Reyna tan poderosa, ¿no condenan los movimientos interiores de vanidad en una Religiosa?

Vamos mas adelante, y conoceréis lo último que os

(1) Luc. cap. XXII. v. 24.
(2) Ibid. cap. XVI. v. 15.
(3) Esth. cap. XIV. v. 16.

propuse, y que parece mas difícil. (*La humildad verdadera*, que nos convence y hace creer, que somos polvo, ceniza y nada, es el camino seguro para arrivar á una vida sobrenatural y divina, en la qual veremos á Dios; y viéndolo como es en sí mismo, seremos semejantes á su Magestad suprema.

La perdicion de los Angeles, que siguieron los altivos designios de Luciféf, provino de querer ser semejantes á Dios por elacion y soberbia: *Similis ero Altissimo* (1). Este orgullo los precipitó al infierno. La desgracia de nuestros primeros Padres provino tambien de que la serpiente persuadió á Eva, que ella y Adan serían como unos Dioses: *Eritis sicut Dii* (2). Y por este vano y soberbio anhelo fueron arrojados del Paraiso terrenal. Ved aquí, amadas hijas mias, el camino seguro del infierno: ved el modo de ser víctimas de la muerte eterna. No hagais, pues, caso de los movimientos de vanidad y soberbia.

Ahora os pido mayor atencion: la bondad infinita de Dios, á fin de asegurar y allanar el camino que hemos de seguir para arrivar al Cielo, nos dió á su Unigénito Hijo. Este nos inspiró inclinacion á *la humildad*, en lugar de los sentimientos de orgullo y elevacion: baxó del Cielo; se hizo Hombre; y se humilló, para que nosotros pudiésemos serle semejantes, sin salir de la condicion humana, y sin elevarnos de nuestra nada: se humilló, para que el deseo que causó nuestra perdicion, viniese á ser el instrumento de nuestra salud: se humilló, para que este deseo de semejanza nos librase de los infiernos, adonde habia precipitado á los Demonios; nos adquiriese la gracia, de que despojó á nuestros primeros Padres; y nos guiase al Paraiso celestial, en lugar del Paraiso terreno, del qual habian estos sido desterrados.)

As-

(1) Isai. cap. XIV. v. 14. (2) Genes. cap. III. v. 5.

Aspirad, pues, amadas hijas mias, á ser semejantes á un Dios humanado; á Jesus, vuestro Esposo. Su corona fué de espinas; su cetro una caña; sus vestiduras un manto de púrpura; pero viejo y roto, que los Soldados le pusieron, para burlarse de él. Toda su vida fué pobre, humilde y mortificado. No digais jamás, que os elevaréis sobre un trono, para ser semejantes al Altísimo: este es el camino de la perdicion. Decid siempre, por el contrario, con *profunda humildad*: "Quanto yo mas me abata; quanto mas despreciada me vea; quanto menos busque los aplausos, que el Mundo estima, tanto mas seré semejante á Jesus, mi Salvador, mi Rey supremo, mi bien, y mi adorado Esposo. Yo amaré la pobreza; y sufriré, no solo con paciencia, sino con alegría las injurias, el olvido y el desprecio: de este modo me veré libre de mi amor propio y mi vanidad, que me han obligado á hacer y decir tantas cosas, muy agenas de mi profesion.

Ved aquí, amadas hijas mias, el único camino para arrivar á ser grandes en la Religion Cristiana; y el medio único, para avanzar en la perfeccion del estado que habeis profesado. La que tomáre otra senda, será precipitada, por su soberbia, á lo mas profundo del abysmo, como los Angeles réprobos.

En efecto, (*la humildad*, mientras peregrinamos en este Valle de lágrimas, es una ley inmutable y eterna. El mismo Jesu-Cristo no quiso dispensarse de ella. "Es "necesario ser humildes, para ser del número de los es- "cogidos." Sin *humildad* no podemos ser semejantes á Jesus crucificado, que es nuestro camino, nuestra guia; y solo por esta estrecha y penosa senda podemos arrivar á ver á Dios, y á la incomparable grandeza, y eterna felicidad de serle semejantes en la Patria celestial): *Similes ei erimus, quoniam videbimus eum, sicuti est. Amen* (1).

(1) I. Joan. cap. III. v. 2.

PLÁ-

PLÁTICA XI.

PARA LAS RELIGIOSAS DE NUESTRA FILIACION, sobre los verdaderos, ó falsos deseos de comulgar; y las disposiciones con que deben prepararse y *probarse* para comulgar dignamente. (*)

Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.
Matth. cap. XXI. v. 5.

¡Qué poco suele reflexîonarse, aun por las personas religiosas y espirituales de nuestros tiempos, sobre lo que nuestro dulcísimo Redentor Jesus exîge de nosotros, para que nos acerquemos á recibir su Cuerpo y Sangre preciosa, y comulgar dignamente! Ved aquí un asunto muy delicado, y el mas interesante para vosotras. El Señor quiere entrar en nuestros corazones, como en otro tiempo entró triunfante en Jerusalén. Esto quiero explicaros, amadas hijas mias, ciñendo mi Instruccion Pastoral precisamente á sus órdenes soberanas. Oidlas, pues, con atencion y docilidad.

Considerad, que solo su amor le obligó á quedarse sacramentado sobre nuestros Altares, y á residir real y verdaderamente entre nosotros hasta el fin de los siglos (1). Quiere hacer su entrada en nuestro pecho, nuestro corazon, y nuestra alma. Quiere que yo os advierta, como vuestro Pastor y vuestro Padre, que vie-

(*) Como el objeto de esta *Plática Espiritual* es de tanta consideracion é importancia, no es extraño, que su zeloso y docto Autor se esmerase en formar una sabia, vivísima *exhortacion*, que debiera leerse continuamente, no solo por las Personas religiosas; sino tambien por los demas Cristianos, de todas clases y condiciones. (1) Matth. cap. XXVIII. v. 20.

viene como Rey y como Salvador: *Dicite filiæ Sion: ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.*

Viene *como Rey*, de un poder inmenso; y su incomparable Grandeza exîge el mas profundo respeto, y la mas humilde obediencia y sumision. Viene *como Salvador*; y su incomprensible Bondad exîge un ardiente amor, y la pureza posible, á pesar de nuestra suma fragilidad.

Como Rey omnipotente y formidable, viene á exercer el acto mas terrible de su Justicia; y reprobar á los que, como si fueran Judíos, tienen tambien en el Cristianismo la osadía de cometer atentados contra su Cuerpo adorable y preciosísima Sangre: *Ecce Rex tuus.*

Como Salvador, y amable manso Cordero, viene á repartir sobre nuestras almas sus mas preciosos favores, y comunicarnos todo el fruto inestimable de su dolorosa pasion, y muerte afrentosa: *Venit tibi mansuetus.*

No separeis jamás, amadas hijas mias, para acercaros á la sagrada Mesa, estas dos ideas, que el mismo Señor reunió en la augusta solemnidad de su triunfo: idéa de su Magestad y formidable poder: *Ecce Rex tuus.* Idéa de su tierno amor, liberalidad y dulzura: *Venit tibi mansuetus.* Ambas nos enseñan, que las disposiciones necesarias para recibir al Señor sacramentado, son: *un temor grande*, y *un amor ardiente.* Si separais estos dos afectos, que parecen contrarios, podrán ser loables para disponeros á recibir los demas Sacramentos: mas en la participacion de la sagrada Euchâristía no serán jamás santos y saludables, si no los manejais perfectamente reunidos. En una palabra; el *deseo solo*, por mas ardiente y fervoroso que nos parezca, no produce sino sacrílegos profanadores del mas augusto de nuestros Mysterios: y el *temor*, *separado de unos deseos muy vivos*, produce cobardes y culpables desertores, que, no osando acercarse á la sa-

gra-

grada Mesa, no nutren sus almas con el pan de los Angeles.

Me explicaré mas claro, aunque os infunda terror; que despues procuraré animaros y consolaros. Atended bien. Si solo el deseo bastára para preparar los caminos del Señor; y los movimientos interiores, vivos y ardientes de recibirle, fueran toda la disposicion que se requiere, el Salvador del Mundo jamás hubiera sido mejor recibido, que entre los Judíos: y á la verdad, no encontró entre ellos sino infidelidad, traycion y perfidia: ¿Quántos siglos no habia deseado y suspirado ese Pueblo desgraciado la venida del Mesías? ¿Qué votos no formaba diariamente, para que llegase su felíz advenimiento! "¡Cielos! ¡Qué lentos escu-"chais nuestros clamores! ¡Conceded á nuestros suspi-"ros el Sol de Justicia, que esperamos con tantas "ánsias!" *Rorate cæli désuper, et nubes pluant Justum.* ¡Tierra, tantas veces regada con nuestras tristes lágrimas! ¡Abrid vuestro seno, y haced brotar el fruto de vida! *Aperiatur terra, et germinet Salvatorem* (1). Mil años habia resonado toda la Judéa con estos clamores, ansias y ardientes suspiros. Los Padres los imprimian desde la infancia en los corazones de sus hijos.

En efecto, llegó el dia felíz, en que San Juan Bautista se apareció en el Desierto (2); y predicando penitencia, les decia: "El Mesías se halla ya en medio de vosotros: *In medio vestrûm, quem vos nescitis* (3). Al primer rumor de esta dichosa nueva, corren todos ansiosos; vuelan en alas de sus ardientes deseos; se puebla el Desierto; y Jerusalén queda casi despoblada. Ricos y pobres, jóvenes, viejos, Sacerdotes, mugeres y niños; todos corren al Precursor: todos se dan prisa para ver-

(1) Isaí. cap. XLV. v. 8.
(2) Luc. cap. III. v. 2. seqq.
(3) Joan. cap. I. v. 26.

verle y oirle. Jesus, en fin, señalado con el dedo de Juan Bautista, es reconocido como el Cordero de Dios: *Ecce agnus Dei* (1).

Una asombrosa multitud de milagros y prodigios confirma despues, que Jesus es el Mesías; y quando entra en Jerusalén para celebrar la Pasqua, le sale á recibir una turba innumerable de Pueblo; arrojan sus vestidos en el camino; le acompañan con ramos de palmas y olivos; le bendicen, trasportados de júbilo; y el clamor de los niños repite: *Benedictus, qui venit in nomine Domini* (2).

Ved aquí el regocijo comun, que hace brillar su entrada, y realza el esplendor de su triunfo. Todo contribuye á manifestar los deseos y las ánsias con que es recibido el *manso Cordero*, el Mesías tan suspirado. ¿Pueden por ventura ser mayores, amadas hijas mias, vuestros ardientes deseos de recibirle sacramentado? ¿Pueden darse en la apariencia, y á nuestro modo de entender, mejores disposiciones para acercarse á la sagrada Mesa con una perfecta confianza y seguridad? Consideradlo bien. ¡Ay de mí! Yo tiemblo, me pasmo, y me confundo, porque solos esos ardientes deseos pueden ser falaces y engañosos; y en lugar de encontrar al Cordero de Dios, se encontrará quizá con el Leon de Judá, con el Juez terrible, que pronuncie la sentencia de una eterna reprobacion y desolacion, como la de la ingrata Jerusalén.

Este es puntualmente el santo temor, que queria San Juan Bautista que los Israelitas unieran á sus ardientes deseos, clamando sin cesar (3): "Haced frutos dignos »de penitencia; pues está muy próxîma la venida del »Señor." Este es el temor, que los Profetas les habian freqüentemente recomendado; advirtiéndoles, que el

(1) Joan. cap. I. v. 29, et 36.
(2) Matth. cap. XXI. v. 9.
(3) Luc. cap. III. v. 18.

Mesías vendría para elegir lo bueno, y reprobar lo malo (1): esto es; como Remunerador, para premiar á los buenos, y castigar á los malos: *Ut sciat reprobare malum, et eligere bonum.* Y esto es lo que ellos jamás quisieron entender bien. Contentos con mucho aparato; con ceremonias y regocijos, no cuidaron de las sólidas disposiciones de sus corazones; y creyeron recibir todas las gracias del Señor en recompensa de su esperanza, y ardientes deseos de su venida.

Mas ellos se engañaron, y se perdieron miserablente: sus clamores y ruegos tan vivos y eficaces, de nada les sirvieron, por no estar purificados con un santo temor, y con virtudes sólidas: su corazon estaba manchado y corrompido, como el mismo Mesías se lo reprendia: *Generatio mala, et adultera* (2): sus deseos y suspiros eran puramente humanos, efectos de un refinado amor propio; con miras temporales; y salirse siempre con su gusto: deseos, en fin, ¡ay de mí! deseos, que pararon en el horrible atentado de clavar, de allí á cinco dias, á su Salvador en una cruz.

Apliquémonos, pues, á nosotros mismos estas tristes verdades. ¡Temblemos, amadas hijas mias; porque esos ardientes deseos del Judaismo reynan tambien en muchas almas cristianas! ¡Quántas, obcecadas y engañadas por su amor propio, comulgan sacrílegamente, echándose sobre sí la sentencia de su eterna condenacion! *Qui enim manducat et bibit indignè, judicium sibi manducat et bibit!* (3)

¡Oh Santo Dios! Nuestros deseos de comulgar, por ardientes que sean, separados de un justo temor, son ordinariamente deseos engañosos y funestos. Yo no hablo solo de las personas del Mundo, que cuidan mas de los adornos del cuerpo, de diversiones y concur-

(1) Isaí. cap. VII. v. 15. (2) Matth. cap. XII. v. 39.; et XVI. v. 4.
(3) I. Cor. cap. XI. v. 29.

currencias profanas, que de purificar sus almas: hablo tambien con vosotras, amadas hijas mias; pues aunque debeis ocuparos, como Religiosas y Esposas de Jesu-Cristo, en cosas espirituales y celestiales, sois tambien humanas y frágiles: vuestros fervores no os exceptuan de un santo pavor, siempre saludable, de si estais bien purificadas y limpias. Contemplad, que el Espíritu de Dios hizo de Saulo un San Pablo; pero primero le aterró (1); le purificó con el bautismo; con las instrucciones de Ananías; con trabajos insufribles; y la práctica de las virtudes mas heróycas, antes de elevarle al tercer Cielo. El mismo Espíritu llevó á Magdalena á los pies del Salvador (2); pero precedieron sus lágrimas; su humildad; su fervoroso amor y ardiente caridad; y despues se la permitió ungir su adorable cabeza con los aromas, que representaban el precioso olor de sus virtudes.

Quizá me direis, que los deseos que á vosotras os impelen á acercaros á recibir el Cordero de Dios, son tambien puros y santos: que vuestra conciencia os dictá, que tales vivísimos deseos nacen de querer dar pruebas de vuestra religion y vuestra fé: de querer conformaros con las intenciones de la Iglesia, que convida á todos los Cristianos á la Mesa de su celestial Esposo: de querer evitar el escándalo que recibirían las demas Religiosas, si no os vieran comulgar con tanta freqüencia: y en fin, que esperais con este alimento celestial tener fuerzas para evitar tantas faltas; vencer vuestras pasiones; y comenzar el plan de perfeccion, á que debeis aspirar, y lo teneis meditado tanto tiempo há. ¡Oxalá, que estos piadosos sentimientos penetráran bien vuestro corazon y vuestro espíritu! ¡Oxalá, no se quedáran solo en vuestros labios! Mas la prueba de que no

(1) Act. cap. IX. v. 6; et cap. XXVI. 14.

(2) Matth. cap. XXVI. v. 7. Luc. cap. VII. v. 14. et seqq.

pasan de ellos, amadas hijas mias, es, que se quedan en simples deseos, sin meditar, sin temer ni estremeceros de las conseqüencias de una mala Comunion.

Reflexîonad bien y exâminad con cuidado, qué fruto sacais de vuestras Comuniones, casi qüotidianas. Estas visitas del Señor, y su morada real y verdadera en vuestro pecho, ¿ha disminuido vuestras recaidas y defectos? ¿Sois de dia en dia mas hûmildes, mas calladas, mas sufridas, y mas observantes de vuestra Regla y Constituciones? ¡Ah! ¿Quántas hay entre vosotras, que han encontrado el detestable secreto de querer reunir á Jesus con Belial; vuestras devociones con vuestras pasiones; y vuestros fervores pasageros con vuestras flaquezas habituales? ¿Vuestra asistencia á rezar, ó cantar las divinas alabanzas, con cuidados y pensamientos frívolos, que ocupan vuestro corazon? Y sin enmendaros jamás de estas y otras faltas; sin avanzar un paso en el camino de la perfeccion; sin practicar sólidas virtudes; sin prepararos con la pureza y santidad, que quiere la Iglesia, y clama: *Sancta Sanctis*; solo por el ardiente deseo, que os parece sentís en el corazon, y por vuestra reputacion, y por respetos humanos, os acercais á la sagrada Mesa; comeis el Cordero de Dios; y ¡quizá imitais á Pilatos, que sacrificó á Jesus por temor al Cesar (1); esto es, por temor de que vuestras Hermanas no sospechen vuestros defectos, y vuestra falta de disposicion! Ved aquí el verdadero motivo del ardiente deseo de algunas para comulgar: deseo, nacido de un mal principio, y que camina á un fin funesto.

¿Quál será, pues, ese fin desgraciado? El mismo que el de los ardientes deseos y suspiros de los Judíos por la venida del Mesías: vosotras, seducidas del amor propio, buscaréis, como ellos en el Tribunal de Pilatos,

(1) Joan. cap. XIX. vv. 12. et seqq.

tos, un Juez, un Confesor poco instruido, indulgente y fácil, que le abandone á vuestra discrecion, y le entregue á vuestros deseos. De vuestra boca sacrílega saldrá el beso de Judas, y la traycion. Vuestra lengua artificiosa, acostumbrada á desfigurar, disminuir y paliar vuestras flaquezas, pintará vuestras faltas, como cosas leves, y aun como virtudes. En este estado, un amor propio refinado, y las mismas ocasiones de pecar, sin evitarlas jamas, serán los lazos con que tendreis á Jesus sacramentado, cautivo. Vuestra delicadeza, por la menor palabra de disgusto; vuestros secretos resentimientos; y la envidia de ver mas estimadas, ó preferidas algunas de vuestras Hermanas, serán la hiel y vinagre, que al entrar el Divino Esposo en vuestro pecho, le presentaréis por refrigerio. Las palabras picantes; las murmuraciones finas; los dichos agudos, con que zaherís las unas á las otras, serán las espinas, con que penetraréis su sagrada Cabeza. En una palabra; vuestra tibieza, vuestra desidia, y ninguna enmienda, serán su cruz y su sepultura.

Cruz, mucho mas cruel que aquella, en que clavado, espiró! A esta lo conduxo su amor, y la ignorancia de sus enemigos: la efusion de su preciosa Sangre la santificó, y glorificó: el Sol, la Luna, los Montes, y hasta las rocas y piedras insensibles le dieron señales de su dolor (1). Mas ¡ay de mí! en una alma pecadora, que comulga indignamente, ¡todo le aflige! ¡nada le consuela! El sepulcro, en que le lloraba Magdalena, por lo menos era nuevo, y abierto en una piedra. Los Angeles, sus Ministros, le ocupaban; y fué glorioso, como lo habia anunciado un Profeta! (2) Mas en el pecho de una alma pecadora; en ese caos hediondo y oscuro, rodeado de Demonios; sufre estar como enterrado, sin señal alguna de gloria. ¡Oh Dios de

(1) Matth. cap. XXVII. v. 52. (2) Isaí. cap. XI. v. 10.

de pureza! ¡Qué morada para vos! ¡La Iglesia se pasma, se aturde, y se confunde de que no tuviéseis horror de morar en el claustro virginal de María Santísima! *Non horruisti Virginis uterum.* ¡Qué la resta, pues, contemplándolo sacramentado, y sepultado en un pecho indigno, sino un triste silencio, y lágrimas las mas amargas!

Ahora bien: ¿quereis, amadas hijas mias, prevenir, ó quizá reparar tan abominable desórden? Recurrid, pues, antes de acercaros á comulgar, al *temor saludable*, tan recomendado por el Apóstol (1), y á esta leccion importante: *Probet autem se ipsum homo; et sic de pane illo edat, et de calice bibat.* Probémonos bien; ¡y temblemos, para haber de acercarnos á la sagrada Mesa!

No os aturdais, amadas hijas mias; estadme atentas, y penetrad bien mis palabras. El Apóstol nos dice, que nos probemos bien. No dice, que nos retiremos de la Mesa santa, ni la abondonemos. Quien dice *prueba*, no quiere *ardor*, ni *precipitacion.* Quiere á un mismo tiempo *temor*, y *ardientes deseos*: Quiere ansias amorosas de recibir el Cordero de Dios; y *una sabia y prudente precaucion.*

Acaso me direis, y aun creo que os estoy leyendo lo mas interior de vuestro corazon: "¿Adónde vamos á parar con esta exhortacion tan delicada? Tú eres nuestro Pastor y nuestro Padre: Tú deseas y solicítas nuestra salvacion: no nos dexes, pues, llenas de confusion y temor: danos instruccion para *probarnos*, como lo manda el Apóstol San Pablo; y quedarémos con algun consuelo."

No podíais, amadas hijas mias, pedirme cosa mas justa, ni que llenára mi corazon de mayor gozo. Atended bien; que voy á explicaros lo que deseais; y lo que constituye esta *apostólica prueba*, para una buena Comunion.

En

1 I. Cor. cap. XI. v. 28.

En primer lugar, debemos temer engañarnos en el exâmen y descubrimiento de nuestras faltas. Solo el Padre de las luces es incapaz de error y de mentira. Pedidle, pues, con humildad, os abra los ojos interiores, para que con perspicacia y sinceridad nada se os escape, ni aun de los mas mínimos pensamientos, ni de los mas leves movimientos del corazon, á fin de conocerlos bien, y poder confesar los pecados, sin que los oculte el velo del amor propio, que es un enemigo doméstico, lisonjero, falso y engañador.

En segundo lugar, conviene que el alma en el silencio y el retiro, ocupe con la consideracion el lugar de un Dios-Juez, que pesa todas las acciones en la balanza fiel del Santuario; cuenta el número; descubre las circunstancias; desenvuelve los pensamientos y movimientos mas secretos del espíritu; y fondea los senos mas profundos del corazon.

En tercer lugar, es preciso reunir á un solo punto de vista todos los momentos de la vida, para expiar lo pasado con dolor y amargura; santificar lo presente, con la reparacion y enmienda de sus faltas; y asegurarse para lo futuro, de la sinceridad de sus resoluciones, y firmeza de sus propósitos.

Finalmente, es menester estar siempre alerta y en guardia contra la ilusion y la sorpresa de los tres crueles enemigos, *Mundo*, *Demonio y Carne*. Y despues de las diligencias mas exâctas, y pesquisas de los daños que nos hubieren hecho, y de todo lo demas, en que hubiéremos faltado; entra el exponer nuestra causa, muy aclarada y sincéra, á los pies del Juez, establecido para oirla, profundizarla, juzgarla, y absolverla.

Y aunque parezca que esto bastaba, conviene rogar al Confesor con eficaces y humildes instancias, que haga por enterarse bien, probar, y asegurarse de si nos hallamos en estado de comparecer con pureza delante de Dios. Que nuestros deseos son de que no se

use

use con nosotros de una cruel condescendencia ; sino que con su virtud y luces nos guie con una suave severidad á la Mesa del Altar y sagrado festin del Cordero, para entrar con la posible seguridad de no ser excluidas , como las Vírgenes necias (1) , por su negligencia; ó reprobadas , en castigo de nuestra temeridad.

Ved aquí , amadas hijas mias , lo que obra *el prudente temor* ; sin el qual el deseo ardiente de comulgar nos expone á ser sacrílegos profanadores del mas respetable de nuestros Mysterios.

Todas las reflexîones de esta Instruccion Pastoral no os las dirijo yo, para que el temor os separe de la sagrada Mesa , y de alimentar vuestras almas con el Pan celestial : solo intento , que no la profaneis , seducidas de un ardiente deseo , ó de otros respetos humanos. En una palabra ; *un temor respetuoso* debe contener vuestras ansias , por mas amorosas y ardientes que parezcan , quando incurrís por la flaqueza humana en faltas , que , aunque las creais veniales , pueden ser graves , y es necesario expiarlas ; *probarse* , y asegurarse bien : *Probet autem se ipsum homo ; et sic de pane illo edat , et de calice bibat.*

Comulgar con freqüencia , y aun casi todos los dias, sin enmendarse de las faltas qüotidianas ; sin adelantar un paso en la perfeccion , á que debeis aspirar ; ni en la práctica de virtudes heróycas , es cosa muy peligrosa , que nos debe estremecer con un santo pavor , y un miedo saludable y respetuoso.

Mas si estais bien probadas ; si de dia en dia sois mas exâctas en la observancia de vuestra santa Regla; si evitais , quanto es posible , vuestros defectos , flaquezas y pecados veniales ; si os exercitais en las virtudes; muy lejos de retraeros y apartaros de la sagrada Mesa, os diré con el Evangelista San Juan : *Veni* (2).

Ve-

(1) Matth. cap. XXV. vv. 11.12. (2) Apoc. cap. XXII. v. 17.

Venid, amadas hijas mias, al convite de vuestro Divino Esposo. El mismo amable Cordero y dulcísimo Jesus, y su Iglesia, nuestra Madre amorosa, os llaman y os convocan: *Et spiritus, et sponsa dicunt: Veni*: Venid; mirad, y contemplad: Este es el Cordero de Dios, que quita los pecados del Mundo: *Ecce, qui tollit peccata mundi* (1).

No conteis con vuestra pasada tibieza; con tantas faltas quotidianas; con tantas pasiones, que os rodean; con tal de que ya no subsistan; que las detesteis de corazon; y las háyais lavado en la piscina de la Penitencia. Tambien admite Jesus á su Mesa Publicanos, y pecadores verdaderamente convertidos: *Quarè cum publicanis, et peccatoribus manducat Magister vester* (2)?

No os acobardeis, amadas hijas mias; ni os sirvan de excusa vuestras miserias, debilidades, ni aun la ceguedad, con que quizá pueda haber vivido alguna de vosotras, por su desidia, por su amor propio, ó por las pocas luces de un Confesor condescendiente y contemplativo. El Señor me manda á mí, que soy vuestro Pastor, que compela á entrar en su convite á los pobres, débiles cojos y ciegos (3), con tal de que con mi doctrina y exhortaciones los vista primero del vestido nupcial, que es la *Gracia santificante*: *Pauperes, debiles, cæcos, et claudos introduc huc.*

Observad, pues, las reglas, que con el amor y ternura de Pastor y Padre os he dado en esta Instruccion. *Probaos* bien, como manda el Apóstol; y excitando vuestras amorosas ansias y deseos, llegad como el ciervo sediento á las aguas cristalinas: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus* (4).

(1) Joan. cap. I. vv. 29, et 36.
(2) Matth. cap. IX. v. 11.; et Luc. V. 30.
(3) Luc. cap. XIV. vv. 21, et seqq.
(4) Psalm. XLI. v. 2.

"Venid, repito con el Evangelista San Juan: *Veni*: Acercaos; recibid, y comed el Cordero de Dios; y encontraréis vuestro verdadero refrigerio: *Venite, ... et ego reficiam vos* (1). Venid, y gustad ¡si hay cosa alguna, que pueda compararse con la suavidad, dulzura y bondades de nuestro Dios! *Gustate, et videte, quàm suavis est Dominus*! (2) Venid; daos prisa; y llegad con *pavor, reverencia, humildad, confianza*, y *ardientes deseos*"; porque Jesus os espera con ansias amorosas, para que vuestro corazon sea su Templo, su Tabernáculo, su morada y sus delicias: *Deliciæ meæ, esse cum filiis hominum* (3).

¡Oh Santo Dios! ¡Oh Salvador y Redentor mio! ¿Quién no desfallece al contemplar, que nos llamais, nos esperais, y decís, que "son vuestras delicias, el habitar en nuestros corazones?" Yo quiero enmendarme; prepararme; probarme bien; y que mi corazon esté limpio, puro y pronto: "Venid, pues; y entrad en mi indigno pecho, dulcísimo Jesus mio! *Veni, Domine Jesu*! (4) ¡Felíz momento, quando nuestras almas, adornadas de la *Gracia santificante*, gustarán su bien único; comerán el Cordero de Dios; y, fortificadas con tan divino alimento, avanzarán de virtud en virtud; volarán en alas de su amor, y arrivarán á la perfeccion del estado que hemos profesado! ¿Estará muy lejos ese momento felíz? *Quando veniam et apparebo*? (5)

Ved aquí, amadas hijas mias, el fin á que he dirigido esta Exhortacion Pastoral. Este es mi asunto; este mi deseo. No separeis jamas un *pavor reverente y un temor saludable*, de vuestros ardientes y amorosos deseos de comulgar. *Probaos* bien primero; y comulgad despues

(1) Matth. cap. XI. v. 28.
(2) Psalm. XXXIII. v. 9.
(3) Prov. cap. VIII. v. 31.
(4) Apoc. cap. XXII. v. 20.
(5) Psalm. XLI. v. 3.

pues con fé viva, y esperanza firme de merecer el don precioso de la perseverancia final, hasta que llegue el feliz y suspirado momento de uniros plenamente á Jesus, vuestro Esposo, por toda la eternidad en la Gloria. *Amen.*

PLÁTICA XII.

DISCURSO DIRIGIDO AL CAPÍTULO GENERAL

DE LOS RELIGIOSOS DE S. HYPÓLITO DE MÉXICO,

presidiendo S. E., como Delegado Apostólico y Real, el Capítulo de Eleccion de dichos Padres. (*)

Rogate quæ ad pacem sunt Jerusalem.
Psalm. CXXI. v. 6.

¡Qué consuelo sería el mio, RR. PP., si, presidiendo hoy este Capítulo general de la Religion del glorioso Mártir San Hypólito, viera ya conseguidos mis vivos deseos de sus adelantamientos; de su *reforma*; de su observancia: y en los Religiosos un ardiente zelo para practicar la caridad, que es la reyna de todas las virtudes, y el fin principal de vuestro Instituto! Y por el contrario: ¡Qué desconsuelo; qué dolor; qué amargura no debería oprimir mi corazon, al considerar frustrados mis deseos, y mis rectas intenciones; bien que esto no sea de esperar!

Mas como el espíritu mundano se suele introducir insensiblemente en todos los estados, sin perdonar ni aun el retiro de los Claustros; puede haberse apoderado tambien de los corazones de VV. RR., y quizá disfrazado con capa de zelo y de virtud.

La triste situacion de todos los hombres, los hace vi-

(*) El éxîto felíz del expresado Capítulo General, en que todas las *elecciones* se hicieron pacíficamente y á satisfaccion de los mismos Religiosos, es buena prueba de la viva persuasion, eloqüencia singular y zelo apostólico de su digno Excelentísimo Presidente.

vivir mezclados: unos son buenos, otros malos; y todos están sujetos á unas mismas necesidades corporales; y en las Comunidades religiosas á cumplir con ciertas reglas y obligaciones exteriores. En esta confusion, solo Dios, que juzga de nosotros segun nuestro interior, sabe premiar á los que le aman con pureza; y castigará en la eternidad á los que obran contra lo que nos inspira su Espíritu y su amor.

Consideren, pues, VV. RR., qué espíritu es el que aníma sus pensamientos y deseos acerca de la eleccion que se va á hacer: Si fuere el espíritu del Mundo, votarán por particular inclinacion, y, como sucede freqüentemente, por parcialidad, y con la idea de mandar; ó de que el nuevo General los haga Prelados de los Conventos, y les dé otros Oficios de honor. Por el contrario; si están VV. RR. animados del Espíritu de Dios, cada uno votará al Religioso, que estuviere adornado de las qualidades, virtud y zelo, que hagan florecer la observancia de las Constituciones; la paz; union fraternal y la caridad con los pobres dementes, y demas enfermos, que es el objeto principal de su Instituto.

Todas las reglas de los diversos Ordenes Monásticos son para cumplir con mas perfeccion los mandamientos de Dios; y la de VV. RR. estriba principalmente en el de amar á Dios sobre todas las cosas, y al próximo por Dios, y como á nosotros mismos.

Están, pues, VV. RR. obligados á cumplir este precepto, no solo como todos los Cristianos, sino con la mayor exâctitud y perfeccion. Yo quisiera explicar ésta de un modo sublime, que enardeciera y elevára los corazones de VV. RR.: mas, por ser breve, y porque lo entiendan mejor, lo haré con expresiones y similitudes humanas y sensibles.

Tres son los grados de amor, con que se verifica el cumplimiento de este primero y máxîmo precepto: Si el que ama á Dios y al próximo, se ama mas á sí mismo,

mo, y los abandona por su propia conservacion y conveniencia, está en el *ínfimo grado*; y esta es una *simple benevolencia*, y no *verdadero amor*. Y así se verifica, que de un cuerpo se sacrifica un miembro, quando es necesario para conservar otro mas apreciable, ó el todo.

Si el que ama á su próximo, no sabe ni acierta á separarse del amado, ni puede consolarse quando alguna casualidad, ó la muerte los separa; éste es el *segundo grado*, que pasa de *benevolencia* á *verdadero amor*; y con él se cumple ya con el precepto. Así amaba San Agustin á su amigo *Alipio*; y confiesa el Santo, haber sentido y casi creido, que el alma de *Alipio* y la suya fuesen una sola en dos cuerpos; porque sin él, le parecia no podia vivir; y temia morir, imaginándose que esto sería morir enteramente su amigo. Estas son las tiernas expresiones del Santo Doctor: *Sensi animam meam, et animam illius unam fuisse in duobus corporibus; et ideo horrori mihi erat vita; et fortè mori metuebam, ne totus ille moreretur, quem multùm amaveram.*

Finalmente, si el que ama á Dios y al próximo, se sacrifica con toda su voluntad, obrando, sufriendo, y en caso necesario, muriendo por la conservacion del amado; este se halla ya en el *tercer grado*; y cumple con perfeccion el precepto.

En el Mundo se ve muchas veces este amor perfecto, con fines y motivos terrenos: se ve en los corazones valerosos, que se sacrifican y van con intrepidez á la guerra; renunciando el reposo de la vida, y buscando los horrores de la muerte, por su honor, por su patria, ó por su Rey.

Este mismo amor, empleado en Dios y por Dios, en favor del próximo, es *verdaderamente perfecto*, y fué canonizado, como *máxîmo*, con estas palabras del Salvador: (1) *Majorem hac dilectionem ne-*

(1) Joan. cap. XV. v. 13.

nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis.

El Instituto de VV. RR., como queda insinuado, se dirige á emplear con perfeccion este amor perfecto en favor del próximo, imitando á Jesu-Cristo, que quiso nacer pobre y despreciado; enseñó calumniado y perseguido; murió afrentosamente en una cruz; y derramó hasta la última gota de su preciosísima Sangre por los hombres.

El Religioso, que se hallare mas poseído de este amor heróyco, y mas capaz de sostenerle, y de animar á sus Hermanos á practicarle; ese es el mas digno de obtener el *Generalato*, y á quien VV. RR. deben votar, deponiendo todas las ideas y las inclinaciones que suele sugerir la flaqueza humana.

Quizá me oyen VV. RR. estas verdades con alguna admiracion y extrañeza: mas yo las profiero como Padre, como Reformador, y Protector de la Religion, sin otras miras ni otra idea, sino de que Dios ilumine á VV. RR., para que las conozcan; y en el presente Capítulo voten y elijan para General, Difinidores, y Prelados locales, á los Religiosos mas dignos, virtuosos, zelosos y prudentes, que contribuyan á la *santa Reforma*, y á los adelantamientos y observancia de vuestro Instituto. Este es el único medio para el restablecimiento de la Religion, y para lograr la paz y dulce reposo, que el Señor nos tiene prometido en su Evangelio (1), como recompensa segura de la virtud y la pureza de corazon: *Et invenietis requiem animabus vestris.*

A esto se dirigen mis consejos y exhortaciones, presidiendo el Capítulo. "Las elecciones para los empleos »y gobierno de la Religion, deben recaer en sugetos »adornados de una caridad compasiva, unida á una »prudente autoridad; de una sencillez admirable, uni-

»da

(1) Luc. cap. XI. v. 29.

»da á una vigilancia tal, que nada se le escape, nada se »oculte á su zelo; y de una sagaz precaucion, unida »á una virtud sólida."

Viendo los Religiosos en sus Superiores estas admirables qualidades, les servirán de lecciones prácticas; vivirán como buenos Hermanos; se sufrirán, y disimularán mutuamente sus defectos; y procurarán excitar en sus corazones la caridad de su Instituto, exercitándola con un perfecto amor de Dios, que es el fecundo manantial de las dulzuras y consuelos que se gozan en una Religion, quando reyna la austeridad y la observancia de sus Votos, Reglas y Constituciones.

En efecto, esta amable union, paz y caridad facilitan la práctica de todas las virtudes, y son una prenda de nuestra salvacion eterna: son, en sentir de San Bernardo, uno de los mayores milagros de la Gracia: los vemos freqüentemente en las almas convertidas y penitentes; y no es posible verlo, sin sentirnos excitados á reformarnos de nuestra vida pasada; y estimulados á sufrir y padecer por Dios.

Rogad, pues, á su Divina Magestad, á fin de que os conceda acierto en la *votacion* y *elecciones*; y rogadle con constancia y fervor, para que de ellas resulte una union, paz y caridad general para toda vuestra sagrada Religion: *Rogate quæ ad pacem sunt Jerusalem.* La caridad os ordena, que cada uno tomeis parte en la comunicacion de este gran bien, que aumentará la gloria de Dios, y establecerá vuestra felicidad verdadera, y el esplendor de vuestra Religion: *Rogate quæ ad pacem sunt Jerusalem.*

Yo por mi parte, amabilísimo Dios mio, no olvidaré jamás en mis oraciones y sacrificios el suplicaros, para que se verifique esta *santa Reforma*. Siempre clamaré, y contribuiré á ella con mis consejos y autoridad. Siempre imploraré á favor de la Religion de *San Hypólito*, la abundancia de vuestras adorables miseri-

cor-

cordias: *Fiat pax in virtute tua.* Consideraré, que si por desgracia, algunos de sus Individuos no se hubieren conducido como buenos Religiosos, todavía están en tiempo de reconocerse y corregirse; de ser vuestros verdaderos Siervos; de practicar la caridad heróyca de su Instituto; de unirse de corazon á los buenos Religiosos; y contribuir á la *santa Reforma*, y esplendor de esta Religion.

De este modo serán todos mi consuelo, mi gloria, mi corona (1); y los miraré y amaré, no solo como Juez, Reformador y Protector, sino como á mis Hijos y mis Hermanos: *Propter fratres meos, et proximos meos loquebar pacem de te.* Finalmente, despues de mi paz interior, y mi propia salvacion, nada me servirá de tanto júbilo, como verlos *reformados* en esta vida, y trasladados, como víctimas santas y agradables, á la celestial Jerusalén, para que os canten alabanzas por todos los siglos de los siglos. *Amen.*

(1) Philipp. cap. IV. v. 1.

PLÁTICA XIII.

EXHORTACION Á LOS RELIGIOSOS AGUSTINOS DE LA PROVINCIA DE VALLADOLID DE *MICHOACAN*,

presidiendo S. E. el Capítulo con autoridad Pontificia y Real. Año de 1794. (*)

Venit Jesus, et stetit in medio; et dixit eis: Pax vobis
Joannis cap. XX. v. 19.

¡Divina *Paz*! ¡Preciosísima *Paz*! ¡Amabilísima *Paz*! ¡Don muy raro en el Mundo; aunque el Mundo no puede darle, ni quitarle! ¡Don, sin el qual pretenderíamos en vano, vivir con *Paz* en este Valle de lágrimas! ¡*Don de Paz*; prenda digna de preferirse á todas las grandezas, gustos y comodidades de la tierra; porque conserva la union de los corazones; enlaza los afectos; fomenta la caridad; nos adquiere los bienes del Cielo; y nos preserva de los males del infierno! ¡*Paz* de un precio inestimable; llena de dulzuras interiores; anunciada por los Angeles; y que, para que los Hombres la adquiriesen, fué necesaria toda la vida, méritos y doctrina de un Dios-Hombre; y que la sellase con su preciosísima Sangre!

Es-

(*) Ensalzándose, como se ensalza, en esta bellísima *Exhortacion* el bien de la *Paz*, con tanta eloqüencia, mocion, solidez, y energía; no es mucho que sus resultas fuesen las mas favorables; como efectivamente sucedió.

Esta es la *amable Paz*, que nuestro Redentor Jesus, triunfante y glorioso, despues de su Pasion y Resurreccion gloriosa, dió á sus Apóstoles (1), antes de subirse á los Cielos, como fruto digno de sus méritos, sus trabajos y su muerte afrentosa en una Cruz: Se la dió con amor, con ternura y con potestad de comunicarla á sus Sucesores en el Ministerio Episcopal, á fin de que estos la comunicasen á todos los demas en todos los siglos, y en todas las edades hasta el fin del Mundo.

Y esta es puntualmente la *preciosa Paz*, que yo vengo á establecer entre los Religiosos de esta santa Provincia de *San Nicolás de Tolentino de Michoacán.* El enemigo comun, que, segun nos refiere una parábola del Evangelio (2), "sembró su zizaña en esta sementera escogida del Padre de Familias; en esta fructífera, y esclarecida posesion del gran Padre de la Iglesia San Agustin; y naciendo la zizaña de la discordia, quería sofocar los frutos preciosos y abundantes de virtudes heróycas, de doctrina y edificantes exemplos, con que florece en todas partes la Religion Agustiniana, y ha florecido siempre esta santa Provincia de Michoacán::::

Para desarraygar, pues, oportuna y suavemente la zizaña de tales principios de discordia, me han elegido y comisionado á mí, aunque tan indigno, las supremas Potestades de la tierra, nuestro Santísimo Padre el Papa Pio VI, y el Rey nuestro Señor D. Cárlos IV.

Animado yo de una pura y recta intencion, y confiado en Dios, que me asistirá con sus luces y su Gracia; desempeñaré tan árdua y espinosa Comision, para dexar arreglada la Observancia Religiosa, y esta-

(1) Joann. cap. XIV. v. 27. (2) Matth. cap. XIII. v. 25.

blecida una *sólida Paz* entre los Individuos de esta santa Provincia, á los quales amo y venero con todo mi corazon.

En efecto, la observancia de las Reglas y Constituciones, RR. PP., pende en gran parte de la *sólida Paz*, de que estoy hablando; y ella es la mayor ventaja que logran los Religiosos, quando, renunciando el Mundo, sus tropiezos, embarazos, y el tropel de sus profanas ocupaciones, se retiran á un Claustro, y se consagran á Dios víctimas vivas y puras; ligándose con unos *votos perpetuos*, y ofreciéndole todo su corazon.

Es muy necesario, RR. PP., que VV. PP. consideren y se persuadan firmemente á que el Estado Religioso tiene, como todos los demas Estados, sus dulzuras y sus penas. Pintar la Religion sin espinas, ó sin flores, sería desfigurarla: "Lo que tiene de particular, "dice San Bernardo, es, que sus espinas son visibles; "y sus flores, aunque hermosas y fragrantes, están es-"condidas." Mas la mayor ventaja, que yo encuentro en el Estado religioso, es, que sus espinas son ligeras, *quando reyna la Paz y la observancia*; y sus dulzuras son inefables: sus rigores, aunque á los Mundanos les parecen terribles, y á los Religiosos relajados se les antojan muy duros; son en la realidad verdaderos manantiales de una sólida felicidad, colmada de bendiciones del Cielo, y llena de la uncion suavísima de la Divina Gracia, que dulcifica las penas y hace ligeros los mayores trabajos.

Los Santos Padres dan á la vida religiosa el nombre de *Puerto de salvacion*, donde reyna una calma inalterable; sin oirse las inquietudes, ni las borrascas turbulentas del siglo. Un Convento de buenos Religiosos debe ser una escuela de doctrina celestial; y una morada, en que todos estén dedicados á servir á Dios; cantar sus divinas alabanzas con tranquilidad y verda-

de-

deras delicias; y á instruir y servir á nuestros próximos con amor, paciencia, y *perfecta Paz.*

Mas hay tambien otra especie de *paz*, *falsa y mundana*, que suele á veces introducirse insensiblemente en los mismos Claustros. *La Paz de Jesu-Cristo*, que yo intento establecer en esta santa Provincia, es *Paz* constante, durable; y no está sujeta en modo alguno á las variaciones ó caprichos, que forman el carácter principal de la *Paz mundana.* La razon de esto consiste en que la *Paz de Jesu-Cristo* se funda en la caridad, que no puede faltar, si no la destruimos nosotros mismos con el pecado: *Charitas numquàm excidit.* (1) Por el contrario, la *Paz falsa y mundana* no tiene otro fundamento, sino nuestro amor propio y nuestra voluntad, siempre insconstante, y tan voluble como nuestros afectos.

La caridad, considerada en sí misma, es eterna; porque su principio es el Espíritu-Santo: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis.* (2) Mas suponerla eterna, de modo que, una vez conseguida, no pueda perecer en nosotros, sería un grande error. La experiencia nos hace conocer bien la fragilidad suma de los vasos de barro, en que conservamos este licor tan precioso. Y ¿quántas veces, ¡ay de mí! quántas veces la dexamos evaporar, por falta de vigilancia y precaucion? Destruida en nosotros la caridad, se arruina necesariamente *la verdadera Paz*; y no basta haberla recibido, ni saber de dónde nace, si no aprendemos á nutrirla y conservarla.

¿Qué cosa, pues, nutre y conserva la *Paz*? Hablo de la verdadera y sólida, para caer despues sobre la falsa y mundana. La nutre y conserva el santo temor de Dios.

Qui-

(1) I. Cor. cap. XIII. v. 8. (2) Rom. cap. V. v. 5.

Quizá me dirá alguno, que el temor y la Paz interior son incompatibles ; porque el Evangelista San Juan nos enseña (1), que "no se halla el temor don»de hay verdadero amor ; y que la perfecta caridad »desecha y arroja de sí el temor." Es verdad ; mas el Santo Apóstol habla del *temor servil*, que causa pena: *Timor pœnam habet* ; no del *temor filial*, que causa júbilo y consuelo ; teniendo, como tiene, por objeto á Dios, sumamente bueno, amable y digno de ser amado ; y de que con eficacia apliquemos todas las potencias y sentidos, para servirle, y nunca mas ofenderle. Este santo temor es el que alimenta y conserva *la verdadera Paz.*

Supongamos, que nosotros nos hallamos muy penetrados de este *temor filial* ; y ¡oxalá, que á fuerza de imaginárnoslo, se verificara en la realidad! Desde ese momento felíz, toda nuestra aplicacion sería para conocer la voluntad de Dios, y conformarnos con ella. Semejantes á un niño amoroso, que teme desagradar á su Padre, pondríamos por obra todo lo que conocemos le es agradable : formaríamos todas nuestras inclinaciones á medida de las suyas ; y nuestras acciones con la regla de su santa Ley : muy lejos de pensar en eludir sus preceptos con explicaciones favorables á nuestro amor propio, querríamos mejor, ir mas allá del precepto, que exponernos á faltar á lo que él se extiende esencialmente.

Con esto, el testimonio secreto, de que nada temíamos tanto como el ofender á Dios, calmaría las turbaciones que nacen de ese temor ; y asegurados de nuestra conciencia, clamaríamos con David (2) : "¡Ah »Señor! ¡qué abundancia de paz y de consuelos no ha»beis derramado ocultamente en las almas que os aman »y

(1) I. Joann. cap. IV. v. 18. (2) Psalm. XXX. v. 20.

„y os temen:" *Quàm magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quam abscondisti timentibus te!* A proporcion que el temor de ofenderos, excita mi vigilancia, aleja la turbacion y remordimientos que me causarían mis prevaricaciones; y yo mismo experimento, Dios mio, y reconozco, que nada puede turbar la paz de los que observan fielmente vuestra santa Ley:" *Pax multa diligentibus legem tuam* (1).

Por el contrario, la *Paz falsa y mundana* se nutre con la indiferencia ácia Dios; con el poco aprecio de seguir en todo su voluntad; y con el olvido de su Justicia. No basta estar libres de los groseros desórdenes del siglo; y que nuestras faltas nos parezcan ligeras, porque no experimentamos ácia Dios sino tibieza, y que nuestros pecados nos parecen veniales. ¿Y la obligacion de unos votos solemnes, y de aspirar á la perfeccion? ¿La de seguir las huellas de nuestro Salvador, pobre, humilde, mortificado y abatido? ¿La de practicar las virtudes tan opuestas á esa tibia indiferencia? ¿La de avivar en nuestros corazones el fervor de la caridad?

Aun quando nuestros pecados fuesen solo veniales, y nacieran de la tibieza de nuestro espíritu, y de una pereza, ó negligencia voluntaria, esta sería una especie de calentura lenta, cuyos accesos no amedrentan; y son disposiciones seguras para la muerte. Una alma tibia y perezosa para obrar bien, no puede subsistir largo tiempo, ni estar con vida ante los ojos de Dios: su vida es ya una vida sin fuerzas, pendiente solo de un hilo, que se romperá al mas pequeño movimiento: es como una vela amortiguada, que apenas despide luz; y se apaga á un leve soplo.

¡Tal es, amabilísimo Dios mio, la situacion de las al-

(1) Psalm. CXVIII. v. 165.

almas, que no están bien penetradas de vuestro santo temor! Viven con una seguridad y una Paz falsa. ¡Preservadnos, Señor, de esta Paz abominable! Hacedme gustar á mí, y á todos los Religiosos de esta santa Provincia, la de vuestro santo temor, que yo les anuncio; y penetrad con él nuestro espíritu y nuestras carnes, como os lo pedia David (1), conociendo por experiencia el *precioso temor* de vuestros juicios: *Confige timore tuo carnes meas: à judiciis enim tuis timui.*

En efecto, este *santo temor* nos estimula continuamente, y nos hace cumplir con todas las obligaciones respectivas del estado, en que cada uno nos hallamos constituidos: y el exâcto cumplimiento de nuestras obligaciones conserva la *preciosa Paz* que nos dexó Jesu-Cristo. La experiencia nos demuestra esta verdad. Nosotros hemos pasado algunas veces del fervor á la tibieza; y algunas, quizás á desórdenes mas graves. Decidme, pues; ¿quándo habeis experimentado y gustado aquellos dulces consuelos, y aquella tranquilidad y Paz del corazon, que no la habríais trocado por todos los tesoros de la tierra? ¿No fué quando os hallábais aplicados inviolablemente al exâcto cumplimiento de vuestra santa Regla, Constituciones, y la práctica de las virtudes? ¿Quando llenábais con zelo los empeños de vuestro estado y vuestros votos? ¿Quando vuestra conciencia no os reprendía omision alguna sobre lo que ofrecísteis á Dios en el dia de vuestra solemne profesion?

Y por el contrario: ¿quándo se siguieron á estos consuelos y amabilísima Paz, las turbaciones y remordimientos interiores? ¿No fué quando vuestro fervor comenzó á resfriarse en la práctica de vuestra Re-

(1) Psalm. CXVIII. v. 120.

Regla, y en los exercicios ordinarios de oracion, penitencia, mortificacion y las buenas obras en provecho del próximo?

¡O Santo Dios! Por estos pasos cae facilmente un Religioso en la debilidad de espíritu; y su alma intercadente y sin fuerzas, cede al peso de las obligaciones graves, y no hace aprecio de las pequeñas: se familiariza con los defectos de vanidad, emulacion, envidia; deseos de ser preferido; y resentimientos de no serlo. Con este pábulo toma incremento el fuego del amor propio, y empieza á querer mandar y dominar. En una palabra; se pierde la delicadeza de una conciencia recta, y de aquel *temor filial*, que todos los Santos Padres nos enseñan, que es "*la centinela* »*sagaz de las costumbres, y una trinchera muy fuerte* »*para defender y conservar la inocencia.*"

Con estas reflexîones es muy fácil distinguir la *verdadera Paz* de Jesu-Cristo, de la *Paz falsa y mundana.* Y como en la primera consiste nuestra eterna felicidad; para restablecerla y consolidarla entre vosotros, he venido yo comisionado de las dos Petestades sublímes, como déxo arriba insinuado. ¡Quiera Dios bendecir mis rectas intenciones, y las *Elecciones*, que voy á hacer, de Prelados y demas Oficios, á fin de que se verifique en toda esta santa Provincia lo que cantó David de Jerusalén: *Qui posuit fines tuos pacem.* "Esto es: El Señor te ha circunvalado de una »preciosa y amabilísima Paz, para librarte de aquel »lugar tenebroso, donde todo es desórden y sempi»terno horror:" *Terram miseriæ, et tenebrarum; ubi... nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat* (2).

En efecto, esta *santa y preciosa Paz* produce la union de los corazones; y es el manantial de las dul-

(1) Psalm. CXVII. v. 14. (2) Job. cap. X. v. 22.

zuras y consuelos que se gozan en una Religion tan sabia, como la Agustiniana, quando reyna la austeridad y la observancia de sus Votos, Reglas y Constituciones. Facilita asímismo la práctica de todas las virtudes; allana los obstáculos en el camino de la *perfeccion*; y es una prenda casi segura de la salvacion eterna.

Pedid, pues, muy RR. PP., á su Divina Magestad, y rogadle con constancia y fervor, que de las *Elecciones*, que voy á publicar, de Prelacías y Oficios de esta santa Provincia, resulte una union, Paz y caridad general entre todos los Religiosos que la componen, y en todos sus Conventos; como yo, amabilísimo Dios mio, os lo suplico y ruego con el mas vivo encarecimiento; protestando pública y gustosamente, que amo, venero y me glorío de ser discípulo del gran Padre de la Iglesia San Agustin: sus obras y su doctrina son el norte que me ilumina y me guia para el desempeño de mi Ministerio Pastoral, y sostener y enseñar en toda su pureza las verdades de la santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Y aunque, concluida mi Comision y la celebracion de este *Capítulo Provincial*, me he de retirar á cuidar y gobernar el Rebaño, que la misma Iglesia me tiene encomendado; no olvidaré jamás en mis sacrificios y oraciones el rogaros, amabilísimo Dios mio, que conserveis y consolideis la *preciosa Paz*, que yo he venido á procurar establecer en esta santa Provincia: siempre contribuiré á ello, en quanto penda de mi débil influxo; de mis consejos, ó mi autoridad: siempre imploraré á favor de los Religiosos Agustinos de *Michoacán* la abundancia de vuestras adorables misericordias.

Conceded, pues, dulcísimo Jesus mio, á todos los Religiosos, que voy á colocar en las Prelacías, este es-

espíritu de *preciosa Paz*, que dexásteis á vuestros Apóstoles. De este modo, no solamente serán fieles imitadores, y verdaderos Hijos de su ilustre Patriarca, y amoroso Padre San Agustin; sino que tambien alcanzarán, como él, algun dia, por recompensa de sus virtudes y buenos exemplos, una corona eterna en la Gloria. *Amen.*

FIN DE LAS PLÁTICAS ESPIRITUALES.

INDICE

de los Sermones panegíricos y Pláticas contenidas en este Tomo II.

Sermon I. *del Angélico Doctor Santo Tomás, predicado en la santa Iglesia Primada de Toledo el Lunes ó Feria segunda despues de la Dominica tercera de Quaresma, el año de* 1762. *Es un elogio completísimo, no solo por la novedad del pensamiento, sino tambien por la oportunidad y solidez con que le aplica á la maravillosa doctrina, santidad y virtudes características del Doctor Angélico.* 1

Sermon II. *del Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino, predicado tambien en la santa Iglesia de Toledo, año de* 1770. *Si el precedente Panegírico del Angélico Doctor es un discurso de los mas apreciables, así por lo nuevo de la idea, como por su cabal desempeño; bien se puede asegurar, que el presente en nada es inferior á aquel: antes, á vista de muchos de sus eloqüentes rasgos, acaso no faltará quien le dé la preferencia.* 30

Sermon III. *del Patriarca S. Josef, predicado en la Santa Iglesia de Toledo. Es un discurso preciosísimo, lleno de solidez, agudeza y energía; y un verdadero Panegírico de tan ilustre Patriarca.* . 55

Sermon IV. *de la Anunciacion á María Santísima, predicado en la Santa Iglesia de Segovia, año de* 1760. *Es un Panegírico tan cabal y tan interesante, que no parece cabe mas.* 74

Sermon V. *para las festividades de la Invencion y Exâltacion de la Santa Cruz, predicado en la Catedral de Segovia, siendo S. E. Canónigo de aquella santa Iglesia, año de* 1759. *Es un discurso de copiosa erudicion y doctrina sagrada, promovida con la mayor oportunidad y vigor.* . . 96

Ser-

Sermon VI. *en la festividad solemne de la Ascension del Señor, predicado en la santa Iglesia Metropolitana de México. Sin exâgeracion se puede asegurar, que este discurso es de lo mejor y mas eloqüente que trabajó el Excelentísimo Señor Nuñez.* 111

Sermon VII. *de la Transfiguracion del Señor, predicado en México, siendo ya Arzobispo el Señor Nuñez. Es una pieza admirable por su bien escogida doctrina, empleada con igual oportunidad y nervio, que brevedad y concision.* 134

Sermon VIII. *de la Asuncion de nuestra Señora, titular de la santa Iglesia Metropolitana de México, predicado en ella, siendo S. E. Arzobispo. Es un Panegírico á todas luces sobresaliente, digno de tal objeto y de tal Orador.* 144

Sermon IX. *de Santo Tomás de Villanueva, predicado en Madrid á la Real Congregacion de su título. Ha parecido conveniente no dexar de dar á luz el presente Sermon (uno de los primeros que compuso y predicó el Excelentísimo Nuñez de Haro), no para que sirva de* modelo de Oratoria sagrada, *como otros del mismo Autor, sino porque sin embargo de ser fruto de los floridos años de su juventud, está lleno de patriotismo, erudicion, y útil y sana doctrina.* 171

Sermon X. *para la colocacion del Santísimo Sacramento y Dedicacion de la nueva Iglesia, reedificada en el Colegio de* Doncellas nobles *de la Ciudad de Toledo, siendo S. E. Canónigo de aquella Catedral, Primada de las Españas, el año de* 1768. *Sin embargo de ser un discurso bastante mas breve que otros, es acreedor por su amenidad y excelente doctrina, á ser colocado entre los demas del Autor.* 198

Sermon XI, *ó sea Oracion fúnebre de María Bárba-*

bara Xaviera de Portugal, Augusta Reyna de España, predicado en la Catedral de Segovia, siendo S. E. Canónigo de aquella santa Iglesia. Es una Oracion eloqüentísima, llena de máxîmas cristianas y políticas de la mayor importancia. . . . 211

PLÁTICAS ESPIRITUALES.

Primera Plática espiritual, *predicada en el Cabildo de la santa Iglesia de Segovia el primer Lunes de Octubre del año de* 1758. *El argumento de esta Plática espiritual está excelentemente promovido: y es un discurso lleno de solidez y de piedad.* 237

Plática II. *para el Cabildo espiritual del Lunes primero de Setiembre, en Segovia, año de* 1760. *Es una piececita admirable por su excelente doctrina y viva persuasion.* 246

Plática III. *dirigida á todos los Súbditos del Arzobispado de México, con motivo de la santa Visita de aquella Diócesis. Es un bello discurso familiar, ó mas bien una verdadera* Homilía, *muy instructiva y muy propia de un Prelado zeloso y docto.* 253

Plática IV. *en continuacion de la anterior con motivo de la santa Visita. Esta Plática, como es una continuacion de la antecedente, con el propio objeto de la Visita del Arzobispado, es en todo correspondiente á aquella, y no deberán separarse.* 264

Plática V. *á las Religiosas en ocasion de elegir Prelada. Es una exhortacion muy breve; pero llena de zelo, fervor y energía.* 271

Plática VI. *sobre las obligaciones de una Religiosa elegida para Prelada, y de sus Súbditas en seguir sus consejos é instrucciones. Los avisos que*

se

se contienen en la presente Instruccion ó Plática, no pueden ser mas saludables, ni mas del caso, tanto para las que son Preladas, como para las Súbditas. 276

Plática VII. *para los Conventos de Religiosas, con igual motivo de la Eleccion de Prelada, sobre la* Verdadera Piedad. *No es muy fácil, á la verdad, en un campo tan estrecho, como el de una breve exhortacion, reunir tantas y tan saludables máxîmas cristianas y evangélicas, y con tanta claridad, órden y energía, como se observan en esta* Plática espiritual. 285

Plática VIII. *á las Religiosas de nuestra filiacion sobre la Perfeccion religiosa. La bien escogida y sublime doctrina de esta Plática, la hacen ser una pieza de gran importancia, y de un mérito muy singular.* 297

Plática IX. *para las Religiosas de nuestra filiacion sobre el modo de tener Oracion con fruto. Es una preciosa instruccion pastoral, que en nada desmerece de las anteriores, ya por la importancia del asunto que en ella se promueve; y ya por las eficaces razones y pruebas con que se persuade.* . . 308

Plática X. *sobre la virtud de la* Humildad: *á las Religiosas de nuestra filiacion, con el motivo de eleccion de Prelada. Los oportunos y saludables documentos, que sobre la virtud importante de la* Humildad *se dan en esta Plática, la hacen sumamente recomendable.* 318

Plática XI. *para las Religiosas de nuestra filiacion sobre los verdaderos ó falsos deseos de comulgar; y las disposiciones con que deben prepararse y* probarse *para comulgar dignamente. Como el objeto de esta* Plática espiritual *es de tanta consideracion é importancia, no es extraño que su zeloso y docto Autor se esmerase en formar una sabia*

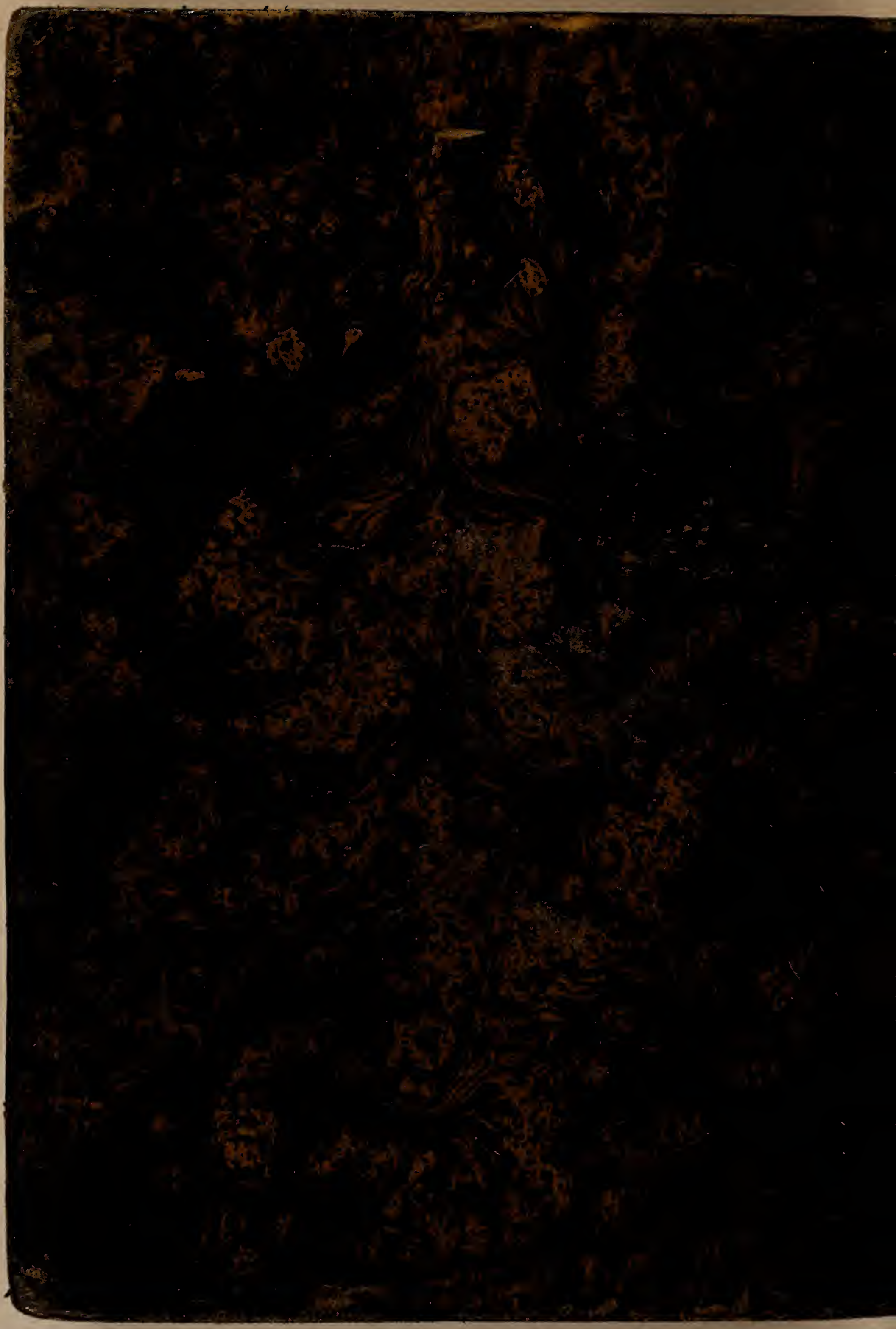
13-2.2.

bia, vivísima exhortacion, *que debiera leerse continuamente, no solo por las personas Religiosas, sino tambien por los demas Cristianos, de todas clases y condiciones* 326

Plática XII. *Discurso dirigido al Capítulo General de los Religiosos de San Hipólito de México, presidiendo S. E. como Delegado Apostólico y Real, el Capítulo de eleccion de dichos Padres. El éxîto feliz del expresado Capítulo General, en que todas las* elecciones *se hicieron pacíficamente y á satisfaccion de los mismos Religiosos, es buena prueba de la viva persuasion, eloqüencia singular y zelo apostólico de su digno Excelentísimo Presidente.* 340

Plática XIII. *Exhortacion á los Religiosos Agustinos de la Provincia de Valladolid de Michoacán, presidiendo S. E. el Capítulo con autoridad Pontificia y Real, año de* 1794. *Ensalzándose, como se ensalza en esta bellísima* Exhortacion *el bien de* la Paz, *con tanta eloqüencia, mocion, solidez y energía, no es mucho que sus resultas fuesen las mas favorables, como efectivamente sucedió.* 346

Correcciones.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
68. . . .	9.	*del Cielo.*	de Cielo.
85. . . .	10.	*qui audiunt, verbum.*	sobra la,
240. . . .	21.	*no ¡creeríamos.* . . .	¡no creeríamos.
261. . . .	18.	*triunfen.*	triunfe.
282. . . .	32.	*instruiros.*	inspiraros.
312. . . .	5.	*consuelo: como.* . .	sobran los:
317. . . .	8.	*seperado.*	separado.
337. . . .	23.	*débiles cojos.*	débiles, coxos.

BA8oC
N972s
v.2
cop. 1